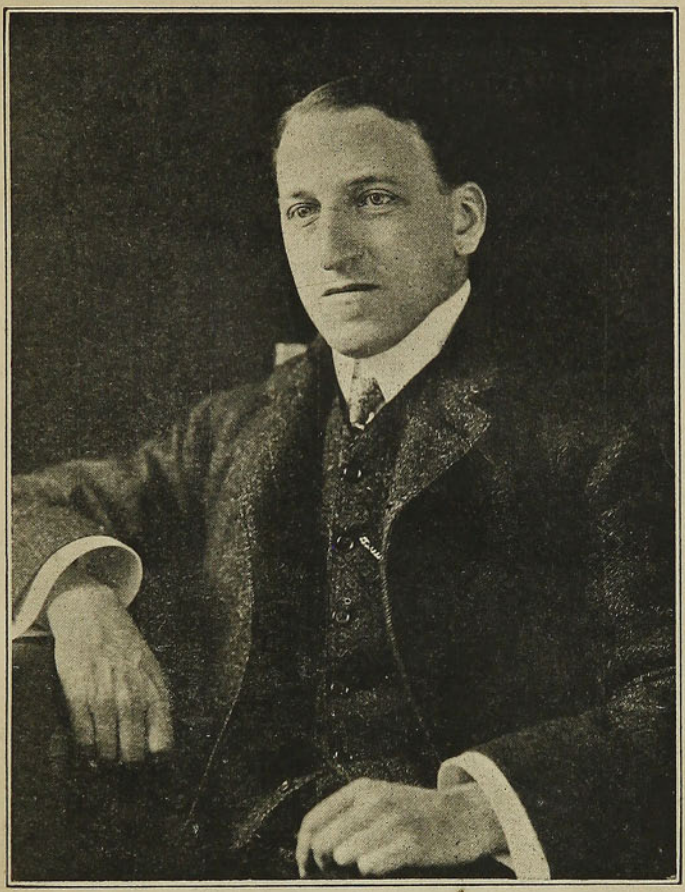

CARLOS SILVA VILDÓSOLA

DEL DOLOR Y DE LA MUERTE

PRÓLOGO DE OMER EMETH

EDITORIAL CHILENA

Del Dolor
y de la Muerte.

1916c
c.1
AAA2891

CARLOS SILVA VILDÓSOLA,
Caballero de la Legión de Honor.

La Guerra Mundial

vista por un Chileno.

Cartas a "El Mercurio" con prólogo
de
Omer Emeth.

4274

(PRIMERA SERIE)

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA
Bandera 130
1916

De esta edición fueron hechos
100 ejemplares en papel vergé;
y 10 en papel especial, numerados
de 1 a 10.

ES PROPIEDAD.

PRÓLOGO

Cómo y por qué he tomado a mi cargo la gratísima tarea de publicar en forma de libro las admirables cartas de mi ex-director y siempre querido amigo señor don Carlos Silva Vildósola, he ahí lo que creo necesario explicar en este breve prólogo.

Invitado por el señor Silva Vildósola, he emprendido este trabajo: primero, porque era menester impedir que las colecciones de *El Mercurio* fuesen la tumba de tan hermosas páginas; segundo, porque aquellas cartas constituyen un tesoro de enseñanzas políticas, imprescindiblemente necesarias algunas y provechosísimas todas; y tercero, porque, en ellas, sale demostrada con vigor dialéctico irresistible la justicia de la causa por la cual, si no me lo impidiese el peso de los años, habría tenido a honra derramar toda la sangre de mis venas.

No pudiendo, como mis jóvenes compatriotas, manejar el rifle ni lanzar la granada, cuido de las armas y municiones que otros han puesto al servicio de la verdad y de la justicia, encarnadas en mi patria y en las aliadas de Francia.

Pocas armas habrá que igualen en eficacia a las que el lector hallará en este arsenal, quiero decir en este libro.

Son armas de precisión: son argumentos sacados, por decirlo así, de las entrañas mismas de la realidad.

El señor don Carlos Silva Vildósola escribe con una serenidad verdaderamente judicial, *sine ira et studio*.

Para él la palabra «neutralidad» no es esa transparente excusa con que los indiferentes y los hipócritas intentan cubrir su egoísmo y cobardía.

No admite el señor Silva Vildósola que un hombre digno de ese nombre, pueda ser «neutral» es decir, indiferente, en presencia de la maldad.

Dice:

«*Los neutrales constituímos en estos momentos el gran tribunal de la humanidad que debe juzgar a los beligerantes y preparar el fallo futuro de la historia. No debemos dejarnos arrastrar por simpatías o antipatías.*

«*Necesitamos investigar y juzgar con ánimo de dar a cada uno lo suyo.*» (pág. 60-61).

Advierta el lector que el señor Silva Vildósola, en vez de decir: «No debemos tener simpatías o antipatías...» lo cual, por irrealizable, sería absurdo, dice: «No debemos dejarnos arrastrar por ellas».

Fiel a la regla que él mismo ha promulgado, investiga y juzga con evidente ánimo de dar a cada uno de los beligerantes lo suyo.

Y la mejor prueba de que ha conseguido su objeto es que los exaltados de ambos lados de la barricada le reprochan, unos, su germanofilía, otros, su «aliadofilía»...

¿No es germanófilo,—dicen los primeros,—el que, hablando de los crímenes y crueldades alemanes, procura siempre reducirlos a un mínimum que las circunstancias explican, y, en cierto modo, excusan?

¿No es germanófilo el que ensalza el patriotismo alemán diciendo:

«No se oye en Alemania ni una queja, ni se ve un asomo de desaliento. Las industrias, con excepción de las que se relacionan con el Ejército o la Escuadra, están casi totalmente paralizadas por falta de operarios, y en algunos casos por la imposibilidad de procurarse las materias primas que antes se importaban. Todo el comercio exterior de importación y exportación ha cesado a causa del bloqueo riguroso que hace la escuadra inglesa. La flor de la

juventud perece en los campos de Flandes y de la Polonia, en un derroche espantoso de vidas humanas. Había a mediados del presente mes (Noviembre de 1914) más de medio millón de hombres fuera de combate con una aterradora proporción de muertos.

«Pero nadie puede decir que el coloso germánico haya hecho un gesto de dolor o desaliento. Un viajero describe las iglesias de Alemania llenas de una muchedumbre de madres y esposas desoladas, que claman al Altísimo y le piden el triunfo de las armas del Imperio» (p. 114).

Esto, según muchos aliados, es germanofilía. En cambio, si hemos de creer lo que se ha publicado en cierta prensa, pocos son los germanófilos que creen en la imparcialidad del señor Silva Vildósola.

¿Puede ser imparcial, preguntan éstos, el que no cree en la degeneración francesa, en la corrupción de París, en el ateísmo de Francia?

¿Será imparcial el escritor que, a principios de 1915, hizo la siguiente confesión:

«Todos nos engañamos. Deslumbrados por el espectáculo maravilloso de la colmena alemana, donde todo era método, disciplina, organización de los detalles, en la cual cada abeja tenía su celdilla para depositar la miel y su lanceta bien aguzada para defenderse, creímos que estas libres nacionalidades latinas representaban el desorden, la degeneración y la ruina.

«Todos dudamos un punto de la civilización engendrada por Roma que nos dió el ser espiritual y que se ha hecho y sigue haciéndose en el esplendor de las individualidades libres de trabas y entregadas al vuelo espontáneo de su genio.

«Y la Francia se levantó un día amenazada en su independencia para probar que no estaba en ruinas, que no era degeneración la suya, que el desorden de su vida cívica era más aparente que real y que había en el fondo de su alma inmortal energías morales que sus enemigos no sospechaban, sanas, fuertes, prontas para la acción» (p. 311-312).

Bien dijo Lafontaine:

On ne peut contenter tout le monde et son père...

El sólo hecho de descontentar por igual a los exaltados de ambos bandos demuestra que la neutralidad del señor Silva Vildósola es pura y simple justicia.

En esto consiste la eficacia de su obra.

De ahí el odio que le profesan aquellos para quienes la máxima *Deutschland über alles* es una moderna traducción alemana de otra muy vieja: *El fin justifica los medios.*

De ahí también la gratitud que, después de leer su libro, le profesarán aquellos para quienes el ideal humano y cristiano está en el triunfo de la verdad, de la justicia y de la bondad.

OMER EMETH.

Santiago de Chile, a 24 de Noviembre de 1916.

VÍSPERAS DE GUERRA

I. El drama del Fígaro.
II. La crisis francesa.
III. La lección de Francia.
VI. La revuelta leal: «El Ulster».
V. Problemas alemanes.

I

El Drama del "Fígaro"

Aun quedaban sorpresas.—Una página de historia parisiense.—
—El banquete trágico.—Campaña política y no privada.—El carácter de Gastón Calmette.—Su bondad y sus ensañamientos.—El «plutócrata demagogo».—La máscara de M. Caillaux ante el público.—Los dolores en el hogar.—¿A quién ha asesinado Madame Caillaux?—Moraleja política y moral general del caso Caillaux.—París se agita pero sabe olvidar.

París, 17 de Marzo de 1914.

Aun en París, donde se vive de emociones, de excitaciones, de sorpresas dramáticas, no se da todos los días el caso de que la esposa de un Ministro de Estado asesine a un director de diario porque ataca a su marido. Para hallar un hecho que tenga un remoto parecido con el que acaba de ensangrentar las oficinas del *Fígaro*, es menester retroceder hasta aquellos días, funestos para el Segundo Imperio, en que un Bonaparte dió muerte a Víctor Noir, periodista también, aunque no sea posible establecer comparación alguna entre aquel suceso y el asesinato del director del *Fígaro*, M. Gastón Calmette, por Mada-

me Caillaux, la esposa del Ministro de Hacienda del Gabinete Doumergue.

De todas las sorpresas, de todos los hechos imaginables y más espeluznantes, éste habría sido el único que nadie hubiera imaginado.

París ha seguido la campaña de Calmette contra el Ministro de Hacienda, ha leído las acusaciones violentísimas y las desdeñosas réplicas, ha oído los recientes ecos de ese duelo en el Parlamento, ha sentido cómo se enardecía el ánimo del Ministro, bajo la aparente y forzada calma de sus respuestas, ha llegado hasta encontrar pesadas y de mal gusto ciertas insistencias del periodista, que continuaba embistiendo después de desmentidos y más desmentidos; pero nadie pudo soñar que el largo incidente, que duraba ya dos meses o más, pudiera tener el dramático desenlace que tuvo ayer.

Es un cuadro que sólo puede producirse en París; es una página de historia absolutamente francesa, más que francesa, parisiense; la señora Caillaux, elegante, hermosa, segunda mujer del famoso Ministro que ya se había divorciado de M. Leo Claretie, hijo de Jules Claretie para casarse con M. Caillaux, que a su vez había divorciado de su primera mujer, se presenta a las oficinas del *Fígaro*, al suntuoso hotel de la Rue Drouot que el mundo *chic* conoce por los célebres *five o'clock*, pregunta por el director, lo espera una hora porque está ausente, y cuando Calmette llega a su oficina acompañado de M. Paul Bourget, de quien se separa para recibirla, le dispara las seis balas de la pistola Browning que lleva dentro del manguito, y lo hiere mortalmente.

Algunas horas después, mientras su esposa entra a una celda de la prisión de Saint Lazare, M. Caillaux deja de ser Ministro y una muchedumbre enfurecida recorre las calles de París gritando: ¡A muerte Caillaux! Al cadalso Caillaux, el asesino *¡Conspuez! ¡Conspuez!*

Todo se ha desarrollado con tal violencia que no ha habido tiempo de postergar el banquete y recepcion que la Embajada de Italia ofrecía al Presidente Poincaré y sus Ministros, y se ha comido allí en una atmósfera in-

tolerable, bajo la presión de este drama, con Presidente y Ministros que miraban sus relojes para escapar apenas sirvieran los postres, ante una concurrencia enervada, inquieta, que hacía telefonear a la Casa de Salud de Neuilly para saber si Calmette había muerto ya o vivía todavía, se ha comido con el espectro de Calmette, ensangrentado y gritando venganza, como en un melodrama inverosímil.

El caráter y la importancia política del asesinato del director del *Fígaro*, no pueden ser negados y no creo que haya quien los niegue. La señora lo ha asesinado, según declaró anoche ante el juez de instrucción, para impedir que publicara nuevos documentos comprometentes para su marido. Ella ha dicho que para impedir la publicación de cartas privadas, pero en esto, o se engaña o falta a la verdad, porque el documento que Calmette iba a publicar era de carácter puramente político, o mejor dicho judicial, y se refería al asunto Rochette. Calmette lo tenía en su cartera al caer herido y lo entregó a sus redactores.

La campaña de Calmette contra Caillaux ha sido violenta, implacable, odiosa y antipática por su tenacidad. Pero lo calumnian los que dicen que ha invadido el sagrado recinto de la vida privada. Ha atacado al Ministro actual, al ex-Ministro, al funcionario, al hombre público.

Calmette acusó a Caillaux de haber propuesto a ciertos herederos Priou o Prieu, que litigaban con el estado, el reconocimiento de su pretensión con tal de que dieran una fuerte suma para la caja electoral del partido; lo acusó de que había usado de sus influencias de Ministro para pedir a una casa bancaria una suma con los mismos fines partidaristas; insistió varias veces en el asunto Priou a pesar de los desmentidos de los interesados; y, por último, publicó en facsímil fotográfico una carta escrita por Caillaux, cuando era Ministro en 1901, a una amiga (a la que después fué su primera esposa), en la cual le decía desde el Senado que había logrado «aplas-

tar el proyecto de impuesto sobre la renta dándose aires de defenderlo», el mismo impuesto que ahora se daba aires de sostener.

Pero ni en el asunto Priou ni en la carta aquella había una línea que pudiera referirse a la vida privada de Caillaux; el ataque iba contra los actos de este político como Ministro de Estado.

Dicen los que conocieron de cerca a Gastón Calmette, que era un charlador amenísimo, un ingenio chispeante, un amigo excelente. El finado M. Chauchard, famoso por su almacén del Louvre y su galería de cuadros, tuvo una grande estimación por Calmette y a su muerte le legó varios millones de francos que le dieron una posición independiente. M. Chauchard, según ese mala lengua de Drumont, se entretenía mucho con la charla de Calmette, al cual nadie acusó entonces de haber recurrido a la adulación, como se publicó de M. Leygues, hombre político eminente que recibió un grueso legado del millonario.

Calmette era un hombre honrado, bondadoso, capaz de grandes lealtades, con una extraordinaria potencia de trabajo y un entendimiento claro y flexible. Escribía sin gran brillo, pero con extrema claridad y tenía una fe absoluta en la acción de la prensa por la repetición de unos mismos argumentos y afirmaciones.

Pero, de cuando en cuando, mostraba un apasionamiento feroz contra determinadas personas que habían caído en desgracia ante él por creerlas funestas para el país. Procedía de buena fe, con una convicción casi apostólica, pero con una tenacidad en el ataque que se parecía mucho al ensañamiento.

Así pasó varios años atacando a M. Delcassé, cuya intervención en las cuestiones de Marruecos explotó con gran daño para la situación de este eminente hombre público; y así se echó ahora sobre M. Caillaux, armado de todas armas y resuelto a crear una atmósfera de desprestigio en torno de su nombre que pusiera término a su carrera política.

M. Joseph Caillaux era duro de pelar, aun para dientes tan afilados como los del director del *Fígaro*. Muy rico, habilísimo en la especulación de Bolsa, conocedor de todos los secretos resortes de las finanzas, profundamente escéptico, cínico por temperamento, sin moral política ni doctrinas de ninguna especie, el Ministro de Hacienda aparecía como el verdadero jefe del Gabinete que nominalmente preside M. Doumergue, y si no había tomado para sí la presidencia del Consejo era sólo porque... pareció un poco demasiado.

Verdadero «plutócrata demagogo», como lo ha llamado Arístides Briand, marcándolo con esa frase digna de Juvenal, M. Caillaux después de haber hecho varios millones en especulaciones audaces, y mientras continúa siendo objeto de toda clase de sospechas, ha emprendido desde el Ministerio de Hacienda una campaña contra la riqueza. Necesitaba solidificar el bloc radical-socialista y no halló otro medio mejor que proponer un impuesto sobre la renta. La revolución económica ha sido para él un medio político, un recurso electoral.

Mientras Calmette lo acusaba y las acusaciones subían como un vapor malsano hasta la tribuna de la Cámara, después de haber invadido todos los círculos de la opinión pública, M. Caillaux sonreía, desmentía con afectado desdén, tomaba la actitud de un hombre que oye gritar en su contra toda suerte de improperios y deja pasar, seguro de su conciencia.

Pero algo muy diverso debía ocurrir, entre tanto, en el hogar de los Caillaux, en la intimidad en que se vacian las cóleras contenidas, las rabias impotentes, las desesperaciones que con trabajo titánico se ha logrado sustraer al público. Algo terriblemente trágico, uno de esos dolores de todas las horas, de todos los minutos, ha debido invadir ese hogar y sacudir hasta el fondo del alma a la mujer, único testigo de las horas débiles del hombre fuerte.

Y Madame Caillaux no pudo soportar más tiempo el silencio, la paciente sonrisa fingida, el desprecio afectado. Ella resolvió matar a Gastón Calmette, al acusador

de su marido; lo resolvió tranquila y friamente, después de consultar con un magistrado acerca de los medios legales que habría para hacerlo callar; lo resolvió y compró una pistola Browning y se excusó por teléfono de no poder asistir al banquete de la Embajada de Italia, y esperó una hora en las oficinas del *Fígaro*, y después de matar al enemigo, se quedó tan serena, tan dueña de sí, tan fuerte, casi se podría decir tan satisfecha, como si acabara de dar una respuesta definitiva y aplastadora a todas las acusaciones del periodista contra el Ministro.

Madame Caillaux resulta un personaje odioso por su frialdad, por su carencia absoluta de delicadeza femenina, por su cruel e impasible actitud delante del hombre que agonizaba. Pero resulta también digna de lástima si se piensa en el terrible despertar que tendrá cuando se dé cuenta de que las balas de su Browning destruyeron el cuerpo de Gastón Calmette y fueron a rebotar sobre la personalidad política de Joseph Caillaux.

¿A quién ha asesinado Madame Caillaux? ¿Al periodista que se convierte desde hoy en un mártir, en una enseña, y cuya voz sigue tan entera como antes de la tragedia, porque sigue su diario y siguen sus compañeros y siguen los que piensan como él, o al ex Ministro que por el resto de su vida llevará sobre sí esta sombra sangrienta?

No es cierto, como dicen hoy los exaltados periodistas monárquicos, que «la República acaba en el lodo y en la sangre». La República no es ni M. Caillaux, ni el grupo de políticos que hoy tienen en sus manos sus destinos. La República es la Francia, que vale más que todo eso y que está por encima de eso.

Más justo sería decir que lo que ocurre es el resultado del Gobierno, apoyado en una maquinaria electoral y no en la voluntad del pueblo, el Gobierno contrario al espíritu nacional, a la tradición francesa, a las aspiraciones de la gran mayoría del pueblo francés.

M. Caillaux encarnaba mejor aun que cualquiera de sus colegas eso que todos los países con sistema parlamentario a medias han conocido: la política de grupo, de intereses electorales, sostenida con recursos que falsean la voluntad popular, que no dan entrada en el Congreso a todas las formas del pensamiento nacional, que gobiernan, no para un país, sino para un partido o combinación de partidos.

La política nacional, la política de la Francia, la encarna el Presidente de la República, y porque la encarna y porque no les convenía que la implantara de hecho como lo deseaba la nación, los políticos del famoso Bloc encerraron al Presidente, lo hicieron prisionero de este Gabinete Doumergue, después de derribar sucesivamente los de Briand y de Barthou.

Nunca el divorcio entre los gobernantes y el país ha sido más notorio, nunca más visibles los defectos de un sistema parlamentario incompleto. Y mientras la reforma electoral que el Bloc resiste y en cuya bandera cayó envuelto el Ministerio Briand no haya sido aprobada, ese divorcio irá haciéndose más profundo y más enconado.

Los Gobiernos, sentados sobre la voluntad de la nación a la cual no dejan libertad para manifestarse sino en la forma incompleta que permiten las maquinarias electorales, tienen que apelar a personalidades equívocas como M. Caillaux. Personalidades de ese género tienen que provocar resistencias violentas y desesperadas como la que Calmette interpretaba en el *Fígaro*.

Moralmente, el acto de Madame Caillaux es un signo de los tiempos. Abolida la moral absoluta y suprimidas todas las limitaciones que hacen que el hombre que vive en sociedad con otros hombres tenga barreras más allá de las cuales no puede pasar, barreras como la vida de sus semejantes, la propiedad, los vínculos de la familia, no hai ninguna razón que pudiera detener a esa señora.

Si las gentes pueden casarse hoy y divorciarse mañana y volver a casarse y a descasarse, si cada uno debe mirar sólo su propio placer, su instinto animal de gozar

y de pasarlo bien, si ha llegado la hora de vivir su vida sin pensar en los demás, ¿por qué no había de suprimir ella al individuo que la molestaba? La imprudencia parece ser más bien, desde el punto de vista modernísimo, del periodista que se interpuso entre esa pareja y sus goces. ¿Que el Ministro faltaba a sus deberes? Pero ¿qué ha llegado a ser la noción de deber, puesto que no hay sanciones para los que lo atropellan?

París no pierde el hábito de excitarse, no se gasta, no envejece. Desde anoche está sacudido, se revuelve en las calles, arrebata los diarios, comenta, discute, impreca, pasa por uno de esos bellos días en que tiene un drama completo, admirable, digno de sus nervios.

Multitudes enronquecidas de gritar han ido anoche desde la comisaría del Faubourg Montmartre a las oficinas del *Fígaro* y de ahí al Ministerio de Hacienda en el Louvre y luego a lo largo de los grandes boulevards, maldiciendo a Caillaux, llamándolo asesino, pidiendo la dimisión. La policía las sigue, las envuelve, las divide, las maneja como un labrador experto las corrientes de agua que amenazan invadirle los sembrados.

Hoy, desde la mañana, han comenzado los estudiantes a desahogar su necesidad de dar gritos, de manifestar, de descargar el sistema nervioso. La Sorbona, los alrededores del Panteón, ese Boulevard Saint Michel, teatro habitual de sus desfiles turbulentos, los han oído vociferar: *¡Conspuez Caillaux! ¡Caillaux l'assassin!*

La Cámara ha tenido una sesión turbulenta, en la cual M. Barthou ha dado un golpe teatral, de primer orden, digno de los mejores tiempos de las grandes luchas parlamentarias, sacando de su bolsillo el famoso documento que Calmette iba a publicar: una copia de informe secreto de M. Fabre, el fiscal a quien M. Caillaux habría obligado a postergar el asunto Rochette, a fin de que el acusado se escapara, como en efecto se escapó.

Y París se agita, salta, corre, grita, pide venganza,

canta canciones de muerte, reclama un cadalso, entra en plena actividad nerviosa.

Pero París se cansa y no tiene el mal gusto de perseverar en tales estados excepcionales, buenos solamente para excitarse y gozar la voluptuosidad de sensaciones nuevas y fuertes.

París olvida, París olvidará... Ha olvidado otras peores.

II

La Crisis Francesa

El triunfo de Gastón Calmette.—La investigación parlamentaria sobre el escándalo Rochette.—Una cuestión constitucional.—La dictadura parlamentaria.—La conciencia del público.—Declaraciones y desmentidos.—¿Quiénes son los que mienten?—Todos los partidos reciben salpicaduras.—No peligra la República, pero peligran ciertos políticos.—Crísis de los partidos republicanos.—Régimen de la clientela y régimen de la ley.—Buen ejemplo para otros países.

París, 22 de Marzo de 1914.

No es la primera vez que un gran luchador gana batallas después de muerto. Gastón Calmette ha conseguido en una semana después de su asesinato lo que no habia logrado con toda su perseverante energía en más de tres meses de tenaz campaña, ha desalojado del Gobierno a M. Caillaux y M. Monis, los dos más altos representantes del régimen político que condenaba, y ha obtenido que el Parlamento y la opinión se entreguen apasionadamente a la investigación de los escándalos que revelaba.

Ha conseguido más que esto: ha conseguido que el gran público caiga con todo el furor de las multitudes embravecidas sobre el grupo de hombres políticos que desde tanto tiempo venía denunciando como funestos para la Francia.

Porque su esposa asesinó a Calmette tuvo que salir del Ministerio el temible Caillaux, que era el alma del ac-

tual Gobierno, «*notre Grand Argentier*», como lo llama un semanario. Y porque Calmette había sido asesinado fué que M. Barthou leyó en la Cámara el proceso verbal del Procurador General Fabre, que revela el escándalo del asunto Rochette y que ha desencadenado la tormenta sobre las más altas cabezas del bloc radical socialista.

Raras veces la muerte de un solo hombre provoca por sí sola una revolución política más profunda.

La investigación parlamentaria que en estos momentos se prosigue por la comisión de la Cámara de Diputados, con poderes judiciales que le han sido acordados por una ley especial, es un caso constitucional curioso y puede establecer un precedente grave.

Nótese que es una comisión de una de las Cámaras que debe investigar verdaderos delitos de que se acusa a Ministros de Estado, a miembros del Poder Judicial, a políticos de la más alta importancia.

La Francia carece de un organismo como la Alta Corte de los Estados Unidos que pudiera erigirse en juez en un conflicto en que los mismos poderes del Estado aparecen envueltos en sombras criminales.

¿Qué hacer en un caso como éste? Un alto magistrado judicial, el más alto de los magistrados franceses, el Procurador General de la República, M. Fabre, en un documento secreto que entregó hace algunos años al guarda sellos (Ministro de Justicia), acusó al Presidente del Consejo de Ministros de aquella época, M. Monis, de que para complacer al Ministro de Hacienda, M. Caillaux, le ordenó que obtuviera el aplazamiento del juicio contra el banquero Rochette, procesado por fraudes y estafas. Monis y Caillaux, que hasta ayer eran respectivamente Ministros de Marina y de Hacienda, negaron los hechos en absoluto, negaron la existencia del proceso verbal o acta en que Fabre había consignado su acusación. M. Barthou lee la susodicha acta en la Cámara y ésta, presa

de una febril excitación, ordena que la comisión que ya investigó los escándalos del proceso Rochette continúe sus investigaciones sobre este punto especial.

Hay aquí una extensión de facultades, una invasión de atribuciones, una confusión de poderes sumamente peligrosa. Entre las diversas formas que ha asumido en Francia la tiranía parlamentaria, pocas tienen un carácter más franco de dictadura que absorbe todos los poderes del Estado.

Y sin embargo, era tal vez lo único que se podía hacer. A menos que se enviara a todos, magistrados y ministros, a los tribunales ordinarios, que hubiera sido lo más constitucional, pero lo que estas cámaras no consentirán jamás porque el interés político les aconseja asumir ellas todas las funciones.

Han declarado hasta ayer ante la Comisión Parlamentaria que preside M. Jaurés, el leader socialista y amigo íntimo de los acusados Caillaux y Monis, estos dos exministros, el procurador Fabre, M. Bidault de l'Isle presidente de la Corte, el abogado de Rochette que solicitó el aplazamiento, siete u ocho magistrados judiciales y otros tantos abogados, todos hombres de gran prestigio profesional y que conocen el asunto o han intervenido directamente en él.

La investigación no ha terminado, ni es fácil que termine tan pronto. Pero el público tiene ya elementos para formar esa conciencia que sustituye a la convicción perfecta en los países donde todo lo perturba la política y nunca se llega a la plena verdad.

El público sabe que a la verdad completa no se llegará jamás, porque los intereses políticos priman sobre toda otra consideración y harán que la investigación termine como lo quiera M. Jaurés que la preside y que es la personalidad más fuerte de la comisión. Para eso son las comisiones con poderes judiciales.

De las declaraciones de unos y otros resulta que el procurador Fabre fué llamado por el Ministro Monis,

quien le dió la orden de que obtuviera el aplazamiento del asunto Rochette en la Corte por algunos meses.

M. Monis dice que no le dió orden, sino que para complacer a M. Caillaux, que se lo había pedido, le dijo que «si era posible, lo obtuviera».

Esto es lo que se llama jugar con las palabras, porque nadie ignora lo que son los deseos de los ministros de esta especie cuando se manifiestan en cierta forma perentoria.

M. Caillaux dice que solicitó el aplazamiento porque había oído que el abogado de Rochette, M. Bernard, haría en su alegato revelaciones sobre otros asuntos financieros que podían provocar una crisis en la Bolsa y afectar seriamente el ahorro popular. Como se sabe, Rochette estafó principalmente a pequeños capitalistas de ahorro. M. Caillaux ha mantenido en su carrera política una conexión estrecha con la Bolsa.

El abogado de Rochette dice que él no pensaba en pedir tal aplazamiento porque le parecía imposible que fuera concedido (todos los abogados y jueces declaran que ese procedimiento era absolutamente inesperado y produjo estupefacción en el Palacio de Justicia); pero que un alto personaje, cuyo nombre no puede dar, le hizo saber que todo estaba pronto para que pidiera el aplazamiento porque se habían dado instrucciones en tal sentido.

Y este último testigo y otros más añaden que Rochette tenía el más vivo interés en que la causa fuera aplazada porque con ello ganaba tiempo y podía, si sus gestiones tomaban mal giro, escaparse, como se escapó.

Y todos juegan con las palabras: Monis dice que no dió una orden, pero en realidad confiesa que dió lo que equivalía a una orden; el mismo Ministro protesta de que no fué él quién telefoneó al procurador general para urgirlo cuando este magistrado tardaba en obedecer y pasaba por una terrible crisis de conciencia, pero el hecho es que telefonearon del Ministerio en su nombre; el abogado Bernard se parapeta trás del secreto profesional para no dar nombres propios y niega que haya amenazado a Fabre, aunque confiesa que tal vez sus gestos lo

traicionaron; Caillaux habla de pretendidos intereses del ahorro popular, que nadie pensaba atacar, como no fuera Rochette que los había defraudado.

Y Monis desmiente a Fabre, y Fabre a Caillaux, y Caillaux a Bernard, y Bernard a Fabre y a Caillaux y a Monis, y Bidault de l'Isle a Fabre y una serie de testigos a Bidault de l'Isle. Con lo que el público tiene que llegar a la conclusión dolorosa de que unos u otros mienten, si es que no mienten todos, que es lo más probable.

Para la conciencia de la opinión pública basta con lo que hasta ahora se sabe: que Rochette escapó a la justicia porque su causa fué aplazada; que según todos los testigos el aplazamiento era tan insólito que sólo podía obtenerse por altas influencias políticas; que dos ministros de aquella época, Monis y Caillaux, confiesan que intervinieron, aunque tratan de explicar sus móviles y la forma de su intervención; y que hasta los que les sucedieron, hombres sanos como Briand y Barthou, ayudaron a la obra porque guardaron silencio durante tres años, hasta que la muerte del pobre Calmette los ha obligado a destapar esta gran «*boite à ordures*».

Una piedra ha caído en el pantano y ha salpicado a mucha gente; el lodo ha alcanzado a todos los grupos parlamentarios, sin más escepción que los de la Extrema Derecha que son meros espectadores, puesto que no tienen jamás parte en el festín del Gobierno; ha caído aún sobre el gran justiciero Jaurés que en medio de todas sus protestas de pureza y de honradez y de depuración, ha sido el sostenedor más constante y más eficaz de los políticos que así procedían.

Pero una vez más es preciso repetir que nada de esto afecta al régimen republicano, como quisieran realistas y bonapartistas y demás gentes que viven mirando hacia atrás, convertidos desde hace tiempo en estatuas de sal.

Peligra la banda de políticos inescrupulosos que ahora es dueña del poder, y peligra sólo en caso de que los escándalos de hoy impresionen a los electores y den en los próximos comicios una mayoría a otros grupos.

Pero es rigurosamente cierto que la mayoría de este país es republicana y que toda restauración de régimen pasado o establecimiento de otros nuevos es una fantasía sin base alguna de realidad. Como es cierto que el Ejército francés vive alejado de la política, fuera de ella, a pesar de ella y consagrado sólo a la preparación inteligente y perseverante de la defensa nacional.

Es esta una crisis de los partidos republicanos de la cual no podrán salir sino cuando hayan hecho una reforma electoral completa y honrada. Con el actual sistema electoral el Gobierno tiene que seguir en manos de gentes como las que ahora dan ante la Comisión Parlamentaria el espectáculo de arrojarse al rostro el lodo que entre todos han estado amasando.

Leo en los periódicos de esta tarde que M. Millerand ha dicho en su discurso de Soissons: «Ha llegado la hora de que el país escoja entre el régimen de la clientela y el régimen de la ley; se trata de saber si la República puede ser la propiedad de una camarilla *(coterie)*, si las circunscripciones electorales pueden ser consideradas como feudos, y si basta para ser tachado de reaccionario la impudente audacia de tener diferencias de opiniones sobre ciertas cuestiones con los representantes momentáneos de ciertas circunscripciones».

No se puede resumir la situación ni con más verdad ni con más nervio. El Gobierno de los intereses electorales mantenido por un parlamentarismo incompleto, en que las Cámaras invaden a los demás poderes hasta suprimir el Ejecutivo, y en que los verdaderos partidos se descomponen en grupos que se disputan unos cuantos días de poder, ha llegado en Francia a un extremo más allá del cual será difícil pasar. Es la hora en que ya cada diputado o senador se siente todo el Estado.

Es un excelente ejemplo para países más nuevos y que van por el mismo camino.

III

La lección de la Francia

Investigación política y nó jurídica.—Las angustias de M. Jaurés.—El conflicto entre la moral y la amistad.—El escándalo y las próximas elecciones.—La futura Cámara será igual a la precedente.—Una maquinaria difícil de desmontar.—La lección que queda.—Triunfo oratorio de Arístides Briand.—El régimen de la facilidad.—Situación en Chile.—El poder judicial y los poderes políticos.—Intervención parlamentaria en las obras públicas y los ferrocarriles.

París, 4 de Abril de 1914.

Para todos los países del mundo civilizado contiene lecciones provechosas el episodio de historia que acaba de vivir la Francia, porque todos ellos se rigen por el sistema parlamentario; pero a ninguno le viene más exactamente el sayo que a Chile porque acaso ninguno ha ido más lejos en el abuso y deformación de ese sistema.

La comisión investigadora parlamentaria, con atribuciones judiciales, terminó su trabajo y presentó su informe. El resultado no difiere sustancialmente de lo que habíamos previsto en correspondencias anteriores y es, como lo suponíamos, más político que jurídico.

Merecería un estudio especial de psicología la lucha que ha debido librarse en el espíritu del presidente de la comisión, el célebre *leader* socialista M. Jaurés, lucha que se adivinaba a través de los interrogatorios a que sometía a los acusados y que se mostró francamente en la fa-

tiga que le costó hacer aceptar ciertos términos del informe por él redactado.

M. Jaurés quería a toda costa dar el espectáculo de un socialista severo, inflexible, puritano hasta la muerte, que juzga a la sociedad burguesa corrompida y cuyo fin ve próximo. Pero al mismo tiempo, hubiera deseado que los burgueses condenados no fueran precisamente de aquellos con los cuales los socialistas marchan desde algún tiempo en perfecto acuerdo y cuyo gobierno apoyan ahora mismo. En suma, que nunca se ha visto mejor la distancia que hay entre las teorías que sostiene un partido extremo en la oposición y la práctica a que se ve forzado por las necesidades políticas cuando está en el gobierno. Es una vieja historia que se renueva cada día.

Después de haber facilitado con sus hábiles interrogatorios las disculpas de sus amigos Caillaux y Monis, y de haber envuelto no menos hábilmente a los funcionarios judiciales, Fabre y Bidaut de l'Isle y de haber aún tratado de comprometer a sus adversarios reconocidos Briand y Barthou, M. Jaurés comprendió que algo había que hacer para salvar las apariencias y formuló en el *rapport* de la comisión una vaga censura contra los ministros culpables. Pues, aun eso le costó mucho hacerlo aceptar. Los amigos querían la absolución sin condiciones, sin censura, por vaga que fuera; M. Jaurés tuvo que amenazar con la renuncia para que dejaran pasar siquiera unas tres palabras que declaraban algo así como «inconveniente» la conducta de los ex-ministros.

Era una comisión política y debía fallar en conformidad a sus intereses políticos. Era una delegación de la Cámara política, que tampoco podía querer cosa alguna que perturbara los intereses partidaristas de su mayoría.

Ahora los diputados se dispersan y van a preparar las elecciones ya próximas en sus circunscripciones respectivas. Hasta M. Caillaux, que había amenazado con privar en lo sucesivo al país de sus servicios, parece que

cede a las instancias de sus electores y acepta una reelección. Por ahora no saldrá de París y dejará la campaña en manos de sus amigos. Lo retienen en la capital las incidencias del proceso que se sigue a su esposa por el asesinato del director del *Fígaro*.

Los perpetuos soñadores de la política que, o se engañan a sí mismos con frases, o creen engañar con ellas a los demás, siguen repitiendo que ahora se verá cómo el país reprueba el régimen actual y no aguarda sino una ocasión para manifestar su repugnancia por toda esta corrupción política revelada en el escándalo Rochette. Es esta una de las últimas formas del romanticismo político.

Sin necesidad de ser un vidente o un profeta se puede asegurar que las elecciones próximas no cambiarán sustancialmente la fisonomía de la Cámara francesa y que los grupos que ahora tienen el poder, continuarán alternándose en él con otros que se les parecen mucho.

Es inútil decir que la opinión está indignada porque se mezcla la política con las finanzas, porque los ministros hacen presión sobre los magistrados judiciales para desviarlos del cumplimiento de sus obligaciones, porque las diputados y senadores ejercen una dictadura irresponsable que penetra en todo el organismo nacional en forma corruptora.

La opinión sabe todo eso y por todo eso se indigna; pero la verdadera cuestión consiste en que el público no puevotar en conformidad a sus opiniones individuales. Cada hombre, cada francés, condena el régimen de corrupción y grita contra él. Pero cada francés que vota está de antemano clasificado, encasillado, prisionero dentro de un partido y todos sus intereses personales se enredan con ese partido, con el diputado por el cual vota, con el sistema que el diputado representa. Es una vasta maquinaria imposible de desmontar.

Habría alguna esperanza de reacción si se adoptara la representación proporcional que había propuesto el último Ministerio de la administración Falliéres, presidido por M. Poincaré, y que reiteró el primer gabinete del actual Presidente que encabezaba M. Briand. La repre-

sentación proporcional daría voz en el Parlamento a grupos de minoría perfectamente independientes, que viven fuera de las combinaciones ya conocidas, grupos que representan aquí los comerciantes, allá los vinicultores, en otros puntos los manufactureros o los intelectuales. Pero mientras las elecciones se hagan por el sistema en actual vigencia, es imposible que la situación cambie.

Queda de toda la polvareda que se ha levantado desde el día en que Gastón Calmette pereció, una lección muy aprovechable para los países más jóvenes que la Francia y que sufren de los mismos males: la terrible lección de los extremos a que conduce el parlamentarismo exagerado, sin limitaciones, que devora al Ejecutivo y aplasta bajo su presión al Poder Judicial.

Es una lección que precisó magistralmente Arístides Briand en la sesión que celebró ayer la Cámara. Su discurso, cuya lectura no podemos sino recomendar vivamente a cuantos se interesan en estos problemas, fué el único que levantó una cuestión personal y partidarista a la altura de un gran problema nacional. Briand estuvo elocuentísimo. La Cámara toda lo aplaudió. La ovación que se le hizo al terminar partía de la Extrema Izquierda tanto como de la Extrema Derecha.

Lo que Briand calificó de atroz es que un estafador reconocido como Rochette, haya podido ir donde su abogado y le haya dicho: «Pida usted sin vacilar el aplazamiento de mi asunto ante los tribunales; cuente usted con que le será concedido sin demora; ya todo está arreglado». Y el abogado que se resistía, que consideraba una enormidad increíble que tal cosa se concediera, fué, pidió el aplazamiento y lo obtuvo de los magistrados judiciales sobre quienes los Ministros Monis y Caillaux habían ejercido la presión necesaria.

En otras palabras: un estafador ha podido mover influencias políticas de la más alta importancia, que comienzan en diputados o senadores para llegar a Ministros de Estado, con el objeto de que se le deje en libertad de cometer nuevas estafas. Y todo esto contra los intereses

de la justicia y hasta contra la práctica de los tribunales por simple presión política, porque el estafador tenía amigos en el partido que gobierna.

La magistratura está a merced del Parlamento y la independencia del Poder Judicial desaparece. ¿Y cómo ha de ser de otra manera? En el régimen actual, que es en Francia muy semejante a lo que se ve en Chile, cada diputado tiene derecho de vida y muerte sobre cada Ministro y los magistrados judiciales dependen de los Ministros para su carrera, para vivir, para estar seguros de que no los han de plantar en medio de la calle con el menor pretexto, a pesar de la inamovilidad más aparente que real, o de que no los han de dejar a perpetuidad en un cargo.

En la desenfrenada carrera de las ambiciones, en este *arrivismo* loco que es la característica de nuestro tiempo, el diputado necesita complacer a los que lo empujan hacia arriba, y el Ministro a los diputados que lo sostienen desde abajo y el juez al Ministro que lo puede tirar hacia arriba. Es lo que Anatole France ha llamado «el régimen de la facilidad».

«Yo he estado en el Gobierno, clamaba Briand en la tribuna ante una Cámara sacudida por su elocuencia, yo he sido Ministro de Justicia y puedo deciros que el nombramiento de esos magistrados, sus ascensos, su carrera, su vida misma están en nuestras manos.»

Y lo que M. Briand decía de la justicia pudo decirlo de los ferrocarriles, de las obras públicas, de cuantos servicios tiene el Estado. Todo está en manos de esta dictadura irresponsable, intangible, que ejercen todos los diputados y todos los senadores, y que cada uno de ellos puede ejercer en toda su plenitud.

Si nuestra magistratura judicial ha escapado bastante bien de estas influencias, nadie se atreverá a decir que ha escapado del todo. En Chile no ha habido todavía el caso de un Ministro de Estado que llame a un Fiscal de la Corte Suprema para imponerle su manera de ver en un asunto puramente judicial. Pero hay síntomas malos

aun a ese respecto y los nombramientos de jueces están de tal modo sujetos a los intereses políticos que los partidos se distribuyen las vacantes según cálculos aritméticos.

Pero si en materia judicial escapamos hasta ahora menos mal que la Francia, ¿quién no sabe hasta dónde llegan las influencias de los miembros del Congreso en las obras públicas, en los contratos, en los ferrocarriles? ¿Quién que haya sido Ministro ignora las solicitaciones de que son objeto los representantes fugitivos de un Gobierno que vive de limosna y que tiene que hacer todo género de piruetas y de juegos malabares para sostenerse unos cuantos meses?

Hay en el fondo mismo, en la esencia, en la constitución íntima de estos parlamentarismos mal comprendidos, el germen de estos males. Se ha dejado en Francia como en Chile que el monstruo parlamentario crezca sin medida y devore al Ejecutivo e invada el Poder Judicial y llegue a serlo todo sin responder de cosa alguna.

Y lo grave es que las democracias modernas están condenadas a perecer de esta elefantiasis parlamentaria si no le ponen pronto atajo, porque un desequilibrio semejante conduce a la oligarquía, a la absorción del poder público por ciertos grupos de políticos profesionales y esto es la negación del concepto de democracia. Por ahí se va, o a la dictadura personal, cuando el país se cansa de verse explotado en tal forma, o a la demagogia desenfrenada.

Para estas sociedades viejas y gastadas es más difícil que para un pueblo nuevo como el nuestro reaccionar. Nosotros podemos buscar todavía el punto de equilibrio que reduzca las funciones parlamentarias a lo que deben ser, que garantice en ellas el concurso de todas las formas de la opinión nacional, que respete el Ejecutivo en sus atribuciones y que deje en soberana independencia al Poder Judicial.

La lección que acabamos de recibir de la Francia es elocuente y acaso nosotros podemos aprovecharla mejor que ella misma.

IV

La Revuelta leal

Agitación en Ulster y sus efectos

Previsiones que se cumplen.—No hay guerra civil y habrá Home Rule.—Acercándose a la transacción.—Aplicación de una regla de sport.—Cosas singulares e incomprensibles para el extranjero.—La revuelta leal.—Fanáticos que se temen unos a otros.—Porqué ha dejado el Gobierno que Ulster se arme.—El Ejército y la posible represión.—Grave error del Ministro de la Guerra.—Una institución aristocrática.—Reparaciones que urgen en el edificio británico.

París, 7 de Abril de 1914.

Cada vez que nos hemos ocupado en la cuestión del Home Rule irlandés, y hacen ya más de dos años que escribimos sobre ella por la primera vez al *Mercurio*, hemos sostenido que inevitablemente se daría a la Irlanda la autonomía que reclama, y que la resistencia de los condados protestantes de Ulster no llevaría el país a una guerra civil.

No es extraño que un diario de Santiago publicara dos años há algunas burlas sobre esto, estimando sin duda que nuestras afirmaciones eran utópicas o aventuradas. En Inglaterra misma ha habido muchísima gente que no ha creído en la posibilidad de que la ley del Home Rule fuera aprobada y hay todavía quienes consideran probable la guerra civil.

Los hechos van, sin embargo, confirmando nuestro convencimiento: la Cámara de los Comunes ha aprobado anoche por segunda vez el Home Rule, que en virtud de la ley, quedará definitivamente incorporado aún cuando lo rechace la Cámara de los Lores; y la guerra civil se aleja a medida que ambos partidos extremos van acercándose por medio de transacciones que cada día se ven más fáciles.

En noviembre último, mientras Sir Edward Carson pasaba revista a sus amigos los *Covenanters* de Ulster, armados para resistir la ley del Home Rule, cuando no se hablaba sino de guerra civil, manifestamos a nuestros lectores una confianza absoluta en que no se llegaría al conflicto armado y en que se repetiría la historia británica en la cual todas las dificultades graves llegan a una transacción.

La transacción está ahora muy próxima y ha sido ya perfectamente delineada en la sesión de ayer de la Cámara de los Comunes.

El primer Ministro, que por desgracia no asistía a la sesión, había ofrecido ya declarar que la región de Ulster hostil al Home Rule, sería sustraída a la aplicación de la ley de autonomía de Irlanda por un período de seis años, al cabo de los cuales espera él y espera el partido liberal que la ley habrá dado tan buenos frutos al país entero en los *Covenanters* se convencerán de que no corren ningún peligro aceptando su incorporación a la Irlanda libre. La oposición rechazó este ofrecimiento.

Ahora Sir Edward Carson ofrece proponer a sus amigos que depongan las armas si el Gobierno introduce la cláusula de excepción por seis años, pero a condición de que al término de ese plazo sea el Parlamento quien resuelva si Ulster se incorpora o no definitivamente al Home Rule.

Por su parte, el leader de la oposición, Mr. Bonar Law, dió también un paso hacia el avenimiento: si el Gobierno incluye la cláusula de excepción temporal del Ulster en la ley y después de aprobada ésta por la Cámara de los Comunes, disuelve el Parlamento y llama a nuevas

elecciones, la oposición se compromete a hacer pasar la ley sin modificación en la Cámara de los Lores, donde los conservadores tienen mayoría, con tal de que el país se haya pronunciado en favor de ella.

Es el buen sentido británico. Esta raza tiene una maravillosa fuerza de visión de los hechos y sabe respetarlos. Los ingleses fundan su política sobre hechos concretos, y no sobre fantasías o doctrinarismos cerrados. Cuando los hechos están en pugna con la aplicación de una doctrina, se va a la transacción.

Hay en todo esto, además, el espíritu sportivo inglés para el cual nada es tan sagrado como el *fair play*, expresión intraducible que significa el juego honrado, el respeto de los derechos del adversario, el desconocimiento absoluto de la trampa.

Probado que hay una región de la Irlanda resuelta a no aceptar por ahora la ley que concede la autonomía a ese país, se busca una transacción honrada que salve el principio hasta donde se pueda y que libre al país de males mayores.

Esta crisis va siendo para el Reino Unido algo así como esas jornadas de aseo que las señoras inglesas hacen precisamente por esta época del año y que llaman *spring cleaning*, limpieza de primavera: se retiran todos los muebles, se levantan los tapices, se descuelgan cuadros y cortinas.

Es en tales ocasiones cuando se ve que el papel de los muros está desteñido, que un tabique flaquea, que la pintura cae a pedazos, que hay ventanas que no cierran. De un buen *spring cleaning* puede salir la reparación completa de una casa y hasta su reconstrucción.

Las flaquezas de la organización tradicional han quedado a la vista en algunas manifestaciones singulares que son poco menos que incomprensibles para los extranjeros que no han estudiado la Inglaterra durante algunos años y vivido en medio de su pueblo.

Y entre todas las cosas singulares e incomprensibles

ninguna lo es más que esta revuelta de Ulster, única en la historia, porque se trata de una región que se levanta en armas, no para separarse de la metrópoli, sino para no ser separada de ella, para que no se le dé autonomía.

La revuelta de Ulster, que ha llegado a los bordes de la guerra civil, merece exactamente el calificativo de *la Revuelta Leal*, que le han dado algunos escritores.

Penetrando un poco más en el fondo, hay otros factores; pero el aspecto externo es ése.

En realidad, Ulster se alza en armas contra la autonomía de Irlanda porque sus condados de Antrim, Down, Londonderry y Armagh son protestantes y forman una minoría insignificante en la Irlanda católica. Temen esos rigurosos presbiterianos que la mayoría católica los tiranice, y prefieren permanecer unidos a la Inglaterra protestante.

Es un temor absurdo porque la misma ley del Home Rule ha tomado las providencias necesarias para que la libertad religiosa quede sólidamente garantida; pero es un temor que se comprende porque tan fanáticos son unos como otros en Irlanda, católicos y protestantes, y éstos saben que horrores se pueden cometer en nombre de la religión porque se acuerdan de los que ellos cometieron en otros tiempos contra los católicos que eran mayoría.

Nótese, de paso, que sólo cuatro condados de Ulster son protestantes; el resto de la provincia acepta el Home Rule.

Los extranjeros se preguntan también cómo es posible que el Gobierno inglés haya dejado armarse a los *covenanters* de Ulster, los haya visto comprar armas, organizar batallones, adiestrarse militarmente, preparar la resistencia por la fuerza, sin hacer absolutamente nada para impedírselo.

El primer Ministro, liberal de la vieja y nueva escuela, responde que el Gobierno no quiso dar ni siquiera pretexto para que se dijera que fomentaba la exasperación

de los ciudadanos de Ulster con medidas de prevención que podían ser interpretadas como coerción anticipada.

La verdad es que la Constitución inglesa, o para hablar con más exactitud, el conjunto de costumbres y de acuerdos parlamentarios que lleva ese nombre genérico, no da al Gobierno grandes facultades para tales casos.

El sentimiento de la libertad individual es en Inglaterra fortísimo, absoluto, superior a todo. Para no violar una libertad individual o la sombra de una libertad, se hacen todos los sacrificios, se llega al absurdo.

Ese sentimiento lleva envuelto el respeto fanático al derecho de reunión, a la asociación con cualquier fin, a la manifestación más cruda y violenta de opiniones.

Nada de eso está escrito en leyes, pero todo ello entra en las costumbres políticas, cuyo conjunto forma el verdadero derecho público británico y que ningún hombre de Estado tendría la audacia de atropellar.

Pero es aún más singular si cabe que en el Ejército se hayan producido renuncias de altos jefes, y aun de oficiales subalternos, y a veces amenazas de renuncias colectivas en grupos numerosos cuando el Gobierno pensó en mover tropas para mantener el orden que sin duda peligraba en Ulster.

En honor de la verdad debe decirse que el Gobierno estuvo extremadamente torpe en el manejo de esta parte del conflicto. El Ministro de la Guerra, coronel Seely, mostró su completa incompetencia y su falta de talento de estadista. Su renuncia era la menor satisfacción que se podía dar al público justamente indignado contra él.

El coronel Seely preguntó a los altos jefes si estarían dispuestos a tomar parte en las eventuales operaciones de represión a que podía dar lugar la revuelta con que amenazaba Ulster. Sus instrucciones, si no decían eso en la letra, equivalían precisamente a eso: a interrogar a los jefes para que éstos interrogaran a sus subalternos, sobre si estarían dispuestos a obedecer.

Mostrar de tal suerte la debilidad, el temor gubernativo, era una mala política, era lanzar al Ejército a la lucha de opiniones, al plano inclinado del criterio personal de cada oficial que quisiera o no quisiera obedecer tales o cuales órdenes probables del Gobierno. Era un paso que en inglés puede ser calificado de *silly*.

Pero no cabe duda que el incidente sirvió para mostrar que el ejército inglés, notable por su espíritu de cuerpo, por su cultura, por la distinción de sus miembros, por su buena preparación militar y su empeñoso afán de perfeccionarla cada día, es una institución aristocrática en extremo peligrosa para un Gobierno lanzado a la reforma democrática más atrevida, como el actual Gabinete inglés.

El Ejército británico, que tantas veces ha dado pruebas de su bravura y que perpetúa en el mundo una tradición magnífica de caballerosidad, es un cuerpo de hombres seleccionados con el cuidado más exquisito, una verdadera *élite* nacional, y el hecho sólo de pertenecer a él constituye una especie de título de nobleza.

Los oficiales pertenecen en su mayor parte, en algunos regimientos en su totalidad, a las familias nobles, o por lo menos a las familias ricas y muy antiguas. Los suboficiales y los soldados son gente de una clase superior a la obrera, están bien pagados, tratados con suntuosidad y hacen una vida llena de ventajas materiales.

La Inglaterra no se conoce el concepto democrático del Ejército, institución nacional a la cual todo ciudadano tiene que prestar su concurso como un impuesto que el país exige para su seguridad.

Y mientras no haya conscripción, servicio obligatorio, el admirable Ejército inglés, por tantos títulos digno de simpatía y de profundo respeto, seguirá siendo aristocrático, seguirá formando una clase social con privilegios, una especie de nobleza, como eran los ejércitos de todas las potencias antes de las revoluciones populares de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

No van tan descaminados los socialistas ingleses—*Labour Party*—cuando argumentan de esta manera: si los

miembros del Ejército pueden abstenerse de prestar sus servicios en una revuelta contra las leyes, como sería la de Ulster contra la ley de Home Rule, no hai ningún motivo para que no se abstengan en los casos en que se les llama a reprimir desórdenes provenientes de huelgas u otros movimientos obreros.

No se puede negar que esta vez ha habido un Ejército que deliberaba, y sobre esto no cabe otro principio de seguridad nacional que el que la Constitución de Chile estableció tan lacónica y sabiamente: el Ejército es esencialmente obediente.

Los oficiales que declaraban su repugnancia contra las órdenes que pudiera dárseles para ir a Irlanda y reprimir la revuelta y asegurar el imperio de la ley, son sinceros en sus opiniones, son conservadores por tradición, por sentimiento, porque tienen esas convicciones en la sangre.

Lo malo, lo peligroso, es que tengan opiniones cuando se trata de obedecer. Un ejército nacional, reclutado democráticamente, no habría podido presentar ese peligro.

Tenemos fe en que las dificultades presentes serán solucionadas por una transacción, como la tenemos inquebrantable en que la Irlanda alcanzará la autonomía por la cual ha luchado más de un siglo.

Hay causas irresistibles porque son causas de humanidad, de justicia absoluta. La de Irlanda es una de ellas.

Para llegar a este resultado ha sido preciso remover el viejo edificio polvoroso del Reino Unido, ha sido menester un *spring cleaning* que ha revelado la necesidad de reparaciones urgentes.

Pero, como en otras ocasiones lo hemos dicho, la formidable sacudida está mostrando al mismo tiempo que los cimientos son sólidos, son inmortales, tienen bases de libertad inconmovibles, y sobre ellos se edifica a estas horas la Inglaterra democrática que sucederá a la actual.

V

Problemas alemanes

El libro del ex-canciller von Bülow

El fenómeno alemán.—Un libro frío sobre asuntos candentes.—La Francia es irreconciliable.—Un odio explicable y hasta honroso.—La política alemana en Marruecos.—La rivalidad inglesa.—Egoísmos e idealismos.—Por qué la Alemania tiene una gran flota.—Política futura.—Defensa de la dignidad.—Evitar lo irremediable.—Italia en la Triple Alianza.—Los partidos políticos alemanes.—Maravillosa organización del socialista.—Medios para luchar contra el socialismo.

París, 11 de Julio de 1914.

El fenómeno político más sorprendente de los últimos cuarenta años es, sin duda, el crecimiento del Imperio alemán. Tiene casi los caracteres de un prodigio esta marcha triunfal de una Confederación de viejos Estados que en menos de medio siglo ha llegado a ser una de las potencias más ricas, más fuertes, más productivas y más respetadas del mundo.

Acaso no se ha visto jamás en la historia una nación que en cuarenta años pasa de 40 millones de habitantes a más de 65 millones, cuyo comercio salta en ese mismo período a cifras que triplican su valor, cuya marina mercante y de guerra sube desde el quinto o sexto lugar hasta ocupar el puesto de la segunda del globo.

Y todavía sería menester, para dar idea del portentoso desarrollo de la Alemania, añadir detalles tan reveladores como éste: que el año 1885 emigraban todavía unos 160,000 alemanes cada año y el año último no llegaron a 20,000 los que se expatriaron.

Cuando se habla de la insolencia alemana y del tono agresivo que toma su política, su prensa, su literatura, se olvida que una nación tiene motivos de estar orgullosa y de hablar a las demás con altivez cuando siente dentro de sí fuerzas tan extraordinarias.

La Alemania es consciente de sus fuerzas porque su desarrollo no es el producto del azar ni de un golpe de fortuna, sino el resultado de esfuerzos metódicos en que todo el país ha cooperado. La grandeza del Imperio es la obra del pueblo alemán, envolviendo en esta denominación a todas las clases sociales, desde el Emperador, primero y más alto intérprete del sentimiento nacional, hasta el último labriego que cultiva en los campos betarragas y patatas, o el humilde viajero de comercio que ofrece sus géneros en una aldea remota perdida en las selvas del Brasil o al borde de los lagos africanos.

Es esta conciencia de una fuerza que desborda, de una vida pletórica, rica de sangre nueva, llena de promesas para el porvenir, la que se desprende del admirable libro que ha publicado el ex-canciller del Imperio, Príncipe de Bülow, y que acaban de traducir al francés con el título de *La Política Alemana.*

El Príncipe de Bülow ha hecho un libro que será en extremo benéfico a su país porque habrá de ser muy leído a causa de la notoriedad de su autor y el interés del asunto, y porque será leído con agrado y con fruto en todo el mundo.

Cosa curiosa: este hombre, que ha tenido en sus manos el más alto cargo del Imperio durante diez años, y que goza en Europa de una grande y merecida autoridad como estadista, escribe sobre su país en un tono tran-

quilo, sereno, digno, que da un buen ejemplo a los escritores menudos.

En vez de las baladronadas y de los irritantes arrestos de vencedores, el ex-canciller habla con gran moderación, que no excluye la energía y seguridad del fondo, y sabe ser respetuoso hasta de la Francia vencida cuya animosidad, cuyo odio irreconciliable comprende perfectamente.

¡Irreconciliable!..... von Bülow ha escrito la palabra con el ánimo tranquilo de quien no quiere ocultar la verdad tras de fórmulas engañosas de diplomacia. «No nos es permitido olvidar que la Francia es irreconciliable», dice, y en esto se funda para demostrar que la política externa del Imperio no ha podido jamás prescindir de ese hecho que lamenta, pero que comprende. «Se podría decir, añade, que el odio a la Alemania es el alma de la política francesa y que todas las otras cuestiones internacionales son cosas materiales que no se refieren sino al cuerpo. Una de las características del pueblo francés es que antepone las necesidades espirituales a las materiales». Y luego concluye con este generoso homenaje al patriotismo de los adversarios: «Es una prueba de un vivo sentimiento de honor la que da una nación cuando sufre de tal modo con una ofensa a su dignidad que el deseo de la revancha llega a ser en ella una pasión nacional predominante».

Es inútil, según von Bülow, que la Alemania intente en una forma u otra conciliarse a la nación ofendida. Sus avances serán siempre rechazados mientras la Alsacia y la Lorena sean alemanas. El mismo Bismarck se equivocó cuando pensó que dejando a la Francia una gran libertad para formarse un vasto imperio colonial, se la haría olvidar el desastre de sus fronteras del este». La Francia hizo su imperio enorme y riquísimo, y siguió con el alma puesta en la Alsacia y la Lorena.

Sin embargo, el escritor cree que el exceso de tensión del espíritu francés en este fervor de odio a la Alemania y de preparación para una revancha, debe traer una reac-

ción de apaciguamiento. La ley de servicio militar de tres años, destinado a suplir la falta de población, marca, a su juicio, la cumbre, el paroxismo de estos esfuerzos patrióticos franceses y se puede esperar que señale una calma en el futuro.

Y así explica von Bülow la actitud de Alemania en Marruecos y la intervención del Imperio en los asuntos mediterráneos con su diplomacia, con el viaje del Emperador a Tanger y la aventura de Agadir: puesto que toda política de conciliación es inútil con la Francia, no había razón alguna para que la Alemania se privara de un movimiento que podía serle fructífero y que en realidad lo ha sido.

Reconoce el ex-canciller que se habría podido ser en aquella ocasión más condescendiente con la Francia; pero se pregunta: ¿con qué objeto, si es vana toda esperanza de conquistar la amistad francesa? La Alemania no tenía motivo alguno que le impidiera precisar su posición de potencia mundial y robustecer «la conciencia europea de la fuerza germánica».

Su idea es que la Alemania debe observar respecto de la vencida del 70 una actitud correcta en que jamás haya la menor provocación, pero sin que se pierda jamás el tiempo en tentativas conciliadoras que de antemano deben ser rechazadas como inútiles y aun perjudiciales.

De este modo aleja el ilustre hombre de Estado alemán toda esperanza de que desaparezca ese foco de incendio, esa acumulación de elementos explosivos que desde hace más de cuarenta años amenazan la paz del mundo. ¡Irreconciliable!..... y sólo Dios sabe hasta cuándo.

El ex canciller cree que la Francia no se siente segura de sus propias fuerzas en este culto del odio a la Alemania y preparación de la revancha. Por eso ha buscado la alianza de la Rusia y la amistad de la Inglaterra.

Entre el odio francés y la rivalidad inglesa hay diferencias esenciales, a juicio de von Bülow; el primero pro-

cede de un sentimiento noble contra el adversario que la humilló; la segunda es una simple lucha comercial. «La política inglesa contra nosotros es un egoismo nacional; la política francesa, un idealismo nacional».

Si se puede decir que el poder de la Alemania en tierra se ha constituído a expensas de la Francia, no es menos cierto que su potencia naval, mercante y de guerra, se está formando a expensas de la Inglaterra.

La Alemania fué empujada a crearse un comercio marítimo con naves propias, sostiene el ex-canciller, por las necesidades de expansión de su industria, por el desborde de su población, por las imposiciones rigorosas de su derecho a vivir. Y una vez iniciada la flota mercante, era indispensable tener la de guerra, pues la una no se se concebiría sin la protección de la otra. Cuando el Emperador ha dado a este movimiento todo el impulso de que es capaz un estadista tan enérgico y tan hábil, no ha hecho más que dirigir la corriente que existía en el país.

La Inglaterra, que durante todo el siglo XIX tuvo el señorío indiscutido de los mares, se alarmó apenas sintió que los propósitos del Emperador se convertían en realidad. Se habló en aquel país de provocar a la Alemania y aniquilarla antes de que pudiera llegar a ser una potencia naval; pero el buen sentido inglés rechazó la provocación, y los alemanes no dieron jamás pretexto para que tal cosa ocurriera. El Gobierno del Imperio amparó siempre la dignidad de la nación, pero evitó cuanto pudiera producir lo «irremediable».

«Siempre he rechazado, dice von Bülow, los ataques inconvenientes que herían nuestra sensibilidad nacional, vinieran de donde viniesen; he resistido aún la intervención en la guerra boer porque habría inferido a la dignidad inglesa una herida que jamás se habría cerrado.»

El libro describe la política de Eduardo VII, enderezada a aislar y encerrar a la Alemania en Europa; recuerda que, para cooperar a ella, la Francia pasó sobre el incidente depresivo de Fashoda; y dice que cuando esa política fue puesta a prueba, en la hora crítica en que el

Austria se anexó la Bosnia y la Herzegovina con el apoyo solemne y franco de su aliada la Alemania, el fracaso fué evidente. La Alemania no quedó encerrada, la paz se mantuvo y la Triple Alianza entró con nuevas fuerzas en los problemas del Mediterráneo.

La opinión de von Bülow es que la Alemania debe continuar esta política, es decir, mantener celosamente su dignidad, sin provocar y haciendo cualquier esfuerzo decoroso para evitar lo irremediable. Mira, por otra parte, con cierto optimismo la tendencia de la opinión inglesa a temperar las relaciones entre los dos países.

En todo caso, la marina de guerra continuará desarrollándose en conformidad al programa preestablecido, y ella debe ser la garantía de que nada ni nadie detendrá el desenvolvimiento económico de la Alemania en el mundo.

La triple Alianza tiene un punto débil que sus adversarios han pretendido aprovechar más de una vez: es la Italia, país latino cuyas afinidades son mayores del lado francés que del alemán y que tiene rencores históricos contra el Austria. ¿Acaso la generación actual puede olvidar las campañas de la Lombardía y del Veneto? ¿No es un hecho que más de un millón de italianos son súbditos del Austria?

Von Bülow reconoce los peligros y presenta a la Alemania como la amigable componedora entre las otras dos aliadas que suelen tener intereses opuestos; pero proclama la perfecta lealtad de la Italia a los pactos, a pesar de cuanto han hecho los adversarios para desviarla de su cumplimiento, y sostiene que los plenipotenciarios italianos, contra lo que entonces se dijo, estuvieron de acuerdo con sus aliados durante las críticas gestiones de Algeciras.

La guerra de Trípoli, período en el cual tanta actividad se gastó para separar a Italia de la Triple Alianza, probó que los vínculos que a ella la ligan son más fuertes de lo que se imaginaba.

Y la Italia tiene un valor real muy considerable dentro de la Triple, según von Bülow, y aun en el caso, que supone posible aunque no probable, de que la Italia no pudiera estar al lado de sus aliadas en todos los asuntos que a éstas interesen, y aun cuando llegara la ocasión de que la Alemania y el Austria no pudieran acompañar a la Italia en todos sus asuntos mundiales, es suficiente para mantener el equilibrio que la Italia no se vincule con los adversarios.

Bismarck decía que le bastaría tener a su lado un cabo italiano con una bandera italiana y un tambor, vueltos hacia el occidente, esto es, hacia la Francia, y no hacia el oriente, o sea contra el Austria.

En otras palabras, el ex-canciller cree, como su ilustre predecesor, que el valor de la Italia dentro de la Triple Alianza consiste principalmente en que no está en la Triple Entente.

Discute también von Bülow con extraordinaria lucidez los problemas internos del Imperio, pero su examen tiene menos interés para nosotros porque exige un conocimiente exacto de la complicada organización íntima de ese país, conjunto de nacionalidades y de Estados.

Pero son muy interesantes y aun aplicables a otros países sus sensatas observaciones sobre la política partidarista en Alemania.

A su juicio, los alemanes no tienen aptitudes para la política, porque en ellos la lógica admirable para discurrir raras veces se junta a una percepción exacta de los hechos, de las realidades. Son mejores filósofos en el campo sereno de la abstracción, que políticos en el fragor de la lucha con hombres y con sucesos. Además, tienden a particularizar, a observar los detalles; tienen un exagerado espíritu de asociación que los lleva a ocuparse en intereses restringidos con olvido de los intereses generales.

El ex-canciller señala con mucha claridad el carácter especialísimo de los partidos políticos alemanes; como

allí no hay gobierno parlamentario, no existe la responsabilidad que en los países parlamentarios pesa sobre el partido que está en el Gobierno o que aspira a llegar a él; en Alemania las agrupaciones políticas carecen del sentido de la responsabilidad gubernativa.

Los partidos políticos alemanes tienen esta causa de inferioridad: que no están llamados a gobernar.

Encomia von Bülow la prodigiosa organización del partido socialista. Recuerda que el general von Schwelnitz le dijo un día: «Hay en el mundo dos organizaciones perfectas: el ejército prusiano y la Iglesia católica», y se siente tentado a agregar el partido socialista alemán.

Y aborda valerosamente el punto más delicado, el de los medios para luchar contra el partido socialista, que considera irreductible y con el cual ningún Gobierno puede contar para nada.

Aconseja una política que parece muy simple, pero que en la práctica no lo es tanto. Se deben emprender reformas sociales en todo aquello que sea de justicia; mantener el orden público a costa de cualesquiera sacrificios, servir resueltamente los intereses de la pequeña burguesía, de la clase media.

Es preciso aislar al partido socialista y ligar estrechamente al Estado con la burguesía burocrática, (la clase de los empleados, tan numerosa en Alemania) y con la pequeña burguesía que no tiene fortuna.

Para esto se necesita una política «amplia y valiente» que sepa mantener vivas las satisfacciones y ventajas de la vida nacional, tal como al presente se desarrolla, «una política que desenvuelva las mejores fuerzas de la nación y que atraiga, mantenga y robustezca a la clase media».

Y ante todo, el orden público. La violencia es inútil y aun perjudicial, y no hay que confundir la represión de la propaganda de ideas con la defensa del orden; pero cuando este último corre peligro es deber de todo gobierno, sea liberal o conservador, monárquico o republicano, mantenerlo con energía.

Teme von Bülow que pueda fallar en Alemania esta política, porque para ejecutarla no bastan los buenos

Ministros, sino que se necesita, además, que la mayoría de los ciudadanos se interese de veras en la vida política del país, lo que en el suyo no ocurre. Le escandaliza pensar que hay alemanes instruídos e inteligentes que están orgullosos de no entender nada de política y de no querer saber nada de ella.

El libro del Príncipe de Bülow es, en suma, el documento más vigoroso y más autorizado que se haya producido hasta ahora para precisar los términos de este fenómeno, cuyo alcance se extiende por el mundo entero: el desarrollo de la Alemania y la política que ha llevado al Imperio a una posición que le suscita rivales, pero que le permite no reconocer superiores.

EL PRIMER ACTO DEL DRAMA.

1914.

VI. A través de la Europa en guerra.
VII. El grande horror de la guerra.
VIII. Acusación contra el ejército alemán.
IX. Un testigo neutral de la guerra.
X. La tragedia belga.
XI. El martirio de Bélgica [1].

---

[1]) Véase en el Apéndice el documento intitulado: **Un sacerdote paraguayo** (el presbítero Manuel Gamarra) **en Bélgica.**

VI

A través de la Europa en guerra

Sorprendidos por la tormenta.—El gesto de una democracia.—La guerra y los neutrales. — Huyendo del fuego. — La frontera francesa.—Viaje interminable.—Multitudes en movimiento.—París triste.—Encuentro con la tropas británicas.—Boulogne y un recuerdo napoleónico.—Cruzando la Mancha.—La Inglaterra sigue su vida ordinaria.

Londres, 19 de Agosto de 1914.

Acabo de atravesar una parte de la Europa en guerra y tengo delante de los ojos la visión inolvidable de los pueblos apercibidos para la gigantesca lucha.

El grito de muerte que las grandes potencias de la tierra se lanzaron un día, resonó hasta en el fondo de los valles risueños y en lo alto de los montes silenciosos de la Suiza. Oyóse por todas partes un gran clamor y vimos que los segadores de heno tiraban la guadaña, entraban en sus casas para coger el arma y vestir el uniforme y bajaban por los caminos graves, tristes, inquietos, volviéndose apenas en el último codo del sendero para saludar a la mujer y a los hijos que agitaban sus pañuelos en la puerta del chalet.

Era el gesto sobrio y tranquilo de un pequeño pueblo, de una gran democracia, que enviaba en tres días 350,000 hombres, los mejores tiradores de Europa, a resguardar sus fronteras como un dique contra el cual vendrán a estrellarse las olas humanas de la horrible tormenta.

Partían a defender su neutralidad todos los hombres válidos. Era el sacrificio cruel e inmerecido que debía hacer en aras del monstruo de la guerra un pueblo sin ambiciones, que a nadie buscó querella y sólo pedía que lo dejaran trabajar en paz.

Y cuando los hombres válidos se fueron, vimos que subían tristemente las colinas los viejos, las mujeres y los niños que iban a recoger las guadañas y a tomar el puesto de los que defendían los hogares.

Súbitamente todo calló en torno nuestro. Se cortaron los ferrocarriles internacionales, se interrumpieron correos y telégrafos, y quedamos aislados en los montes que miran el lago Lemán, en una soledad y paz de idilio.

En los primeros días el pueblo se había precipitado sobre los negocios de comestibles para guardar víveres, sobre los Bancos para retirar su dinero. Las autoridades intervinieron y el pánico se calmó. La vida se buscaba por sí misma la manera de ajustarse a las nuevas condiciones.

Quedaron solos, vagando por las calles, agrupados a las puertas de sus cónsules, varios miles de turistas extranjeros que querían volver a sus hogares y tocaban desesperados los muros impenetrables: ferrocarriles interrumpidos, telégrafos con censura y entregados al servicio militar, Bancos en moratoria.

Apenas podíamos darnos cuenta de que aquello era realidad. Nuestra generación no sabía de guerras continentales. La educación napoleónica se había perdido en el mundo. Nos habían dicho que todo eso era el pasado, la barbarie, lo que no podía volver.

Estado de sitio... ley marcial... censura... pasaportes... salvo-conductos... ¿Quién sabe ya de estas cosas? Y todas ellas vuelven y tenemos que preguntar lo que son y hacernos bruscamente una mentalidad nueva y nuevas formas de vida.

De Francia, de Alemania, de Austria llegan a Suiza míseros rebaños humanos que huyen de la guerra como ganados que el fuego sorprendió en la pradera y en el bosque. Son pacíficos huéspedes convertidos de la noche

a la mañana en enemigos. Han abandonado propiedades, negocios, hasta los vestidos. Describen unos viajes de pesadilla en trenes improvisados que no tienen horario, que van al azar, empujados o detenidos por las autoridades militares. Hablan de fusilamientos, de prisiones, de crueldades; tienen en los ojos el terror y todavía en el territorio neutral están tímidos, inseguros, con la visión de quién sabe qué horrores.

Un gran viento de odio ha comenzado a soplar sobre el mundo y se lleva multitudes en torbellino. Un huracán nos asalta, nos arrastra, nos divide unos de otros, apaga las voces con que nos llamamos por encima de las fronteras erizadas de bayonetas.

Cuando, por fin, se anuncia que hay posibilidad de atravesar la Francia, porque la movilización está avanzada, salimos de Lausanne al amanecer de un luminoso día de verano.

Somos un puñado de extranjeros, la mayor parte ingleses, que nos vamos dejando tras de nosotros los bagajes, apenas con pequeñas maletas de mano. Queremos llegar a París, pero nadie sabe cuando llegaremos o si podremos llegar. Es una marcha a la ventura, al encuentro de todos los azares.

Es un tren lento, desesperante, que se detiene en cada pequeña estación. Vemos los centinelas en los puentes y en los túneles. Las campiñas fértiles de las faldas del Jura están solitarias, abandonadas. A veces un viejo alza la cabeza y mira el tren desde el campo de heno donde tomó el lugar del hijo soldado.

En Vallorbe, última estación suiza, nido de verdura al borde de un barranco boscoso, cambiamos de tren.

Ahora son dos coches de tercera clase que nos llevan apiñados, amontonados, cocidos bajo el sol de la mañana de verano, hacia Pontarlier, la primera estación francesa.

Más allá del túnel vemos ya soldados franceses que guardan la vía y los saludamos y nos responden con

gestos desganados. Llevan ya más de una semana de ovaciones, de cantos, de saludos patrióticos.

Es casi mediodía cuando llegamos a Pontarlier y bajamos del tren, cargando nuestro equipaje porque no hay en la estación más que soldados.

El registro de aduana se hace rápido, sin preguntas, con muchas manos militares que buscan armas, papeles, señales de espionaje entre nuestras prendas íntimas de vestir.

Sigue después la *visite de corps*. Un grueso sargento nos palpa, nos hace exhibir lo que llevamos en los bolsillos, nos confisca los diarios que es prohibido introducir en Francia. Una mujer hace igual cosa con las señoras.

Avanzamos y debemos presentar los pasaportes. Están en regla... visación del cónsul francés, timbres, certificado de que nos dirigimos a Inglaterra llamados por la Legación de Chile.

Debemos ir a la Alcaldía para obtener el salvo-conducto militar, y así conocemos el pueblo de Pontarlier por delante del cual hemos pasado tantas veces en un expreso que hacía 80 kilómetros por hora.

El tiempo se ha obscurecido, amenaza una tormenta, se oyen truenos formidables en las gargantas del Jura. Delante de la Alcaldía grupos de vecinos leen los últimos despachos y en ellos el relato de un hecho heroico que ha valido a un oficial la primera cruz de la Legión de Honor de esta campaña. Las gentes leen en silencio, graves, tranquilas, y pasan su camino.

Un grupo de empleados despacha rápidamente a los viajeros. Se examina el pasaporte, se toman nombres y detalles personales y hasta dentro de una hora.

Volvemos a la estación para comer algo. En el andén abrimos el canasto de las provisiones y extraemos carne fría, huevos duros, pan, una botella *thermos* con té. ¿Dónde iremos a encontrar comida caliente? Nadie lo sabe. ¿Cuántas horas durará la próxima jornada? Nadie lo sabe. Es inútil preguntar. Los trenes salen y llegan cómo y cuando se puede.

Llueve a torrentes. El agua arremolinada penetra en los andenes y nos moja.

Por fin, tenemos los salvo conductos y poco después un tren larguísimo, formado por coches muy viejos y sucios, que nos llevará hasta Dôle.

Se nos ha unido un artista argentino, joven músico de talento que vuelve a París donde hace sus estudios.

Las horas se arrastran interminables en estos viajes. El tren se detiene en cada estación y a veces nos dejan en alguna como olvidados durante una hora y más.

Miramos los montes azules que cierran el horizonte por el noreste. Allí está la Alsacia, donde ahora se baten. Por estos mismos campos que atravesamos pasaron no ha mucho trenes y trenes de carne humana destinada al sacrificio. En las estaciones se ven largos convoyes vacíos que ya volvieron de la frontera. Tienen inscripciones burlescas hechas por los reservistas y de sus puertas cuelgan secas las flores y guirnaldas con que las poblaciones los adornaron al pasar.

Calentamos agua en nuestra lamparilla de alcohol y el argentino hace mate con un saquito de excelente yerba que lleva en su valija. Un perfume casero sudamericano se esparce en el coche.

En Dôle nos hacen descender del tren y nos acorralan en el patio de la estación, con una multitud de campesinos franceses. No podemos salir a la ciudad ni ver lo que pasa en los andenes. Dicen que hay allí muchos heridos y algunos prisioneros alemanes. Circulan por todas partes enfermeras de la Cruz Roja con sus tocas grises. Es la guerra verdadera, la guerra sangrienta que nos sale al encuentro.

Al cabo de más de una hora llega nuestro tren y nos precipitamos en carrera desesperada sobre los coches ocupados ya por otras gentes que vienen quien sabe de dónde.

Quedamos incrustados en un compartimento de terce-

ra cuyo suelo está sembrado de restos de comestibles, en compañía de una mujer del pueblo, dos campesinos, un italiano y un viejo soldado de la reserva, con enormes mostachos rubios que le toman toda la cara y que por todo uniforme lleva un kepis.

La mujer habla de los horrores que se atribuyen a los alemanes y propone que no se dé cuartel a los prisioneros.

El viejo soldado le contesta en un tono sereno, invoca las leyes de la guerra y los deberes de humanidad.

—Pero ellos no cumplen esas leyes!

—No importa. Nosotros estamos más obligados a cumplirlas, porque representamos en esta lucha la cultura, el derecho y la razón.

En la penumbra crepuscular de aquel compartimento mal oliente el viejo soldado habla en nombre de la gran raza a que pertenece y sus palabras parecen encender una lumbre bienhechora en medio de las sombras que nos rodean.

Cuando llegamos a Dijon, el viejo soldado, que ya es nuestro amigo, nos abraza y nos besa como un hermano que se despide para un largo viaje.

En Dijon hay comida caliente, una sopa y un pedazo de carne que nos sirven en el restaurant de la estación lleno de militares, de enfermeras, de clérigos con la insignia de la Cruz Roja. Fuera de los andenes, hormiguean las multitudes miserables, hombres y mujeres que se sientan sobre sus escasos bagajes.

Hay un movimiento incesante de muchedumbres en todos sentidos. Los éxodos se cruzan de un lado a otro. Unos huyen, otros buscan su hogar, éstos quieren llegar a París, aquéllos desean pasar a Italia, esos otros son españoles. Todos tienen rostros cansados, vestidos sucios, aire de terror y de fatiga. Han viajado varios días sin reposar, y miran delante otros varios días de incertidumbre y de padecimientos.

El viento de la guerra forma remolinos humanos como

las hojas secas y basuras que danzan sobre el polvo antes de que estalle la tormenta.

Cerca de las diez de la noche tenemos de nuevo un tren y esta vez nos prometen que llegaremos a París.

Pasamos la noche plegados sobre una banqueta y logramos dormir varias horas. En algunas estaciones hemos debido quedarnos largo tiempo. En otras nuestro tren ha maniobrado para tomar o dejar coches. Cuando amanece y entran en el compartimento la claridad de un día de verano y el aire perfumado de los campos en flor, estamos aún lejos de París.

Nos miramos y nos vemos todos en condiciones bien desfavorables, sucios, despeinados, los hombres con las barbas crecidas, las mujeres con sus tocados deshechos y los colores perdidos, las ropas arrugadas, las manos llenas de polvo y hollín.

¡París! La Gare de Lyon está desconocida. Soldados por todas partes, ojos vigilantes, presentación de salvoconductos.

En el vasto *hangar* donde antes se detenían los automóviles, hay una masa de dos a tres mil italianos que aguardan trenes. Vienen de Bélgica, de Holanda, del norte de Francia y huyen el hambre porque se han quedado sin trabajo. Por ahí han pasado más de cien mil en dos semanas. Ahí han nacido criaturas infelices que el dolor y la miseria apadrinaban al nacer. Ahí han muerto niños rendidos de fatiga, mujeres extenuadas, viejos que cerraban con alegría sus ojos cansados para no ver tanta desolación.

Más allá se alinean todos los *fiacres* destartalados y descoloridos que vuelven al servicio para tomar el puesto de los automóviles que ha requisicionado el ejército.

Atravesamos un París triste, grave, preocupado. En muchas puertas se lee: «Cerrado por movilización del patrón y los empleados». En otras los sospechosos despliegan largos carteles con certificados en que el alcalde atestigua su nacionalidad francesa.

Poca gente en las calles y muy escasa en los cafées.

Después de medio día partimos hacia Boulogne, siempre en un tren repleto que en el camino se vacia y vuelve a llenarse veinte veces con estas multitudes que la guerra trasvasija sin cesar, y que parecen ir de un lado a otro sin rumbo alguno.

Ni rastros quedan en las gentes con quienes hablamos del antiguo carácter francés alegre, exuberante, jactancioso y excitable. Es otra nación ésta con la cual nos ponemos en contacto, nación tranquila, reflexiva, dispuesta a los sacrificios, consciente de la magnitud del esfuerzo que se le pide y resuelta a todo. ¡Serenidad y resolución!: la Francia entera respira esos dos únicos sentimientos en esta hora solemne y pavorosa.

Mientras cambiamos tren en Amiens, al caer la tarde, la estación resuena con los gritos de la multitud que aclama a los ingleses.

Los trenes cargados de soldados vestidos de *khaki*, van pasando lentamente y por las ventanillas los británicos agitan sus gorras, gritan, cantan, tiran las flores que en otras estaciones han arrojado dentro de sus coches las manos de las francesas.

El paso de cada tren es la señal de un vocerío gigantesco que hace temblar los cristales de la techumbre.

Los ingleses vienen limpios, elegantes, muy afeitados, muy rubios, con sus cuerpos atléticos, ágiles y esbeltos, ceñidos por los uniformes de campaña que no permiten distinguir a oficiales de soldados.

Cuando más tarde seguimos el viaje, vemos por los caminos largos trenes de automóviles militares ingleses que se mueven hacia el cuartel general entre las aclamaciones de los campesinos.

En nuestro coche, casi repleto, entran una anciana y un chico. Tomo a éste en mis rodillas y hacemos sitio para su abuela. El pequeño se inclina hacia fuera para ver los soldados que van por los caminos, que hacen centinelas en los puentes y estaciones.

—¿Cómo te llamas?

—Jean Delorme.

—¿Qué edad tienes?
—Siete años.
—¿Te gustan los soldados?
Y el chico con la fisonomía iluminada contesta:
—¡Oh, sí! Mi papá es de la caballería.
—Su padre—dice la abuela—partió a la frontera al cuarto día. Su abuelo murió muy joven en la guerra del 70.
¡Pobre Jean Delorme! ¡A qué carnicería futura estarás destinado tú mismo, debil florecita de esta raza condenada a los más horrendos sacrificios para defenderse del vecino implacable!

Es cerca de media noche cuando comenzamos a ver los faros del canal de la Mancha que agitan sus brazos de luz en las sombras.

En Boulogne nos vamos al primer hotel que hay a mano, porque sabemos que es difícil encontrar alojamiento a causa del gran número de oficiales ingleses y franceses alojados en la ciudad.

Una vieja coja que arrastra los pies por unas escaleras mugrientas, nos lleva a un cuarto donde por fin vemos una cama. Es sólo para pocas horas, porque ya es más de media noche y el vapor sale a las 5 de la mañana.

Rendidos de fatiga nos dormimos sin hacer muchos ascos a la cama dudosa, sin sentir siquiera las mordeduras de los mosquitos y de las pulgas de que estaba lleno aquel sitio.

Y al despertar teníamos la misma sensación de otros días: que aquello era una pesadilla y que íbamos a salir de ella a una realidad de paz y de reposo.

Entramos en el vapor como en una coladera. Primero se presentan los salvo-conductos franceses; después los pasaportes con visación británica; más allá se hace la inscripción en un registro.

El vapor zarpa; Boulogne, con sus escuadrillas de barcas pescadoras y su desierto balneario, se aleja y aparece en lo alto de las colinas la columna que marca el punto donde Napoleón acampó sus ejércitos para invadir la Inglaterra.

¡Cuántas veces vió desde allí flotar indecisos en la distancia los blancos farellones de Albión, la odiada! ¡Cuántas veces les mostró los puños en una rabia impotente! No era dueño del mar. Tenía que sucumbir aún cuando no se hubieran aliado contra él todas las potencias de Europa, porque sólo el dueño de los mares impera sobre las tierras donde los hombres necesitan alimentos y comercio llevados de lejanas comarcas.

Desde que el vapor se desprende de los malecones, nos invade una gran paz. Se acabaron las inquietudes y los accidentes imprevistos. Los barcos ingleses cruzan la Mancha en todas direcciones. Se ven transportes que llevan tropas a Calais o a Ostende. Hacia el norte y el sur algunos acorazados ingleses o franceses, apenas visibles, montan la guardia. La isla formidable, sentada allí sobre las ondas, fuera de Europa y capaz de hacer oir su voz en Europa, se despereza en la mañana de verano y desenvuelve lentamente al sol sus túnicas de nieblas.

Y desde Folkestone a Londres y en Londres mismo la vida normal vuelve a cogernos. Ya olvidamos la guerra y nos hundimos voluptuosamente en una sensación de seguridad absoluta.

Los trenes, idénticos a los de siempre, salen con la puntualidad acostumbrada. La actividad comercial sigue su curso. Las ciudades y los campos trabajan. Cada hombre va a sus ocupaciones leyendo su diario que refiere no sé qué historias de guerras que se pelean allá muy lejos, al otro lado del canal, más allá de las líneas de la escuadra británica, «*Somewhere on the continent*».

Al entrar en uno de esos hoteles ingleses, donde las gruesas alfombras apagan las pisadas y todo el mundo habla en voz muy baja, al retirarnos a un cuarto con muebles de caoba muy sólidos, al lado del cual suenan los chorros de agua del baño en una atmósfera de jabón y de desinfectantes, podríamos creer que no hay tal guerra, que todo lo hemos soñado, que la paz y la prosperidad y la alegría de vivir reinan como antes sobre el mundo...

VII

El grande horror de la guerra

La bancarrota de la civilización.—Retroceso a la barbarie.—La destrucción de la Bélgica.—El poder militar alemán.—La responsabilidad de la guerra.—Eslavo contra teutón.—¿Cuánto durará la guerra?

Londres, 1.º de Septiembre de 1914.

Un mes ha corrido desde que se desencadenó sobre el mundo esta horrible lucha sin precedentes en la historia, y en treinta días, hemos visto más horrores, más crueldades, más violaciones de las leyes divinas y humanas, que las que se cometieron en siglos enteros en las épocas de mayor barbarie.

Era una ilusión nuestra orgullosa confianza en la moderna cultura. Era un engaño todo el sistema de ideas a que dábamos el nombre de «progreso moderno». La civilización, con todos los que creíamos signos de la superioridad de nuestra época sobre las que la precedieron, se ha demoronado miserablemente, porque estaba hueca, porque era una magnífica y engañosa fachada.

¿Qué era, o mejor dicho, qué habría debido ser nuestra civilización? En sus manifestaciones externas y materiales, era un prodigioso aumento del bienestar físico del mayor número, comunicaciones fáciles y rápidas, difusión de la riqueza, ilimitados campos para la actividad industrial y comercial.

Pero nosotros creíamos,—¡pobres soñadores!—que el

alma, la esencia, la sustancia íntima de la civilización, era un principio de solidaridad entre todos los seres humanos, que debía llevarlos a una fraternidad efectiva, acercándonos a un predominio siempre mayor de la razón, del orden, del derecho y la justicia.

Y he aquí que súbitamente la Fuerza ha hecho su aparición sobre la tierra, avasalladora, terrible, implacable, único Dios, único dueño del mundo, a cuyo paso Justicia y Derecho caen como vanas fórmulas que jamás han tenido una existencia real.

Un mes ha corrido y hay ya siete pueblos que se extrangulan, dos naciones devastadas, miles de cadáveres en los campos de batalla, ciudades enteras reducidas a montones de escombros, monumentos maravillosos arrasados, templos elevados a Dios y templos de la ciencia, catedrales y universidades, saqueados y quemados.

El cuadro de la Bélgica barrida por las legiones germánicas, no tiene comparación con ninguno otro de la historia. Otras veces padecieron esa suerte naciones que habían entrado en lucha, que estaban armadas, que ambicionaban una expansión, que directamente o veladamente provocaban a otras. Pero esta vez cae hecha pedazos, aplastada, literalmente destruída, una pequeña nación pacífica, laboriosa, que fundaba todo su argullo en su cultura, y que vivía tranquila, casi sin ejército, con unas escasas milicias de ciudadanos, fiada en unos pactos en que los grandes de la tierra le habían prometido respetarla.

El saqueo, incendio y destrucción de Lovaina, la vieja ciudad universitaria, es la página más horrenda que registra la historia. Sus habitantes han sido fusilados en masa, que comprendían hombres, mujeres y niños; las graciosas agujas góticas de sus iglesias se han desplomado sobre las bóvedas, que caían al impulso del fuego; su Universidad secular ha sido arrasada, y el tesoro irreemplazable de su biblioteca, disperso al viento, quemado, saqueado.

Y con Lovaina han caído Lieja y Malinas y Namur, y caerá más tarde Amberes, y acaso Bruselas no está libre todavía de tener que pagar con sus colecciones de arte y sus monumentos estupendos la contribución de guerra que sus aterrados y empobrecidos habitantes no pueden presentar al invasor.

¡Qué gigantesco y terrible poder el de la Alemania! Sea que más tarde el número y perseverancia de sus enemigos la aplaste, sea que a todos los venza y establezca sobre la Europa entera y sobre el mundo la dominación implacable de sus ejércitos, un hecho está fuera de discusión, que el Imperio Germánico es la más formidable máquina de guerra que se ha conocido jamás.

He aquí una nación formada por una serie de pueblos de común origen germánico, que habían vivido una existencia modesta, entregados a labrar unas tierras pobres, produciendo filósofos escépticos, poetas tiernos y melancólicos, músicos profundos; nación con ideales metafísicos cuya grandeza escapaba de ordinario a la mente latina, habituada al ritmo y a la proporción.

Y un día nació en ella la ambición de dominar más allá de sus fronteras, más allá de donde se hablaba su lengua y se veneraban sus costumbres.

La Alemania industrial y comercial de nuestro tiempo había llegado tarde al reparto de las tierras del globo que podían servir para satisfacer tales ambiciones. Las tierras estaban ocupadas por ingleses en su mayor parte, y por franceses lo demás. Había llegado tarde a la conquista de los mercados que otros competidores más viejos defendían tenazmente.

Entonces sintió que se ahogaba dentro de su territorio, con una población creciente, con industrias que necesitaban mercados, con energías para el comercio que iban tropezando por todas partes con obstáculos.

Y resolvió convertirse en una gran máquina de guerra, en una gigantesca potencia de muerte que amenazaría a todo el que le cruzara el camino.

En la prosecución de este fin, los alemanes no sólo han perfeccionado las armas, inventado medios de destrucción, organizado un ejército, preparado al país para el ataque y la defensa hasta hacerlo invulnerable, sino que han desarrollado, además, grandes virtudes, que son hoy el secreto de su éxito; han aprendido como ningún otro pueblo de la tierra, a organizar el esfuerzo colectivo por la disciplina y el sacrificio forzoso del individuo a la comunidad.

Las individualidades desaparecieron sofocadas por el Estado militar, y ha largo tiempo que la Alemania no produce un filósofo como Kant, un poeta como Goethe, un músico como Beethoven, Wagner cierra la era de los grandes artistas y tras de él no hay más que pobreza y mediocridad.

Pero, en cambio, la industria alemana, el comercio alemán, el ejército alemán, crecen y se perfeccionan para la lucha, para la conquista, para la dominación merced al esfuerzo colectivo disciplinado.

Alguien dijo años há que la Alemania no era una nación que tenía un ejército, sino un ejército que disponía de una nación.

La frase puede contener una exageración; pero es un hecho terrible que la Alemania ha llegado a ser la más formidable máquina de pelea que han visto los tiempos. Y llenos de admiración por las virtudes de la raza germánica, asombrados de lo que ese pueblo ha realizado en medio siglo, los que tenemos fe en que la humanidad no puede fundar su existencia sobre la fuerza, tenemos que decir que el triunfo de la Alemania militar y su predominio sobre el mundo, sin ningún elemento que lo contenga y equilibre, es el mayor peligro que ha corrido jamás la civilización.

La Inglaterra parlamentaria, democrática, creadora de autonomías en el mundo entero; la Francia, que formuló evangelios de libertad e impuso a la Europa su derecho constitucional, están, con todos sus defectos y sus vicios, ligadas esencialmente a nuestra noción del progreso humano.

La Alemania militar cae sobre esas conquistas con todo el peso de su enorme fuerza y de su disciplina de hierro, que es en su esencia misma una negación de libertad individual.

La Alemania es culta, es laboriosa, es enérgica, es honrada, ama el progreso y lo busca afanosamente; pero funda su noción del progreso y de la cultura en la dominación por la fuerza, en el sometimiento a la disciplina militar que ha extendido a todos los órdenes de su actividad.

Eso podrá ser otra forma de civilización. El tiempo lo dirá. Pero de seguro no es la nuestra, no es la que heredamos de Roma, la que Italia resucita en nuestros días, la que Francia ha difundido, la que Inglaterra ha enseñado al mundo desde su Parlamento secular.

Los documentos oficiales alemanes tienden a probar que la guerra estalló porque la Rusia atacó a la Alemania.

La publicaciones inglesas, que son hasta hoy las más completas y más sinceras, arrojan el mayor peso de la responsabilidad sobre la Alemania, porque no contuvo al Austria.

Pero de unas y otras documentaciones se desprende la impresión de que esta guerra está asolando al mundo porque la Rusia y la Alemania querían pelear; porque eslavo y teutón necesitaban medir sus fuerzas. Francia debía ser aniquilada antes de cerrar el paso a las legiones rusas. Inglaterra sólo apareció en el rink cuando vió que la Alemania pasaba sobre la Bélgica y los cascos prusianos iban a asomarse al borde del Canal de la Mancha, lo que era el más grande peligro para su propia seguridad.

Es injusto cargar toda la culpa de esta guerra sobre la Alemania. Por lo menos, igual responsabilidad tiene la Rusia, y acaso la historia secreta, la que sólo se conocerá en cuarenta o cincuenta años más, reconstruirá por completo los juicios más o menos precipitados que ahora formulamos. Treinta años o poco menos, se necesitaron

para llegar a la demostración precisa de que Bismarck había provocado la guerra de 1870 por medio de la falsificación del despacho de Ems. Esperemos, otros treinta para saber quien ha querido los presentes horrores.....

¿Cuánto durará la guerra? se preguntan las gentes, presas de terror, ante este cataclismo que ha desquiciado la vida mundial, roto los instrumentos del comercio, anulado la riqueza, derribado de un soplo lo que la industria de los hombres había construído en siglos y siglos.

Nadie podría con certeza contestar esa pregunta; pero es fácil afirmar que la guerra será probablemente muy larga, mucho más larga de lo que todos nos imaginamos.

¿La Alemania vence en el continente, reduce a polvo a la Bélgica, aplasta a la Francia, la aniquila, la desangra? Acaso logre también contener el avance de los rusos que están invadiendo su territorio.

Pero queda en el mar la Inglaterra, que destruye el comercio alemán, y que con esa misma tenacidad espantosa con que luchó contra Napoleón durante quince años, y lo bloqueó en su fugitivo imperio, se apresta para combatir a la Alemania hasta la muerte.

Los tácticos alemanes han contemplado esa lucha y se disponen a utilizar las costas de Bélgica y de Francia como base para intentar una invasión del Reino Unido, apoyados por su escuadra, que sólo para eso saldrá del Báltico y los puertos interiores.

Ese plan no puede realizarse mientras la inmensa flota inglesa no haya sido totalmente destruída, lo que ningún alemán que conozca estos problemas, puede suponer tarea fácil ni corta. Hay ahí materia para varios años.

Supongamos, por el contrario, que la presión rusa obliga a la Alemania a retirar sus huestes de Francia, sin haber destruído el ejército franco-británico, que los ingleses están reforzando con sus nuevos contingentes, con los 4,000 reclutas que cada día se enrolan, con las tropas que vienen de la India, del Canadá, de Australia.

Supongamos que los rusos avanzan y que franco-británicos pueden moverse hacia la frontera alemana.

¿Quién se atreverá a decir que sería tarea fácil ni corta la de vencer definitivamente a Alemania, cuyo formidable poder militar estaría entonces reforzado por el furor con que un pueblo valeroso y patriota como el alemán lucharía por su independencia?

En uno y otro caso, la guerra será larga, y cuando, agotadas las energías de unos y otros, cese la carnicería, como el combate de dos fieras que se desangran, la Europa será un campo de desolación en el que una humanidad envilecida por los odios, desgarrada por los padecimientos, estúpida e inerte bajo el peso de tanta miseria, se sentará sobre las ruinas de todo lo que constituía nuestro orgullo, sobre las ruinas de la civilización europea.

El grande horror y crueldad de esta guerra consiste en que cualesquiera que sean los vencedores o los vencidos, la víctima será siempre el progreso humano.

VIII

Acusaciones contra el ejército alemán

El tribunal de los neutrales.—Deber de dar a conocer los hechos. —Primeras noticias.—Casos individuales de crueldad.—Los mineros de Charleroi.—La razón táctica de las atrocidades.— El terror como arma de guerra.—La destrucción de Lovaina. —Refugiados belgas en Londres.—Casos que no se pueden detallar.—Confesiones alemanas.—La civilización amenazada.

Londres, 26 de Septiembre de 1914.

Desde el comienzo de la guerra se han publicado en la prensa de los países hostiles a Alemania y en algunos neutrales, gravísimas y persistentes acusaciones contra los métodos bélicos del ejército alemán.

Hemos mirado esas acusaciones con desconfianza y preferido no emitir juicio acerca de ellas, mientras no tuviéramos antecedentes que pudieran constituir una prueba suficiente para formarnos conciencia de lo que ha ocurrido en Bélgica y Francia.

Hemos insistido en rechazar como fantasías macabras o por lo menos como exageraciones las atrocidades que se decían cometidas por el ejército alemán en Lovaina, en Malinas, en Charleroi, en Senlis, en Termonde.

Y nos hemos consagrado, a medida de que de todas partes nos llegaban nuevos datos, a una labor de crítica tranquila y de investigación personal que nos permita formar un juicio desapasionado.

Los neutrales constituimos en estos momentos el gran tribunal de la humanidad que debe juzgar a los belige-

rantes y preparar el fallo futuro de la historia. No debemos dejarnos arrastrar por simpatías o antipatías. Necesitamos investigar y juzgar con ánimo de dar a cada uno lo suyo.

Desgraciadamente, nuestro deseo de que el ejército alemán saliera de este estudio libre de toda mancha. nuestro anhelo de que no hubiera en el mundo una gran raza sobre la cual fuera preciso poner la marca de la deshonra, ha sido frustrado y hemos tenido que rendirnos a la masa de pruebas más aplastadoras que se hayan presentado jamás en un gran proceso internacional.

Es un deber de cada uno de los que hemos seguido estos sucesos con ánimo de estudiarlos, presentar los hechos que nos parecen debidamente establecidos.

Comenzamos a tener noticias de la forma sanguinaria e implacable en que se hacía la guerra desde que nos hallábamos en Suiza, país al cual llegaban noticias de origen alemán y de origen muy directo, porque la línea alemana tocaba la frontera suiza.

Allí supimos que la aldea de Burzweiler en Alsacia había sido totalmente incendiada con todas sus fábricas, sin que quedara una sola casa en pie.

Más o menos al mismo tiempo ardía en Bélgica la ciudad de Visé, cuyos habitantes, cuando no eran hechos prisioneros, atravesaban la frontera holandesa. Una mujer refugiada después en Inglaterra, cuenta que mientras las casas ardían, ella rogaba en vano a los soldados que la dejaran entrar a la suya para salvar a sus tres hijos.

El 18 de Agosto los alemanes entraban en la ciudad belga de Tirlemont, que había sido bombardeada durante dos días mientras la caballería perseguía en los campos a los habitantes que huían de la metralla abandonando cuánto poseían. Hay una mujer que vió caer bajo las balas a su marido y a cuatro de sus nueve hijos mientras huían.

El señor George Bonar, de la conocida firma de Low and Bonar de Dundee y de Londres, ha hecho una de-

posición razonada y metódica de las aventuras de su esposa que fué sorprendida por la guerra en los baños de Ems en Alemania con sus dos hijos de 9 y 7 años, y una nodriza.

La señora Bonar al tratar de salir de Alemania el 3 de Agosto fué detenida en Heberthal, cerca de la frontera de Bélgica y obligada a marchar a pie hacia este último país en medio de la noche y bajo una lluvia torrencial. Viajaba en compañía de dos chilenos y tres norteamericanos que resolvieron volverse a Alemania cuando las tropas alemanas los despojaron del carretón que habían conseguido para avanzar. Siguió con la señora Bonar un anciano inglés, Mr. Mackenzie, de 78 años de edad. En la aldea de Baelen-Dolhain, un agente aduanero belga, Miguel Blaise, les dió alojamiento. El niño mayor había caído enfermo de bronquitis y el anciano Mackenzie no podía caminar más.

El 9 de Agosto se oyeron en la aldea tiros de fusilería. La señora, los niños, la nodriza, Mackenzie y Blaise, se refugiaron en el subterráneo de la casa. Pero luego oyeron que los soldados invadían la casa y le pegaban fuego. Aterrados huyeron hacia la calle entre el humo y los disparos. Al salir Blaise, tres tiros lo dejaron muerto al lado de su esposa. Seguía Mackenzie a quien los soldados cogieron e hicieron ponerse con la espalda al muro. La señora Bonar corrió hacia el oficial, se echó a sus pies y le pidió en alemán que no mataran a ese viejo inofensivo. «*Das macht nicht aus*», («eso no nos concierne»), contestó el oficial, y Mr. Mackenzie cayó acribillado de balas. Cuando el oficial se retiró, los soldados se acercaron a la infeliz señora que temblaba acurrucada en el suelo con sus hijos. Algunos le dieron pan y otros le trajeron agua.

Detallo este caso, porque muestra bien de qué lado está la crueldad, y hace ver que estos horrores son efecto de la barbarie organizada que se ha dado en llamar «la disciplina», y nó de la maldad del pueblo alemán.

Está comprobado que las tropas que entraron en Char-

leroi el 22 de Agosto obligaron a 10 mineros que salían del pozo y tenían aún sus lámparas en la mano, a ponerse delante de la columna con el fin de que fueran víctimas de las ametralladoras francesas. Se ha dicho que en este y otros lugares se hizo lo mismo con mujeres y niños. No me parece comprobado, pero el caso de los mineros de Charleroi sí que lo está.

El 27 de Agosto llegaban a París fugitivos de las ciudades belgas ya invadidas. Una mujer mostraba una criatura a la cual un soldado alemán había cortado las dos manos con que se aferraba a los vestidos de la madre, cuya belleza había provocado su desgracia. La pequeña ha sido adoptada por una familia inglesa porque la madre ultrajada ha muerto.

El 28 del mismo mes, M. Millerand, Ministro de la Guerra de Francia, iniciaba un servicio de investigación de las atrocidades que los fugitivos denunciaban, pero ordenaba no darlas a la publicidad. Esta medida se fundaba en una consideración muy atinada: los alemanes habían declarado oficialmente que los actos dolorosos a que se veían obligados tenían por objeto «esparcir el terror en las poblaciones», a fin de facilitar la marcha del ejército; si el pánico continuaba y no se detenía el éxodo de todos los habitantes de las aldeas amagadas, la tarea del invasor sería más fácil; ya era enorme el número de personas que huían por los caminos abandonando sus hogares ante la más remota posibilidad de que pasaran por sus campos o aldeas las tropas alemanas.

En la noche del 29 el Gobierno Alemán había dado a la prensa y hecho transmitir por telegrafía sin hilos la siguiente declaración: «El único medio de *prevenir* sorpresas de parte de la población civil ha sido el de proceder con inflexible severidad para criar ejemplos que esparzan el terror y sirvan de advertencia a todo el país». Esta declaración es la más interesente y reveladora que los enemigos de la Alemania pudieran desear. Ella muestra un sistema, un plan, un método.

El 30 de Agosto se lograba establecer de un modo defi-

nitivo, en medio de la insuficiencia de las noticias que hasta entonces se habían publicado, que gran parte de la ciudad de Lovaina había sido arrasada y su población fusilada, cazada a tiros en las calles o dispersada.

Más tarde habrá de hacerse el proceso histórico de la destrucción de Lovaina. Los documentos están preparándose. Los testigos son ya conocidos y hay entre ellos gentes de las más diversas nacionalidades, sin exceptuar chilenos, cuyos nombres no me es posible dar, porque los expondría a posibles contrariedades.

Lovaina fué saqueada e incendiada una semana después de que sus habitantes habían sido desarmados. Una partida de soldados alemanes entraba a la ciudad en desorden, y sus propios compañeros por un error muy común en la guerra, hicieron fuego sobre ellos en medio de la noche. Hubo necesidad de ocultar los hechos y se cargó el incidente a los habitantes ya demasiado aterrados y diezmados. Lovaina fué entregada a las llamas y al saqueo con sus maravillosas Iglesias de los siglos XIV y XV, con su vieja e ilustre Universidad; con sus pintorescas construcciones privadas que la hacían una de las joyas arquitectónicas de Europa.

Una ciudad alejada del teatro real de la guerra, sin fortificaciones, sin guarnición, ciudad universitaria, habitada por profesores, estudiantes, clérigos y monjas, ha sido tratada con un salvajismo que la humanidad no conocía desde los tiempos en que Atila, Rey de los Hunos, amenazó la civilización europea.

Queda en pie el Hotel de Ville, maravilla de arte que los alemanes deliberamente no quisieron destruir según declaraciones oficiales, lo que prueba que la destrucción fué obra premeditada y que formaba parte de un plan.

Un cigarrero de Lovaina ha contado lo que vió en aquella noche diabólica. La ciudad había sido bombardeada con los grandes cañones de sitio. Las calles por donde huían del fuego los habitantes eran barridas por las ametralladoras. La matanza y el bombardeo han durado toda la noche. Al día siguiente, un buen número de habitantes, entre los cuales el cigarrero, estaban ence-

rrados en una iglesia en Campenhout, como prisioneros de guerra. Ahí presenciaron el fusilamiento de siete sacerdotes. Después algunos de ellos fueron escoltados hacia las avanzadas belgas y abandonados. El cigarrero jamás ha sabido que fué de su esposa y sus hijos.

Un noble belga que tenía su castillo cerca de Lovaina y en las inmediaciones poseía un establecimiento industrial, cuenta que después del fusilamiento del burgomaestre, las autoridades militares alemanas dieron orden a un profesor de la Universidad para que asumiera ese cargo. Como las tropas continuaban saqueando las casas medio destruídas y abandonadas, el profesor hizo una protesta y las autoridades militares fijaron en las esquinas unos carteles de los cuales hay un ejemplar en poder de los gobiernos aliados, y que dicen: «En adelante no se permitirá más saqueo». O sea la confesión de que hasta ese momento había sido tolerado.

Unas 50 casas de campo de los alrededores de Lovaina, incluso el castillo del noble ya mencionado, fueron quemadas, sin detenerse siquiera a retirar los animales de labranza, las vacas y las reservas de cereales que hubieran sido útiles.

Este declarante ha entregado la lista de los aldeanos fusilados y las casas quemadas cerca de su castillo con nombres y detalles completos. Un caso merece recordarse: cinco soldados heridos estaban alojados en casa de un consejero municipal que los atendía con su esposa. En la mañana del 26 una patrulla alemana puso fuego a la casa; el consejero y su esposa alcanzaron a huir casi desnudos y los cinco cadáveres carbonizados deben de estar todavía bajo las ruinas.

Las declaraciones del escritor Mr. A. J. Dawe y de Mr. Henry Furst de la Universidad de Oxford, son documentos concluyentes y no dejan duda alguna acerca de que la destrucción de Lovaina ha sido un acto premeditado, cuyo objeto único era aterrorizar al país y abrir camino al ejército alemán en las poblaciones belgas y francesas por medio del terror.

El furor de las tropas alemanas parece haberse concentrado en los sacerdotes. Centenares de ellos han sido fusilados en grupos de 7 y más. Un joven jesuíta, el padre Duperrieux, fué fusilado en presencia de unos 20 de sus compañeros porque su firma aparecía en el periódico que servía de órgano a la Universidad al pie de un artículo en que se pedía al invasor que respetara la vieja Universidad que aun «las más feroces guerras de religión habían respetado».

No hay espacio para detallar todo lo que se ha comprobado y documentado acerca de los horrores de Lovaina, ni lo hay para referir lo que ha ocurrido en Termonde, ciudad arrasada totalmente en la cual las tropas fueron pacientemente aplicando el fuego casa por casa, o en Malinas, cuya Catedral está irreparablemente arruinada, o en Senlis (Francia) que tenía una admirable catedral hoy destruída o en veinte otras pequeñas poblaciones de la región invadida.

A Londres llegan diariamente refugiados belgas y entre ellos gentes que han visto, gentes que tienen sobre sus cuerpos mutilados las huellas de una barbarie sin nombre.

En el palacio de una noble dama se hospeda una familia belga distinguidísima. La señora fué atada a la reja de una ventana de su casa y obligada a ver desde ahí el fusilamiento de su marido y sus dos hijos y los ultrajes de la soldadesca a su hija de doce años.

Casos como éste, que no es posible sino dar a entender, hay centenares. Cada uno de ellos es objeto de investigación y comprobación.

El Gobierno belga ha dado a luz varios informes oficiales presentados por la comisión que el Ministerio de Justicia nombró para acumular datos sobre atrocidades. Son páginas que no se pueden leer sin horror. Si la mimitad de lo que ahí se relata fuera cierto, la humanidad tendría que revolverse contra semejante regreso a la ferocidad primitiva. Si sólo hubiera ahí una cuarta parte

de verdad, todavía habría motivo para decir que nunca se desencadenó sobre la Europa tal huracán de diabólica crueldad.

Insisto en que no me es posible detallar en un diario que llega a manos de toda clase de personas, los casos de cierta naturaleza de que tengo conocimiento directo. Las mismas razones que la prensa inglesa tiene para darlos a entender, sin analizarlos, me obligan a mí a pasar sobre ellos.

Baste decir que se trata de formas de crueldad que caen bajo la denominación de *sadismo*, perversiones del sentido de la voluptuosidad que hallan su satisfacción en el dolor.

Por otra parte, la crueldad y la deliberada destrucción de monumentos no son desmentidos en Alemania.

La *Gaceta de Francfort* se refiere en uno de sus últimos números al bombardeo de la Catedral de Reims que ha sido lamentablemente mutilada, y dice:

«Si los ejércitos alemanes en su marcha victoriosa están obligados a arrojar al enemigo no sólo de fuertes blindados sino también de los hogares de la antigua cultura, tenemos por lo menos la consoladora certidumbre de que la costosa victoria traerá para gloria y alegría de la raza humana obras más grandes y más espléndidas que esas iglesias medioevales que ahora se destruyen.»

En el mismo diario hay un artículo del profesor F. Kluge, de la Universidad de Friburgo, titulado «Sentimentalismo superfluo», en el cual dice que merecen ese calificativo las lamentaciones de los que condenan el incendio de la histórica biblioteca de Lovaina porque la Alemania tendrá pronto en esa ciudad, cuando la reedifique, una Universidad con una biblioteca mucho más completa. «Guardémonos, concluye, de todo sentimentalismo sobre la biblioteca de Lovaina. El necesario castigo de esa ciudad no ha destruído nada que no podamos reemplazar y no debemos derramar lágrimas sobre unas cuantas curiosidades bibliográficas que han desaparecido». Alude a los 70,000 manuscritos de esa colección.

Respecto a la crueldad con las personas, las declaraciones oficiales con que se las ha querido excusar confiesan que el régimen del terror era una parte de la «idea táctica». Chilenos residentes en Alemania explican con gran lujo de detalles la necesidad que el ejército alemán tenía de proceder así y de infundir un pánico invencible en las poblaciones por medio de toda clase de excesos a fin de que las muchedumbres que huían invadieran los caminos y dificultaran la retirada del ejército aliado.

Ignoro si estos hechos son ya conocidos en Chile. Creo que el llamar hacia ellos la atención de un país neutral no es salir de nuestra norma de imparcialidad, porque no cabe una actitud indiferente ante lo que interesa a todos los seres humanos y ofende los sentimientos más sagrados del hombre civilizado.

Llenos de admiración ante el prodigioso poder militar de la Alemania, ante la sabiduría de sus generales y el valor heroico de sus soldados, tenemos que lamentar que una nación como esa sufra una perversión abominable del sentido de la humanidad y acepte como parte de un plan de guerra tales crímenes.

Si la lucha actual hubiera de continuar en esos términos y un día presenciáramos los horrores de unos y al siguiente las represalias de los otros, la especie humana habría retrocedido muchos siglos y podríamos decir que nuestra civilización, al llegar a un máximum de esplendor, se había hundido bruscamente en una degeneración irreparable.

IX

Un testigo neutral de la guerra en Bélgica

En busca de testimonios imparciales.—La dama holandesa.—Una visita a Visé.—Un río de sangre.—Dos campamentos alemanes.—Relatos de orgías.—Un combate por equivocación.—El campamento de damasco rojo.—Prisioneros belgas en la esclavitud.—Los niños mutilados.—Lo que contaban en Liege.—Vida a puertas abiertas.—Los refugiados en Holanda.

Londres, 9 de Octubre de 1914.

Nada más difícil que obtener en estos momentos testimonios imparciales y fidedignos acerca de la forma en que el ejército alemán ha conducido la campaña de Bélgica.

El Gobierno belga ha hecho algunas publicaciones bien apoyadas con testigos cuyos nombres y circunstancias sirven de garantía y permiten una comprobación.

Pero mi deseo era obtener datos de algún neutral, de alguien que no fuera ni belga, ni francés, ni inglés y que hubiera visto por sus propios ojos algunos hechos de los que sirven para formar conciencia.

Quiso mi buena suerte que pudiera dar con una persona excepcionalmente calificada para suministrarme informaciones directas, diversas de las noticias de segunda o tercera mano, que suelen publicar los diarios y que de ordinario están teñidas del color del cristal con que cada uno mira estos asuntos.

La baronesa de B. acababa de pasar una temporada

en Inglaterra y Escocia, después de presenciar desde la frontera belga-holandesa las primeras operaciones del ejército alemán y de hacer una labor misericordiosa en los hospitales holandeses y las hospederías que hoy asilan a algunos centenares de miles de belgas que se han quedado sin hogar.

Es una noble dama holandesa, muy altamente colocada en La Haya y con relaciones de amistad en las sociedades de Londres y París.

Mujer de gran talento y excepcional cultura, la baronesa era un testigo ideal para mi objeto, y cuando me hizo el honor de recibirme le rogué que me contara lo que había visto

Me hizo un relato sencillo, metódico, como de persona que mide el valor de su testimonio y que siente en su conciencia el peso de sus palabras. Era un relato que se habría podido tomar en estenografía para que no perdiera nada de su precisión casi judicial y de su trágica simplicidad. Ojalá pueda yo conservarle esas cualidades.

«Desde los primeros días,—dijo la baronesa,—oíamos hablar en La Haya del incendio de la ciudad de Visé, y recibíamos familias belgas que huían de la invasión alemana y contaban escenas de horror. Más de una vez me imaginé que había mucha exageración en lo que contaban y lo atribuí a que esas pobres gentes que habían perdido hogar, bienes, deudos queridos, estaban medio locas de dolor y presas de una exaltación muy comprensible.

La insistencia de los terribles relatos me indujo a buscar medios de cerciorarme. Me interesaba profundamente saber de cierto lo que había ocurrido, ver con mis ojos.

Salí en automóvil para la frontera belga y fuí al castillo de..... que aparece marcado en todos los mapas y pertenece a mi amigo el conde de K. El castillo no está lejos de la ciudad holandesa de Mastricht y el parque llega hasta la orilla del río Meusa. Al otro lado del

río está el territorio belga y cerca de allí la ciudad de Visé.

Mis amigos hospedaban incesantemente partidas de varios centenares de refugiados belgas que iban sembrando por todas partes la impresión de revuelta contra las crueldades que atribuían a los alemanes.

Fuí en automóvil con el conde a Visé. No quiero detenerme a hacer una descripción del estado de esa ciudad que era muy pintoresca y próspera. No queda un solo techo en toda la ciudad. Todas, absolutamente todas las casas están abiertas al cielo, con los muros tiznados y cuanto en ellas había destruído por el fuego o saqueado. Todavía humeaban algunas y el incendio había sido varios días antes. En las calles había algunos caballos y vacas muertos.

Nos explicaron la lucha horrible por el dominio del puente que unía Visé y Licks, defendido ferozmente por los belgas y que sólo los grandes cañones de sitio pudieron forzar.

El Conde me decía que durante los días de la lucha en Visé y en Liege hubo horas en que las aguas del río estaban literalmente rojas de sangre, y arrastraban cadáveres de hombres y bestias, despojos de todo género. Las gentes de esos lados creen que los alemanes perdieron más de 50 mil hombres antes de apoderarse de Liege.

Otro día fuimos a ver dos campamentos que los alemanes habían abandonado poco antes, situados también muy cerca de la frontera holandesa. Los aduaneros y los soldados holandeses que guardan la frontera nos refirieron que había habido grandes orgías nocturnas en esos campamentos y que ellos pasaban horas de mucha alarma porque temían que de un momento a otro los atacaran las masas de soldados alemanes ebrios que rondaban hasta la frontera misma.

Contaron también que en una de esas noches habían oído un tiroteo muy vivo que duró unos veinte o veinticinco minutos. Al día siguiente supieron que los de un campamento habían tomado a los del otro por belgas.

Todos estaban bajo la influencia de la bebida y se hicieron fuego hasta que lograron reconocerse.

En el campamento marchábamos sobre botellas vacías. Es imposible describir el número enorme de ellas y de barriles que cubría el suelo. Precisamente sobre uno de los barriles me subí para ver mejor el conjunto del campamento.

La región produce, como usted debe saber, un vino grueso, aborgoñado.

A lo lejos, vimos un grupo grande de carretas de las que usan los agricultores para transportar el heno. Era el campamento de los oficiales. Fuimos hacia allá. Era un círculo de carretas en las cuales habían colgado para defenderse del viento y de la vista, una serie de cortinajes de damasco rojo, sacados de algún castillo vecino. En el centro había una espléndida mesa de comedor, luego varias mesitas Luis XVI, sillas y sillones dorados; sobre las mesas quedaban las porcelanas y cubiertos, restos de alimentos y siempre botellas y más botellas, y más barriles en el suelo.

Visitamos en seguida las tumbas de los oficiales muertos en la refriega entre los dos campamentos. Están marcadas por un palo grueso que tiene un manojo de paja atravesado para formar una cruz. No había menos de 30 de estas tumbas. Predominaba un olor nauseabundo, tal vez porque las sepulturas eran muy superficiales.

Entre tanto, y durante varios días veíamos no muy lejos del castillo a una gran cantidad de hombres de todas edades, vecinos de Visé y sus alrededores, que trabajaban en la construcción de un camino para los alemanes. Había allí un camino que marcaba la frontera, y el Gobierno holandés se opuso a que fuera usado para fines militares por ser mitad belga y mitad holandés. Entonces los alemanes resolvieron hacer otro a corta distancia y obligaron a los belgas a trabajar en ellos como los esclavos de la antigüedad.

Era un espectáculo de otros tiempos. Un pelotón de soldados en cada extremo del camino y luego centinelas armados cada diez o doce metros. Trabajaban sin des-

canso desde la salida a la puesta del sol y sólo tenían un rato de reposo a medio día, cuando se les distribuía a cada uno un pan negro. Este era todo su alimento en las 24 horas. También es cierto que los alemanes no tenían mucho para ellos mismos, porque como no contaban con la resistencia belga, habían creído que podrían obtener en el país toda clase de alimentos. De noche, los soldados solían ir a las casuchas de los aduaneros holandeses a pedirles por favor algo que comer. Al caer la tarde los belgas eran encerrados en unos graneros o pajares que habían quedado abandonados, pero el local era tan estrecho que no podían tenderse o sentarse y debían pasar la noche de pie, literalmente empaquetados unos contra otros. Cuando les distribuían el pan, los veíamos echarse al suelo, absolutamente rendidos. Era la única hora en que podían tenderse algunos minutos. En el castillo tuvimos a un viejo que se escapó una noche. Conservaba restos del pan del día anterior y dijo que no lo había podido comer porque estaba agusanado, y realmente lo partió, y estaba lleno de gusanos como si lo hubieran tenido en un sitio húmedo.

Lo más cruel era que muchas veces esos pobres belgas no trabajaban con bastante rapidez sin duda rendidos de fatiga, con la falta de descanso y alimento. Entonces los soldados los pinchaban con sus bayonetas para obligarlos a seguir con más actividad.

La impresión que tengo yo y que se han formado todas las personas que han seguido estas operaciones es de que todo es perfecto en la organización militar alemana, menos la Intendencia. El ejército que invadió la Bélgica estaba completamente desprovisto de víveres y esto explica en parte los saqueos. Mi hermana que está en los hospitales en Francia me escribe que ha recogido la misma impresión hablando con prisioneros alemanes heridos. Dice que ha sabido por uno de ellos de un grupo de 150 soldados que se entregaron simplemente por hambre.

En Holanda tenemos también, como aquí en Inglaterra, muchos casos de niños con las manos cortadas o simplemente con heridas en las manos. Yo he visto unos

veintitantos. Es evidente que no se trata de un salvajismo irreflexivo o casual, sino de un plan, de un sistema. A unos niños le cortan enteramente la mano y a otros les cortan con la bayoneta los nervios y músculos que permiten hacer uso de los dedos. La idea es impedir que jamás vuelvan a poder tomar un fusil. Como los alemanes tienen el propósito de anexar toda la Bélgica quieren disminuir el número de los que en la próxima generación pudieran luchar por la independencia de su patria.

Hasta aquí lo que yo he visto. Un amigo mío, persona muy respetable de Mastricht me ha contado lo que vió en Liege a donde fué por sus negocios pocos días después de la ocupación alemana.

Hablaba ahí con los oficiales alemanes en el café. Le aseguraban que el 1.º de Septiembre estarían en París y después de dejar una guarnición para mantener quietos a los franceses hasta que hubieran pagado la indemnización, el grueso del ejército se trasladaría al Oriente para retener a los rusos.

Refiere mi amigo que la vida en Liege era horrible para las familias belgas que no habían podido huir. Los extranjeros tenían en las puertas de sus casas unas órdenes o certificados del general alemán atestiguando su nacionalidad neutral y ordenando que no fueran molestados. Estos podían cerrar sus puertas y ventanas. Pero los belgas tenían que mantener las puertas abiertas día y noche y no podían correr cortinas o transparentes y estaban obligados a mantener luz toda la noche en todas las habitaciones. Imagínese usted lo que habrá ocurrido a esas pobres gentes con sus puertas abiertas y una soldadesca ebria rondando las calles.

En Holanda hay un vivo sentimiento de simpatía hacia la Bélgica. Comprendemos que la horrenda suerte de ese país será tal vez la nuestra en poco tiempo más. Hemos hecho todo lo posible para asilarlos en su miseria, para darles hogar, alimento, refugio. Ricos y pobres rivalizan a estas horas para recibir a los belgas que huyen a millares. Cuando comencé a recibir belgas en mi casa de campo, los aldeanos de los alrededores acudieron con le-

gumbres, huevos, aves y otros alimentos. Muchos no quieren recibir pago alguno y otros fijan precios puramente nominales. En los campamentos de refugiados se hace una labor muy activa y estoy ansiosa de regresar a mi país para ayudar en esta obra. El sitio de Amberes nos está enviando nuevos contingentes. Después es probable que me vaya a Francia para unirme con mi hermana en las ambulancias.

Tal es el relato frío, sereno, de este testigo neutral.

Ni la persona que lo hacía ni el que lo transcribe tenían prejuicios contra el pueblo alemán cuyas virtudes conocen y admiran.

Pero la Baronesa de B. y el periodista chileno que la escuchaba sentían pesar sobre su conciencia este deber doloroso de denunciar lo que la humanidad necesita saber para juzgar esta horrenda página de historia que hemos vivido.

Acaso un día vendrá en que apagadas las pasiones feroces que hoy incendian el mundo, un historiador tropezará con este testimonio y reconocerá su acento sincero, su autenticidad, su valor como criterio de certidumbre, y lo agregará a otras que formará el proceso histórico de la guerra en Bélgica. Y estas líneas no habrán sido perdidas.

X

La tragedia del pueblo belga

Cómo debemos sentirla los chilenos.—Los refugiados en Inglaterra y Holanda.—Otros éxodos flamencos.—Posibles colonos para Chile.—Cultivadores del lino y tejedores.—Recuerdo de las colonias alemanas.—Ventajas de la colonización belga.—Gestiones espontáneas para emigrar a Chile.—Una buena labor para nuestro Gobierno.

Londres, 22 de Octubre de 1914.

No existe sobre la faz de la tierra un pueblo que haya sufrido lo que a estas horas sufre el pueblo belga, y seguramente no habrá en el mundo civilizado un hombre de corazón que no sienta en el fondo de su alma la crueldad del destino de esa nación.

Pero son especialmente las naciones pequeñas y débiles las que deben mirar como propia la desgracia de la Bélgica, porque la trágica historia de los belgas es la de cualquier pueblo que tiene la entereza de defender sus derechos contra el más fuerte, y se ve aplastado, pisoteado, aniquilado, disperso a los vientos por la fuerza que conculca el derecho.

Supongamos el caso, que no es imposible, aunque es muy improbable, de que Chile fuera amenazado por una gran potencia, obligada por sus necesidades militares a pasar por nuestro territorio y establecer en él su base de operaciones.

Ni un solo instante de reflexión necesitaríamos. La na-

ción unánime, compacta, hasta el último niño y la más débil mujer, se levantaría para resistir. Nadie que nos conozca puede suponer que en tal materia aceptaríamos transacciones. Y cuando, arrollados por la fuerza, diezmados por el número superior y las armas más perfectas de una avalancha de millones de hombres, con nuestras ciudades saqueadas, nuestras aldeas incendiadas, nuestros campos arrasados, fueran refugiándose los restos del ejército en las últimas rocas de la cordillera, que nos quedaran libres, acaso pensaríamos en el noble ejemplo que hoy nos dan los belgas y diríamos que tuvieron razón y que más vale ser borrados del mapa que ceder ante una brutal imposición.

Aquí los veo llegar a millares, en bandas de hombres, mujeres y niños, de todas las condiciones, buscando refugio en Inglaterra, en la isla tradicional de los perseguidos, en la tierra hospitalaria donde desde tantos siglos hallan asilo los que padecen por la libertad.

Abrense para ellos los hogares ingleses; cada familia tiene a honor hospedar belgas en su casa; los comitées de iniciativa privada organizan albergues para las masas que desembarcan cada día a lo largo de la costa; se reunen millones para socorrerlos; se les acoge con un afecto sencillo, silencioso y profundo, que los conmueve intensamente.

Y así, en Holanda, donde la sola caída de Amberes arrojó más de cien mil belgas, que la población y el Gobierno han recibido con una cordialidad fraternal.

Y así en Francia, donde ahora se asila el Gobierno de Bélgica, mientras el Rey Alberto sigue a la cabeza de sus tropas, un puñado de hombres, disputando al invasor un último rincón del territorio de su patria.

No están descorazonados. Tienen fe absoluta, invencible, en que así como el formidable ejército alemán ha sido rechazado lenta y constantemente desde las puertas de París, hasta la frontera belga, también lo será hacia el Meusa, y en un día no lejano verán los belgas libre su territorio.

He hablado con ancianos que lo han perdido todo,

casa, hijos, bienes de fortuna, seres amados. Tienen fe y esperan, y dan por bien empleado el horrible sacrificio. «Yo estoy en buena salud, gracias a Dios,—me decía ayer un octogenario,—y quiero vivir para ver a la Bélgica levantarse más próspera que antes. En pocos años haremos de nuevo el país».

He hablado con madres que han visto fusilar al esposo y ultrajar a las hijas, y lloran de rabia y se les siente en las palabras una mezcla de coraje y de esperanza, nunca una sombra de desaliento.

El espectáculo admirable de este pueblo disperso y expatriado, que aun lucha por la patria, trae a la memoria el recuerdo de otra época en que la misma invencible raza flamenca se refugió en Inglaterra, perseguida por la crueldad y tiranía de otra gran potencia de aquellos días: el Imperio español.

La dominación de España en Flandes pasó, el Imperio español se deshizo, y Flandes vive. Tan cierto es que las nacionalidades son inmortales.

En aquel tiempo, los tejedores flamencos se establecieron en el centro de Inglaterra y crearon en esta isla la industria de los tejidos, que ha llegado a ser una de las más admirables del mundo.

¿No sería posible pensar en que esta guerra, fuente de transformaciones inesperadas, podría llevar a algún país hospitalario algo del espíritu industrioso y del genio creador de los walones y flamencos?

En Chile se hacen ahora ensayos para el cultivo del lino y todo tiende a demostrar que esta planta se produce sin esfuerzo en el sur del país. ¿No será ésta la hora providencial para adquirir los cultivadores del lino y los futuros tejedores que nos dotarían de una de las más ricas industrias que existen sobre la tierra?

Los trabajos de esta naturaleza no se improvisan, porque exigen una larga tradición perfeccionada en los siglos. Transplantar la tradición a Chile para que la recoja nuestro pueblo, con su prodigiosa facultad de asimi-

lación, es ahora tarea facilísima y que parece venirse a nuestras manos por la obra de los sucesos.

El Ministro de Chile en Londres ha tenido esa idea, y en compañía de su colega el Ministro en Bruselas, que ha venido a Inglaterra, han estado sondeando opiniones, estudiando posibilidades, ideando un plan que someterán al Gobierno.

Sería difícil hallar un aprovechamiento más patriótico de las condiciones creadas por la guerra. Si las revoluciones de 1848 llevaron a Chile las excelentes agrupaciones alemanas que han dado vida a las provincias de Valdivia y Llanquihue, nada impide que el éxodo de la nación belga empuje hacia Chile a algunos agricultores y tejedores que vayan a colonizar regiones aun más australes del país.

Todas las ventajas están de parte de esta posible colonización belga si se la compara con la alemana de mediados del siglo XIX. Esta última era de primer orden por la calidad de la gente que recibimos, por su energía para el trabajo, por su genio industrial y la prueba la tenemos en la prosperidad que ha alcanzado aquella región de Chile. Pero tenía obstáculos eternos en la diferencia esencial de raza, de lengua, de religión y de tendencias políticas para fundirse con nuestro pueblo.

En cambio los belgas son latinos, hablan una lengua que tiene raíces comunes con la española, profesan la misma religión y tienen tradiciones democráticas seculares que los hacen aptos para vivir en una República y procrear en ella buenos ciudadanos.

Ahora, como en los días lejanos de la inmigración alemana, se nos ofrece una oportunidad de llevar al país gente que en condiciones normales jamás habría consentido en salir de su patria. No sería ésta la escoria de los desesperados, de los fracasados, de los aventureros, que suelen arrastrar las agencias de colonización, sino familias que poseían bienes, que tenían un hogar, que estaban prósperas y felices, y que si ahora se resignaran a

emigrar sería sólo porque su casa fué incendiada, su fábrica destruída, su campo talado, algunos de sus deudos fusilados.

En tiempos de paz la Bélgica no nos habría dado un solo colono, porque era el país más próspero de Europa, absolutamente el más rico de todos, con increíbles facilidades para la vida y con la certidumbre de poder mantener una población muy densa, gracias a su gigantesca actividad fabril.

Y de seguro que las autoridades belgas mirarían con simpatía el proyecto de llevar algunos colonos belgas a Chile, ya que en los comienzos de su restauración económica ese país necesitará estímulos para reanudar su comercio y ningún agente comercial vale tanto como el colono que pide en el extranjero los productos manufacturados de su patria.

Un pueblo como el belga, patriota hasta el sacrificio, heroico, hallaría en Chile un ambiente moral simpático y viviría feliz al lado de los que también saben darlo todo por la honra y la integridad de la patria.

Su admirable educación política en la escuela secular de sus libertades comunales que fueron el último baluarte nunca dominado por los españoles y son ahora lo único que resiste con sus gloriosos burgomaestres a la presión alemana, sería de provechosa enseñanza para nuestro país. No hay en Europa, fuera de la Suiza, raza más democrática ni más altiva en la defensa de sus derechos políticos, ni más celosa en el cumplimiento de sus deberes cívicos.

El clima del sur de Chile, lluvioso, húmedo, con inviernos largos, es muy semejante al de la Bélgica cuyos habitantes han disputado en parte su territorio al mar y son fuertes, esforzados, resistentes a todas las durezas de la intemperie.

Por último—y este es un punto grave que en presencia de la guerra actual, no podemos olvidar ni un instante—la inmigración o colonización que se haga en Chile debe ser procedente de países pequeños que no tengan tendencias imperialistas y que no pretendan constituir en

nuestro territorio grupos de avanzada para futuras influencias de cualquiera especie. Toda inmigración que tenga detrás una política imperialista es un peligro gravísimo contra el cual nunca sabríamos prepararnos lo suficiente. Y ya, por desgracia, hemos olvidado algunas veces esta sana doctrina de propia conservación.

El cuadro de esos comerciantes alemanes de Luxemburgo, de Lieja, de Bruselas, que al acercarse las tropas de su país vestían su uniforme y salían de sus hogares a unirse a los suyos, es honrosísimo para la nación alemana y prueba su maravillosa unidad, su organización estupenda. La conducta de los propietarios alemanes en los alrededores de Maubege, de Namur y de Amberes que habían construído sus chalets de recreo sobre plataformas de concreto que sirvieron para montar los cañones de sitio, es patriótica y merecerá el aplauso y la recompensa de su país.

Pero debemos confesar que nadie desearía ver en su propia patria tan admirables ejemplos de espíritu nacional de parte de extranjeros residentes.

Todo induce, pues, a pensar que el Gobierno de Chile daría una prueba de alto espíritu previsor y aprovecharía hábilmente las consecuencias de la guerra si procurara obtener para nuestro país algunos colonos belgas.

Tanto en los consulados de Chile en Gran Bretaña, como en la Legación en Londres ha habido ya gestiones espontáneas de familias belgas de la clase agrícola y obrera que manifiestan deseos de emigrar a Chile.

Una acción gubernativa prudente, seria y honradamente encaminada, daría sin duda excelentes frutos y para ello se debería comenzar por un acuerdo con el Gobierno belga que expatriado y bajo el peso de la tragedia nacional, no abandona un solo instante la protección de sus conciudadanos, moralmente agrupados a su alrededor con más confianza, más cohesión, más fraternidad que en los días de paz.

XI

El martirio de la Bélgica

La profecía.—Violación de los pactos.—El éxodo de una nación.—La raza española y la raza belga.—El Rey Alberto.—Los belgas en la Gran Bretaña.—La Universidad de Lovaina.—La Bélgica y la iglesia católica.—Un diario errante.—Los Municipios y la patria.—La Bélgica no puede morir.—Filosofía alemana sobre la Bélgica.—Lección para las naciones débiles.

Londres, Noviembre de 1914.

Un célebre predicador inglés, el padre Vaughan, cuyos sermones corren a escuchar las muchedumbres sin distinción de sectas, comenzaba el otro día la serie de sus conferencias de la capilla católica de Warwick Street con una cita de Isaías, cuadro profético de la desolación que invade la tierra cuando los hombres faltan a la fe jurada, cuando se rompen los pactos. Y el orador recorría todos los aspectos de la vida del hombre civilizado que tienen como base un pacto entre los humanos, para probar que la violación de un tratado es algo más que un hecho de consecuencias políticas internacionales, porque es el derrumbamiento de un mundo moral.

Toda la vida civilizada se funda en pactos; todas las ligaduras que constituyen la sociedad civil y la familia son pactos que hemos prometido guardar.

La profecía hebrea parecía aplicarse con dolorosa exactitud al cuadro desgarrador que la Bélgica ha presentado desde que la fuerza militar derribó en tierra las fuerzas morales que representaba el tratado por el cual

las Potencias se habían comprometido a respetar su neutralidad.

Y en aquella capilla católica de Warwick Street, al pie de un alto crucifijo que era el símbolo del pacto de amor entre Dios y los hombres, las palabras del profeta, repetidas por la voz poderosa y solemne del gran orador, tomaban un acento de verdad eterna, tenían el carácter de esas grandes ideas, altas y serenas, que sobreviven a todas las crisis morales que engendran las luchas de pasiones.

Nunca se vió en la historia moderna de la Europa el espectáculo de un éxodo como el del pueblo belga, arrojado en masa de su territorio, lanzado en multitudes de cientos de miles de personas por los caminos sembrados de cadáveres, entre las casas arruinadas y los campanarios humeantes, en busca de refugio en los pueblos vecinos.

La guerra producía esos éxodos en tiempos remotos, cuando los bárbaros inundaron el Imperio romano, sembrando el terror en las nacientes nacionalidades de la Europa. Se vieron entonces como ahora estas masas humanas que huían a través de la frontera abandonándolo todo al invasor que marcaba su dominio con el hierro y el fuego.

En tiempos modernos y bajo el imperio de las ideas cristianas jamás se vió nada semejante.

Las campañas napoleónicas, condenables desde el punto de vista humano, como lo son todas estas matanzas organizadas, nunca barrieron de sus hogares a los pueblos, nunca destruyeron ciudades enteras hasta no dejar piedra sobre piedra, nunca demolieron monumentos históricos. El gran conquistador y sus soldados eran, en medio del terror que infundían, los heraldos de un evangelio de libertad que iban a abrir la Europa a las nuevas ideas.

Son muchos siglos los que la humanidad retrocede cuando se ve caminar hacia la Francia, la Holanda y la

Inglaterra esos centenares de miles de mujeres que llevan sus hijos en brazos, de niños que se rinden a la fatiga, de ancianos a quienes el horror hace insensatos, muchedumbres que preguntan si ya han pasado la frontera, si están ya fuera del alcance del enemigo implacable.

Como los godos y los iberos ante la ola de las huestes árabes, los soldados belgas se han refugiado en un rincón de su territorio junto a la frontera de Francia, y mientras los que no pueden pelear hallan asilo en los pueblos vecinos, ellos luchan a lo largo del canal del Iser, en territorio belga, como los españoles de Don Pelayo en las montañas de Asturias.

Aquellos restos de la nacionalidad española detuvieron la invasión árabe arrojando peñascos de sus montes sobre los enemigos que cruzaban un desfiladero. Estos despojos de la mutilada nación belga han arrojado sobre el invasor el agua de sus canales. Éstos son como aquéllos y el poeta romano habría podido decir de los belgas lo que dije de los iberos; «indomables por el frío, el calor y el hambre».

En las peñas de Asturias se fundieron en una raza que fué la española, los elementos godos e iberos. En las orillas del Iser se está forjando la raza belga al fuego del sacrificio común de flamencos y walones.

Si Alberto I no hubiera heredado el trono, los belgas lo hubieran elegido como eligieron los godos a Don Pelayo, porque nadie podía encarnar más noblemente la resolución de no dejarse atropellar por la fuerza, de defender hasta la muerte la dignidad nacional, de pelear mientras haya un hombre capaz de cargar un arma.

¡Extraño y admirable tipo el de este soberano de los belgas! Nadie pudo suponerle jamás tendencias militares. Vivía desde la primera juventud como un filósofo y como un soñador, ideando reformas para aumentar el bienestar del pueblo. Creía en la paz, creía en el progreso, tenía fe en la civilización. Habia bajado al fondo de las minas y subido a las bohardillas de las grandes ciudades. Quería proponer y aplicar reformas sociales.

Y este moderno idealista que soñaba con la paz universal y esperaba un definitivo reinado de la justicia y la fraternidad, ha despertado a la realidad de la guerra, de la vida en las trincheras, de la carnicería incesante. Ahí está ahora y ahí se quedará, ocupado en la dirección personal de las operaciones, tomando parte en ellas fusil en mano, haciendo vida común con sus soldados.

La mitad, según unos, las dos terceras partes, según otros, de la población de Bélgica ha salido del país. En el territorio belga quedan todavía los que en las ciudades tienen algunos bienes que cuidar. Los que en Lovaina, Malinas, Visé, Termonde, y tantas otras ciudades lo perdieron todo, así como la gran mayoría de los habitantes de los campos arrasados, donde no queda una sola casa en pie, se han refugiado en Holanda, Francia e Inglaterra.

Millares de ancianos, mujeres y niños pasaban a pie la frontera de Holanda, arrastrando en carretillas o cargando en sus brazos las ropas y otros objetos que habían logrado salvar, cuando no lo habían perdido todo en las casas incendiadas.

Los del lado de Francia huían hacia el país amigo y llegaban en marchas forzadas, con los pies ensangrentados, exhaustos y medio enloquecidos, hasta las puertas de París.

Y, por fin, masas incalculables se agolpaban en los malecones de Amberes y de Ostende para tomar por asalto los vapores que los traían a Inglaterra.

Durante los meses que precedieron a la ocupación de esos dos puertos belgas por los alemanes, han llegado a Inglaterra unos 6,000 belgas cada día y después ha continuado el gobierno británico el transporte de una gran parte de los que se habían refugiado en Holanda y que no era justo dejar que pesaran sobre la noble y generosa nación holandesa que ya sufre bastante con la guerra.

Todo está dispuesto en Inglaterra para recibirlos: comitées en los puertos, trenes especiales, automóviles en

las ciudades, campamentos en vastos locales como el Alexandra Palace y Earls Court, distribución después en los hogares ingleses y escoceses, en toda la Gran Bretaña, que se disputan el honor de hospedar familias belgas.

Todo lo ha dispuesto la iniciativa particular con los fondos que el público suscribe diariamente por decenas de miles de libras, con las colectas que se hacen por las calles, en el comercio, en los teatros, en los meetings especiales.

Las gentes han llegado a producir tal fuerte demanda de huérfanos belgas para adoptarlos, que la señora Pankhurst, la célebre generala de las sufragistas, ocupadas ahora en estas nobles empresas, ha publicado un gracioso anuncio en que avisa a las señoras que le piden criaturas belgas, que «se le ha agotado el *stock* y que tendrá que hacer nuevos pedidos a Bélgica para satisfacer a la clientela».

Es el furor belga, la moda de adoptar niños belgas, de tener belgas en su casa, de festejar a los belgas, de divertirlos y ver que nada les falte. Nunca sintió la Inglaterra un gran deber nacional más profundamente que ahora, y nunca lo cumplió con una esplendidez tan soberbia.

Los viejos castillos de las tierras altas de Escocia y las venerables *Manor Houses* de Inglaterra se han abierto en silencio para recibir en la penumbra de sus vastas cámaras, pobladas de recuerdos de grandeza, a las madres aterradas que vieron fusilar a sus hijos y ultrajar a sus hijas.

Las escuelas llaman a los niños belgas a seguir en ellas su educación como hermanos de los británicos.

Las Universidades dan cátedras y dinero y elementos de toda especie a los grupos de profesores belgas y sus discípulos que quieren continuar sus estudios.

Los abogados de Londres acogen en sus históricos *Inns*, antes cerrados a todo extraño, a los abogados belgas.

Los teatros ofrecen a los artistas belgas locales donde reanudar sus representaciones y ganarse la vida.

Asistí en estos días en el University College de Londres

a las lecciones del profesor Van der Essen, el eminente historiador de la Universidad de Lovaina. Una vez presidía el cardenal Bourne, arzobispo católico de Westminster, otra Lord Bryce, el ilustre historiador que figura en las más avanzadas filas radicales. La historia de aquel gran centro de ciencia y religión que fué Lovaina, con toda la gloriosa carrera de esa Universidad autónoma, cuyos fueros reconoció Carlos V, cuyas aulas respetaron las más feroces guerras, pasaba ante nosotros con la melancolía de lo que ha caído bajo el empuje de un vendaval.

«¡No importa!—exclamaba el cardenal Bourne al término de la lección de M. Van der Essen—la Universidad de Lovaina es algo más que sus edificios, algo más que su colección de manuscritos, porque es un cuerpo de doctrinas filosóficas que no pueden morir. Cuando sus profesores y alumnos se reunan bajo un árbol y enseñen ahí la filosofía católica de que los sabios de Lovaina han sido ilustres comentadores, la Universidad estará haciendo una labor tan perfecta como la que hacía dentro de los muros de sus venerables edificios que hoy son un montón de ruinas tiznadas.»

Y Lord Bryce hacía notar que esa Universidad vieja de varios siglos, creada por la iniciativa particular, protegida por el poder espiritual de los Pontífices romanos, y que había defendido sus fueros contra los Emperadores, contra los tiranos feudales, contra el Estado centralizador, hasta venir a caer bajo los golpes del sable, era la más ilustre víctima sacrificada jamás a una alta concepción de la libertad del pensamiento.

La Bélgica mártir aparece identificada en absoluto con la Iglesia católica. Es una Universidad católica la que ha recibido los más horrendos golpes y son los curas de campo, los sabios jesuítas, los monjes de todas las Ordenes, las religiosas de vida comtemplativa, los conventos, las iglesias, las catedrales, los santuarios, los que han sufrido más fusilamientos, bombardeos y profanaciones.

Era católica el alma de la Bélgica y el invasor sabía que hiriendo allí hería el corazón de la pequeña naciona-

lidad que se había atravesado al paso de sus poderosas legiones.

Un caso doloroso que me toca de cerca, porque cada uno comprende mejor las cosas de su profesión que los demás: es el del célebre periódico de Bruselas, «L'Indépendance Belge», el más autorizado exponente de la cultura de ese país.

De la capital huyeron sus redactores a Amberes, donde el diario apareció regularmente hasta la caída de ese puerto. De ahí se fueron a Ostende y alcanzaron a publicar unos cuantos números cuando la invasión los arrojó a este otro lado del mar.

Ahora «L'Indépendance Belge» aparece en Londres y sigue tan bien escrita, tan noblemente inspirada como antes.

Tiene una sección que no puedo leer sin que me invada el alma una amargura indecible. Son los anuncios *pour se retrouver*, para encontrarse, en que una madre pide noticias de los hijos, una esposa avisa al esposo que está en salvo, amigos buscan a los amigos, gentes que ya han encontrado refugio lo comunican a otros llamándolos a reunirse. Son los clamores doloridos de todo un pueblo disperso, barrido, aventado por el huracán.

¡Cuántos no se encontrarán jamás! ¡Cuántos han perecido en los saqueos y matanzas en las ciudades, o de inanición y fatiga en la fuga, o ahogados en el Canal de la Mancha, como los que venían en el vapor francés «Almiral Ganteaume», cargamento de mujeres y niños al cual un submarino alemán aplicó un torpedo.

Pero la nación belga vive y permanece de pie con el arma al brazo. Vive en su ejército que con el Rey a la cabeza pelea en las orillas del Iser. Vive en el Gobierno refugiado en el Havre desde donde sigue administrando la nación. Y vive en los municipios que, con sus burgomaestres heroicos, hablan todavía de potencia a potencia con el invasor.

Todas las democráticas libertades de que goza la Bélgica, uno de los países más libres del mundo, proceden de su histórica organización municipal y son la evolución de sus libertades comunales.

Cuando aun no existía el Reino de Bélgica, existía la Bélgica como armónica aglomeración de los municipios flamencos y brabanzones. Ellos organizaron la resistencia contra la invasión española, ellos lucharon contra el Austria, ellos opusieron al empuje germánico la serena impasibilidad del derecho que no puede morir.

La sangre de los burgomaestres torturados y sacrificados por los españoles no se ha perdido. Otros burgomaestres han sufrido ahora el martirio en diversas ciudades y aldeas belgas. Y a todos parece representarlos para la historia el burgomaestre de Bruselas, M. Max, que no dobló la cabeza ante los generales, que los obligó durante más de un mes a tratar con él como única autoridad de la capital y que, por su espíritu cívico, su altivez y su serenidad mereció ser enviado a una fortaleza.

Cuando la vida normal se desorganiza en estas naciones que tienen la base de su desarrollo en el Municipio autónomo, el sentimiento nacional se refugia poderoso, invencible, en la célula municipal donde tuvo origen, y cada burgomaestre con su grupo de leales burgueses representa toda la Patria.

Una nación así constituída no puede morir. Hay algo en ella que no pudieron destruir las horcas y hogueras del Duque de Alba, algo que no alcanzan los obuses prusianos.

Un escritor alemán, de gran autoridad, Friedrich Naumann, ha suministrado al pueblo germánico la fisolosofía que debe justificar a sus ojos la destrucción de la Bélgica.

«Ningún Estado, dice, puede quedar fuera de un proceso histórico de reconstrucción. Las guerras son cambios de organización en el proceso de la evolución humana. Desde que unos Estados suben y otros decaen,

debe haber días de juicio en que se arregle de nuevo el gobierno central del mundo. Uno de estos días ha llegado; esta guerra está destinada a dar a la Alemania la dirección de toda la especie humana y ningún Estado tiene el derecho de sustraerse a esa dirección. El que lo intenta debe desaparecer.

Sería interesante saber si el enemigo pensador diría lo mismo en el caso de que los campos de Alemania fueran invadidos por los rusos de un lado y los franceses, ingleses y belgas del otro. ¿Proclamaría también la desaparición de la Alemania para dar lugar a ese otro proceso de civilización?»

¡Qué terrible lección y qué maravilloso ejemplo el que todas las nacionalidades débiles y pequeñas recibimos a estas horas de la Bélgica!

Lección de lo que podemos esperar de las potencias militaristas, aun de las que hayan prometido respetarnos.

Ejemplo del heroísmo y la fe en sus destinos con que una nación pequeña debe preferir el martirio a la violación consentida de sus derechos soberanos, porque los únicos pueblos inmortales son los que se abrazan a un ideal de justicia que estará vivo y será la luz de verdad cuando ya todos los atropellos de la fuerza se hayan gastado, y el atropellador haya recibido su castigo.

EN RUSIA Y EN EL OCÉANO PACÍFICO

XII. La incógnita rusa.
XIII. El combate del Pacífico.

XII

La incógnita rusa

Esperanzas cifradas en los rusos.—«El rodillo a vapor».—Decepciones de la campaña.—Un cambio de plan.—Algunos datos sobre las cifras del ejército ruso.—No son tantos millones como se creía.—Falta de equipo.—Obscuridad del horizonte militar en Oriente.—Excelente situación económica y social.—La guerra hace la unidad nacional.—Polonia y Finlandia.—La nueva Rusia nace en los campos de batalla.—Vencedores o vencidos, los rusos van hacia la libertad.

Londres, 29 de Octubre de 1914.

Una de las causas más comunes de error en las apreciaciones y cálculos que se hicieron al comienzo de la guerra ha sido la carencia de datos ciertos sobre la verdadera situación de la Rusia en materia militar y económica.

En las primeras semanas de Agosto había en Francia e Inglaterra una confianza absoluta en que de un momento a otro la formidable presión rusa en Oriente obligaría a los alemanes a disminuir el peso de su ataque en Occidente y los aliados recuperarían sin esfuerzo el territorio invadido.

El conde de Mun, que acaba de morir, escribía entonces en un diario de París un artículo elocuentísimo, como todo lo que producía ese grande y noble espíritu, titulado *¡Tenir!*. Recordaba la respuesta de Wellington a los que le preguntaban qué debían hacer en la hora crítica de Waterloo: ¡«Hold on till death»! «Aguantarse

hasta la muerte». Así también ahora era menester aguantarse mientras llegaban los rusos, los millones de rusos.

En Inglaterra se llamaba al ejército ruso «el rodillo a vapor» que avanzaba lenta pero seguramente y destruiría cuanto hallara a su paso. Se daban fechas probables para la entrada de los rusos a Berlín.

La violenta invasión de la Prusia Oriental pareció justificar estas esperanzas y hubo un momento en que se creyó que la presión en Oriente hacía su efecto.

Pero los meses pasan y la presión rusa lejos de aumentar disminuye y llega a ser casi insensible considerada desde este lado de la Europa.

Es evidente que el primer plan ruso de invadir la Prusia por el camino más corto fracasó totalmente. Los alemanes los rechazaron y a su vez los invadieron. El segundo plan ha sido la invasión de la Galicia austriaca, y esta vez han sido más afortunados, puesto que han logrado invadir y mantener su ocupación, aun cuando sin progresos notorios en las últimas semanas.

¿Qué pasa con los rusos? ¿Qué se han hecho los seis millones, los ocho millones de que se hablaba al comenzar la guerra?

Llegan datos que autorizan ya un juicio más o menos serio sobre la situación militar del Imperio Moscovita cuya importancia en el conflicto europeo es tan considerable.

Parece que la Rusia no tenía sobre las armas hasta mediados de Octubre más de 3.250,000 hombres, de los cuales 2.500,000 están en el teatro de operaciones y el resto en las guarniciones del país. La cifra no es segura, porque se guarda secreto acerca de estos datos numéricos, lo que ya es una mala señal, pero es la más aproximada a juicio de informantes autorizados que vienen de Rusia.

Fácilmente se comprende que con esa fuerza extendida en una enorme línea, desde el Báltico a la Galicia, los rusos tienen que hacer grandes proezas para lograr siquiera contener al ejército alemán y al austro-húngaro, cualesquiera que sean las fatigas que al primero le cau-

san los aliados en Occidente, y al segundo los persistentes y molestos serbios y montenegrinos.

Así se comprende el desastre de Hohenstein (Tannenber), que obligó a los rusos a abandonar su marcha sobre Berlín y a invadir la Galicia. Y así se concibe cómo todavía los rusos sólo logran contener a los alemanes en la Polonia rusa y sostenerse con sacrificios en su ocupación de la Galicia.

Es evidente, según todas las informaciones, que la Rusia puede poner seis millones de hombres sobre las armas. Tiene, en realidad, más de seis millones de soldados. Pero carece de equipo, de botas, de uniformes, de casi todo lo que se necesita para que un ejército entre en campaña.

Agentes rusos han recorrido la Suecia y la Noruega para adquirir equipo, particularmente cinturones de cuero. Aquí en Londres hay casas que están fabricando con gran prisa artículos para el ejército ruso. Y desde comienzos de Octubre, está llegando equipo, y aun parece que armamento, enviado por el Japón a través del Transiberiano, a su adversario de ayer y aliado de hoy.

¿Cuándo estarán en la frontera los millones de rusos tan esperados y que deben liberar al ejército franco-británico del enorme peso que desde más de dos meses soporta? He aquí una incógnita que no estamos en situación de despejar. Los datos rusos son obscuros, vagos y apenas es posible llegar a la conclusión de que no tienen todavía los millones aplastadores con que contaban sus aliados.

Por lo demás, se sabe que la situación política y económica de la Rusia es buena, es excelente para tiempo de guerra. Su enorme población diseminada en los campos, no sufre con el llamamiento de varios millones a las armas. Los trabajos agrícolas siguen su curso ordinario. Ciertos artículos de alimentación que la Rusia exportaba han bajado de precio, como por ejemplo la mantequilla, los huevos y el queso. Los que importaba de Alemania han subido, como es natural, pero no son de los necesarios para la vida.

Hasta ahora no se ha lanzado empréstito alguno, sino que se han adoptado otras medidas económicas destinadas a regularizar los recursos de la nación. Se ha suprimido por una Proclamación Imperial el monopolio del alcohol, que antes se consideraba la base de las finanzas internas de Rusia. En reemplazo se habla de crear un impuesto sobre la renta, (income-tax), un recargo en los transportes ferroviarios y fluviales, y contribuciones sobre cinematógrafos, teléfonos, alumbrado de gas y eléctrico.

El tono general de la prensa rusa indica que hay en el público el ánimo de contribuir generosamente para la guerra. El Consejo Permanente de los Congresos de Representantes de la Industria y del Comercio votó una moción en que pide al Gobierno que cree un impuesto especial de guerra «a fin de mantener esta lucha hasta el último y librar a la Rusia del yugo económico de la Alemania».

Aun los revolucionarios más avanzados se proclaman partidarios resueltos de la guerra e incitan al pueblo a continuarla con infatigable vigor. Feodor Zagoskin, uno de los rusos que ha estado más tiempo preso por razones políticas, escribe ahora en favor de la guerra con una especie de fervor místico. «La victoria rusa, dice, limpiará la autocracia divina, de las excrecencias que la burocracia ha hecho crecer en ella y devolverá el sagrado principio a un pueblo agradecido».

En Polonia hay satisfacción general por la certidumbre de que el fin de la guerra será la autonomía del desventurado país. Y de Finlandia escriben que la guerra permite a ese pueblo probar que la Rusia no tiene súbditos más leales ni a quienes más deba una reparación de los errores pasados.

Una inmensa esperanza flota sobre el imperio como una luz de aurora a pesar de los sangrientos crepúsculos de cada día de batalla. El pueblo ruso siente que esa sangre es redentora. Por las estepas corre un viento que sopla de Occidente cargado de promesas de libertad.

El Czar da la autonomía a la Polonia en un gesto cuya nobleza y cuyo alcance histórico aun no sabemos medir.

Los eternos descontentos, los nihilistas y constitucionales, corren a tomar las armas y van a pelear con la conciencia bien clara de que la guerra opera transformaciones de las cuales la Rusia saldrá regenerada y depurada.

Las razas diversas del imperio sienten por vez primera un principio de unidad que las coordina y empuja hacia un fin común.

El alma rusa ha sido siempre obscura para nosotros los occidentales y su enorme evolución de los últimos años escapa casi por completo a nuestra comprensión.

Pero ahora sentimos por una intuición que cada día justifica nuevos hechos, que el mundo eslavo comienza a satisfacer su grande hambre y sed de justicia, de humana piedad, de libertades.

El ejército ruso invasor de la Galicia y de la Prusia Oriental respeta las vidas y propiedades de los civiles, trata con una especie de ingenua dulzura bonachona a los prisioneros, se inclina ante las autoridades municipales de cada pueblo y las deja libres para continuar su administración, consagra en todas partes el principio de que nadie debe sufrir sino en aquello que humanamente no sea posible evitar. Alternativamente vencidos o vencedores, los rusos se muestran siempre generosos, leales, grandes en la victoria como en el desastre.

¿No es un cuadro histórico el de ese Gobierno ruso que entrega sin condiciones a la Italia los prisioneros de raza italiana que formaban parte del ejército austro-húngaro? El principio de la nacionalidad que los aliados representan en oposición al principio de conquista y absorción que proclama la Alemania, halla en Rusia su fórmula más alta. ¡Que los pueblos y las razas vuelvan a unirse y a vivir libres a la sombra de sus tradiciones, de su lengua, de su religión!

El que así viene hacia nosotros, es sin duda alguna un pueblo consciente de que esta guerra acabará de darle el pleno goce de los derechos y libertades que ahora se esfuerza por merecer. Y el fenómeno más singular de

cuantos producirá esta horrible matanza europea será la transformación política de la Rusia por una rápida y lógica evolución que el Czar ha previsto, ha impulsado y acaso desea más que nadie.

Pero, entre tanto, los aliados se preguntan ansiosamente: ¿cuándo llegan los millones de soldados rusos? ¿Cuándo sentiremos en este lado el alivio prometido? ¿Cuándo se oirá el crujir de la Alemania bajo el «rodillo a vapor»? Preguntas todas que por hoy sería aventurado contestar.

Si los resultados políticos y sociales de la guerra para la Rusia son visibles y habrán de producirse, sea que el Imperio figure entre los vencedores o entre los vencidos, los militares parecen por el momento bastante obscuros.

XIII

El combate del Pacífico

Consecuencias para Chile

La indiferencia inglesa ante el desastre.—La labor de la escuadra británica.—Lo que se ve y lo que no se ve.—Una escuadra que se rehace sin cesar.—El combate del Pacífico y la propaganda de Chile.—Homenaje al corresponsal del «Times».—Lo que pudo costarnos ese combate —Chile sin escuadra.—Posibilidad de construir nuestros propios submarinos.—Llamado a la prensa y a los marinos.

Londres, 9 de Noviembre de 1914.

No se tienen todavía en esta capital noticias oficiales sobre los resultados del combate entre cruceros alemanes e ingleses delante de las costas de Chile, pero se acepta como aproximada a la verdad la versión alemana transmitida de Chile.

Para la opinión inglesa, estos episodios no son ni pueden ser materia de lamentaciones estériles, ni siquiera de desagradables sorpresas. Hay en este país una calma, una frialdad, que los de nuestra raza, excitable y sensitiva, no comprendemos.

Los ingleses, lo mismo los hombres más cultos que el más ignorante labriego, reciben la noticia de que se han hundido dos cruceros, tres cruceros, lo que sea, y sólo se les oye un comentario: «es muy sensible por las vidas sacrificadas; los buques se reemplazan, están ya reem-

plazados; los hombres valen más que todo». Y al día siguiente nadie habla más de lo ocurrido.

Ellos dan por descontado que tendrán que sufrir muchos desastres navales, porque saben que una guerra como ésta no se hace sin estar preparado para grandes pérdidas, cualesquiera que sean las fuerzas con que se cuenta.

La situación de la escuadra británica en estos momentos, tal como me la describía no ha mucho un marino, es por su naturaleza bien adecuada para que el enemigo, aunque inferior en fuerzas, le pueda infligir daños muy serios.

La escuadra tiene que montar la guardia en el Mar del Norte con el doble objeto de hacer el bloqueo de la Alemania, que cada día se estrecha más desde el punto de vista comercial, y de prevenir un ataque a las costas inglesas.

Debe al mismo tiempo dar convoy a los transportes que traen tropas de la India, del Canadá, de Australia, del Africa, de Nueva Zelanda, de Terranova, de todos los continentes.

Necesita patrullar todos los mares del orbe para mantenerlos abiertos al comercio, tarea en la cual ha conseguido el estupendo resultado de que hasta ahora sólo hayan sido apresados 35 barcos ingleses, (de los cuales 25 son la labor maravillosa del *Emden*), de un total de 4,000 y tantos que surcan los mares. Y esto a pesar de las minas y los submarinos y los torpedos y la telegrafía sin hilos.

Es una tarea gigantesca que abarca el mundo entero y no es extraño que sea tan fácil que unos pocos cruceros alemanes, confiados a marinos muy hábiles y sumamente audaces y entusiastas, puedan dar golpes tan felices como los recordados del *Emden* y la concentración de la escuadrilla en el Pacífico.

Naturalmente, los hundimientos de buques, los ataques de submarinos, las románticas hazañas de los cruceros alemanes, eso es lo que el público ve, lo que se

publica en los diarios en letras gordas, lo que las gentes comentan.

Pero lo que cualquier espíritu estudioso puede ver es que al lado de eso que brilla y suena hay la formidable presión de la escuadra británica que ha bloqueado por completo a la Alemania, hasta el punto de que hoy no llega a sus puertos un sólo barco del extranjero, ni sale de ellos ninguno con exportaciones y toda la excelente y próspera marina mercante alemana ha sido paralizada automáticamente en todo el mundo.

Y ese bloqueo, cien veces más fuerte—y más fácil también—que el bloqueo continental contra Napoleón, está comenzando apenas. Ya veremos lo que será cuando haya pasado un año.

Por otra parte, lo que a los ingleses les da esta sensación implacable de serenidad ante desastres como el del Pacífico, es que su escuadra es ahora, después de todas las pérdidas sufridas en estos últimos tres meses, más fuerte que antes de comenzar la guerra.

Parece un sueño, una pesadilla anti-alemana, pero es la verdad rigurosa, precisa, numérica: la escuadra británica ha incorporado desde que comenzó la guerra un número tal de acorazados, cruceros, destroyers, monitores y submarinos, que las pérdidas sufridas están reparadas y queda un saldo a favor especialmente en destroyers y cruceros rápidos. Y los astilleros siguen trabajando con el máximum de su poder de producción, lo que tiene que dar consecuencias absolutamente inesperadas a medida que la guerra se prolongue.

Para nuestro país «el combate de Valparaíso» o «el combate de Chile», como lo llamaban los diarios—hasta ahora no me doy cuenta de cómo fué que no lo llamaron «la batalla naval de Santiago»—ha sido la ocasión de una buena propaganda.

El corresponsal del *Times* en Chile merece todo elogio por la seriedad, honradez y sana inspiración de sus noticias. A ellas se debe que Chile apareciera en esta ocasión como un país decente que sabe mantener y hacer respetar su neutralidad. A ellas y a que nuestro Gobier-

no procuró informar bien a la Legación y esta a los diarios.

Los telegramas del corresponsal del *Times* hicieron saber desde el primer momento que si los cruceros alemanes obtenían carbón y provisiones en puertos chilenos era porque contaban con la complicidad de vapores alemanes que sorprendían la buena fe de las autoridades chilenas, y daban declaraciones falsas.

Después, cuando vinieron datos sobre el combate naval, se pudo publicar en los grandes diarios, enviado por la Legación, el discurso de nuestro Ministro de Relaciones Exteriores en el Senado sobre el Gobierno de Chile y la neutralidad, discurso que produjo excelente impresión y nos colocó en muy buena ley.

Se habló, pues, de Chile como de un país culto, serio, bien organizado, que no estaba dispuesto a dejarse atropellar ni a faltar a sus deberes de nación neutral.

Por último, la noticia de que habían salido dos transportes convertidos en barcos-hospitales para buscar a los náufragos, causó un efecto sumamente simpático y la prensa ha hecho comentarios favorables para Chile.

Menos mal, ya que el combate de Chile—no sé por qué en Chile o cerca de Chile ha de haber siempre buenas peleas, como si el clima desarrollara tendencias belicosas—pudo costarnos muchos desagrados.

Si el combate hubiera sido en aguas territoriales, lo que pudo ocurrir porque la situación de los alemanes no es para que respeten en estos momentos esas sutilezas del derecho internacional, el Gobierno de Chile habría tenido que protestar y luego internar en sus puertos los barcos culpables de violación de la neutralidad.

¿Internar los cruceros alemanes? ¿Y con qué elementos navales habríamos hecho respetar ese derecho y deber nuestro? ¿Con los cuatro barcos viejos y de escaso poder que hoy constituyen nuestra escuadra?

Raras veces un incidente ajeno a nuestros propios intereses directos ha puesto más en evidencia el peligro que corre Chile por carecer de fuerzas navales adecuadas. Ese país sin escuadra—y hoy podemos decir que no

la tiene—está indefenso, entregado a cualquiera aventura, incapaz de hacerse respetar.

Esos cruceros alemanes que, como se comprenderá, son de los buques más insignificantes de la escuadra del Imperio, representan una fuerza mayor que toda la escuadra chilena actual.

¿Es posible que se deje a ese país en tales condiciones? ¿Es aceptable que vivamos bajo la presión de este hecho, bajo esta conciencia de que cualquier día puede un país al cual no queremos someternos, enviar unos cuantos barcos viejos e imponernos la ley?

Nunca habremos repetido lo suficiente esta axioma fundamental de nuestra seguridad nacional: que Chile puede darse el lujo de tener un pequeño ejército bien instruído, pero debe tener siempre una escuadra completa, adecuada a las necesidades de su enorme costa, capaz de amparar su marina mercante y proporcionada a su posición internacional.

Y es ahora, durante la guerra con las necesidades especiales que crea el conflicto y con las lecciones que va dejando, cuando debemos apresurarnos a tomar resoluciones para reforzar nuestra defensa naval que hemos dejado reducida a un esqueleto, a una sombra, a una buena reputación de grandes marinos que ya no va teniendo buques en qué confirmarse.

No podemos contratar nuevos dreadnoughts o cruceros rápidos o destroyers porque los astilleros están ocupados; pero ésta es la ocasión para aprovechar y desarrollar nuestros propios elementos e iniciar en Chile trabajos serios, a fin de hacer en el país algunas de nuestras unidades navales.

Los que lean estas líneas creerán que he perdido la razón, que sueño con astilleros en Chile semejantes a los de Newcastle o de Barrow. Sin embargo, la idea que voy a exponer y que he consultado con gente idónea, es sumamente lógica, oportuna y de fácil realización.

El arma naval más poderosa que hasta ahora nos revela la guerra, es el submarino. Chile no los posee y puede y debe tenerlos para la defensa de sus puertos, de-

fensa más eficaz que los fuertes en los cuales ya nadie cree, y como medio excelente de ataque.

Sé que no sólo es posible sino fácil, instalar en Chile, digamos en el río Valdivia, un establecimiento para construir submarinos bajo la tuición de las autoridades navales, y al comienzo con algunos ingenieros extranjeros. Sé, sin género alguno de duda, que el día en que el Gobierno resolviera hacerlo, hallaría facilidades de toda especie.

Si tal cosa se llevara a cabo, inmediatamente, no sólo atenderíamos de un modo muy efectivo a la defensa naval que nos urge organizar, sino que además daríamos trabajo a numerosos obreros y crearíamos una industria interesante.

Se puede comenzar por armar en Chile submarinos mas o menos construídos en Europa. El genio mecánico de nuestra raza, el genio naval de nuestra raza de que hay pruebas en los trabajos que el Apostadero de Talcahuano hizo en el *Prat*, se encargaría de adueñarse rápidamente del asunto.

Yo pido a la prensa de Chile y a los marinos, que estudien esta idea, que no la miren como una utopía, que tomen en cuenta que en ella hay envueltos dos grandes ideales nacionales: independencia económica y defensa del territorio.

FILOSOFÍA DE LA GUERRA

XIV. El esfuerzo alemán.
XV. El pueblo alemán y la guerra.
XVI. El pueblo británico y la guerra.
XVII. Hablando de paz!. . .
XVIII. El pueblo francés y la guerra.
XIX. Las declaraciones del gobierno francés.

XIV

El esfuerzo alemán.

Potencia militar y previsión.—Un país convertido en máquina de guerra.—Exitos militares y errores políticos.—Porqué en Alemania no hay grandes estadistas.

Londres, 12 de Octubre de 1914.

Jamás nación alguna, en lo que recuerda la historia, ha hecho un esfuerzo más gigantesco que el que el Imperio alemán hace en estos momentos

Nunca se vió a un pueblo alzarse con una fuerza tan aplastadora para hacer frente a enemigos que amenazan todas sus fronteras.

Ningún otro país se ha hallado en situación más crítica, y ninguno ha mostrado una potencia militar más formidable y una previsión más perfecta para desafiar las circunstancias adversas.

Potencia militar y previsión: hé ahí las dos fuerzas sobre las cuales se apoya en esta hora crítica el Imperio alemán en la lucha más pavorosa que ha sostenido jamás una nación.

¿Qué había sido descuidado en esta paciente preparación para la guerra a que la Alemania ha consagrado todas sus energías durante cuarenta años?

Tenían un sistema perfecto de conscripción que había hecho un soldado de cada hombre válido.

Tenían un Estado Mayor admirable que constituía el cerebro siempre activo de la terrible máquina de guerra.

Tenían una organización política en que la voluntad del Soberano prevalecía y el Gobierno irresponsable arrojaba millones y millones, la sangre del país, la savia de la encina germánica, a las fauces del dios monstruoso de la guerra.

Tenían escuelas que difundían el espíritu militar, universidades que formulaban los principios filosóficos de la guerra necesaria, la guerra útil, la guerra instrumento de civilización, la guerra deber y derecho del superhombre germánico.

Tenían caminos, ferrocarriles, telégrafos, correos, obras públicas, organizados para la guerra, con ideas, programas y regímenes militares.

Tenían la artillería más mortífera que se ha inventado hasta hoy.

Tenían un servicio de espionaje en que cada alemán residente fuera de su país ha sido un informante, un revelador de cuanto podía servir a la Alemania para la hora de la lucha.

Y cuando la hora llegó, la inmensa maquinaria funcionó como un aparato de relojería, suavemente, sin un tropiezo, sin una vacilación, verdadero monstruo de pesadilla, concepción fantástica que algún cerebro enfermizo pudo imaginar y que es la realidad de hoy,

La movilización se hizo rápidamente. Antes de que los aliados se organizaran, el ejército alemán estaba en el Luxemburgo, arrasaba la Bélgica, quemaba ciudades, borraba aldeas, fusilaba poblaciones, entraba en Bruselas, invadía la Francia, amagaba a París, despertaba en los territorios ocupados un terror invencible.

Al mismo tiempo recibía en el oriente el choque de las legiones rusas y las rechazaba de la Prusia Oriental y lograba aún invadir el territorio del Imperio moscovita en el norte y centro de la línea de frontera.

El gigante germano, como un héroe de las sagas escandinavas, estaba armado de un martillo con el cual daba golpes a diestra y siniestra en medio de los enemigos que lo rodeaban.

Y aun en el mar, donde su desventaja era notoria, la

Alemania mostraba el poder de su organización, sus hombres habían sembrado de minas la costa inglesa, aun antes de la declaración de guerra, y sus audaces submarinos lograban deslizarse en el Mar del Norte y hundir tres cruceros ingleses.

Y cuando se les creía atrasados en la aviación, sus dirigibles y aeroplanos volaban sobre Amberes y París divertiéndose con sembrar bombas sobre los aterrados habitantes, sobre los monumentos públicos y los paseos.

El genio de la destrucción jamás ha podido inspirar mayor número de maravillosas invenciones. En la tierra, en el mar, bajo las aguas y en el aire, la Alemania ha presentado una organización perfecta, irreprochable, en la cual nada falla, que muestra a un gran pueblo convertido en cuarenta años de paciente y científica labor, en una máquina de pelear, de destruir, de aplastar a otros pueblos y someterlos a su hegemonía.

Nunca vió la humanidad un esfuerzo más colosal ni más aterrador.

Era lógico, sin embargo, que en ese país donde el Estado había absorbido al individuo para convertirlo en ruedecilla de la máquina de guerra, no hubiera estadistas.

La Alemania podía en esos cuarenta años de preparación para la guerra producir grandes generales, hombres que aplicaran a la táctica y la estrategia todas las condiciones de perseverancia, y de método del genio germánico. Pero no podía producir estadistas porque éstos sólo se dan donde la libertad política muy amplia con la responsabilidad del Gobierno ante el Parlamento, engendran la sana lucha en que se templan los caracteres.

Bismarck era el hijo de la Alemania libre antes de la hegemonía militar prusiana. Nadie pudo recoger su herencia.

Y así no es difícil prever que si la Alemania triunfa deberá su salvación exclusivamente a su poder militar,

a su ejército que lucha en condiciones desfavorables provocada por la torpeza de sus hombres de Estado; y si la Alemania es vencida a la larga, su derrota será la culpa de esos políticos que le han creado una posición absurda e insostenible.

Jamás una gran nación esforzada, disciplinada, dispuesta a los sacrificios, ha tenido una dirección política menos digna de su pueblo.

En la historia de la presente guerra mirada desde Alemania, todos serán triunfos militares y todas serán derrotas diplomáticas y políticas, todas serán admirables ideas y hechos tácticos y errores políticos.

El ejército alemán hace un esfuerzo prodigioso y cualquiera que sea el curso futuro de la guerra, no será posible negarle que ha sorprendido al mundo con su eficiencia; pero ese esfuerzo ha sido entrabado por los errores de la política alemana.

El ejército había previsto todo lo que le correspondía prever. Los políticos nada previeron.

El Gabinete de Berlín creyó en la posibilidad de que la Bélgica no resistiera y dejara pasar al ejército alemán camino de París, ofreciéndole al paso alimentos, transportes y cuanto le fuera necesario.

Creyó, o mejor dicho, soñó, que la Inglaterra podía aceptar acomodos y transacciones que la indujeran a permanecer neutral.

Imaginó que el sistema del terror por medio de la destrucción de ciudades enteras, fusilamientos en masa y saqueo sistemático era el más eficaz.

Apenas se conciben estos errores que han hecho tanto daño a la causa alemana.

Ningún diplomático podía ignorar que la Bélgica tenía, como tiene la Suiza, la resolución inquebrantable de resistir contra la Alemania o contra la Francia, con o sin el auxilio de la Inglaterra, porque ese pequeño pueblo tenía el convencimiento, que los chilenos comprendemos muy bien, de que más vale desaparecer del mapa que someter a la fuerza triunfante su soberanía e independencia.

Que la Inglaterra entraría en la lucha era evidente, era claro, era rigurosamente necesario, porque aniquilada la Bélgica y la Francia, el Imperio Británico quedaba a merced de la Alemania que iba a ocupar casi sin resistencia las costas del Canal de la Mancha.

Sólo una carencia absoluta de visión de los hechos o una soberbia cercana a la necedad, pudo hacer que la Alemania fuera arrastrada por sus políticos a esa situación llena de peligros: con enemigos en todas sus fronteras, con un aliado que no debía ayudarla y otro que había perdido casi todo su valor de tal, desde que sobrevinieron los conflictos balkánicos.

Y fué una insensatez haber añadido a esa coalición formidable de fuerzas y circunstancias adversas, la indignación de toda la humanidad civilizada que protesta de los métodos de guerra adoptados en Bélgica por el ejército alemán.

Errores de esta especie tienen que perturbar la acción militar alemana y ya la han perturbado.

La resistencia belga ha durado dos meses y medio. Todavía a esta hora, después de la caída de Amberes, los últimos restos del ejército belga se baten en su territorio y van a unirse con los aliados.

La participación de la Gran Bretaña compromete seriamente el fruto de las victorias que el ejército alemán pueda obtener y obtendrá sin duda en tierra, porque significa el bloqueo continental, semejante al que arruinó a Napoleón, o sea la prolongación de la guerra por meses y meses, por dos o tres o más años, acaso por quince, como en otros tiempos.

Y es un hecho que la Alemania ha fundado sus expectativas en una guerra corta, en una serie de golpes rápidos, fulminantes, que aniquilen a sus adversarios, pero no podría mirar con la misma confianza la perspectiva de una guerra de varios años.

XV

El pueblo alemán y la guerra

Noticias alemanas en Londres.—La cohesión del Imperio.—El glorioso espíritu de sacrificio de los alemanes.—Fe inconmovible en el triunfo.—Lo que el pueblo alemán piensa de sus enemigos.—Odio salvaje a los ingleses.—La organización científica del espíritu militar.—Clausewitz, Treitschke y Bernhardi.—Cómo se organiza el patriotismo.—Una sombra de duda.

Londres, 15 de Noviembre de 1914.

Diariamente recoge la Compañía Marconi en esta ciudad el boletín que lanza el Gobierno alemán para dar cuenta de las operaciones militares. Es muy sucinto, y desde algún tiempo casi se limita a decir que la situación no ha cambiado; pero suele contener noticias interesantes sobre la marcha financiera y económica del Imperio.

No con mucha regularidad llegan a Londres ejemplares de diarios alemanes, especialmente las Gacetas de Colonia y de Frankfort y el «Berliner Tageblatt», todos ellos sometidos a censura muy rigurosa en cada línea que publican, pero con muchos datos útiles.

Suelen también llegar, por vías indirectas, cartas de neutrales residentes en Alemania, y aunque la censura no deja pasar sino lo que no parece peligroso, ellas tienen a veces impresiones honradas y sinceras, de cuya veracidad no podemos dudar.

Aun cuando estas diversas fuentes de información no pueden ser aceptadas sin una severa y cuidadosa crítica,

la observación paciente de lo que ellas suministran y la comparación de los datos que han venido durante estos primeros meses de guerra, permiten deducir algunos aspectos de la situación de Alemania y de la manera como el pueblo alemán ha encarado la lucha formidable en que habrá de decidirse la suerte del Imperio.

La primera y más firme impresión que he podido formarme es que la guerra ha revelado la intensa unidad del Imperio germánico, la cohesión perfecta de todas sus partes y la unión íntima de todas ellas en un solo propósito y en un esfuerzo único para alcanzarlo.

El Imperio alemán sólo existe desde hace poco más de 40 años, pero es evidente que forma un todo indivisible con unidad de raza y con intereses armónicos. La guerra lo demuestra. Las antiguas nacionalidades históricas como la Sajonia y la Baviera, para no citar si no las más importantes, han desaparecido. Sólo existe la Alemania, la gran patria germánica, por cuyo progreso, riqueza y fuerza se han sacrificado tanto los ciudadanos y que ahora todos defienden con el mismo ardor.

El espíritu militar de la Prusia ha penetrado a todo el Imperio, fundiendo esas nacionalidades en la nueva entidad y dándoles un alma prusiana por encima de su propia idiosincrasia.

Cualesquiera que hayan de ser las vicisitudes que el futuro reserve a la Alemania, una cosa parece cierta, y es que ya no hay en el mundo fuerza alguna material o moral que pueda romper la unidad del Imperio, la cohesión férrea de esta nación germánica creada con elementos que parecían diversos, porque tenían nombres diferentes, pero que eran una sola raza y debían formar una sola nacionalidad.

La guerra acentúa esa unidad del Imperio por el glorioso espíritu de sacrificio que ha despertado en todas

las clases sociales, desde Berlín hasta la mas remota aldea de la Silesia o la más rica de las ciudades hanseáticas.

Es evidente el entusiasmo con que los alemanes recibieron la noticia de que se les llamaba a la guerra. No sólo los hombres obligados por la ley a tomar las armas, sino aun los que por su edad u otros motivos están exceptuados del servicio, todos quieren pelear, y los que no pueden vestir el uniforme ayudan en cualquiera forma con sus personas, con sus bienes, con su dinero, con lo que tienen y pueden.

Pasado el primer momento de confusión, las gentes han llevado su oro, sus economías, el fruto de sus sacrificios de muchos años, al Reichsbank, que sólo les devuelve papel moneda; han suscrito el empréstito de guerra; han renunciado, cada uno, en la medida de sus fuerzas, a las ventajas personales, para hacer más rica, más fuerte, más invencible a la Alemania.

No se oye en el país ni una queja, ni un asomo de desaliento. Las industrias, con excepción de las que se relacionan con el Ejército o la Escuadra, están casi totalmente paralizadas por falta de operarios, y en algunos casos por la imposibilidad de procurarse las materias primas que antes se importaban. Todo el comercio exterior de importación y exportación ha cesado a causa del bloqueo riguroso que hace la escuadra inglesa. La flor de la juventud perece en los campos de Flandes y de la Polonia, en un derroche espantoso de vidas humanas. Había a mediados del presente mes más de medio millón de hombres fuera de combate con una aterradora proporción de muertos.

Pero nadie puede decir que el coloso germánico haya hecho un gesto de dolor o desaliento. Un viajero describe las iglesias de Alemania llenas de una muchedumbre de madres y esposas desoladas, que claman al Altísimo y le piden el triunfo de las armas del Imperio.

Y es que hay en Alemania una fe absoluta, inconmovible, en el triunfo. El país se siente seguro de que su

ejército es el primero del mundo, de que es inútil acumular contra él masas de rusos o de franceses o de ingleses que carecen de una preparación tan perfecta, de que es imposible que se haya descuidado un solo detalle en esa preparación, y de que la guerra pueda presentar una sorpresa.

El avance alemán, vertiginoso y devorador, por encima de las ruinas ensangrentadas de la Bélgica, a través de la Francia hasta las puertas de París, no sorprendió a ningún alemán. Eso era para ellos lo natural, lo lógico, lo inevitable. La marcha hacia Varsovia en persecución de los rusos les pareció lo único que podía ocurrir. Ni la prensa ni el público hacían gran caudal de estas victorias que creían el principio del rápido fin de la guerra.

Es cierto que después la situación se ha alterado, y que los ejércitos alemanes están más lejos de Varsovia y mucho más lejos de París o de Calais de lo que estaban hace dos meses. Los diarios alemanes aconsejan al público que tenga paciencia, que espere los resultados de nuevos planes estratégicos.

Pero no creo que el curso de la guerra en esos dos meses últimos haya alterado substancialmente la fe del pueblo alemán en el triunfo definitivo de su país. Les causa sorpresa que todavía no estén totalmente deshechos los enemigos, pero no dudan un momento de que lo serán y en plazo no muy largo.

Si el Gobierno alemán, después del fracaso de la terrible embestida inicial, hace ahora sus planes visiblemente para una guerra larga, el pueblo alemán no acaba de creer que sea necesario mucho tiempo para aniquilar a enemigos que desprecia y considera inferiores bajo todos conceptos.

Respecto de los rusos, la idea alemana es que pueden acumular muchos millones de hombres, pero que carecen de preparación militar suficiente. Son masas, pero no son soldados.

A los franceses los consideran bien instruídos y muy valientes, pero les niegan la resistencia para operaciones largas con una serie de ataques violentos e incesantes, tanto porque su número está limitado por la inferioridad de su población, como porque los miran como una raza físicamente degenerada.

Con todo, los alemanes consideran a rusos y franceses como enemigos dignos de estimación, contra los cuales se debe pelear sin odio, casi con cierta piedad.

Unos y otros han sido, según la prensa y las declaraciones oficiales alemanas, víctimas de la «pérfida Albión», de la infame Inglaterra que por razones de negocio ha sacrificado a la Bélgica, la Francia y la Rusia, lanzándolas en una guerra en que todas ellas serán aplastadas y definitivamente arruinadas.

Ignoro si el pueblo alemán siente realmente odio contra el pueblo inglés. No me lo figuro capaz, a pesar de todo, de una ferocidad tan implacable como la que resulta de los diarios alemanes.

Pero es un hecho que la prensa alemana hace todo lo posible por crear ese odio, por organizarlo, por dar a entender que el enemigo, el único, el que es preciso combatir sin cuartel, es la Inglaterra.

No creo que desde que se inventó la imprenta se haya hecho una campaña de odios más violentos, más sanguinarios, más espantables, que la que hacen a estas horas contra los ingleses la prensa alemana y los agentes de la propaganda de ese país en el extranjero. Hay en el fondo una mezcla de desprecio, de rabia y de repulsión que asusta.

Se diría que esa campaña se acrecienta y embravece con la frialdad inglesa, con la calma de los diarios de Londres que reproducen los más virulentos artículos, burlándose de ellos ligeramente y presentándolos al público como una señal de que la Alemania se sabe vencida, puesto que se desata en injurias.

Mi impresión personal es que el tono violento de la prensa alemana obedece a un plan, ha sido impuesto por una voz de mando, pero no refleja los sentimientos del

pueblo. Es imposible que una nación, una colectividad, llegue a organizarse de esa manera hasta para odiar.

Sin embargo, todo es posible en Alemania en materia de organización. ¿Qué no ha sido metodizado y regulado en ese país?

El Estado omnipotente, omnipresente, omnisciente, que todo lo puede, todo lo sabe y está en todas partes, absorbe en Alemania las energías individuales, las reune, las amalgama, las funde, crea con ellas la grande energía nacional y las empuja así unidas hacia la realización de sus planes gigantescos.

Durante todo el siglo XIX y desde que la Alemania sacudió gloriosamente el yugo napoleónico, la Prusia asumió la dirección de la raza germánica con dos fines grandiosos, uno de los cuales se ha logrado y el otro se logrará si vence en esta guerra.

El primero era crear el imperio bajo la hegemonía prusiana. El segundo es constituir un poder universal, extendido sobre todo el orbe.

Las guerras de agresión y de conquista contra la Dinamarca, contra el Austria, contra la Francia, redondearon las fronteras y dieron a la Alemania Imperial una posición fortísima en el centro de Europa. La guerra actual debe darle, si obtiene el triunfo, el dominio de los mares con la costa del Canal de la Mancha, el aniquilamiento de la Gran Bretaña y la conquista de las mejores colonias francesas y británicas de Asia, África, América y Oceanía.

Para estos ideales ha vivido la Alemania y a ellos ha enderezado el pensamiento nacional con una tenacidad, un método perseverante y una perfecta organización que sólo pueden reunirse en ese pueblo.

De la herencia de Federico el Grande dedujeron los prusianos y los alemanes prusianizados que esa era la misión de la raza germánica: dominar la Europa para

llegar a dominar el mundo, y ni un solo instante, a lo largo de su accidentada y espléndida historia del siglo último, han dejado de trabajar en la prosecución de ese propósito.

Sus pensadores han dado las fórmulas científicas de los ideales nacionales, sus profesores han enseñado en las Universidades y escuelas el deber nacional, sus estadistas han preparado al país para el cumplimiento de la misión sagrada, sus militares, elevando el arte de la guerra a la más alta perfeccion científica a que ha llegado jamás, han mostrado a la nación germánica la posibilidad de emprender a sangre y fuego la ascensión de esa montaña del poder universal que desde largo tiempo tentaba sus energías.

De la Alemania sobria, sencilla y patriarcal, que vivía modestamente, de la Alemania romántica que con Goethe perfumaba los bosques germánicos con la miel del monte Himeto; de la Alemania patriota por espontáneo movimiento del pueblo que luchaba contra Napoleón, cantando los poemas guerreros de Körner, hicieron una Alemania disciplinada, movida por una poderosa ambición, que se ahoga en sus fronteras y que se adiestra en las armas para abrirse paso en el mundo.

La evolución se ha hecho de arriba a abajo. Comenzó en los cerebros escogidos de los pensadores, entró a las Universidades, bajó a los diarios y al teatro, se infundió poco a poco como un alma nueva en todo el pueblo.

Y el pueblo la recibió porque hallaba en ella el cumplimiento de las leyes de su desarrollo histórico y porque del fondo de las selvas seculares se alzaban las voces de los guerreros germánicos, de los héroes legendarios del ciclo de los Nibelungen que todavía tenían sed de pelea, de sangre y de tormentosa gloria militar. Una vez mas «los muertos hablaban» a través de las generaciones y Odin, dios de las batallas, y el feroz Wotan, padre de las Walkirias, expulsaban del corazón popular germánico al dulce Cristo importado del Oriente y de Roma.

Un militar de las campañas napoleónicas, Clausewitz, deducía con una clarovidencia genial las lecciones de

aquel período de guerras y daba al Ejército alemán una eterna filosofía de la guerra que hoy mismo continúa siendo su guía y su evangelio.

El filosófo que más ha influído sobre el alma alemana en los últimos cincuenta años, Treitschke, erigía en doctrina rigurosa lo que más adelante se ha llamado «el deber de hacer la guerra» y la belleza y santidad de la guerra.

Todo el impulso alemán de hoy está encerrado como en gotas de esencia pura en las obras de Treitschke, en sus lecciones de Leipzig y de Hamburgo, cuando deslumbrado por las victorias del 66 evolucionaba de su juvenil liberalismo a una admiración fanática por el absolutismo prusiano que debía valerle la confianza de Bismarck, o en aquellas aun más memorables en la Universidad de Berlín desde 1875 a 1896 que escucharon como un nuevo evangelio todos los hombres que ahora dirigen los negocios públicos de Alemania.

«Es ley de la vida, dice Treitschke, que el más fuerte domine al más débil... Nuestra época es época de guerras, nuestra edad es edad de hierro. Las guerras por hambre que todavía vemos entre las tribus negras del África son tan necesarias para las condiciones económicas del África como las guerras santas que un pueblo emprende para preservar su cultura moral. Allá como aquí, hay una lucha por la vida, aquí por un bien moral, allá por un bien material.

Exaltación de la autoridad imperial, elogio lírico de la guerra, demostraciones metafísicas y biológicas de su necesidad, aceptación de las últimas y más crueles consecuencias de su doctrina, excitación de la Alemania a la conquista del mundo, desprecio de la Francia y odio a muerte a la Inglaterra, todo está en Treitschke y todo está reducido a principios que una lógica inflexible encadena unas a otras.

Y de Treitschke, sale Bernhardi, que dió en su célebre obra sobre la «Alemania en la guerra futura» las líneas precisas a que ahora ajusta su acción el Imperio, Bernhardi que denuncia «las aspiraciones pacíficas que ame-

nazan envenenar el alma del pueblo alemán», cuya convicción es que «los deberes y obligaciónes del pueblo alemán sólo pueden llenarse desenvainando la espada», que cita a su maestro para afirmar que «el deseo de paz ha hecho anémicas a las naciones más civilizadas», para quien «la guerra es una necesidad biológica de primera importancia, un elemento regulador del cual la humanidad no puede prescindir porque sin él se sigue un desarrollo enfermizo que excluye el progreso de la raza», y que después de demostrar «el derecho y deber de hacer la guerra», prueba que la Alemania no tiene sino esta alternativa: «o dominar el mundo o desaparecer».

Eran una legión los hombres que así pensaban, los profesores de renombre universal que en una y otra forma han creado desde las cátedras esta mentalidad prusiana. Se llamaban Ranke y Mommsen, Sybel y Droysen, Gneist y Niebuhr. Sin contar el sublime loco cuya doctrina del super-hombre y cuyo nihilismo absoluto acabaron de introducir en el alma alemana la negación de lo sobrenatural, el orgullo satánico y la fe única, exclusiva en la fuerza fruta.

Y así fué cómo sobre las virtudes iniciales del pueblo alemán—su espíritu de sacrificio y su amor al suelo natal —se organizó este pensamiento alemán, este patriotismo científico, con base filosófica, que consiste en la negación del individuo para mayor gloria del Estado guerrero, conquistador, dominador del mundo.

Cuando un alemán pronuncia el nombre de su patria, *Deutschland*, algo de religioso vibra en sus labios. En este patriotismo alemán, intenso y terrible, la Alemania es una abstracción sagrada, algo como una divinidad panteística, una entidad que todo lo llena y de la cual nada malo podría decirse sin incurrir en un sacrilegio y pronunciar una blasfemia.

La Alemania, como abstracción que incluye para el alemán todo lo que hay y puede haber de grande, noble y santo, está fuera de los alemanes. La Alemania es un

ente moral que vive por sí mismo independientemente de las partículas que lo componen.

Otras patrias son expresiones geográficas y sus hijos, amándolas mucho, conservan la libertad de criticarlas, de censurarlas, de condenarlas en tal o cual aspecto de su vida.

La patria alemana es más que el territorio de Alemania, es más que el conjunto de los habitantes, es un ente de razón en cuyo seno se hunden y desaparecen los individuos.

De ahí el empuje formidable de las legiones germánicas, esa inmensa máquina de guerra, científicamente perfecta, impersonal, que tiene una sola alma, el alma de Alemania, que se mueve para un solo fin, la grandeza de Alemania, que hace un esfuerzo único y gigantesco, que es el esfuerzo de la Alemania para derribar las barreras que aun la separan de la dominación del mundo.

Mueren a millares, sufren estoicamente padecimientos inenarrables de que todavía la humanidad no tiene una idea, se baten como fieras, con un valor indómito, lanzando líneas y más líneas de hombres a la muerte segura en los campos de Flandes y en las estepas rusas. ¡Qué importa! ¡Es por la Alemania! Es por el Dios Patria, por la patria erigida en divinidad, de la cual forman parte y a cuya gloria sagrada debían sacrificarse.

Regimentadas las inteligencias, sometidas las voluntades individuales al ideal militar, aplicadas todas las energías al perfeccionamiento de la máquina de guerra, la Alemania ofrece un espectáculo que asombra y que aterra y que no puede menos de infundir dudas e inquietudes.

Se vienen a la memoria las palabras de Clausewitz: «Hay numerosos ejemplos en la historia de ejércitos profundamente penetrados de la espléndida tradición de sus últimas guerras que han sido derrotados por un ejército que confiaba en su sentido común»; «en la guerra todas las cosas son simples, pero las simples son difíciles»; «la teoría no es más que la reflexión racional

sobre las situaciones en que podemos hallarnos en la guerra».

Y una sombra de duda pasa por la mente acerca de la eficacia de esta colosal teoría de la guerra, de este monumento de ciencia, de perseverancia y de fe que se llama el Ejército alemán, que es la Alemania en armas y que está sufriendo su prueba definitiva en los campos de la Europa.

«O dominar el mundo, o perecer», dice Bernhardi, y el pueblo aleman cree que dominará el mundo.

Los espectadores fríos tienen el derecho de preguntarse si dominará el mundo o si, como al Napoleón de Musset, lo tocará con la punta de su ala el Angel de los destinos humanos para derribarlo en ese mismo océano hacia el cual corren ahora sus ambiciones en desesperada y sangrienta carrera.

XVI

El pueblo británico y la guerra

Términos irreductibles.—El individuo contra el Estado.—La costumbre de asociarse y la cooperación social.—Cómo contribuyen los individuos a la guerra. — Falta absoluta de espíritu militar.—Repugnancia a la disciplina.—Voluntad de defender la Patria y horror al servicio obligatorio.—Dificultades del reclutamiento. — El espíritu sportivo y la guerra. — Pelear sin odio.—Los alemanes en Inglaterra.—El servicio de espionaje. — Gran Bretaña en 1914 y Chile en 1879. — La dictadura de Kitchener. — Por qué pelean los ingleses. — El odio al militarismo.

Londres, 10 de Noviembre de 1914.

Si hay en este mundo dos términos irreductibles, son el carácter alemán y el carácter británico. Estos dos pueblos jamás se han comprendido y jamás se comprenderán.

La noción arbitraria y falsa de las razas suele inducirnos en el error de creer que británicos y germánicos tienen en común origen sajón y deben por consiguiente ponerse puntos de contacto mayores que cualesquiera de esos dos pueblos, comparados con los latinos.

La verdad es que sus diferencias son fundamentales y absolutas, mientras sus semejanzas son tan vagas e insignificantes que uno llega fácilmente a la conclusión de que si hubo en remotas edades alguna afinidad de raza, que nunca fué mucha, ella ha sido ahogada, destruída, suprimida por otras condiciones que produjeron en la

Gran Bretaña y en Alemania dos razas diametralmente diversas.

La topografía de los países, isla uno y con escasa costa el otro, la superposición en Gran Bretaña de influencias galo-latinas, con la conquista normanda, la historia esencialmente diversa de ambos países, todo ha determinado la formación de dos pueblos que en este comienzo del siglo XX no tienen absolutamente nada común.

El británico se ha formado por el desarrollo casi monstruoso, si cabe emplear el término para designar lo que es la obra de la naturaleza, del individuo en todo el esplendor de una libertad sin límites.

Mientras en Alemania, como en casi toda la Europa, la civilización importaba un desarrollo constante del Estado dentro del cual, para el cual, y por el cual crecían los individuos, en estas islas eran los individuos los que hacían el progreso independientes del Estado, que mantenía una actitud restringida y modesta.

Cada hombre es en Alemania un átomo del gran todo, una fracción mínima del único ser que vive y se mueve, que es el Estado. En las islas británicas cada hombre es una personalidad que no sólo nada debe al Estado, ni espera nada de él, sino que resiste con energía toda amenaza de invasión en el terreno ilimitado de su iniciativa individual.

En Alemania cada ciudadano sólo tiene los derechos que el Estado le otorga y debe cumplir todos los deberes que el Estado le impone. En estas islas cada ciudadano puede hacerlo todo, mientras no ofende el derecho de otro ciudadano y no tiene más deberes respecto del Estado que los que él mismo se ha querido imponer en el libre juego de sus instituciones democráticas.

El inglés está dispuesto siempre a cooperar al bien común, a condición de que no se le impongan forma o condiciones para su cooperación. Lo que se ha de esperar del ciudadano británico, es preciso que él mismo lo determine, sea por la acción aislada de cada hombre, sea

en forma de asociación, que es la tradicional en este país, donde todo se hace por sociedades, juntas y comitées.

Nunca entenderá esto un alemán y con mucha dificultad lo entenderá un francés, un español o un chileno, porque todos nosotros pertenecemos a razas que han vivido absorbidas por un amo, por un Estado que se llamaba el Rey o simplemente el Supremo Gobierno o el Fisco.

Como no entenderán jamás los ingleses que el Estado deba tener hospitales o costear la educación universitaria, o mantener un grande ejército cuando para todas esas necesidades sociales basta la iniciativa privada.

Las gentes se asocian con facilidad admirable, y asociadas mantienen hospitales y asilos, dotan a las universidades que son personas jurídicas autónomas, contribuyen con sus personas y su dinero a la guerra cuando es necesario.

Desde que comenzó la guerra casi no hay día que no se inicie en este país algún nuevo *Fondo*, alguna nueva suscripción para atender un fin de interés nacional.

El mayor de todos es el llamado «Fondo del Príncipe de Gales» que llega a muy cerca de 4 millones de libras esterlinas y que tiene el fin muy amplio de aliviar la miseria que produzca la guerra. Hay otro bajo el nombre de la Reina para las mujeres de los soldados. Otro bajo el patrocinio de la Princesa María para enviar a los soldados regalos de Navidad. Otro para mandarles tabaco y cigarrillos. Otro para los belgas... En fin, que entre todos estos fondos cuya enumeración es demasiado larga, el público ha dado ya una suma que se va acercando a 10 millones de libras esterlinas. Y sigue dando cada día dinero y objetos de toda especie.

Un día Lord Roberts publica una carta en que recomienda a los aficionados a carreras que envíen sus anteojos para los oficiales que van a la campaña. Una semana después avisa que ha recibido 14,000! anteojos y que, en vista del buen resultado, pide que manden tam-

bién sillas de montar de tal o cual tipo. Y las sillas de montar llueven a millares.

El pueblo inglés considera que ese es su deber y que esperarlo todo del Gobierno sería, en primer lugar, una vergüenza nacional, y en segundo lugar, un mal negocio.

Las gentes se asocian y una vez asociadas cooperan. Donde hay tres ingleses uno es *chairman*, el segundo secretario y el otro tesorero. Y todos dan lo que pueden: dinero, especies, esfuerzo personal. Todos dan con tal de que no sea el Estado el que pide, sino que puedan dar por su libre, espontánea y soberana voluntad.

Así viven los hospitales de este país exclusivamente «de contribuciones voluntarias», y los de Londres tienen para la propaganda de las limosnas que necesitan un comité, el inevitable comité, formado por el Obispo protestante de Londres, el Cardenal arzobispo católico de Westminster y el Gran Rabino Judío.

O sea, en vez de libertad, igualdad y fraternidad, este país tiene libertad, tolerancia y generosidad.

Naturalmente, en las islas británicas no hay espíritu militar en el sentido germánico de esas palabras, porque no se concibe aquí el sometimiento previo de la voluntad individual que es la esencia de la disciplina. El inglés necesita que en todo, absolutamente en todo, se le deje una cierta suma de libertad para someterlo todo a su razón, a su facultad de elegir entre lo que le parece conveniente y lo que no le parece.

Pero existe la voluntad de defender al país cuando éste se halla en peligro, a condición de que los ciudadanos se convenzan por sí mismos de que el peligro es real y merece el sacrificio.

Adquirido ese convencimiento, los ingleses dan con gusto la vida por la Patria. Aman a su Patria con un orgullo enorme y olímpico de ser ciudadanos británicos. No creen que exista sobre la faz de la tierra nación más grande, más poderosa, más noble, ni más justiciera.

No hay cuestión en que la disparidad entre británicos

y alemanes sea más honda que en éste. Para el alemán es una vergüenza ir a pelear como soldado voluntario con un buen sueldo. La prensa alemana llama a las tropas inglesas «bandas de mercenarios», «miserables asalariados». Para el inglés la mayor de las deshonras sería ir a la guerra bajo una obligación legal. Los diarios ingleses se imaginan que los conscriptos son algo así como rebaños de esclavos empujados a la fuerza hasta la línea de combate. Unos y otros son absolutamente incapaces de comprender lo que el sistema de su enemigo tiene de hermoso. Ni en Inglaterra se apreciará jamás el concepto germánico de «la nación en armas», ni en Alemania se darán cuenta de la magnífica tradición de libertades que ha dado origen en Inglaterra al reclutamiento voluntario.

La clase alta inglesa, la aristocracia de sangre o de posición social, va a la guerra con entusiasmo y porque considera que su deber es dar ejemplo. Quien lleva un nombre ilustre o quiere ilustrar el suyo, se enrola en el Ejército y pelea y busca manera de distinguirse. Cuando se abra de nuevo la Cámara de los Lores será una casa de duelo. Casi no queda una gran familia del Reino que no haya perdido un deudo en la horrible carnicería de los campos de Bélgica y de Francia o en los sangrientos episodios de las minas flotantes del Mar del Norte.

El pueblo se enrola porque es pueblo aficionado a una buena pelea cuando ha llegado a darse cuenta de que se lucha por algo que vale la pena.

La clase media inglesa compuesta de comerciantes prósperos que gozan de grandísimo bienestar, ganan mucho dinero y no tienen más ideal que su negocio, es la más rehacia para acudir al llamamiento.

Y todos irán a medida que el peligro arrecie para impedir que se dicte la ley del servicio obligatorio con que los amenazan cuando el reclutamiento decae. Les parece ante todo necesario evitar eso que en su mentalidad británica sería una vergüenza nacional.

Es difícil el reclutamiento en la Gran Bretaña porque,

como he dicho, esta gran democracia discutidora necesita convencerse de dos cosas: de que la guerra es justa y de que hay peligro para el Imperio Británico.

Por eso los hombres más ilustres, los más elocuentes oradores, los políticos más influyentes, los sacerdotes, los tribunos, andan por ahí en campaña de meetings a través de todo el territorio para explicar las causas de la guerra, el fin que con ella se persigue y el peligro real que corre en estos momentos el Imperio.

Y los hombres que se convencen de que fué el militarismo prusiano el que provocó esta inmensa crisis y de que es menester reventar ese militarismo para poder seguir los negocios en paz, van a las oficinas de reclutamieuto y se enrolan.

En pocas semanas son soldados. Los sports les dan desde niños una preparación física excelente. Son ágiles, fuertes, sufridos, de buen carácter. Los muchachos que cada día veo en los Parques haciendo su instrucción militar y que forman el primer millón del llamado «Ejército de Kitchener», están en su trabajo alegres y profundamente interesados. No tienen el aire grave y terrorífico de los soldados «prusianizados» que he visto en otros países. Parecen poner en lo que hacen toda la intensidad de su esfuerzo con la alegre voluntad del que hace algo por su gusto, casi para su diversión personal.

Es el espíritu sportivo el que domina en los reclutas ingleses, lo mismo cuando hacen ejercicios pesadísimos día y noche, que cuando se adiestran en el tiro con ojo y pulso de cazadores, o cuando parten felices para el continente donde saben que la muerte barre sus filas.

Los alemanes se burlan a veces de ese espíritu para ellos incomprensible. Los ingleses lo consideran parte de la naturaleza humana. ¿En qué consiste? Difícil es definirlo. Aplicado a la guerra significa que cada hombre hace alegremente, sin quejarse ni amilanarse jamás, todo lo que puede por «ganar el juego» cumpliendo sus reglas. Si a uno lo matan, eso es parte del juego, lo mismo que si uno mata a otro. Con tal de que en definitiva gane el *team* a que uno pertenece, todo está bien emplea-

do, es como cuando en el foot-ball, en el cricket o en el polo le rompen a uno el cráneo o le quebran una pierna.

Parecerá a muchos ridículo, increíble, absurdo lo que acabo de decir, y sin embargo esa es la manera de sentir del término medio de los ingleses.

De acuerdo con las reglas morales del sport, el inglés pelea sin rabia, sin odio, sin pasión. A los insultos alemanes, al desborde de furor sacro que viene del otro lado del Canal de la Mancha como el viento caliente que sale de un horno, los ingleses responden con una frialdad que no se debe confundir con la indiferencia. El inglés calla porque considera poco viril exaltarse o prorrumpir en voces destempladas contra el adversario. Puede tener dentro un volcán de ira sorda, pero guardará siempre las formas. No mostrar emoción es una de las manifestaciones de su desmedido orgullo.

Además, en el fondo este pueblo no odia a nadie. Se considera demasiado grande para descender hasta consagrar con su odio a otra nación. Tampoco ama a nadie, fuera del amor que a sí mismo se tiene y que lo hace creerse una especie de pueblo escogido de Dios.

Hay en Hyde Park, cerca del Arco de Mármol, un espacio abierto donde todas las tardes, y en especial los días festivos, el que quiere anunciar algo a sus conciudadanos sube a una tribuna y habla. Un grupo de curiosos lo rodea; se traban discusiones; se hacen debates. Todas las materias se ventilan ahí como en un Foro: la existencia de Dios y las formas de Gobierno, la guerra y las medicinas de patente, el servicio militar y la autenticidad de los Evangelios. La policía vela con una gran prudencia y tolerancia para el caso rarísimo de que alguien sea privado de su derecho.

El otro día un alemán ocupaba una tribuna y discurría ante un público atento y serio para probar que la Inglaterra tenía la responsabilidad de la guerra y que el Emperador de Alemania era el único gobernante europeo que amaba sinceramente la paz.

En París, en Berlín, en Madrid el que hubiera inten-

tado algo semejante, habría sido agredido por el público y luego aprehendido por la policía. Aquí lo escuchaban con curiosidad para saber si sus argumentos eran sólidos. *Fair play*, como dice la espresión sportiva intraducible que aplican a todo y que envuelve a la vez nociones de tolerancia y de justicia.

El hombre más popular en el Imperio Británico, es en estos días el capitan Müller, del glorioso crucero alemán *Emden*. «Ha peleado como un caballero», «cumplía las reglas del juego», «es un buen *sport*», son las frases que se oyen todos los días. Y es seguro que si Müller viene a Londres le harán una ovación. Un hombre que por su libre iniciativa, suelto en los mares como un pirata, hunde veinte buques enemigos sin sacrificar vidas, bombardea los depósitos de petróleo de Madras sin tocar la ciudad indefensa, muestra a la vez coraje, temeridad, astucia y nobleza de alma, es un héroe para los ingleses. Lo único que lamentan es no poder entregarle barcos británicos.

Cierto que el Gobierno ha internado a algunos miles de alemanes residentes en este país; pero es que el espionaje alemán es maravilloso y puede decirse que este país está totalmente minado por los espías y corre un riesgo gravísimo si no se defiende. Con peligro de su vida, con astucia, con talento, con un espíritu patriótico que debemos admirarles y envidiarles, todos los alemanes residentes en el Reino Unido—y eran muchos millares al comenzar la guerra—sirven la causa de su patria. Hombres y mujeres, banqueros o mozos de café, profesores o fabricantes, todos abren los ojos y los oídos, trasmiten datos, instalan sistemas de señales en la costa, practican la telegrafía sin hilos, crian palomas mensajeras.

Han cogido a uno y lo han fusilado, pero ése era un infeliz que no servía para labor tan delicada. Centenares están aún libres y no cabe duda acerca de que el ataque al *Aboukir* y sus dos compañeros por los submarinos alemanes sólo fué posible gracias al soberbio sistema de informaciones que los alemanes residentes han organizado desde mucho antes de la guerra, y prosiguen ahora con grande ingenio y heroica resolución.

¡Y aun así fué preciso que la prensa hiciera una campaña enérgica para que el Gobierno considerara que podía «violar las garantías constitucionales» y arrestar a los sospechosos!

¿Cómo se prepara Inglaterra para esta guerra? Exactamente como se preparó Chile en 1879 para la guerra contra el Perú y Bolivia; comienza con su pequeño ejército permanente y sigue engrosándolo con los ciudadanos que quieren ir a servir al país. Sólo que nosotros eramos pobres y este país es colosalmente rico. Sólo que nosotros eramos pequeños y estábamos abandonados a nosotros mismos, y este país tiene colonias y aliados en el orbe entero.

Tropiezan con inconvenientes enormes. En todo se siente la lentitud de las cosas que no están sometidas a disciplina y que no tienen una organización preestablecida.

Se han necesitado tres meses para reunir un millón de hombres y no creo que el segundo millón esté en los cuarteles antes de Navidad.

El pueblo comienza a convencerse de que en los campos de Francia y Bélgica se pelea la vida o la muerte de Bélgica y Francia, pero también la del Imperio Británico. No es culpa suya que tanto le cueste creerlo. Durante un siglo sus estadistas y maestros le habían enseñado que la seguridad del Imperio descansaba en su poderosa escuadra y que no era necesario mantener un grande ejército. Necesita ahora un esfuerzo el pueblo inglés para creer que no basta la escuadra, sino que además se necesitan tres millones de soldados.

Cierto que se repite ahora la historia de todas las grandes guerras inglesas: el país vive siempre militarmente desapercibido, confiado en su marina; estalla la guerra y la Gran Bretaña comienza a prepararse; al terminar el conflicto aparece con un grande ejército. Así ocurrió en la guerra de Crimea y en la de Sud-Africa.

Y entre tanto, cada semana hay transportes que cruzan la Mancha con tropas nuevas para la línea de batalla. Fueron 80,000 hombres los que llegaron a Boulogne

con el general French el 16 de Agosto. Hoy son cerca de 600,000. Cuando esta correspondencia se publique, habrá aumentado el número. Y así van engrosando sus filas en silencio, con un secreto absoluto, sin que el público sepa lo que se hace, con una perseverancia fría, metódica, de hombres de negocios que ponen capitales en una empresa que les inspira fe.

No se puede hablar de los «planes ingleses», porque los ingleses no tienen planes. Los planes preconcebidos son el producto de la disciplina, de la organización y de las teorías. En este país predomina una inmensa desconfianza en toda clase de teorías y sólo hay fe en los hechos. Los planes ingleses se van haciendo a medida que los hechos los imponen. Por ahora se limitan a pedir más hombres, y más hombres y más hombres.

Los hombres no los pide el Rey, ni siquiera el Gobierno británico. Los pide el gran soldado a quién la nación ha conferido facultades omnímodas para dirigir la guerra: Lord Kitchener.

Desde que comenzó el conflicto, la opinión representada por la prensa, por los oradores de las asambleas públicas y por ese rumor predominante que en este país se percibe como en ningún otro, reclamó a Kitchener en el Ministerio de la Guerra. El Gobierno se inclinó y Kitchener aceptó el Ministerio con estas dos condiciones expresas: que se le daría absoluta libertad de acción y que se le dejaría fuera de toda influencia política.

La ductilidad de las instituciones inglesas es estupenda. En este país tan celoso de sus libertades, donde el Parlamento jamás abdica sus facultades omnipotentes, la opinión pública, que puede más que el Parlamento, logra imponer una verdadera dictadura como es la de Kitchener en estos momentos.

Todo lo que el Ministro de la Guerra pide, el Parlamento lo acuerda sin discusión. Todo lo que el Ministro hace, el pueblo lo aprueba. Hay una fe ilimitada en este hombre, una fe casi supersticiosa en su patriotismo, su prudencia, su energía y sus dotes de organizador.

Nacido en la modesta burguesía de Irlanda, Kitchener

llega por la voluntad del pueblo a una autoridad que es hoy mayor que la del Rey y la del Parlamento.

El nuevo ejército se llama «el ejército de Kitchener»; en los carteles que llenan las ciudades y los campos, se habla a los ciudadanos de que «Kitchener llama a las armas», «Kitchener necesita otro millón de hombres»; «Kitchener quiere más soldados».

Y la misma opinión pública implacable que impuso a Kitchener, despidió de su cargo de Primer Lord Naval del Almirantazgo, al Príncipe Luis de Battenberg, almirante británico, deudo próximo del Rey, cuyo sobrino, Mauricio de Battenberg, acaba de morir gloriosamente en los campos de Flandes.

La opinión lo señaló desde el comienzo de la guerra y manifestó que no tenía confianza en él, y el Príncipe se fué a su casa. No hubo necesidad de discursos en el Parlamento, ni siquiera de artículos en los diarios. Bastó esa conciencia pública que aquí se palpa, se respira, se siente vigorosa e incontenible, sea que tenga razón o que no la tenga.

Sobre las causas de la guerra y los fines que con ella se persiguen, la conciencia inglesa era obscura e indecisa en los comienzos. Los sucesos se precipitaron con tal violencia que no pudo darse cuenta de ellos este pueblo de comerciantes que para todo estaba preparado, menos para una guerra y que en el fondo detesta la guerra con una sinceridad que acaso no exista en otro pueblo alguno de Europa.

Pero ahora las publicaciones oficiales y la larga serie de discursos pronunciados por hombres eminentes han aclarado los conceptos y el pueblo inglés tiene su conciencia formada sobre la guerra, justa o injusta, falsa o verdadera. Yo no la discuto; la expongo.

El pueblo inglés cree que la guerra fué provocada por Alemania y preparada por ese Imperio durante los últimos cuarenta años con el objeto de llegar a un sueño de pominación universal que comienza por la destrucción

de la Bélgica y la Francia y el aniquilamiento de la Gran Bretaña y termina por la absorción de toda la América Latina después de una guerra contra los Estados Unidos.

Considera el pueblo inglés que para impedir que la Gran Bretaña sea aniquilada y que se realice ese programa formulado por los grandes pensadores alemanes como Treitschke, Bernhardi, Bismarck y otros, es preciso destruir el poder militar alemán, sin aniquilar la nación alemana, ni desmembrarla, ni humillarla.

El militarismo es para los ingleses el mayor de los males que ha sufrido jamás la humanidad. Lo odian porque lo sienten contrario a las ideas democráticas de nuestros tiempos que en los últimos años han hecho progresos enormes en Inglaterra. Lo combaten como un peligro para la Gran Bretaña que rehusa ser militar para no cargar ese peso sobre los hombres de su pueblo. Lo condenan porque amenaza a las pequeñas nacionalidades y la Gran Bretaña necesita que la Bélgica y la Holanda, la Dinamarca y la Suecia y la Noruega y la Suiza y todas las naciones pequeñas del globo vivan y sean ricas, prósperas y autónomas, porque son buenos mercados donde ir a buscar materias primas y artículos de alimentación y buenos clientes a quienes vender manufacturas.

Alma compleja en medio de su aparente simplicidad, el alma inglesa es una mezcla extraña y obscura de mercantilismo y religiosidad, de ansia de dinero y espléndida generosidad, de astucia y candor, de resoluciones enérgicas para defenderse y de perezas de raza hecha a la molicie, de vigores y debilidades como los que presentó tantas veces en su magnífica carrera otro imperio no tan extenso, pero acaso más grande que el británico, el imperio que produjo a Julio César conquistador de las Galias bajo la toga de Julio César libertino, elegante y refinado.

XVII

Hablando de paz!.....

La guerra y los negocios.—El criterio británico.—Las condiciones inglesas para hacer la paz.—Indemnizaciones a la Bélgica.—Alsacia y Lorena.—La obscuridad en Oriente.—El principio de las nacionalidades.—La Alemania intangible.—El criterio alemán.—Anexión de la Bélgica y de parte de Francia.—Holanda en la Confederación.—La Polonia y la Serbia.—Colonias francesas e inglesas.—Impresiones que revelan mucho.

Londres, 10 de Setiembre de 1914.

Nada mas interesante que comparar en estos momentos el criterio con que alemanes e ingleses miran hacia el futuro en cuyo fondo se está preparando el destino de ambas naciones.

¿Por qué alemanes e ingleses, y nó belgas y franceses y rusos y austriacos y serbios y japoneses?

Porque la Gran Bretaña y la Alemania no sólo encabezan las dos grandes combinaciones de potencias en lucha, sino que además son ellas las que en último término decidirán la suerte de la Europa, según que triunfe la coalición anti-germánica o la alianza alemana-austriaca.

Son esas dos grandes naciones las que desde largo tiempo están disputándose la supremacía comercial en el mundo, la Inglaterra en una defensa algo floja de las posiciones que ha ocupado durante un siglo, la Alema-

mania en un asalto vigoroso, inteligente, arrollador, del comercio británico.

Una caricatura del célebre periódico alemán *Simplicissimus* ponía a John Bull como un comerciante enriquecido y barrigudo, metido tras del mostrador sobre el cual iba alineando sus barcos de guerra. Al pie se leía: «El negocio es negocio».

Hice ver ese dibujo a unos ingleses y ni les sorprendió ni les molestó. Uno de ellos dijo: ¿«Qué quieren decir con eso? ¿O esperaban que nosotros hiciéramos el negocio de ellos, descuidando el nuestro»?.

Para el pueblo inglés el fondo de la guerra es la defensa de la grandeza económica del Imperio Británico. Otros pueblos luchan por su independencia territorial. La Inglaterra no teme que le arrebaten su territorio, ya que la Alemania en sus mayores delirios bélicos jamás ha soñado con una conquista de estas islas o de sus colonias, al menos por ahora, sino con el aniquilamiento del comercio inglés. Por lo tanto el peligro para este país es económico, pero es de vida o de muerte.

Si la Inglaterra fuera vencida y la Alemania estableciera su hegemonía sobre la Europa, pocos años pasarían y estas mismas islas dejarían de ser tierra libre británica. La independencia territorial y la supremacía comercial son para el inglés una sola cosa. Esto lo comprende aquí cada hombre y porque lo comprende la guerra es popular.

Preguntaba el otro día a un escritor británico cuál sería a su juicio la solución que la Inglaterra daría a la guerra si los aliados triunfan y la paz se dicta desde Londres. Me expuso sus ideas lenta y metódicamente como quien ha pensado ya en ello. Resumidas serían éstas:

—La primera condición de paz tiene que ser para nosotros la que devuelva a la Bélgica todo lo que ha perdido. Ese pequeño país próspero, laborioso, inteli-

gente, se ha sacrificado y se le debe una indemnización. La Alemania tendrá que pagarle todo el daño que le ha hecho, tanto por cada hombre fusilado, tanto por cada casa quemada, tanto por cada vieja iglesia arrasada, tanto por cada obra de arte despedazada, tanto por cada distrito asolado, tanto por cada industria y comercio paralizados. Será una cuenta larga y pesada; pero nosotros no podemos aceptar la paz sino cuando los belgas nos digan que están indemnizados y que tienen los medios para continuar su existencia sin dificultades.

La Francia recobrará sus provincias del este. Eso es lo justo. Respecto de indemnización, los franceses dirán la que creen que se les debe.

En la frontera ruso-germano austriaca el problema se complica. No sabemos si el imperio austro-húngaro sobrevivirá a esta prueba horrible o si quedarán después ahí varias naciones con razas y lenguas diversas. Una sola cosa es cierta para los estadistas ingleses y es que ellos harán respetar en oriente y occidente el principio de la nacionalidad, o sea que procuraremos que donde exista una nación bien determinada, se la respete y consagre con plena autonomía.

No creo que haya un inglés capaz de soñar siquiera con el desmembramiento de la Alemania. Necesitamos aplastar, aniquilar, borrar su prepotencia militar, que es una amenaza para el mundo; pero la nación alemana con su territorio ocupado por hombres de raza alemana es para nosotros sagrada y no la tocaríamos ni permitiríamos que otros la tocaran. No nos mueve un amor platónico a ese principio de la nacionalidad, sino nuestra propia conveniencia y nuestra tradición. Nosotros hemos creado en el mundo una serie de nacionalidades autónomas, cuyo conjunto forma el Imperio Británico. En el continente europeo queremos y necesitamos la subsistencia de las nacionalidades, sean grandes o pequeñas. A ese principio habrán de sujetar nuestros estadistas las condiciones de paz, si a ellos les toca dictarlas.

—¿Y ustedes?...—me atreví a preguntar—¿qué pedirán ustedes?

—¡Oh! nosotros tendremos bastante con saber que el poder militar que nos amenazaba está destruído y que podemos continuar nuestros negocios con nuevos bríos. Que nos aseguren otros cincuenta años de paz europea y la indemnización nos la haremos por nosotros mismos.

Al día siguiente conversaba con un chileno que venía de Berlín y que por haber vivido muchos años en Alemania conoce a fondo ese país al cual tiene un afecto apasionado.

—¿Qué hará la Alemania si triunfa?—le pregunté seguro de que poseía datos semi-oficiales por las relaciones que nuestro compatriota tiene en altas esferas alemanas.

—No hará nada bien hecho—me contestó—porque la desgracia de esa admirable nación sin duda la más inteligente y más enérgica y sana de Europa, consiste en que carece de estadistas. Todo lo militar es allí perfecto y todo lo político es absurdo. El pueblo se ha preparado para dominar el mundo con su industria, su comercio y sus armas; la diplomacia no ha hecho más que crear enemigos a la Alemania. El pueblo y el ejército empujan al país hacia adelante y los políticos lo tiran hacia atrás. El día en que se murió Bismarck, se murió el último estadista alemán. Jamás ha habido un gran pueblo más mal dirigido. Si no fuera por el ejército la Alemania desaparecería. ¡Vea usted cómo sus gobernantes se han ingeniado para rodearla de enemigos y lanzarla contra toda la Europa!

—Pero, en fin, alguna idea habrá de lo que deberá hacer el Gobierno alemán si puede imponer la paz.

—Hay ideas y son simples y lógicas, aunque no bien estudiadas. La primera es que la Inglaterra, la Rusia y la Francia tendrán que pagar indemnizaciones de guerra tales, que la de 1870 parecerá una miseria. La Alemania no sufrirá un nuevo error y dejará a estos países financieramente derrivados por mucho tiempo, por un siglo,

digamos. La Bélgica será anexada como provincia germánica, junto con el norte de Francia, hasta el sur de Boulogne con el objeto de dominar definitivamente el canal de la Mancha. La Holanda entrará de grado o por fuerza en la Confederación, conservando una apariencia de autonomía, tal como la Baviera. De esta suerte la Inglaterra será una isla impotente para retener su población y la Francia será un pequeño estado en decadencia que aguardará en sosiego el día de una anexión total. Por cierto que Dinamarca, Suecia y Noruega deberán entrar en la órbita de la Confederación Germánica o renunciar a su independencia. En el oriente no se divisa clara la solución, porque no se conocen bien las miras del Austria. Si ésta insiste en tomar la Serbia y salir al mar por Salónica, deberá renunciar a mayores ventajas del lado ruso y en tal caso se limitará a rectificar fronteras en el oriente. La Alemania necesitará ocupar y anexar toda la Polonia para hacerse una frontera militar más sólida que la actual. Mire usted el mapa y verá que la Polonia se entra peligrosamente en el territorio alemán.

—¿Y las colonias francesas e inglesas?

—¡Ah! me olvidaba. La opinión predominante en Berlín es que los franceses serán totalmente despojados de sus colonias, y que a los ingleses se les exigirán concesiones valiosas en diversos puntos para completar ciertas colonias alemanas y echar las bases de un vasto y rico dominio.

Estas ideas de mis amigos el inglés y el germano chileno, pueden tener algo de personal, pero tengo motivos para considerarlas un resumen bastante exacto de lo que piensa el término medio de la gente bien informada en uno y otro país.

Basta lo dicho, que es lo que uno oye a cada paso en diversas formas, para comprender que estamos en el comienzo de una lucha colosal, más profundamente perturbadora que las campañas napoleónicas, cuya duración

puede ser de varios años y que habrá de operar en el mundo transformaciones radicales.

Apenas podemos todavía hacernos una idea de lo que pasará si triunfan éstos o aquellos; pero una cosa es segura: que la Europa va a salir de esta contienda como hecha de nuevo, con otro mapa y con orientaciones políticas y morales diversas de las que tenía al terminar el siglo XIX.

Estamos viviendo la historia y pagando muy caro este triste privilegio.

XVIII

El pueblo francés y la guerra

El error de los que juzgan a la Francia.—Divorcio del Gobierno y el pueblo francés.—La semana histórica.—La herencia del Segundo Imperio.—La labor de disolución nacional.—El «Dreyfusismo» y el «Combismo».—La invasión moral de la Alemania en Francia.—Cuando el pueblo despertó a la verdad.—El Ejército se conservaba sano.—El Gobierno persigue a los curas; el Ejército y el pueblo velan por la patria.—La reacción se generaliza.—Elección de Poincaré y servicio de tres años.—La Francia patriota y tranquila.—París bajo la amenaza.—Efectos de la unidad nacional y de la fe en una causa noble.—El pueblo saca fuerzas de su suelo.—Cómo nace la Francia nueva.

Londres, 24 de Diciembre de 1914.

La nación francesa tiene dentro de sí fuerzas de reacción maravillosas que le dan una vida nueva y la levantan del polvo cada vez que sus enemigos, creyéndola muerta, se disponen a repartirse sus despojos.

Ahogada en el delirio sangriento del Terror la creía la Europa, cuando resonó la Marsellesa en los campos de batalla en que iba a mostrarse el genio de Napoleón. Era un cadáver el que recogían los Borbones al día siguiente de Waterloo, y pocos años después comenzaba la epopeya de Algeria. Bismarck pensó que había sorbido la última gota de sangre del organismo económico francés, y muy luego la Francia volvió a ser el país más rico de Europa. Disuelta en una podredumbre moral incurable, la

creyeron los estadistas alemanes, cuando iniciaron esta guerra, y en las orillas del Marne y del Aisne sus legiones se estrellaron contra un pueblo tan sano, tan fuerte, tan resuelto, como el que sus abuelos conocieron en Jena y Austerlitz.

El error germánico que todavía comparten muchas gentes de esas que no se dan el trabajo de observar y estudiar, es explicable. Todas las apariencias contribuían a presentar a la Francia como una nación podrida y era lógico que la realidad sana y viril se escapara a la corta vista de los que tampoco creyeron en la resistencia belga e imaginaron a la Inglaterra al borde de una guerra civil.

Una misma semana, la última de Julio de 1914, vió la absolución de madame Caillaux y la movilización del Ejército francés, la mayor vergüenza y la gloria mayor que la Francia había ofrecido al mundo en muchos años.

Un Tribunal corrompido por el espíritu partidarista absolvía a un asesino y el proceso revelaba un máximum de putrefacción política, un último extremo de inmoralidad en los hombres que durante los últimos años han gobernado a la Francia.

Y al mismo tiempo, el pueblo se levantaba para coger las armas y corría a la frontera sin excitaciones, sin desordenados entusiasmos, con una conciencia serena de su deber y la resolución tranquila y enérgica de disputar al invasor el territorio nacional.

Quedaba así explicado el error alemán, el error que todavía cometen muchas gentes al juzgar a la Francia: hay y ha habido por largos años en ese país un divorcio absoluto entre el Gobierno y el pueblo, entre las tendencias de los que están en el poder y la verdadera opinión pública. Y así, quien haya creído que la nación francesa estaba representada por la banda de profesionales de la política partidarista que hacía leyes en el Palacio Borbón, y en el Luxemburgo, y administraba al país desde el Elíseo, ha caído en un error deplorable.

Los gérmenes de disolución que dejó en las almas el

Segundo Imperio, prosperaron en la Tercera República. El régimen que se hundió en Sedán había sido un sistema de apariencias brillantes que se empeñaban por ocultar las negras realidades. Nunca se habían hablado más de moral en las declaraciones oficiales y nunca había habido mayor inmoralidad. Nunca se habían hecho más actos públicos de religión y nunca las almas habían caminado más rápidamente hacia la irreligión. Nunca se habían pronunciado más fórmulas de patriotismo y nunca había hecho más camino el internacionalismo y todas las más peligrosas utopías.

La Tercera República no curó con el fuego del desastre esos gérmenes de gangrena que le había legado el Imperio, y si es cierto que tuvo en sus primeros años, bajo Thiers y Mac Mahon, una tendencia a organizar un verdadero Gobierno y a inspirarse en la sana tradición nacional, muy luego las ideas demoledoras se impusieron por medio de los grupos de audaces políticos que iban a conservar el poder gracias a la maquinaria constitucional y electoral que organizaron ellos mismos en 1875.

La Francia asistió así a la labor disolvente de dos grandes crisis, provocadas artificialmente por hombres cuya misión es destruir, disolver, desorganizar, y que no tienen con qué reemplazar lo que derriban: la crisis del «Dreyfusismo» que tendía a desprestigiar el Ejército y ahogar la tradición patriótica; y la crisis del «Combismo», que pretendía suprimir la Iglesia y ahogar la tradición religiosa.

Una y otra crisis representan tentativas artificiales, puramente ideológicas, sin base de necesidad social o de realidad en el espíritu popular para crear divisiones odiosas en un país que necesitaba motivos de cohesión, y ambas se caracterizan por el idéntico esfuerzo para atacar los dos sentimientos que forman esencialmente, primariamente, indisolublemente, esa alma colectiva cuya acción en el tiempo pasado se llama la historia de Francia y que el mundo reconoce bajo cualquier régimen de Gobierno, y aun en sus horas de delirio, con el nombre de la nación francesa.

Al amparo de esas crisis de ideas, las Universidades y los Liceos y los libros de filosofía y de literatura predicaron la fraternidad universal y el fin de la noción de Patria, con fórmulas copiadas de los socialistas alemanes. La Alemania invadía la Francia con su pacotilla filosófica y comercial, sus artículos de imitación y sus doctrinas disolventes, sin dejar por eso de aumentar el Ejército y la Escuadra que habían de permitirle más tarde la invasión armada del territorio con un propósito de conquista.

Así llegaron los tiempos en que Delcassé fué arrojado del Ministerio de Relaciones Exteriores porque el Gobierno alemán no aprobaba su política demasiado francesa, y los otros en que Caillaux negociaba abiertamente con banqueros alemanes a espalda de sus colegas de Gabinete. Entenderse con Alemania, ceder a Alemania, reconocer la supremacía alemana, eran las modas del día, impuesta a sus correligionarios y al Gobierno que ellos manejaban por aquel desventurado Jaurés que pasó tantos años en congresos, entrevistas y banquetes con socialistas alemanes para alcanzar a verlos tomar las armas contra la Francia el día en que esperaba verlos proclamar el famoso «*sabotage de la mobilization*», en que ese peligroso ideólogo, tan funesto para su país, parecía creer de buena fe.

En tanto, el pueblo francés velaba. Mientras en el Parlamento y en los congresos socialistas, que eran como su prolongación, el espíritu partidarista y las utopías más disolventes hacían estragos, la nación despertaba a las realidades por un instinto de conservación que raras veces ha fallado a la Francia.

Fué en 1905 el día en que el Emperador de Alemania desembarcó en Tánger y anunció por primera vez que Dios lo había designado protector del islamismo, cuando el pueblo francés se limpió de los ojos el polvo que a puñados le habían estado arrojando sus conductores y tuvo súbitamente la visión de la realidad.

En medio de todas las vicisitudes, a través de monarquías y repúblicas, a pesar de sus Gobiernos y a veces abiertamente contra sus Gobiernos, la nación francesa había hecho en África un vasto y rico Imperio colonial, obra de su Ejército que es la representación de su pueblo. En vano los malos gobernadores y la acción corruptora de los políticos habían estorbado esa obra. El Imperio colonial francés seguía creciendo porque el pueblo por medio del Ejército era el que lo construía.

Cuando el Emperador de Alemania amenazó esa labor amasada con tanta sangre francesa, el pueblo despertó a la realidad y desde entonces se hizo vigilante y vivió con el arma al brazo. La Francia debe ese servicio enorme al Kaiser: con el ruido de su sable y los destellos que el sol africano arrancaba a su casco y su manto blanco le impidió dormirse en las doctrinas emponzoñadas que le estaban enseñando sus políticos.

Mucho habían hecho para minar el Ejército y arrastrarlo en el fango del partidarismo. M. Combes había hallado en el general André un espléndido servidor para implantar el sistema repugnante de espionaje político y religioso que Millerand llamó después «el régimen abyecto».

Pero el Ejército no alcanzó a ser minado y desde 1905, cuando el pueblo comenzó a sentir con su instinto de conservación que la Alemania preparaba un nuevo golpe y que un día u otro las legiones germánicas caerían sobre la Francia y sus colonias, desde entonces la reacción se fué operando y la defensa nacional volvió a tener un sentido.

Mientras los gobernantes asistían en Berlín y en Berna a los congresos socialistas y mientras dentro del país todas las energías parlamentarias, administrativas y policiales se concertaban en la persecución y expulsión de frailes y de monjas, el Ejército miraba por encima de las fronteras y el pueblo comenzaba a darse cuenta del peligro nacional.

Por suerte, la reacción era ya general en todos los órdenes. La filosofía evolucionaba de los nihilismos ale-

manes a la tradición francesa representada por Bergson y Boutroux. La literatura huía de las cloacas naturalistas hacia la elegancia, claridad y precisión luminosa de Barrés, de Lemaître, de Bourget. El teatro sentía que los espectadores estaban cansados de inmundicias y reaccionaba con Donnay, Lavedan, Hervieu, hacia campos más limpios. La juventud dejaba a los viejos el triste placer de cerrar iglesias y de sitiar en sus conventos a unas mujeres que habían cometido el delito de reunirse para socorrer a los miserables y amparar a los débiles, y corría a los stadiums olímpicos, para entregarse a todas las nobles disciplinas que hacen el cuerpo sano y libran de impurezas la mente y la voluntad.

Y como si se hubiera propuesto despertar la conciencia cívica de la Francia, de suerte que no hubiera jamás peligro de hallarla aletargada, la Alemania, añadió a la visita del Kaiser a Tánger, que es el verdadero origen histórico de esta guerra, el «golpe de Agadir», complemento de aquella en el cual ya se formularon netamente los principios que ahora están en lucha.

Así se produjo ante la visión del peligro nacional, la unidad de la nación francesa a espaldas de los hombres de Gobierno que seguían ocupados en desunir y desorganizar. Así se produjo ese acuerdo de los grandes pensadores, los buenos escritores, el Ejército y el pueblo, por encima, y a pesar de los políticos que con tal de salvar sus circunscripciones electorales, estaban dispuestos a entregar a la Alemania el Congo y algo más, convencidos de que el único interés nacional consistía en la eliminación de los curas y las monjas.

Y la fuerza de la opinión pública, del instinto nacional de conservación y de la conciencia cívica fueron tales que en 1913 el pueblo impuso al Parlamento la elección de Poincaré y el pueblo impuso al Gobierno y al Parlamento la ley del servicio militar por tres años que ha sido en 1914 la salvación de la Francia,

El pueblo había adquirido desde 1905, la claridad de vista que las grandes razas tienen siempre cuando sienten su existencia en peligro. Aun tenía delante de sí

muchos tropiezos, muchos obstáculos, tales como el parlamentarismo fundado en la anulación del Ejecutivo y la dictadura irresponsable de diputados y senadores elegidos mediante una maquinaria electoral falseadora de la voluntad del país. Pero vino la guerra y derribó esos obstáculos y la unidad nacional se realizó definitivamente.

Nadie podía dudar de que los franceses acudirían al llamado de la patria en peligro y que en la hora suprema todos olvidarían sus rencillas internas para no pensar sino en la labor común.

El espectáculo de la Cámara de Diputados el 4 de agosto, la formación del Ministerio en que Millerand, Delcassé, Briand, Ribot y Bourgeois representan la vuelta a la salud política en presencia del peligro nacional, el ejemplo de los socialistas desengañados de sus sueños y corriendo a tomar las armas, la igualdad y fraternidad reales y verdaderas que por primera vez imperaban en Francia y ponían en unas mismas filas a los hombres de todas las condiciones y de todas las fortunas, todo eso lo esperaba el mundo de una nación que nunca dejó de ser patriota y abnegada y valiente.

Pero ha habido algo más que es nuevo en Francia y que ha sorprendido a los mismos franceses, y es la calma, la serenidad, la frialdad reflexiva con que ese pueblo ha ido a los cuarteles y sigue ahora peleando en las trincheras desde el Mar del Norte hasta la frontera suiza.

Ni una excitación nerviosa, ni un histerismo enfermizo, ni una atropellada emoción, nada que pudiera parecer lógico en la idea que todos teníamos del carácter francés, nada hemos visto en esta guerra.

En las filas como en las poblaciones que aguardan el resultado de la guerra, como en las que sufren el horror de una invasión implacable, hay una calma estoica, mezcla de valor frío y de confianza en el triunfo definitivo.

Por primera vez en su historia desde los tiempos más remotos el pueblo francés ha resistido una tremenda

prueba sin que se contraiga uno solo de sus nervios, sin que salga un grito destemplado de su garganta, sin que dé una muestra de vacilación o aturdimiento,

Los habitantes de las poblaciones bombardeadas se refugian en los sótanos de sus casas y siguen su vida bajo el fuego del enemigo.

Los parisienses pasean por las calles donde los aviadores alemanes dejan caer sus bombas, y cuando las huestes germánicas estaban a las puertas de París la población seguía tranquila, seria, resuelta y confiada, sin jactanciosas seguridades, pero sin femeniles terrores.

Sabían que los alemanes estaban allí muy cerca, oían el cañoneo, veían los aeroplanos; pero sabían que ni aun la caída de París podía ser el fin de la guerra, porque el pueblo francés unido en una sola alma pelearía hasta que no quedara ni un solo hombre, ni una sola mujer en el territorio. La unión les daba esa calma, llena de dignidad que nunca, ni en las más brillantes horas de su historia, habían mostrado los franceses.

Además, el país se sabía gobernado en esas horas de peligro y se sabe ahora gobernado por hombres patriotas, que representan la voluntad de la nación y que están armados de la fuerza que da a un Gobierno la opinión pública unánime.

Y cuando los alemanes comenzaron a retirarse y el cañoneo se alejó y las visitas de los Taubes se hicieron más raras, tampoco hubo excitaciones, ni gritos de triunfo. Con la misma serenidad que los habían visto venir, los vieron retirarse hacia el norte, sin dejar por eso de vivir preparados para nuevas embestidas y amenazas aún más peligrosas que la anterior.

Ese espíritu de resolución fría que no se paga de las palabras, sino que busca la visión clara de los hechos, domina en todo el país y desde el soldado que en las trincheras economiza su vida porque sabe que cada francés que vive y pelea es un baluarte de la nación, hasta la campesina que con sus chicos hace las faenas agrícolas que los hombres dejaron abandonadas, hay como un

aliento uniforme, un alma común, una energía sobria, tranquila, formidable en su misma serenidad.

Los franceses de 1914 pelean sin excitaciones y sin odios, con la frialdad razonadora de un pueblo que no quería la guerra, que temía la guerra, pero que estaba resuelto a defender su libertad y su territorio.

Los franceses saben que si triunfa la Alemania todo el norte y el este de Francia serán anexados con la Bélgica al Imperio alemán, según los planes bien conocidos y definidos del Estado Mayor, y la República quedará como un pequeño estado de quinto orden que espera la hora de su anexión total, facilitada por medio de una completa absorción económica. Las colonias francesas, no hay que decirlo, porque los estadistas alemanes lo han declarado varias veces, formarían la base del nuevo imperio colonial alemán.

Y saben también los franceses que la desaparición de su país significa para el mundo moderno más o menos lo que el hundimiento sucesivo de Grecia y Roma, o sea el fin de una civilización, hija legítima de la greco latina, y la destrucción de todos los ideales de libertad y de belleza ahogados en los brazos de la fuerza.

El pueblo francés es consciente de todo eso y por eso hace la guerra sin odio a un pueblo o una raza, con un ideal muy elevado, de orden intelectual y de interés humano.

Léase la prensa francesa, escúchese lo que sus hombres de Estado dicen en el Parlamento: el ideal humano de salvar una civilización amenazada, de defender un orden político de libertad y de derecho contra un régimen de fuerza y esclavitud, flota sobre toda otra consideración.

Y de tal modo se ha engrandecido el objeto de la guerra a los ojos del pueblo francés, que ya nadie se atrevería a pronunciar las viejas fórmulas con que antes se creía necesario excitar el patriotismo y que ahora parecen pequeñas y mezquinas.

M. Viviani condensó con elocuencia suprema el pensamiento nacional cuando dijo en la Cámara, el 22 del

presente, que la Francia luchaba «contra la barbarie y el despotismo, contra el sistema de provocación y amenaza metódica a que la Alemania daba el nombre de paz, contra el sistema de asesinato y pillaje a que la Alemania da el nombre de guerra, contra la insolente hegemonía de una casta militar que ha desencadenado este azote».

Y M. Deschanel precisaba la misma idea en estas palabras: «La cuestión es hoy si la materia subyugará al espíritu, y si el mundo será una presa ensangrentada de la violencia».

El pueblo francés siente esa misión y esto le da una fuerza desconocida e invencible. Y como cree pelear por una causa noble y grande, su actitud es digna, severa y tranquila. Tiene fe, y por ella ha aprendido a sufrir en silencio y a esperar sin inquietudes.

El pueblo francés se ha hecho fuerte desde que comenzó a volverse hacia su tradición y pidió a la tierra donde duermen sus muertos, la savia generosa sin la cual ninguna raza puede vivir.

Está sacando de su suelo, de su leyenda, de su historia, de sus sentimientos ancestrales, las energías que todas las novedades filosóficas importadas no pudieron darle. Está pidiendo al pasado en una evolución majestuosa las energías para llegar al futuro.

Ya las frases, las fórmulas, la palabrería con que se emborracharon los franceses de otras generaciones, no tienen sentido para la que está peleando contra el invasor. Todo es secundario, todo es forma aparente. Lo único primario y esencial es la restauración del alma nacional por medio de los efectos y de los ideales que la hicieron grande en el pasado.

Y los hombres honrados y clarovidentes de todas las opiniones, católicos como el conde De Mun, socialistas como Briand y Millerand, liberales como Bourgeois, tradicionalistas como Barrés, pacifistas como d'Estournelles de Constant, todos comprenden que la cuestión del régimen de Gobierno ha perdido su interés, y que la nación fran-

cesa se sentirá feliz con la República y jamás aspirará a otro sistema, si la República le da un gobierno que responda a las necesidades reales del país y no a ideologías insensatas, que respete las conciencias en vez de violentarlas con grosera brutalidad, que consagre la *justicia* en los hechos en vez de repetir a cada paso la palabra *libertad*.

Todo lo demás ha muerto. Sólo la Francia vive en el corazón de los franceses. El genio nacional surgirá de esta guerra depurado y ennoblecido, reconciliado consigo mismo, más grande porque es más semejante a sí mismo.

Las bombas alemanas que estropearon la catedral de Reims contribuyeron a acentuar ese sentimiento de la unidad nacional, porque hirieron el símbolo venerable de toda la más grande tradición francesa y su más luminosa leyenda de patriotismo.

Y cuando ahora, en las noches de invierno, en el aire cargado de dolor y de muerte, los soldados católicos murmuran sus oraciones con sus capellanes, y los soldados protestantes cantan himnos con sus pastores, y los soldados judíos oyen la voz consoladora de sus rabinos, y los soldados que no creen se descubren respetuosos ante las manifestaciones de la conciencia de los demás, una nueva Francia está naciendo del lodo de las trincheras y de la sangre que inunda los campos desolados.

Liberadora de la civilización amenazada y liberadora de sí misma, la Francia tiene conciencia de su misión y la cumplirá hasta el último.

XIX

Las revelaciones del Gobierno francés

Los libros de varios colores.—La evolución alemana en 1913.—Un informe secreto.—La guerra es una necesidad.—La futura suerte de la Bélgica y la Francia.—Una opinión de Moltke que se quedó corta.—Estudio sobre la opinión pública en Alemania.—¿Existe un partido de la guerra?—Ensayo de una psicología del Kaiser.—De la paz a la guerra.—Lamentable deficiencia de los documentos alemanes.—Conveniencia de que Berlín abra sus archivos.

Londres, 8 de Diciembre de 1914.

Si alguien me preguntara qué debe leer para formarse un concepto acerca de las causas inmediatas de la guerra, le aconsejaría un estudio atento, con espíritu crítico, de los documentos diplomáticos dados a la publicidad por las potencias.

Es indudable que esos Libros Blanco, Gris, Amarillo o Anaranjado no alcanzan a revelar las causas mediatas del conflicto, puesto que se refieren a los antecedentes diplomáticos que comienzan con el ultimátum del Imperio austro-húngaro a la Serbia en Julio del presente año; pero al lector sagaz y conocedor de la historia política de la Europa en los últimos cincuenta años, no le es difícil descubrir algunas de las causas más profundas que por tanto tiempo han venido preparando la guerra.

La única publicación que va un poco más atrás que el crimen de Sarajevo es la que acaba de hacer el Libro

Amarillo del Gobierno francés que comienza con los previsores avisos que desde Marzo de 1913 le enviaba su Embajador en Berlín, acerca de la evidente intención que entonces tenía la Alemania de provocar la guerra apenas hubiera para ello un pretexto plausible.

Los lectores de «El Mercurio» recordarán que en más de una ocasión, durante el año 1913 y aun antes, llamé su atención hacia el tono belicoso de la prensa alemana y su afán incesante de provocar a la inglesa y francesa. Especialmente hice ver entonces que los centenarios patrióticos de los años 12 y 13 habían sido aprovechados para un recrudecimiento de belicosidad y lamenté que aun el Emperador, en cuyo amor a la paz todos teníamos plena confianza, había salido en algunos de sus discursos de su tono habitual

Los documentos que acaba de publicar el Gobierno francés prueban que tuve la suerte entonces de señalar al público chileno, cuando la prensa de Europa creía en la paz, un movimiento que ahora puede ser considerado como antecedente inmediato de la guerra.

En Abril de 1913 el Gobierno francés tenía en su poder un informe secreto de origen alemán sobre «el aumento del Ejército alemán», en el cual se hace remontar la crisis europea a la conferencia de Algeciras. En rigor se debería ir un poco más lejos y buscar el origen de todo en el viaje del Emperador Guillermo a Marruecos.

Señala ese informe como una de las razones que tiene la Alemania para aumentar sus armamentos el hecho de que «el Ejército francés progresa, la nación recobra su sentido moral y ganan ventajas técnicas en la aviación».

Más adelante dice expresamente: «Ni los ridículos clamores de revancha de los franceses, ni el rechinar de dientes de los ingleses, ni los gestos salvajes de los eslavos, pueden apartarnos de nuestro fin, que es fortalecer y extender el germanismo *(Deutschtum)* en el mundo entero».

En su capítulo segundo, el informe, destinado sin duda al uso de la prensa subvencionada y de las autoridades, dice: «Es preciso infiltrar en el pueblo la idea de que nuestros armamentos son una respuesta a los armamentos y a la política de la Francia. El pueblo se debe habituar a creer que una guerra ofensiva de nuestra parte es una necesidad y que debemos combatir contra las provocaciones del adversario. Es preciso hacerle pensar que la guerra será una liberación, porque después vendrán períodos de paz y prosperidad como vinieron después de 1870».

La preparación para una guerra próxima es evidente. Se ve que no hay un pretexto, que no hay ocasión, pero que se procura formar ánimo público para que se aproveche la primera oportunidad favorable. Es la incubación de la guerra por medio de una cierta temperatura moral y demás condiciones artificiales.

La idea de las grandes conquistas es presentada en ese documento como uno de los estímulos que la propaganda belicosa debe ofrecer al pueblo alemán. «En la próxima guerra europea las naciones pequeñas deben ser obligadas a seguirnos o deben ser reducidas a la impotencia por el terror». Así quedaba trazada la suerte de la Bélgica. La de la Francia y la Rusia se lee en esta otra frase: «Debemos recordar que las provincias del viejo Imperio Germano, el condado de Borgoña y una gran porción de la Lorena, están todavía en manos de los franceses, y que miles de nuestros hermanos germánicos de las provincias del Báltico gimen bajo el yugo de los eslavos. Es una cuestión nacional que la Germania recobre lo que antes poseyó».

No es la idea de restablecer una nacionalidad dispersa, sino un sueño enorme de dominación que de un lado suprime por la fuerza los Estados pequeños y del otro traza los límites vagos de un Imperio gérmanico medioeval.

Poco despues de enviar a su Gobierno ese valioso documento, en Mayo de 1913, el Embajador de Francia en

Berlín, M. Jules Cambon, transmitía la siguiente opinión del general von Moltke, a propósito del *Kriegzustand* o preliminar de movilización decretado por el Gobierno cuando ocurrieron las dificutades de Albania: «Debemos dejar a un lado todas las vulgaridades que se repiten sobre la responsabilidad del agresor. Cuando la guerra es necesaria es preciso poner de nuestra parte todas las probabilidades. Sólo el éxito justifica la guerra. La Alemania no puede ni debe dar tiempo a la Rusia para que movilice, porque esto la obligaría a mantener en la frontera oriental una fuerza que la dejaría en posición de igualdad y acaso de inferioridad respecto de Francia. Por lo tanto, debemos anticiparnos a la Francia apenas haya probabilidad de guerra, iniciar la guerra sin demora y aplastar brutalmente toda resistencia».

Estas palabras revelan, por una parte, que el plan del Estado Mayor alemán era, como se ha dicho, aniquilar en absoluto a la Francia en pocas semanas para volverse en seguida con todo el peso de sus armas contra la Rusia, plan que la resistencia belga, la intervención británica y el vigor francés han impedido realizar.

Pero, por otra parte, es asombroso que los hechos hayan probado que la potencia militar alemana era aún superior a lo que creía el mismo von Moltke, puesto que a pesar del tiempo precioso perdido en Bélgica, a pesar de la espléndida labor del pequeño, pero aguerrido ejército británico, a pesar del poder de resistencia que han mostrado los franceses, el ejército alemán está al cabo de cuatro meses de guerra batiéndose con los rusos en territorio ruso y con sus otros enemigos en territorio belga y francés.

El documento número 5 del Libro Amarillo del Gobierno francés es un estudio de la opinión pública alemana respecto de la guerra. Está fechado el 30 de Julio de 1913 y es como un resumen de los informes recibidos de los agentes diplomáticos y consulares de Francia en Alemania.

Resulta de este estudio, cuyas observaciones están confirmadas por otros documentos de diferente origen, que sólo en 1911 y con motivo del «golpe de Agadir», la opinión alemana pudo darse cuenta de la evolución que había hecho el espíritu francés en los últimos cinco o seis años. Se vió entonces por primera vez que en vez de la Francia desencantada, escéptica y tímida, había una nación tranquila, resuelta, que tenía «la insolencia, como dijo algún diario alemán, de no temer la guerra».

¿Por qué no se declaró entonces la guerra? Los documentos franceses creen, y yo estoy cierto de ello, que la paz se mantuvo en 1911 porque el Emperador se mostró resueltamente pacífico y no omitió esfuerzo para evitar el conflicto. Se ha dicho que la Alemania no estaba entonces preparada. Es un error. La Alemania ha estado siempre mejor preparada que cualquier otro país de Europa.

Pero entonces la Alemania vió que el cadáver de la Francia, que ella había envuelto en un sudario en 1870, daba señales de una vida nueva, y no sólo se ocupaba en ensanchar su ya extenso y rico imperio colonial, sino que había hecho alianzas valiosas y estaba resuelta a no dejarse intimidar.

Las fuerzas visibles de la opinión pública alemana aparecen divididas, según el estudio a que nos referimos.

Los obreros, los comerciantes, los industriales, aquella parte de la nobleza que no tiene vinculaciones militares, se muestran pacifistas y temen que una guerra, aun victoriosa, perturbe por muchos años la prosperidad de que gozan.

Los estados del sur, Sajonia, Baviera, Wurtemberg y Baden vacilan entre el peligro de que una derrota comprometa la existencia de la Confederación de la cual han derivado tantas ventajas económicas, y el de que una nueva victoria aumente la potencia absorbente de la Prusia.

Los 110 diputados socialistas son partidarios de la paz, pero saben que la guerra no dependerá de sus votos en el Reichstag y no disimulan la certidumbre de que todos

los socialistas de Alemania correrán a cumplir su deber apenas suene el llamamiento a la armas.

¿Existe en Alemania un «partido de la guerra»? El documento francés cree que sí y señala su organización, su fuerza y sus tendencias.

Lo forman los *Junkers* representados en el Reichstag por el partido conservador y que son la aristocracia propietaria de la tierra y con tradición militar; para ellos la guerra es lo único que puede detener el peligroso crecimiento del partido socialista y la democratización de la Alemania.

Con ellos está la alta burguesía que no tiene las mismas razones militares que la nobleza, pero se alarma como ella por las tendencias democráticas.

Finalmente, los fabricantes y vendedores de armas y elementos de guerra, los grandes comerciantes que aspiran a dominar los mercados del mundo y los banqueros que piensan en la edad de oro de las indemnizaciones de guerra, son también elementos belicosos.

El Embajador Cambon cree que puede precisar la época en que el Emperador Guillermo dejó de ser una garantía de la paz y se unió al partido de la guerra que encabezaba su hijo, el Kronprinz.

En su nota de 22 de Noviembre de 1913 (documento N.° 6) M. Cambon refiere la conversación que por aquellos días había tenido el Emperador con el Rey Alberto de Bélgica, en presencia del general von Moltke. Hay motivos para creer que la versión publicada fué sometida a la aprobación del Rey Alberto y debe considerarse como auténtica.

El Emperador manifestó al Rey su convencimiento de que la guerra con Francia era inevitable y su absoluta certidumbre de que el enemigo tradicional sería aplastado rápidamente. «Esta vez—dijo von Moltke—es preciso acabar con ella, (cette fois il faut en finir)».

Esta conversación causó un profundo efecto en el ánimo del Rey Alberto, «quien creía como todos, que Gui-

llermo II, cuya influencia personal se había ejercitado en favor del mantenimiento de la paz en tantas críticas circunstancias, se hallaba todavía en el mismo estado de ánimo. Esta vez parecía completamente cambiado. El Emperador no era ya para el Rey Alberto el campeón de la paz».

Y agrega M. Cambon: «A medida que los años pesan sobre Guillermo II, las tradiciones de familia, los sentimientos retrógrados de la corte y, sobre todo, la impaciencia de los militares, ganan mayor ascendiente sobre su espíritu. Acaso siente no sé qué celos de la popularidad de su hijo que halaga las pasiones de los pan-germanistas. Acaso cree que la posición del Imperio en el mundo no es la que corresponde a sus fuerzas».

El diplomático francés termina esta página de psicología imperial con las palabras siguientes: «El Emperador Guillermo domina menos su impaciencia de lo que generalmente se cree. Más de una vez lo he visto dejar escapar sus pensamientos más íntimos. Cualquiera que haya sido el objeto de la conversación que he referido, esas confidencias no son por eso de carácter menos grave. Corresponde a lo precario de la situación presente y al estado de una cierta parte de la opinión en Francia y en Alemania. Si se me permitiera deducir conclusiones, diría que es discreto tomar en cuenta el nuevo hecho de que el Emperador se está familiarizando con un orden de ideas que antes le repugnaba, y que, para decirlo con una frase que a él le gusta repetir, «deberíamos mantener seca nuestra pólvora».

Repito que la lectura de los documentos diplomáticos dados a luz, por las diversas potencias, es muy útil a condición de que se la haga con espíritu crítico para leer entre líneas y darse cuenta de lo que hay debajo de ciertas fórmulas.

Los documentos ingleses prueban que la Gran Bretaña hizo esfuerzos desesperados hasta el último momento para evitar la guerra, pero se estrelló contra dos elementos irreductibles: la Alemania y la Rusia.

Los documentos rusos mismos confirman esa apreciación, pues a través de ellos se ve que la actitud era tan inflexible en San Petersburgo como en Berlín y que el mundo ha sido en buena parte la víctima de un choque formidable entre el pan-germanismo y el pan-eslavismo.

Los documentos belgas demuestran sin dejar sombra de duda, que la Gran Bretaña procedía de buena fe en su deseo de mantener la neutralidad de ese país, y que el Gobierno belga tenía la resolución antigua e inquebrantable de no permitir su violación por ninguna de las potencias.

Los documentos franceses se caracterizan por las admirables previsiones de los diplomáticos que veían venir la crisis.

Por desgracia, los documentos alemanes son muy incompletos y mientras no tengamos otra cosa que el Libro Blanco publicado a comienzos de la guerra, no podemos decir que hemos oído una buena exposición del caso alemán.

Como ya he dicho en otras ocasiones, la diplomacia alemana en todos los incidentes que precedieron a la guerra fué muy pobre, falta de rumbos y de distinción, apta para que la envolvieran los agudos y fríos agentes británicos y los sagaces embajadores franceses.

Por cierto que nada serio y digno de estudio han agregado las publicaciones tan faltas de valor en el fondo como ordinarias en la forma que han aparecido después en los Estados Unidos, y que están buenas nada más que para el público grueso de Chicago.

Esto me induce a decir que, para el estudio completo de los antecedentes de la guerra, falta todavía la exposición documentada alemana que algún día hemos de tener. Abrir los archivos de Berlín, como han sido abiertos los de Londres y París, sería una manera de ayudar a la formación de juicios definitivos sobre este momento trágico de la historia del mundo.

LA ECONOMÍA POLÍTICA Y LA GUERRA

XX. Finanzas alemanas.

XXI. Alimentos y materias primas en Alemania.

XXII. Nuevos cálculos sobre el costo de la guerra.

XX

Finanzas Alemanas

Admirable defensa económica del Imperio

El plan económico paralelo al militar.—La Alemania no decretó moratoria.—Las Cajas de crédito.—Ingenioso sistema de préstamos.—Papel moneda que sale y vuelve.—El patriotismo coopera.—Los particulares entregan su oro.—Las reservas del Reichsbank suben.—El Empréstito de Guerra y sus asombrosos resultados.—Plan fundado en una victoria rápida.—Cómo se multiplican los recursos en tiempo de guerra.

Londres, 24 de Octubre de 1914.

Hay una gran dificultad para obtener en Londres noticias acerca de la verdadera situación financiera y económica del Imperio alemán, porque toda comunicación entre los dos países está interrumpida y no nos llegan sino de ocasión ejemplares de diarios de Berlín o de Colonia.

Sin embargo, en las últimas semanas hemos podido obtener algunas informaciones sobre ese aspecto de la guerra que es uno de los más importantes, puesto que si la Alemania tiene recursos financieros suficientes, además de su inmenso poder militar, lo menos que podrán decir los que creen que ese país será finalmente aplastado por el número y riqueza de sus adversarios, es que la guerra será de muy larga duración, de dos o tres o más años, que es lo que desde el comienzo hemos creído y dicho a los lectores de *El Mercurio*.

He hablado con diversas personas que vienen de Ale-

mania, chilenos unos y de nacionalidades europeas neutrales los otros. Todos ellos están de acuerdo en decir que la vida económica de la Alemania continúa después de dos meses y medio de guerra sin alteraciones sensibles. Las ciudades prosiguen su existencia habitual y no sólo no hay escasez de artículos de alimentación, sino que no ha habido modificaciones aparentes en los precios de los más necesarios.

Tengo informaciones de dos españoles que fueron en estos días de Hamburgo a Berlín, Munich y de ahí por el Tirol a Italia y España. Su impresión es que el país no siente todavía la guerra sino en la paralización de algunas fábricas por falta de operarios o por la imposibilidad de exportar los productos.

Recientemente he podido leer el discurso que el presidente del Reichsbank (Banco del Imperio) Herr Havenstein, pronunció el 29 de Septiembre y que aparece en uno de los raros ejemplares del *Münchener Zeitung*, que han llegado a Londres.

Y algunas revistas económicas inglesas, que mantienen un espíritu de investigación sereno y libre de todo prejuicio, han publicado cartas de Berlín, recibidas por algún conducto indirecto y que dan cifras concluyentes.

Con estos datos acumulados he llegado a convencerme de que la Alemania no solo se había preparado en una forma que no tiene paralelo en la historia para la parte militar de la guerra, sino tambien para sus aspectos financieros y que, si ha de ser muy difícil vencerla en el terreno de las armas, no lo será menos derribar el ingenioso y fuerte plan de campaña con que a estas horas sostiene sus finanzas y se defiende de la crisis económica.

La Alemania no ha tenido moratoria, a diferencia de casi todos los países de Europa, aun los neutrales como la Suiza y la Italia, que se vieron obligados a decretarla. La razón es obvia: sus finanzas y su estado económico no son bastante robustos para resistir una moratoria; un país en que el crédito tiene un vasto desarrollo, habría

caído en un caos al día siguiente de una moratoria; su salvación debía consistir en una serie de procedimientos muy hábiles dirigidos por la autoridad que allí todo lo centraliza, para evitar la moratoria y aceitar prudentemente con papel moneda las ruedas de la máquina que amenazaba detenerse.

Se crearon con este objeto las *Darlehenkassen* (Cajas de Crédito) bajo la tutela del Banco del Imperio y en todas las ciudades grandes o pequeñas. A fines de Setiembre había 150 de estas cajas en ejercicio y se continuaba creándolas en nuevas localidades.

Las Cajas prestan dinero aceptando como garantía valores mobiliarios. Como en estos momentos nadie puede realizar sus valores, la idea es felicísima. Los préstamos fluctúan entre el 30 por ciento y el 70 por ciento del valor de la garantía. Pero no entregan sino papel moneda, o sea que el Banco del Imperio y en general el Gobierno no paga sino en papel moneda y guarda todo el oro que por uno u otro motivo llega a sus manos.

Como al mismo tiempo se está suscribiendo el empréstito interno de guerra, que a fines de Setiembre habían suscrito 1.500,000 personas, de las cuales 200,000 suscribían sumas de 100 a 200 marcos y 700,000 sumas de 200 a 2,000 marcos, resulta que el Gobierno está recibiendo con una mano el papel moneda que entrega al público con la otra, y evita, por lo menos, que haya una plétora de papel en circulación y que éste se deprecie El empréstito es de 2,750.000,000 de marcos. Cerca de 900 millones han sido suscritos por las Cajas de Ahorro y sus depositantes.

Hay, además, otro centenar de pequeñas instituciones fundadas al comenzar la guerra por los Estados de la Confederación y los municipios de grandes ciudades, las cuales prestan sumas hasta de 4,000 marcos a los pequeños comerciantes e industriales menudos.

Con todo esto, la existencia económica del país sigue su curso y la máquina anda. Es el plan más hábil que

ha podido discurrir un país con finanzas relativamente débiles como es la Alemania.

Los resultados de esta que podemos llamar la defensa económica alemana, tan bien preparada y desarrollada como la militar, son bien visibles, pues el país no sufre en este momento sino las consecuencias mínimas de la guerra y sufre en realidad menos que algunas naciones que no están en guerra y que no tienen de tres a cuatro millones de hombres sobre las armas.

Herr Havenstein tenía razón para felicitar al Banco del Imperio, en su ya citado discurso, por el éxito de las medidas adoptadas. Justo es, sí, reconocer que el público ha dado pruebas de un patriotismo que, para un pueblo de comerciantes e industriales, no es menos heroico que el de los soldados en el campo de batalla. Pasado el primer momento de pánico, las gentes han mostrado una confianza absoluta y es un hecho que han llevado su oro a los Bancos en cantidades considerables, aun cuando saben que por muchos años no verán en cambio sino papel moneda.

En los últimos días de Julio, el Banco del Imperio tenía reservas de oro por valor de 62.650,000 libras esterlinas. A fines de Setiembre, la reserva había subido a 85 000,000. De esta cantidad hay que descontar 10 millones de libras que el Gobierno entregó del Tesoro de Guerra. El resto, o sea, 43 millones, del aumento total, procedía de recursos internos, o sea, del público.

Como era natural, el Banco tuvo enormes operaciones de descuento en las primeras semanas. Hacia el fin de Agosto, los descuentos, incluso de vales de Tesorería, sumaban 245.650,000 libras esterlinas, en una semana. A fines de Septiembre, habían bajado a 243 millones. En suma, Herr Havenstein pudo anunciar que la presión ejercida sobre el Banco por descuentos de documentos particulares, vales de Tesorerías, préstamos, disminución de depósitos, y otros capítulos, no era el 23 de Septiembre sino 2/3 más de lo que fué a fines de 1912.

En este resultado figura muy particularmente el au-

mento de los depósitos, que sumaban 47 millones de libras el 23 de Julio y 135.450,000 el 23 de Septiembre. Y un corresponsal de una revista inglesa atribuye este aumento a que muchas personas estaban patrióticamente empeñadas en acumular dinero para suscribir el Empréstito de Guerra.

Confesemos que este empréstito, al cual he hecho ya alusión, es uno de los fenómenos más extraordinarios en la historia de las finanzas en el mundo entero. El público lo ha suscrito con un entusiasmo tranquilo y razonado, sin ninguna idea de especulación, a sabiendas de que no habría esos fantásticos excedentes de los empréstitos ordinarios que permiten prorratear a los suscriptores, sino que a cada uno se le exigiría la suma total que ofrecía. Es un espectáculo comparable al que dió la Francia cuando, después del desastre de 1870, entregó a su Gobierno, en un plazo de dos años, 5,000 millones de francos. La Alemania ha dado en pocas semanas, sin ayuda extranjera de ninguna clase, 6,250 millones de francos, que deberán estar pagados totalmente antes del fin del año.

Lo repito: el éxito del empréstito se debe a un movimiento patriótico inteligentemente secundado por la prensa. No ha habido violencia o presión del Gobierno, como se ha dicho. Cierto es también que el empréstito tiene condiciones muy atrayentes, pues los bonos dan interés de 5 por ciento, fueron emitidos a 97.50 y no pueden ser convertidos a un interés más bajo dentro de un plazo de diez años.

No se me oculta que estas admirables combinaciones tienen algo de artificial, y en Alemania nadie ignora que están basadas en una condición indispensable: que la Alemania triunfe y haga una paz ventajosa en un plazo relativamente corto, digamos un año.

Si la guerra se prolongara por dos o tres o más años, como creen los ingleses que se prolongará, el edificio financiero alemán, fundado sobre el crédito y la confianza pública, se desmoronaría. Pero si la guerra es corta, la

Alemania habrá pasado la crisis sin sufrimientos graves.

El plan alemán comprende, por cierto, indemnizaciones de guerra gigantescas, tanto a las ciudades que vayan ocupando, como después a las naciones vencidas. Respecto de Bélgica y Francia, la prensa alemana habla de que la paz sólo se hará después de haber obtenido la anexión de toda la Bélgica, del departamento de Pas-de Calais con la costa del Canal, y de una zona en Lorena donde hay minerales de hierro, con una indemnización en dinero y un tratado de comercio que convertirían en realidad a la Francia en un país tributario de la Alemania y su esclavo económico.

Con eso y las colonias francesas y aquellas de las inglesas que sea posible retener, indudablemente que las finanzas alemanas tomarían después de la guerra una solidez excepcional.

Pero todo ello está fundado sobre un triunfo rápido y definitivo, lo que por ahora no me parece fácil ni para la Alemania ni para sus aliados.

Todo induce, por el contrario, a creer que la guerra será larga, muy larga, ya que su fin natural no puede ser sino la destrucción del poder naval de la Gran Bretaña o del poder militar de la Alemania, y una y otra tarea son de tal magnitud, que ningún hombre sensato puede suponerlas la obra de unos pocos meses de combates.

En todo caso, el hecho de que la Alemania, el país menos rico de los que están en lucha, dispone de recursos financieros para largo tiempo, es otra razón más para creer que la guerra se prolongará por varios años.

Cuando las naciones luchan por la vida o la muerte, cuando, como ahora, es su existencia misma de potencias mundiales lo que se disputa, sus recursos son mucho más que los Tesoros de Guerra, que los Empréstitos y las reservas de oro, porque cada ciudadano ofrece lo que tiene y arroja en la balanza a medida que el peligro arrecia, hasta lo que antes le parecía necesario para subsistir.

Y eso es lo que ya comienza a sentirse en Alemania, en Francia, en Inglaterra misma.

XXI

Alimentos y materias primas en Alemania

Producción y consumo de cereales en Alemania.—Las nuevas leyes sobre fabricación de pan.—Pan de centeno y patatas.—El problema de la cebada.—Peligro de que escasee la carne.—Producción y consumo de materias primas para las industrias.—Metales para las fábricas de armamentos.—Los alimentos y el espíritu de sacrificio y disciplina.—Las industrias sacrificadas durante la guerra.—Por qué la Alemania necesita que la guerra sea corta y la Inglaterra puede soportar mejor una larga.—Peligro de que se malgaste un grandioso esfuerzo militar.

Londres, 1.º de Diciembre de 1914.

Una revista económica muy autorizada y que ha mantenido desde que comenzó la guerra una actitud bastante imparcial, acaba de publicar un cuadro sobre la producción y el consumo de substancias alimenticias en Alemania. Respecto de los alimentos vegetales, el cuadro sería el siguiente:

(En toneladas de 1,000 kilógramos).

	Producción	Consumo	Exceso o déficit
Centeno.....	10.866,000	9.049,000	+ 1.817,000
Trigo.....	4.469,000	6.244,000	— 1.775,000
Avena.....	7.704,000	7.508.000	+ 196,000
Cebada.....	3.653,000	6.230,000	— 2.577,000
Patatas.....	34.878,000	36.765,000	— 1.887,000

Estos datos son los que arrojaban las prolijas y

exactas estadísticas alemanas correspondientes al año de 1911.

Resulta de esas cifras que la Alemania tuvo ese año un déficit de 1.887,000 toneladas de patatas que, sin duda, debió importar por ser ese el alimento favorito, y en algunas regiones casi exclusivo, de su población. Pero hay que advertir que aquel año de 1911 la cosecha de patatas fué muy mala, de suerte que la cifra no permite formar juicio sobre lo que ocurre al presente. La cosecha llega anualmente a un término medio de 40.000,000 de toneladas en años normales y como el consumo es de 36 a 37 millones, queda de ordinario un excedente que se exporta a Suiza y otros países. En el presente año la cosecha ha sido normal y no hay duda de que hay un excedente que el Gobierno ha ordenado aprovechar en la fabricación de pan.

En el trigo sí que debe de haber este año un déficit más o menos como el que indica el cuadro, porque la cosecha de 1911 fué como la de 1914. Esto explica la aludida disposición referente al pan de patatas. El excedente en la producción de centeno facilita también el reemplazo del trigo, porque el pueblo alemán casi se podría decir que prefiere el «pan negro» o de centeno.

El punto grave es el fuerte déficit de cebada, pues este grano se emplea en Alemania no sólo en la importantísima industria de la cerveza, bebida tan indispensable para los alemanes como el pan o acaso más, sino también como forraje para el ganado vacuno. Puede por esto decirse que la cebada se convierte en carne y ha habido años, con cosecha normal dentro del país, que se han importado 3.478,000 toneladas de cebada de Rusia (año de 1911).

La cuestión del forraje para el ganado es uno de los puntos débiles de esta gigantesca maquinaria de pelea que se llama la Alemania, y después de conocer estas cifras no me asombra la afirmación hecha por un diario de Copenhague de que los ganaderos comenzaban a encontrarse en esta dura alternativa: matar el ganado va-

cuno por falta de forraje o darle el centeno que se necesita para la fabricación de pan.

Es posible, que a pesar del bloqueo que los ingleses estrechan cada día más, la Alemania logre filtrar algunos cargamentos de granos por Italia y Suiza. Es posible, pero no es probable, porque esos países están también muy faltos de alimento, lo mismo que la Holanda y los escandinavos, y todos han prohibido la exportación o trasbordo. En todo caso, no sería fácil acarrear en tiempo de guerra y cuando sólo quedan 10 vapores alemanes navegando en todo el mundo, los tres millones de toneladas de cebada que hacen falta.

Para lo demás, y especialmente para el pan, la Alemania casi se basta a sí misma y puede ahora bastarse, a pesar del déficit en el trigo, con el uso del centeno y de la harina de patatas, que son corrientes en el país.

Según la *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*, las nuevas disposiciones gubernativas para economizar los alimentos son las siguientes: los molinos no usarán más de un 75 por ciento de trigo; en todo pan de trigo debe haber a lo menos 10 por ciento de harina de centeno; se prohibe en absoluto y bajo penas severas hacer pan de trigo puro; se prohibe emplear el centeno como forraje; sólo 60 por ciento de la producción del centeno puede destinarse a las destilerías y todo lo demás debe servir como alimento humano; el Estado organiza establecimientos para secar patatas y producir harina de patatas, la cual deberá entrar en todo pan de centeno en proporción de 5 a 20 por ciento.

Debo agregar que he oído decir que ese pan de centeno y patatas tiene grandes condiciones alimenticias y es muy digestivo. No garantizo la información con mi propia experiencia, pues sólo conozco el excelente pan de centeno que tanto se ha usado siempre en Alemania.

Las cifras respecto de la carne son menos precisas, pero hay la posibilidad de formarse idea de la situación con los censos agrícolas y ganaderos tan admirables que hacen los alemanes.

Tomando los censos de 1907 y 1912 se ve que tanto el número de vacunos como de cerdos y ovejunos ha disminuído cada año en Alemania y como, por otra parte, cada año aumenta la población, se ha llegado a producir una desproporción muy grande. En 1911 se hicieron importaciones de vacunos de Dinamarca y de Austria-Hungría y grandes masas de cerdos vinieron de Rusia. Como es sabido, en Alemania se hace un enorme consumo de carne de cerdo en todas las formas imaginables.

Por lo tanto, es evidente que para un consumo normal la Alemania necesita importar una cierta cantidad de carne que ahora no puede recibir. Además, la situación se complica con los datos que ya he dado sobre la cebada, forraje irreemplazable del ganado vacuno, del cual falta una cantidad considerable y que no puede ser suplantado por el centeno a causa de la severa prohibición gubernativa.

Pero el pueblo alemán no es muy consumidor de carne, excepto la de cerdo, y mientras tenga su amplia provisión de patatas, tiene su alimento principal. Ese es país donde todos los ciudadanos, desde el Kaiser al último mendigo, están dispuestos a hacer algún sacrificio. Disminuir la ración de carne de cada uno no sería el más grave de los que la guerra les impone.

Otras sustancias necesarias para la alimentación son totalmente importadas en Alemania. En 1911 importó 177,000 toneladas de arroz, 267,000 de frutas extranjeras, 182,000 de café y 49,000 de cacao.

Los alemanes no beben té sino en muy pequeña cantidad. Sus bebidas favoritas son el café y el chocolate, por lo menos una bebida de color de café que no se parece mucho a lo que en América tiene ese nombre.

El capítulo de las frutas es importante porque en Alemania como en Inglaterra los plátanos han llegado a ser un alimento popular que usan las familias de la clase obrera. Gracias a las facilidades de transporte y de almacenaje, esas frutas tan deliciosas como alimenticias y sanas, se venden en Inglaterra y Alemania más baratas que en Chile.

Si algo se ha filtrado de estas materias a través de Holanda y de Italia, no es aventurado decir que la filtración será cada día menor, por las mismas razones aducidas respecto de los cereales.

Lo que tiene Alemania en cantidad excesiva es azúcar, puesto que produce el doble de lo que consume y la pérdida a este respecto será considerable por la imposibilidad de exportar a sus mejores mercados. Ya se están proponiendo en los diarios alemanes ideas para convertir el excedente de azúcar de betarraga en otro alimento más necesario. Y lo conseguirán porque tienen los primeros químicos del mundo.

Copio de la misma publicación aludida al comenzar el cuadro siguiente sobre producción y consumo de materias primas para las industrias. Las cifras son de 1910, última estadística que se pudo obtener:

	Producción	Consumo		Exceso o déficit
Carbón (duro).....	152.828.000	139.766,000	+	13.062,000
Carbón (blando).....	69.547,000	76.833,000	—	7.336,000
Mineral de Hierro...	28.710,000	35.574,000	—	6.864,000
Plomo.....	160,000	210,000	—	50,000
Cobre.....	35,888	211,000	—	176,000

Lo que podría inquietar a los alemanes sería la falta de hierro, plomo y cobre para sus armamentos y pertrechos de guerra, ya que de esas tres materias necesitarían importar cantidades más o menos considerables. Sin embargo, no doy el menor crédito a lo que se ha dicho en diversos diarios acerca de que hay mucha alarma con motivo de la falta de materias primas para las fábricas de armamentos.

La Alemania produce maquinarias de toda especie, especialmente eléctricas, y un número incalculable de artículos manufacturados en los cuales entran el hierro, el plomo y el cobre. Todo lo que tendrá que hacer el Gobierno alemán será prohibir el uso de esos metales para otros fines que los de guerra, y es seguro que con

su propia producción tiene suficiente para seguir haciendo cañones y submarinos.

Algo semejante ocurrirá con el petróleo necesario para los automóviles, que tanto sirven ahora en la guerra. La Alemania produce 975,000 toneladas y consume 1.118,000 toneladas. La solución consiste en que no se mueva en el país un automóvil que no esté en servicio militar.

Necesita también la Alemania unas 18,000 toneladas anuales de goma, indispensable para la locomoción automóvil. Y sólo del extranjero puede recibir lino, cáñamo y gran cantidad de la lana, que sirven como materia prima de valiosas industrias.

Se ve que Alemania puede soportar durante algún tiempo la escasez de ciertos elementos necesarios para la alimentación, gracias a las prudentes medidas de su Gobierno y con la disciplina y el espíritu de sacrificio característicos de su pueblo.

Puede también continuar la fabricación de armamentos y pertrechos de guerra.

Pero una y otra cosa tienen que hacerse a costa de las industrias que van quedando privadas de materias primas y tendrán que paralizarse, como ya se han paralizado muchas, cuando nó por falta de brazos, por falta de aquéllas, o por carecer de ambas cosas.

A medida que pase el tiempo y si la Alemania no ha logrado aniquilar el poder naval de la Inglaterra y abrirse paso en los mares, la situación se hará más grave.

La cosecha del año próximo tendrá que resentirse de la falta de brazos que ha habido en el otoño y que será mayor aun en la primavera con el llamamiento de nuevas reservas que incluirán a todo habitante masculino válido.

Los *stocks* acumulados antes de la guerra se agotarán y la posible entrada de la Italia en la contienda puede cerrar el único camino por donde todavía hay esperanza de recibir algo del exterior.

La paralización del comercio de exportación es ahora

casi absoluta (salvo lo que puede salir hacia Holanda y los países escandinavos, que es muy poco dentro del total enorme del antiguo comercio alemán) y seguirá en ese estado mientras exista escuadra británica.

En suma, no es posible decir que la Alemania será «sitiada por hambre» como dicen ciertas hojas inglesas, pero es indudable que si la guerra se prolonga sin que haya sido aniquilada la marina británica, el Imperio sufrirá perturbaciones económicas tan profundas que pueden comprometer sériamente su grandioso esfuerzo militar.

Por eso se debe repetir una vez más que el interés alemán consiste en terminar pronto aplastando con golpes rápidos a sus enemigos, y el interés británico en que la guerra siga por uno, dos o más años.

La Alemania gasta tres millones de libras esterlinas al día en la guerra y para sostener esta sangría su pueblo hace sacrificios espléndidos y el país se inunda de papel moneda.

La Inglaterra gasta un millón de libras al día y acaba de hacer con éxito increíble, en las mismas condiciones de los tiempos de paz, un empréstito que, con lo que levantó al comienzo de la guerra, suma 530 millones.

La Alemania no tiene comercio, está aislada, entregada a sí misma.

La Inglaterra tiene cerca de 10,000 barcos mercantes que le traen alimentos y materias primas de todo el orbe a los precios del tiempo de paz.

Y así el estupendo esfuerzo militar de la Alemania, el mas grande y más perfecto que haya hecho jamás nación alguna, corre el peligro de esterilizarse si la guerra dura mucho, como parece que durará.

XXII

Nuevos cálculos sobre el costo de la guerra

Cómo se multiplican los recursos.—Los cálculos de M. Ives Guyot. —Presupuestos de guerra.—El capital destruído en las invasiones.—La paralización industrial y comercial.—El valor de las vidas humanas.—Una avalancha de millones.—Cómo esos cálculos resultan incompletos.—Las pérdidas de los neutrales. —El caso de Chile.—La solidaridad económica agrava la guerra.—Insuficiencia de un cálculo para seis meses.

Londres, 5 de Diciembre de 1914.

Los economistas se preguntan hasta dónde podrán soportar las naciones en guerra y las neutrales obligadas a movilizar, el costo fantástico de la lucha. Y cada vez que se publican cálculos de lo que la guerra está costando y de lo que costará a medida que se prolongue, parece fluir de ellos la consecuencia de que el horrible conflicto no podrá ser muy largo, porque se agotarán las energías financieras de los beligerantes, o por lo menos, de algunos de ellos.

Trasmití hace poco a los lectores de ese diario los cálculos hechos por el eminente economista francés M. Leroy-Beaulieu, y despues en alguna otra oportunidad, insistí en manifestar que los recursos de una nación para proseguir una guerra de vida o muerte, como la presente, son mucho mayores que lo que pueden calcular los sabios basados en estadísticas.

En efecto, cuando un país lucha como la Francia para

conservar su integridad territorial y su existencia misma, o como la Gran Bretaña para mantener su puesto en el mundo y evitarse los horrores de una invasión, o como la Alemania para realizar el ideal de dominación universal que ha acariciado por tantos años, sus recursos son infinitamente mayores que los tesoros de guerra o los empréstitos con que hacen sus extraordinarios presupuestos. En la hora del peligro nacional y a medida que éste arrecia, la nación lucha con toda la suma de su riqueza pública y privada, con los sacrificios individuales y colectivos de sus ciudadanos, con un conjunto de energías valiosas y tan eficaces como el dinero mismo que representan el instinto nacional de conservación. Y todo esto multiplica muchas veces las fuerzas financieras.

Sin embargo, los cálculos del costo de la guerra en cifras con cierta apariencia de precisión y más o menos aproximadas son interesantes y dan una base para apreciar en valores materiales y usuales lo que esta lucha significa para la humanidad.

M. Ives Guyot, otro ilustre economista francés acaba de publicar nuevos-cálculos que van un poco más allá que los de M. Leroy Beaulieu, aun cuando toman puntos de partida análogos.

Según M. Guyot los ejércitos actualmente movilizados (es decir, a fines de Noviembre) alcanzan a las cifras siguientes: Alemania, 4.350,000; Austria Hungría, 3.500,000; Francia 4 millones; Rusia, 5.450.000; Serbia, doscientos cincuenta mil. Si a estas cifras se agregan unos 80,000 belgas y alrededor de un millón de ingleses (tomando los que están en la campaña y los que hacen la defensa del territorio británico), se llega a un total de más o menos 18 1/2 millones de hombres sobre las armas, total muy castigado y que más bien se queda corto.

M. Guyot acepta la proporción usual de un gasto de 10 chelines al día por cada hombre, o sea 270 millones de libras esterlinas al mes para todos los beligerantes.

Pero hay otros elementos tan importantes como el presupuesto oficial y que deben añadirse a éste para

apreciar con mediana exactitud el costo de la guerra.

Ante todo, y esto es muy difícil calcularlo con cierta aproximación, hay que tomar en cuenta el capital que los ejércitos destruyen en los países propios o ajenos que atraviesan, ya sea por necesidades militares, ya por el salvaje espíritu de destrucción que en toda guerra aparece como manifestación de la bestia humana aun en las razas más cultas.

Un ejército que avanza o se retira, quema edificios, arrasa fábricas, hace saltar líneas férreas, puentes, canales, instalaciones hidráulicas y muchas otras de esas obras con que el ingenio humano ha salvado los obstáculos naturales.

¿Cómo calcular esas pérdidas? ¿Cómo saber lo que hasta ahora ha sido destruído por unos y otros en Bélgica, el norte de Francia, la Prusia Oriental, la Polonia, la Galicia, la frontera austro-serbia?

Se ha dicho que para restablecer los edificios, puentes y ferrocarriles destruídos en Bélgica hasta ahora se necesitarán no menos de 150 millones de libras esterlinas. Pero la guerra sigue y si, como parece posible, el Ejercito alemán es obligado a retirarse aún más hacia el noreste, es seguro que desaparecerá lo poco que queda en pie, porque no ha de querer dejar facilidades a sus enemigos al volver hacia sus propias fronteras.

Pero esto no es todo: la guerra ha arrancado a las industrias, al comercio y demás formas de producción de la riqueza unos 15 millones de hombres y ha creado factores que contribuyen a secar esas fuentes, tales como la clausura de mercados, la inseguridad de los mares, la ruptura de los cambios internacionales y otras semejantes.

Y todavía queda esa otra pérdida, la más dolorosa de todas, la que no aparece en millones de libras, pero es, sin duda, la más horrible contribución que los pueblos pagan en esta hora: la pérdida de vidas.

M. Guyot hace un cálculo muy interesante del valor pecuniario que cada hombre representa en los diversos países como factor de riqueza, y llega a estas cifras: en

Gran Bretaña £ 828; en Alemania £ 676; en Francia £ 580; en Rusia y Austria-Hungría £ 404.

Supone en seguida el economista francés que la guerra dure seis meses y llega al espantable resumen siguiente:

COSTO DE LA GUERRA EN SEIS MESES

Presupuestos	£	1,620.000,000
Pérdida industrial y comercial		1,648.000,000
Pérdida de vidas		997.000,000
	£	4,265.000,000

Como se ve, estos cálculos son muy incompletos, porque no ha sido posible estimar el valor del capital destruído, faltan muchos datos para precisar la pérdida industrial y comercial, y aun la de vida no es sino una vaga aproximación, como que M. Guyot ha supuesto que sólo el 10 por ciento muere o queda inválido para el resto de la vida y es muy probable que las pérdidas alemanas en los feroces combates en que inútilmente han tratado sus heroicos regimientos de llegar a París primero y a Calais después, sean muchos mayores que eso.

Además, todo cálculo del costo de la guerra para la humanidad que se reduzca al continente europeo y a los beligerantes, es falso.

Los países neutrales de Europa como la Holanda, la Suiza, la Italia, han movilizado sus ejércitos y gastan sumas muy fuertes en mantenerlos.

La guerra prosigue actualmente en el Asia Menor, en todas las colonias alemanas del Africa, en Sud-Africa y puede decirse que en la India, Australia, Canadá, Egipto y otros puntos del Imperio Británico, porque en todos ellos se organizan contingentes que vienen a defender la metrópoli o se reprimen rebeliones o se preparan nuevas expediciones para despojar a la Alemania de su naciente dominio colonial.

¿Y qué decir de lo que cuesta la guerra a países como Chile, con su comercio paralizado, su renta pública reducida, miles de obreros sin trabajo, los cambios internacionales interrumpidos y la escuadra en actividad para defender nuestro decoro de neutrales?

Lo que ocurre en Chile ocurre en menor grado, pero siempre en proporciones dolorosas, en todos los países del mundo, sin que haya un sólo rincón de la tierra habitada por hombres civilizados donde la guerra no cause sufrimientos económicos, pérdida de capitales, parálisis del comercio, miseria y ruina.

Una de las características del progreso humano en los últimos años era la estrecha solidaridad económica entre todas las naciones del globo. Ella nos hacía creer que una gran guerra era imposible y que íbamos acercándonos a la paz universal. La solidaridad económica no ha impedido la guerra, pero le ha dado las proporciones de una catástrofe universal a cuyas consecuencias ningún ser humano escapará.

Por otra parte, el error capital de M. Guyot consiste en calcular una guerra de seis meses Todo indica que al fin de Enero estaremos más lejos de la paz que lo que creíamos estar a fin de Agosto, cuando el ejército alemán llegaba a los suburbios de París.

Tanto en Flandes y el norte de Francia como en la Prusia y la Polonia se han producido situaciones que no cambian sustancialmente desde hace cerca de dos meses.

Los contendientes se han atrincherado y se hacen, a lo largo de varios centenares de kilómetros una guerra de sitio con duelos de artillería y pequeñas acciones de detalle. Na hay acciones decisivas ni la posibilidad de que se produzcan durante el invierno, que se presenta muy duro.

La primavera marcará una recrudescencia de la guerra, acaso con nuevos elementos que agregarán horrores nuevos. Y una vez más habrá que repetir lo que se dijo desde el comienzo: que esta lucha en que aparece envuelta toda la especie humana no puede terminar sino por

el aniquilamiento absoluto del poder naval de la Gran Bretaña o por la absoluta destrucción del poder militar de la Alemania.

No caben mediaciones mientras uno de esos dos resultados no sea claro. Y casi es de desear que así sea, porque sólo en esa forma se puede obtener una paz sólida, una paz que permita a la generación que nos sigue, crecer y vivir sin el temor de que se repita esta horrenda pesadilla.

De suerte que los cálculos de M. Guyot, aunque parecen gigantescos, no presentan sino una mínima parte de lo que costará la guerra si, lo que es muy probable, dura un año, o dos, o tres, como acaba de decirlo nuevamente Lord Kitchener.

CUESTIONES DE DERECHO INTERNACIONAL

XXIIII. La neutralidad de Chile.

XXIV. Los neutrales de Europa.

XXV. Neutralidad de España.

XXVI. Cómo aprovecha España la guerra.

XXVII. Contrabando de guerra: la discusión anglo-americana.

XXIII

La neutralidad de Chile

Origen de un telegrama

Cómo se puso en duda la neutralidad de Chile.—Cargos a la prensa y la opinión.—Nunca se culpó al Gobierno.—Los alemanes compran *El Mercurio*.—Necesidad de una voz de alarma.—Excelente resultado de la política del Gobierno de Chile.—Manera de que Chile sea respetado.—Lo que no entienden los beligerantes.—La prensa puede discutir la guerra sin faltar a la imparcialidad.

Londres, 22 de Noviembre de 1914.

Desde el comienzo de la guerra, y en las últimas semanas con mucha frecuencia, se publicaban en los diarios de Londres y eran reproducidos en los de todo el continente, telegramas que hablaban de cruceros alemanes frente a las costas de Chile, de vapores alemanes que tomaban en puertos chilenos carbón y provisiones, de vehementes sospechas acerca del destino de esos cargamentos, de que, en suma, la costa occidental de Sud-América, y especialmente la de Chile, era una base de operaciones para la escuadrilla alemana del Pacífico.

El combate naval que costó a la escuadra británica la pérdida del *Monmouth* y del *Good Hope*, reveló la concentración de los cruceros alemanes en aguas chilenas y avivó los comentarios acerca de las facilidades que hallaban en esos lados del mundo para proveerse de com-

bustible y víveres y aun para recoger informaciones útiles.

Se hablaba en esos telegramas casi diarios del uso de la telegrafía sin hilos, de vapores alemanes que zarpaban de puertos chilenos engañando a las autoridades respecto de su destino y volvían después de pocos días sin el cargamento de carbón que habían embarcado; se repetían una y otra vez, con frecuencia alarmante para el público británico, los nombres de cruceros alemanes que entraban a puertos de Chile, recibían en ellos carbón y víveres en conformidad a las reglas de la Convención de La Haya y volvían a zarpar.

Los diarios ingleses, de ordinario muy lentos para iniciar campañas, comenzaron a comentar estos repetidos telegramas. Ni una sola vez en los telegramas o en los comentarios—y esto es preciso que el público lo tenga muy presente, porque, o mucho me equivoco o ha habido en Chile error fundamental al respecto—ni una sola vez se hicieron cargos al Gobierno de Chile, a las autoridades de Chile, a la actividad oficial de nuestro país.

Especialmente puedo y debo mencionar los telegramas del corresponsal del *Times*, que siempre cuidó de advertir que la actitud del Gobierno chileno era irreprochable y aun llamó la atención hacia los esfuerzos que hacía para cumplir con rigor sus deberes de neutral.

Pero, entre tanto, la repetición de las noticias, la insistencia con que aparecían los cruceros alemanes sirviéndose de Chile como de una base de operaciones de guerra, el denuncio de que lo mismo o peor aun ocurría en las islas Galápagos y en la costa de Colombia, todo contribuía a crear una atmósfera pesada en torno del nombre de nuestro país y, en general, de las repúblicas americanas del Pacífico.

La Legación en Londres, sin duda bien informada por el Gobierno, cuyo diligente y discreto manejo de estos asuntos era notorio, no dejaba pasar una sola ocasión, un solo telegrama, un solo comentario insidioso, sin dar la respuesta o explicaciones necesarias en forma directa o indirecta.

Todos sabemos lo que ocurre con estos movimientos de una opinión pública, aunque ella sea tan reposada como lo es la opinión inglesa: hay la tendencia a creer más fácilmente el párrafo alarmante o sensacional que la explicación o el desmentido.

Hubo diarios que se aventuraron a afirmar que la opinión pública en Chile era francamente parcial a Alemania, que la prensa favorecía los intereses alemanes y que aun había capitales alemanes invertidos en forma que los autorizaba para influir sobre la prensa chilena.

Y así se llegó hasta un día en que alguien afirmó, en presencia de los secretarios de la Legación de Chile, que se sabía de cierto que los alemanes habían comprado *El Mercurio*, lo que obligó al Ministro, señor Edwards, a hacer una investigación para dar con el origen de la calumnia y destruirla antes de que fuera recogida en la prensa por cuyas salas de redacción rodaba desde algunos días.

Insisto en que ni entonces ni después ni nunca se puso en duda por ningún diario inglés la corrección de procedimientos del Gobierno, que aparecía siempre fuera de toda sospecha.

Las acusaciones tendían a hacer creer que existía en Chile una atmósfera favorable a Alemania, que el pueblo chileno, y la prensa con él, no cumplían los deberes de neutralidad y que esto creaba a los cruceros alemanes un campo de facilidades por debajo de la correcta actitud del Gobierno. Y a cada explicación o desmentido de la Legación parecía que fatalmente seguían nuevos telegramas sobre nuevas apariciones de cruceros o vapores alemanes en puertos de Chile.

Se nos colocaba en una situación doblemente indecorosa e injusta. Por una parte aparecíamos como un pueblo que se mezclaba en esta lucha, que no le concierne, con olvido de sus deberes de neutral, y por otra, aunque esto no se decía, la impresión era que el Gobierno de Chile, con la más recta de las intenciones y la más hon-

rada voluntad de hacerse respetar, no sabía o no podía lograrlo.

Ni una ni otra cosa, eran aceptables y ambas me parecían injustas y vejatorias, no sólo porque conocía las diligentes gestiones del Gobierno de Chile, sino porque no estoy tan desprendido de mi país que no pueda en cualquier momento darme cuenta de lo que la opinión chilena siente y piensa. Tenía la íntima convicción de que ni el Gobierno ni el público podían querer en Chile otra cosa que verse libres de estos episodios y alejar de las costas del país las operaciones de guerra que perturban nuestro comercio y nos imponen nuevos sacrificios sobre los que ya nos cuesta este conflicto extendido por el mundo entero. Ni un instante entró en mi espíritu la duda de que la prensa chilena hubiera perdido el reposo y buen criterio que le conozco y que la caracterizan entre todas las de América.

Pero veía el riesgo de que se nos envolviera en incidentes desdorosos por culpa de los beligerantes, que, como es lógico, no pueden tener muchos escrúpulos en esta lucha de vida o muerte, y de que se nos hiciera víctimas, contra nuestra voluntad, de estratagemas ya empleadas en la presente guerra para hacer aparecer a un neutral como inclinado hacia una u otra de las partes contendientes.

El caso de la Turquía estaba demasiado fresco y la historia de los aprovisionamientos de buques en el Pacífico era tan semejante como más no podía ser a la que había iniciado las fricciones entre ese país y las Potencias Aliadas.

Y porque sentía venir ese peligro y porque me indignaba que el nombre de Chile, de su pueblo y de su prensa, fueran arrastrados en comentarios análogos a los que se habían hecho sobre Turquía, creí que era mi deber dar en Chile una voz de alarma y advertir con energía y sin miedo de las consecuencias o de las falsas interpretaciones, lo que estaba pasando.

Ese objeto tenía mi telegrama a *El Mercurio* del 14 del presente en el cual expresamente dije que «no se ha-

cían imputaciones a la actitud oficial que está sobre toda sospecha», sino que se colocaba al pueblo chileno en una situación indecorosa como nación que no entendía sus deberes de neutral. Concluía pidiendo una acción combinada de toda la prensa para que se adoptara en Sud América un criterio riguroso que pusiera término a la situación en que injustamente se pretendía colocarnos.

En la semana transcurrida desde entonces todo ha cambiado. No atribuyo a mi telegrama otra importancia que la de haber presentado con franqueza los hechos y de haberlos mirado desde el punto de vista exclusivo del interés de Chile, que es mantenerse neutral y aparecer como neutral, sin debilidades ni términos medios.

El cambio operado en la prensa inglesa se debe a nuestro Gobierno que, con sus recientes y enérgicas medidas, ha probado que ese país tiene una política en la materia y la hará respetar de las Grandes Potencias. Tanto los telegramas de los diarios como las comunicaciones oficiales de nuestra Legación y del Gobierno británico entregadas a la prensa en los últimos días han determinado una evolución completa. Los mismos diarios que habían hecho insinuaciones molestas, han reconocido que estaban en error y que en Chile, ni el Gobierno, ni el pueblo ni la prensa, merecen el más leve reproche.

La actitud del Gobierno de Chile ha sido comentada muy favorablemente, no porque se crea que ella favorece los intereses británicos, sino porque se ha visto que hay en la Moneda un criterio fijo, que ese criterio no es otro que el de no dejar violar la neutralidad de Chile con subterfugios, y que va acompañado de una tranquila y seria resolución de hacerse respetar.

Si de algo, en realidad, se nos podría acusar en esta serie de lamentables incidentes, es de haber adherido con excesivo rigor a la letra de las reglas de Derecho existentes entre las naciones civilizadas.

La experiencia está probando que esas reglas no bastan para garantir a los neutrales contra posibles abusos de beligerantes, porque ellas fueron dictadas cuando sólo

se pensaba en las antiguas guerras entre dos países, en una costa pequeña, en un mar interior, como el Mediterráneo, que parece un lago, si lo comparamos con nuestro Océano Pacífico.

Todas las convenciones fallan cuando se aplican a esta lucha gigantesca, extendido de un extremo a otro de la tierra, con operaciones militares que cubren casi toda la Europa, gran parte del Africa y algo del Asia, cuyos combates navales se verifican un día en el Mar del Norte, otro en el Báltico o el Mar Negro o en el Mediterráneo, o en las costas de la China, o en las islas remotas del Pacífico, o en el Atlántico ecuatorial o frente a Chile.

Todas las convenciones son ineficaces para contener en los límites que señala la neutralidad a beligerantes que tienen comercio marítimo sobre todos los mares del globo.

Nuevas reglas, nuevo criterio, un derecho nuevo, deben surgir de esta guerra y toca fijarlos a los neutrales que como Chile y las demás Repúblicas americanas, corren el riesgo de verse envueltos en incidentes deplorables contra su voluntad y contra sus intereses.

En el ciego apasionamiento de la lucha, los beligerantes no pueden ver la verdadera posición de esos neutrales. No se dan cuenta de que tenemos bastante con que esta guerra, que no nos concierne, haya desorganizado nuestro comercio, reducido nuestra renta pública, quitado el pan a miles de nuestros obreros y esparcido la miseria en el país, para que, además, nos resignemos a mantener la escuadra en actividad, vigilando sus movimientos, y a sufrir acusaciones de falta de neutralidad.

Ser neutrales no consiste, como hay gentes que parecen creerlo, en atacar a unos y a otros para que todos se quejen al mismo tiempo, sino en hacerse respetar de unos y otros, de suerte que ninguno de los beligerantes cuente en Chile con más elementos que los que los deberes de humanidad obligan a darle, y así, hagamos todo lo que nos es posible para que la guerra se aleje de nuestras costas y se nos deje en paz, entregados a la tarea de reparar los daños que la enorme lucha nos causa.

Que no se puede mirar la guerra con indiferencia, como si ella no nos afectara, lo está probando el hecho de que la guerra nos arruina y llega hasta nosotros en forma de combates navales y tentativas, para servirse de nuestra costa.

El Gobierno y el pueblo de Chile no pueden permanecer indiferentes, sino en activa vigilancia, para que no se les atropelle, para que no se les envuelva; para que dentro y fuera del país se les respete.

Si hay dentro de Chile beligerantes que no observan la actitud respetuosa de nuestra neutralidad que les corresponde, a la opinión le toca reprimirlos. Si hay barcos que abusan de nuestros puertos, el Gobierno tiene medios y absoluta libertad de acción para hacerles entender que no se dejará burlar.

Tengo fe en que las noticias llegadas de Chile en los últimos días, y que revelan una actitud enérgica, tanto de la opinión como del Gobierno, han desvanecido toda mala inteligencia, y en que la prensa inglesa nos tratará en lo sucesivo con más respeto.

Ni aun tendría por qué privarse nuestra prensa del derecho de comentar las noticias que recibe, ya que esos comentarios pueden y deben hacerse sin que el espíritu de neutral imparcialidad sufra en lo más mínimo. Y si hubiera quienes pretendieran coartar esa libertad de nuestra prensa, serían ellos y nó los diarios chilenos quienes faltarían a la neutralidad, pretendiendo imponer un criterio parcial en vez de la libre discusión a que tenemos derecho, lo mismo que todos los demás neutrales, como testigos y hasta como jueces de esta contienda universal.

XXIV

Los neutrales de Europa

Delicada posición de la Holanda. — Su Convención del Rhin.—El miedo a la anexión alemana. — Noruega y Dinamarca en la órbita inglesa.—La Suecia en la órbita alemana por odio a la Rusia.—Cómo asustó el señor Zimmermann a los escandinavos.—España y la voluntad de Dios. — La Italia en expectativa.—La conferencia de Ernesto Nathan.—Suiza y sus diversas razas.—Se trata de rehacer la alianza balkánica.—La labor de la Rumania. — Coincidencias entre Roma y Bukarest. — El Portugal baja a la arena

Londres, 24 de Noviembre de 1914.

Quedan pocos países neutrales en Europa y acaso cuando esta correspondencia se publique habrán dejado de serlo algunos de los que todavía mantienen esa actitud.

Los que permanecen neutrales hasta hoy pueden clasificarse en tres grandes grupos: los del Mar del Norte y Báltico, los del Mediterráneo y los de los Balkanes, dejando todavía sin clasificación a la pequeña Suiza enclavada entre la Francia, la Alemania, el Austria y la Italia.

El país neutral que tiene una posición más delicada es la Holanda, por su vecindad a Inglaterra, su frontera con Alemania y con la Bélgica invadida, sus excelentes puertos y el comercio activo que tradicionalmente se ha hecho a través de la frontera y por el Rhin, desde el puerto holandés de Rotterdam.

A medida que la escuadra inglesa estrecha el bloqueo en el Mar del Norte y en realidad cierra ese mar a todo

tráfico que no sea objeto de minuciosa inspección, la Holanda se ve en dificultades para hacer entender que desea permanecer neutral, y que sus importaciones de artículos alimenticios y de otros declarados contrabando de guerra, están destinadas a su propio consumo y no a pasar la frontera de Alemania.

El Gobierno holandés ha ido muy lejos en su propósito de observar la neutralidad y de mostrar que la observa. Ha constituído una especie de Almacén Nacional en el cual compra o recibe en consignación los cargamentos de artículos que están declarados contrabando condicional. El Gobierno holandés se hace responsable de que esos artículos serán consumidos en su país y se arreglará con sus comerciantes para garantir la observancia de este compromiso.

En esa forma, por ejemplo, se ha hecho la negociación entre el Ministro de Chile en la Haya, señor Huneeus, y el Gobierno holandés para la consignación a este último de 100,000 toneladas de salitre.

En Inglaterra no se duda de que la Holanda cumplirá sus deberes a ese respecto, porque hay la certidumbre de que ese es el interés de aquel país, de que su Gobierno es serio y honrado y de que el sentimiento popular en Holanda es ahora francamente anti-alemán.

La invasión de la Bélgica y las declaraciones oficiales alemanas recién publicadas y que datan de los preliminares de la guerra, han producido en Holanda una reacción decidida contra la Alemania y una aproximación visible hacia Inglaterra.

En efecto, entre los documentos publicados por las cancillerías y que se refieren a los antecedentes de la guerra, hay dos notas de la de Berlín en que declara que «no podría hacer una ocupación efectiva de la Bélgica sin ocupar también la Holanda». Los holandeses, tan celosos de su independencia y que tan gloriosamente la han defendido, leen en esas palabras su destino en el caso de que triunfe la Alemania.

La situación de la Holanda es delicada, porque cual-

quier día la Alemania puede recordarle que el tratado o Convención del Rhin, ratificado en Abril de 1869, liga a los dos países y establece la libre navegación de ese río desde la desembocadura en Holanda hasta Basilea, y confiere a los países ribereños el derecho de trasbordar mercaderías en cualquier puerto y hacerlas navegar en cualquier sentido sin obstáculos de ninguna especie, salvo las medidas sanitarias.

La garantía actual de la Holanda, además del bloqueo inglés que en estos momentos es muy efectivo, es que tanto la Inglaterra como la Alemania tienen *por ahora* interés en que permanezca neutral y no han de hacerle violencia en ningún sentido.

El sentimiento popular, ya lo he dicho, es anti-alemán, tanto que se ha prohibido en Alemania la circulación de diarios holandeses; pero el Gobierno es prudente y parece dispuesto a no dejarse envolver.

La Noruega y la Dinamarca han debido también adoptar medidas muy rigurosas para impedir que llegue a sus puertos contrabando de guerra en barcos neutrales y sea trasbordado en los puertos mismos o en viaje de un puerto a otro a barcos alemanes que lo lleven a este último país.

Ambos gobiernos no sólo han prohibido la exportación de granos, lo mismo que han hecho casi todos los países neutrales, sino que además han prohibido el despacho de cereales de un puerto a otro por la vía marítima, a fin de evitar los trasbordos que parece se alcanzaron a hacer al principio.

La Dinamarca tiene razones para permanecer neutral, pero también las tiene y muy vivas aún en el corazón de su pueblo, para no querer que Alemania se sirva de sus puertos como base clandestina de aprovisionamiento.

Jamás olvidarán los daneses la guerra en que la Prusia les arrebató una parte de su territorio. El Schleswig-Holstein es para la Dinamarca lo que la Alsacia-Lorena para la Francia. Un rencor silencioso arde bajo la apa-

rente frialdad de la pequeña nación que se considera despojada.

La Noruega es país con la misma raza e idénticos sentimientos que la Dinamarca. Cuando los noruegos eligieron un rey lo eligieron danés porque la casa real de Dinamarca era la misma que en tiempos lejanos reinó sobre la Noruega.

Y ambos países están bajo una fuerte y espontánea influencia inglesa. La madre del Rey de Inglaterra es danesa. La Reina de Noruega es hermana del Rey de Inglaterra. Estas relaciones dinásticas tienen positivo valor cuando están acompañadas de un sentimiento popular y en el presente caso lo están, sin género alguno de duda.

La Suecia no ha tomado medidas tan enérgicas. Se ha limitado a una vaga prohibición de exportar granos y la Cámara de Comercio sueca de Londres ha publicado interesantes estadísticas para probar que su país tendrá que importar este año mayor cantidad de cereales que en los anteriores para saldar el déficit que dejó la pésima cosecha última.

Las influencias alemanas son muy fuertes en Suecia y aun cuando el Gobierno cumplirá sus deberes de neutral, no podrá impedir que las simpatías de una enorme mayoría de los ciudadanos estén del lado de Alemania.

No proceden esas simpatías de afecto especial por la Alemania, sino de odio a la Rusia, que es absolutamente general en Suecia. No es posible olvidar que una parte del actual territorio ruso fué sueco en un tiempo y que la causa de la Finlandia no ha tenido amigo más leal que el liberal y cultísimo pueblo de Suecia.

Con todo, no es posible olvidar que en Suecia como en Dinamarca, Noruega y Holanda causaron no poca alarma las declaraciones hechas a un político socialista holandés, el señor P. J. Troelstra, por el señor Zimmermann, que actuaba como secretario de Relaciones Exteriores en Berlín en los últimos días de Octubre.

El señor Zimmermann, junto con declarar que la Alemania en caso de triunfar, respetaría la independencia

de la Holanda, dijo que la Alemania esperaba que la Holanda y los países escandinavos comprenderían por sí mismos que, «después de aniquilada la Inglaterra, les convenía acercarse económicamente al Imperio germánico y entrar en la combinación que este último les propondría».

La prensa de los países aludidos tradujo esta insinuación como una amenaza velada de que tendrían que anexarse voluntariamente al Imperio o hacerse anexar por la fuerza.

La España tiene una posición privilegiada entre los neutrales, porque está lejos del teatro de las operaciones y no corre riesgo de ser envuelta en las delicadas cuestiones que suscita el bloqueo de la Alemania por las escuadras de los aliados. Es acaso el país de Europa que menos sufre con la guerra y que podrá obtener de ella algún provecho sin tomar parte en la lucha.

Lo más curioso e inesperado es que, a juzgar por la prensa española, los carlistas o ultra-católicos han hecho de la guerra actual una cuestión religiosa y predican que el Kaiser es el enviado de Dios para castigar a la Francia perseguidora de la Iglesia, la Francia de M. Combes y de Madame Caillaux.

La teoría pertenece al género de todas las que se inventan para acomodar la voluntad divina a los intereses humanos y resulta curiosa. Tiene algunos puntos de difícil explicación como, por ejemplo, que Dios escoja para ejecutar sus designios a un Emperador luterano, cuyos aliados los turcos, predican ahora la guerra santa contra los cristianos en todo el Oriente. Además, no se entiende por qué paga hasta ahora los pecados de la Francia la desventurada Bélgica, donde los católicos han estado en el Gobierno desde tantos años y que ha visto bombardeadas sus iglesias, profanados sus santuarios, arrasada hasta los cimientos su Universidad Católica de Lovaina y fusilados unos 60 sacerdotes con una docena de jesuítas profesores de aquella célebre Universidad.

En todo caso, esta interpretación es más jocosa que filosófica y es sin duda un número muy reducido el de españoles que la acoge. Ya no quedan en España sino muy pocas gentes en estado tan primitivo de candor y de inefable ignorancia.

No así la Italia, a cuyas puertas del Mediterráneo y del Adriático, Génova y Venecia, llegan los ferrocarriles que a través de la Suiza y del Tirol conducen a Alemania y a Austria, vías por las cuales se ha hecho siempre un intercambio activísimo que inundaba de mercaderías alemanas todo el norte de la península.

La Italia no ha tomado medidas para impedir que por esas vías se provean ahora los beligerantes sin duda porque no quiere herir los intereses de los comerciantes de Génova y Milán, que no tienen por qué renunciar a un comercio muy lucrativo con un país que no está en guerra con su patria.

La única declaración hecha por el Gobierno italiano, además de ciertas prohibiciones teóricas de exportación, consiste en la afirmación general de que es muy pequeña la cantidad de mercadería que hasta ahora ha pasado por su territorio con destino a Alemania o Austria.

Tengo motivos para creer que el sentimiento popular en Italia es favorable a los aliados, y hostil al Austria más que a la Alemania. Así acaba de expresarlo en una forma categórica el célebre ex-alcalde de Roma, Ernesto Nathan, en la sensacional conferencia que ha hecho en el Teatro Costanzi, y en la cual dijo que la Italia debía apresurarse a entrar en la lucha al lado de la Inglaterra, la Francia y la Bélgica, países de libertad, contra el militarismo germánico y austriaco.

¿Qué hará la Italia? Se atribuye a un viejo estadista la respuesta siguiente: «Volará en socorro del vencedor». Pero esta es una frase maligna que, probablemente, ningún estadista ha pronunciado, y que en todo caso es injusta.

La Italia quedó en penosas condiciones financieras

despues de la conquista de la Libia, y tiene mucho que hacer dentro de su propia casa antes de resolverse a correr aventuras.

Una cosa ve el pueblo italiano con esa claridad de juicio que lo distingue: que sólo el que entre a tiempo en la lucha puede tener voz en la solución, y que los únicos intereses de Italia que pudieran estar en juego, o sean sus aspiraciones tan legítimas sobre el Trentino, Trieste y la hegemonía del Adriático, así como sus recientes y caras conquistas del Africa, son intereses antagónicos de los del Austria y la Turquía aliadas de Alemania.

Dijo Nathan en su conferencia que eran los comerciantes de Milán y Génova los que todavían estorbaban la entrada de la Italia en la gran guerra. Si así fuera, y si tanta decisión muestra el último amigo y correligionario del canciller Sonnino, hebreo como él, no se debería dudar de lo que puede suceder en la primavera próxima.

Entre tanto, una Albania anarquizada aguarda la mano que ha de poner orden en el *pandemonium* que ahí reina, desde que el protegido del Austria tuvo que huir de Durazzo. ¿Será esa mano la de la Italia? ¿Acaso la guerra permitirá a los italianos dar al Adriático el altivo título de *mare nostrum*, como en tono profético decía D'Annunzio en la «La Nave»?

La Suiza tiene sobre sus fronteras 350,000 hombres bien armados, y que son los mejores tiradores de la Europa, para garantir su neutralidad, que hasta ahora nadie ha intentado violar.

El Gobierno suizo tiene, a mi juicio, la resolución neta y sin restricciones mentales, de mantenerse neutral. Lo único que falta saber es si lo logrará.

Si la Italia entrara en la lucha, la Suiza se hallaría en una posición tan delicada, que parece muy difícil que pudiera mantenerse fuera de ella.

La Italia es hoy la única puerta que les queda abierta a los suizos, para recibir alimento, carbón y cuanto necesitan para vivir, pues es sabido que el pequeño país

montañoso no produce si no una parte insignificante de lo que ha menester.

Y es esta forzada dependencia de la Italia la que ahora permite a la Alemania transportar a través de la Suiza las mercaderías que introduce por Génova, y que pueden aparecer como destinadas a la provisión de los suizos.

La Alemania obtuvo en 1913 que el Congreso suizo aprobara una convención que le da el control absoluto del ferrocarril del Gotardo con intervención en las tarifas y derecho de hacer correr en esa línea sus trenes propios. La Suiza no podría impedir ese tráfico a menos de violar la convención o declarar la guerra a la Alemania. Y la Italia puede, entre tanto, hacer la vista gorda sobre lo que no se ve bien claro si va a Suiza o a Alemania.

El sentimiento nacional suizo está dividido. Los cantones franceses, que son menos en número y en importancia, simpatizan con la Francia. Los cantones alemanes, que son las dos terceras partes de la población, y del territorio, tienen todas sus simpatías del lado alemán. En el fondo unos y otros son, ante todo, suizos, y lucharían con igual entusiasmo para defender su independencia contra alemanes o franceses. Pero el sentimiento es ése, y por algo están ahora de preferencia los regimientos suizos de raza francesa en la frontera alemana, y los de origen alemán en la de Francia. Así velan con mayor devoción.

La situación de los países balkánicos, después que la Turquía ha sido arrastrada al conflicto por la insistente acción alemana, se va despejando cada día más, y es posible que cuando esta correspondencia llegue a Chile, se habrán producido acontecimientos interesantes en esa península.

La Rumania, que es el Estado militarmente más importante, está, desde algún tiempo, dentro de la órbita rusa, a la cual ha sido empujada, más que por habilidad de los diplomáticos de San Petersburgo, por torpeza de los de Viena y Budapest.

Una parte considerable de la población de raza rumana habita la Transilvania, bajo el dominio de la Hungría, cuyo Gobierno ha sido duro con ellos, les ha negado el uso de su lengua en las escuelas y en todo acto público, y les ha dado una representación mezquina y casi nominal en el Parlamento. Se puede decir que nada se ha omitido para crear una Rumania *irredenta*, como dirían los italianos.

El viejo rey Carol se murió a tiempo, para que su pueblo no lo obligara a una guerra contra el Austria y la Alemania, a él, un Hohenzollern. El nuevo rey está visiblemente inclinado hacia la Rusia, y no lo oculta. Uno de sus consejeros más ilustres, y acaso el estadista de mayor influencia en ese país, M Take Jonescu, acaba de enviar a un diario ruso, que le pidió su opinión, un telegrama en que proclama la urgente necesidad de que se rehaga la antigua unión balkánica—Rumania, Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro—para entrar en la lucha contra el común enemigo, que es el Austria-Hungría.

Ahí está todo el problema de los Balkanes, en que se rehaga la primitiva alianza, y para ello es menester que desaparezcan los resentimientos que todavía subsisten entre la Serbia y la Bulgaria y la Grecia y la Bulgaria. Esa es por ahora la labor del Gabinete rumano, hábilmente apoyado por la Rusia, la Francia y la Inglaterra, cuyo vivo anhelo parece ser que los países balkánicos no entren en la contienda, sino cuando puedan hacerlo todos unidos.

¿En qué ánimo está la Bulgaria? Al comenzar la guerra, parecía que había terminado un acuerdo con la Turquía, pero ahora hay indicaciones de que no lo terminó. La Bulgaria espera que sus hermanas balkánicas le ofrezcan algo que le compense las pérdidas que sufrió en la segunda y malhadada guerra balkánica. Cuando se halle la fórmula que la satisfaga, estará dispuesta a acompañarlas. La inminente desaparición de la Turquía en Europa, y en Asia Menor, que será uno de los resul-

tados ciertos de la guerra, abre a la Bulgaria expectativas serias.

La Grecia sigue ansiosa los acontecimientos y tengo el convencimiento de que sólo aguarda una señal de los aliados para lanzarse a la campaña, pero esa señal no se producirá mientras no se haya hecho el acuerdo de todos los balkánicos.

Hay ahora una razón para creer que la crisis se precipita en la atormentada península, y es la amenaza seria de que las tropas austriacas invadan la Serbia. Ante ese peligro, las dificultades se resuelven por sí solas. El telegrama de Jonescu es una indicación de que tal vez ya hay algo resuelto. ¿Y no es una coincidencia singular que hayan hablado el mismo día y en el mismo sentido Jonescu en Bukarest y Ernesto Nathan en Roma, siendo un hecho notorio que existe acuerdo entre los dos Gobiernos para proceder simultáneamente y en la misma dirección cualquiera que ella sea?

Repito que es posible, aunque no seguro, que cuando estas líneas se publiquen en Chile el incendio haya prendido en las materias inflamables acumuladas en los Balkanes. Esos países, como la Italia, son neutrales provisorios que aguardan su hora.

En el momento de cerrar esta correspondencia, llega la noticia de que el Parlamento del Portugal ha acordado «autorizar al Ejecutivo para que intervenga militarmente en el conflicto internacional en la hora y manera que juzgue necesarias, en defensa de los intereses del Portugal y en cumplimiento de sus deberes de nación libre y aliada de la Gran Bretaña». La autorización comprende la facultad de disponer de fondos y demás recursos, sin necesidad de apelar de nuevo al Parlamento.

Puedo agregar que no es inverosímil que un cuerpo de Ejército portugués de 20 a 30,000 hombres venga a Francia a engrosar las líneas de los aliados, o vaya al Africa para defender sus colonias contra la agresión de sus vecinos alemanes, según los sucesos lo aconsejen.

XXV

Neutralidad de España

El pueblo español y la guerra

De la niebla al sol.—La obsesión de la guerra.—Apasionamiento español.—Una raza romántica.—Ignorancia de las cuestiones europeas.—Responsabilidad de los periódicos.— Deficiencia de la información extranjera.—Los partidos de la guerra en España.—La guerra resulta una cuestión religiosa.—Alemania y la cólera divina.—Gibraltar y un sueño patriótico.—España no saca partido de la guerra.—Lo que se podría hacer y no se hace.

Madrid, 2 de Febrero de 1915.

Estaba obscuro Londres cuando partimos. Eran las diez de la mañana y en las habitaciones había que mantener luz artificial. Un poco más allá de la estación Victoria el tren se detuvo porque el *fog* era tan espeso que no se veían las señales. Una cortina del color de la sopa de guisantes, amarillo sucio de niebla, impregnada de humo, nos envolvía de todos lados.

Salimos aquí en Madrid a la luz del sol y vimos, tras de largos meses de obscuridad, el cielo azul manchado de nubes blancas como el de los inviernos de Chile.

Hace frío. Viene del Guadarrama un airecillo que muerde como las brisas que han pasado por los ventisqueros de los Andes. Hacia el norte, Burgos y Segovia están bajo la nieve. Pero hay sol, hay luz y experimenta-

mos el deslumbramiento y la alegría del que ha vivido largo tiempo en un subterráneo húmedo.

Buscábamos para pasar unos días, mientras llega la primavera y comienza el segundo acto de la gran tragedia, un rincón del mundo donde hubiera sol y no hubiera guerra.

¡Qué pesadilla! ¡Que obsesión! No hay un sitio en la tierra donde no nos siga. El Satanás de Milton se desliza en el Paraíso Terrenal y comprende que el infierno le sigue, que el infierno está dentro de sí. Aun los simples espectadores de este horrible drama llevamos la guerra dentro de nosotros mismos y no logramos dejar de pensar en ella.

Y aquí en España, como en el mundo entero, se oye la guerra, se lee la guerra, se discute la guerra, se estrellan unas contra otras las pasiones que la guerra suscita.

No podían los españoles permanecer fríos e indiferentes ante la lucha de las naciones. Los intereses españoles comprometidos en ella o que pueden llegar a estarlo son escasos y aunque fueran muchos no por eso los seguirían con mayor atención. Los hijos de esta raza romántica y caballeresca, a quien todo un siglo de positivismos no ha enseñado a preferir los hechos a las palabras y a los ideales, se apasionan por unos u otros de los beligerantes como una necesidad de su temperamento.

Saben de guerras los españoles. Desde la invasión napoleónica hasta la presente guerra de Africa, han peleado durante un siglo con breves años de tregua, en Europa, en América, en Africa y en Asia. Y antes habían hecho resonar todo el continente desde Flandes a la Hungría y desde los Alpes a la Sicilia, con el tropel de sus legiones.

La guerra les interesa y son buenos jueces del valor y del honor militares. Pero se apasionan, toman partido, se pelean entre sí lo mismo cuando se trata de saber si Maura debe gobernar o quedarse en su casa, que si es menester decidir si la Alemania o la Inglaterra tiene la razón, o si se discuten los méritos y preeminencias de

Belmonte el Fenómeno de Triana y Joselito Gómez el Gallito.

¿Qué les va ni les viene a los españoles en que triunfen éstos o aquéllos? Casi nada y aun eso poco que les va, la mayoría del país no lo entiende. Pues, por eso se apasionan, porque es una cuestión casi abstracta para ellos, un campo de ideales, de simpatías, de afectos, de tan puro y romántico interés como el que movió a Don Quijote a defender con su lanza a Don Gaiferos y la señora Melisendra en el retablo de Maese Pedro.

La dificultad de formarse un juicio fundado en hechos y en razones sobre lo que está ocurriendo en el mundo, es grande para el término medio de los españoles, seguramente es mayor que para el término medio de los chilenos, a pesar de que Madrid está a pocas horas de París, de Londres y Berlín.

El español de las clases media y obrera tiene una profunda, serena y satisfecha ignorancia del carácter de los demás pueblos europeos, y aun las gentes más cultas y los «intelectuales» no se distinguen ni por haber viajado mucho, ni por haberse tomado el trabajo de estudiar la literatura, las instituciones y otras muestras de la vida de las naciones vecinas.

Y esta ignorancia es por ahora incurable porque la prensa española sólo en rarísimas ocasiones estudia asuntos de política europea y tiene el más pobre servicio de noticias extranjeras que es posible tener en estos tiempos de telégrafos con y sin hilos.

El público español, ese gran público que los ingleses llaman *the man in the street* (como quien dice «el que pasa por la calle») no ha podido interesarse en la vida de los demás pueblos del continente porque nada le ha dicho de ella el único medio que tenía para enterarse de lo que pasaba más allá de sus fronteras, que eran los periódicos.

Tanto en Madrid como en todas las grandes ciudades, Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla, los periódicos son

de un tipo aun más anticuado que los franceses, que ya lo son bastante, y apenas se interesan en otra cosa que en la política interna.

Se dividen en dos categorías: los que ejercen de órgano de un partido y son de un apasionamiento partidarista ciego, cerrado, y los que presumen de independientes que ni siquiera tienen el mérito del fuerte colorido de los otros. Pero no los hay que posean servicios extranjeros de mediana importancia, ni aun noticias del interior del país completas y bien presentadas. Unos pocos y pequeños telegramas de las Agencias, derrames de lo que estas empresas envían al resto del mundo, y nada más.

La explicación es sencilla: no han desarrollado el anuncio y no pueden pagar.

Pues bien, con esos pobrísimos elementos de información no se podía esperar que el pueblo español se diera cuenta cabal de lo que está pasando en Europa, y menos posible ha sido desde que los periódicos han tomado la guerra con gran pasión y unos son alemanes y todo lo enderezan a probar que los alemanes triunfan y otros son partidarios de los aliados y se empeñan en demostrar que son éstos los vencedores y los que tienen la razón.

El resultado es que, salvo unos pocos hombres cultos, los españoles tienen ahora la cabeza llena de absurdos, de exageraciones en uno u otro sentido, de errores infantiles sobre las causas de la guerra, su desarrollo y sus posibles efectos en la economía general del mundo. Y, naturalmente, andan las gentes a trastazos sobre si vencen los alemanes o los aliados y la autoridad reprime aquí una manifestación, acusa ahí a un periódico, prohibe más allá un meeting para mantener la neutralidad oficial.

Entre tanto, cada periódico recoge todas las patrañas que circulan y que cree favorables al partido que ha tomado, y el que llega en un rasgo de audacia hasta enviar un corresponsal a alguno de los países beligerantes lo envía al de sus simpatías, con lo cual y la respectiva censura, el público se queda en ayunas.

No hay aquí nada que pueda ni remotamente acercarse a la enorme información de los diarios de Chile, procedente de todas las capitales del mundo y de la cual un lector inteligente deduce casi siempre y por comparación un juicio que se acerca a la verdad.

La división de los «partidos de la guerra» entre los españoles es en líneas generales la siguiente: los liberales y demás elementos progresistas y avanzados son partidarios entusiastas de la alianza franco-británica; los conservadores, carlistas y otros grupos análogos son tan apasionados partidarios de la Alemania como si hubieran nacido en la misma Marca de Brandeburgo.

No es fácil explicar estas posiciones respectivas, pero el hecho es tan indudable y tan notorio que cualquiera puede comprobarlo leyendo un diario carlista o siquiera uno conservador, como A. B. C. que parece traducido directamente del alemán, o uno liberal, como el «Heraldo» (cito intencionadamente el más sereno o menos parcial de todos) cuyas columnas sudan amor a los aliados.

Los elementos liberales españoles como los que en todo el mundo tienden al progreso y a un soñado imperio de la justicia y de la libertad, comprenden que el triunfo de la Alemania, cualesquiera que sean las virtudes comerciales e industriales de esa raza, sería el triunfo del militarismo, de la fuerza erigida en derecho, de los Gobiernos más o menos absolutos que como el de Alemania no son responsables ante el parlamento elegido por el pueblo. En suma, la Alemania representa para ellos la destrucción de todos los ideales por los cuales tanta sangre ha corrido durante el siglo último.

Los otros comprenden que la Alemania es la fuerza y por lo tanto la tradición absolutista sin todas las zarandajas parlamentarias y representativas que España ha tenido que aceptar de buen o mal grado. El conservador español no se parece al de Chile. En nuestro país han

sido los conservadores los que han batallado por las mayores libertades públicas que tiene el país, la del sufragio, la del Parlamento por medio de las incompatibilidades y la de los Municipios. Pero en España los partidos conservadores son los de la tradición y toda reforma los encuentra más o menos hostiles.

Como no podía menos de suceder, en España las apreciaciones sobre la guerra se mezclan con problemas religiosos. Parece imposible que se pueda hacer cuestión religiosa de una lucha en que hay a uno y otro lado católicos, protestantes, judíos, musulmanes, budistas y shintoístas; pero en España todo es cuestión religiosa y los católicos militantes han tomado abiertamente partido contra la alianza anglo-franco-rusa y en favor de la Alemania.

La ignorancia en que aquí se vive respecto de los problemas europeos les hace creer que la prosperidad y triunfo definitivo del catolicismo exigen que la Francia sea borrada de la faz de la tierra. En el concepto religioso español las ideas de venganza, de castigo, de ira divina y cólera de Dios, entran mucho más que las de misericordia y amor. La expulsión de las congregaciones debe ser vengada por la Alemania.

Inútilmente llueven del Vaticano exhortaciones al clero para que se mantenga neutral. En público guardan cierta reserva, pero en privado se muestran enfurecidos contra el que se atreve a creer que tal vez sea posible, después de todo, que Dios Nuestro Señor no tenga las intenciones que se le atribuyen.

Es el espíritu de combate y el hábito de mezclar lo temporal con lo espiritual que tanto daño han hecho a la Iglesia en este país, y tanto han contribuído a descristianizar al pueblo español.

Otra consideración algo fantástica, pero al menos patriótica, he oído a algunos españoles germanófilos y es la de que el triunfo de Alemania y desaparición del Imperio británico pueden significar la devolución a España del peñón de Gibraltar.

Por utópico que parezca, no cabe duda que es justo

que todo español abrigue en el fondo secreto de su alma la esperanza de que algún día vuelva a ser español ese fragmento de la península que la fuerza de un Imperio dueño de los mares le arrebató contra todo derecho.

Pero para eso España debería antes tener marina de guerra y adoptar en el actual conflicto una política que le permitiera influir en las decisiones que habrán de rehacer el mapa de Europa. La España desarmada de hoy no recobrará Gibraltar, cualquiera que sea el resultado de la guerra. Alemania, señora de los mares y dueña de Marruecos, necesitaría el peñón lo mismo que la Gran Bretaña.

Entre tanto, bien poco se hace para que España aproveche en favor de su comercio y sus industrias las condiciones favorables que le crea la guerra.

Este país, situado admirablemente entre el Mediterráneo y el Atlántico, en el camino de América, al borde de las grandes vías del Oriente, con extensa costa y excelentes puertos, con tradición marítima que aun no se extingue y en un momento de franca prosperidad económica, ha debido hacer un esfuerzo para recuperar mercados que fueron suyos, ahora que los grandes rivales andan a la greña.

Un gobierno previsor y que no tuviera que pensar en la politiquería diaria que lo asalta apenas se descuida, habría hallado manera de crear nuevas líneas de navegación hacia América, tanto por Magallanes como por el canal de Panamá, de modo que este país fuera al terminar la guerra el depósito de los productos americanos y se pusiera término a anomalías como aquella de que el nitrato de Chile venga a España de Hamburgo y de Londres.

La iniciativa privada habría debido lanzarse a estudiar los mercados de América para suplantar en ellos hasta donde fuera posible la producción alemana bloqueada y la inglesa y francesa perturbadas.

El artículo barato con que los alemanes inundaban la

América se fabrica en España y no faltan en este país manufacturas de primera calidad como ciertos tejidos de hilo y algodón, paños y muchas otras, sin contar productos agrícolas que no tienen rivales en el mundo como los aceites y los vinos generosos.

¿Se sabe acaso en Chile que Bilbao produce el mejor acero de Europa y que sus rieles y materiales modernos de construcción tienen una fuerte demanda?

¿Se sabe que en España se construyen tranvías y coches de ferrocarril, sin exceptuar cochescamas y comedores tan buenos como los franceses, tanto que los usa la compañía francesa de los *Wagons-Lits?*

Se habla de todo esto, se discute, hasta se suelen pronunciar en el Congreso discursos que insinúan esta necesidad de que España saque de la guerra todo el partido a que tiene derecho. Pero se hace muy poco. Algunos hombres que ven más claro que los demás, se lamentan de esa inercia. La mayoría sigue preocupadísima con ese problema inmortal, problema único, supremo, que absorbe todas las energías de los políticos de España lo mismo que las de los estadistas que gobiernan a su ilustre hija la República de Chile: ¿cuándo y de qué manera caerá el Ministerio?

Y a los que amamos a España y la sentimos, a pesar de todo y por obra de la energía de la raza, en el camino del progreso, nos duele que la hora pase sin que la oportunidad se aproveche.

La guerra debió ser para España una señal de orientaciones nuevas, y a este paso, va a ser solamente un nuevo motivo de discusión y de estériles discordias.

XXVI

Como aprovecha España la guerra

La peseta sobre el franco. — Resurgimiento español desde que se perdieron las colonias.—Quejas españolas.—Hasta dónde son fundadas.—Progreso a pesar de los malos gobiernos.—Aumento de la exportación española. — Negocios provocados por la guerra. — Afluencia de capital extranjero.— Los alemanes en Barcelona.—Faltan líneas de navegación.—Productos valiosos que no hallan fletes.—España después de la guerra.—Mercados nuevos, capitales e inmigración.

Madrid, 12 de Febrero de 1915.

La primera impresión que el viajero recibe al llegar ahora a España es la que le causa el mejoramiento de los cambios monetarios españoles. Por primera vez en largos años, acaso en un siglo, la moneda española tiene premio, y no sólo el franco, sino aun la libra esterlina se cambian con un descuento de uno y dos por ciento.

Para quien estaba habituado a recibir por sus francos y libras premios de quince, de veinte por ciento en los últimos años, y aun de muchísimo más en los días negros de la guerra con los Estados Unidos y los que le siguieron, en que ese premio llegó a ser de más de ciento por ciento, la sorpresa es grande. Para el que ha seguido con interés y simpatía el desarrollo de España en los diez años recién pasados y el sólido resurgimiento económico de este país, no hay tal sorpresa.

La moneda española venía ganando gradualmente por obra de la expansión económica, porque España produ-

cía más y pagaba menos al extranjero, porque su deuda pública se había regularizado, porque el país se enriquecía de una manera lenta pero muy sostenida.

A pesar de sus gobiernos instables y de la politiquería que todo lo devora, el país se había puesto resueltamente en marcha hacia la riqueza desde el día en que los Estados Unidos le hicieron el señalado servicio de quitarle las últimas colonias que la sangraban.

Cuando España se quedó encerrada dentro de sí misma y dejó de dar su vida generosa a la América, comenzó a ser de nuevo una nación económicamente fuerte.

En lo moral, aquellas guerras le enseñaron una lección de sobriedad, de modestia y de trabajo y en lo material le quitaron quebraderos de cabeza, capítulos de gastos, fuentes de desequilibrios económicos.

Nunca se repetirá lo bastante esta verdad histórica: que España se enflaqueció por haber dado a luz un mundo y por haberlo amamantado con su propia sangre, con sus mejores hombres y sus energías económicas, más largo tiempo del que ninguna otra potencia colonial lo ha hecho jamás. Pagó el pecado de no dar autonomía y no dejar entregadas sus colonias a sí mismas.

Los españoles se dan escasamente cuenta del resurgimiento de su país y siguen quejándose y llorando pobrezas y creyéndose la nación más arruinada de la tierra. Esto, y que dejen de hallar malos los gobiernos que les caen en suerte, es cosa que sólo pasará cuando se hayan convencido de que España ha llegado a ser por obra del vigor e inteligencia de la raza, un pueblo de grandísimas energías individuales, donde las gentes trabajan y producen sin esperar, porque se cansaron de esperar, que el Estado las auxilie y proteja.

De la guerra se quejan también con plañideras lamentaciones, sin atinar a darse cuenta, salvo algunos hombres estudiosos que han llegado por raciocinio a ser optimistas, de que la guerra es para España una feliz oportunidad y es el impulso que necesitaba para ir más a prisa en su resurrección económica.

Alguna razón tienen los que se lamentan cuando dicen que el gobierno nada ha hecho para aprovechar la guerra y las oportunidades que abre a España para empujar sus industrias y comercio ahora que los grandes países industriales y comerciales andan por ahí a trastazos y preocupados de devorarse mutuamente.

Cierto que no se han tomado medidas para fomentar la exportación de tanto producto que hallaría ahora un buen mercado sin competidores, ni para facilitar las importaciones, de modo que el pueblo no carezca de alimento barato y las industrias no se vean en apuros para procurarse las materias primas.

Es absurdo, y baste con este ejemplo, que en España estén hoy cotizados a más alto precio que en Francia el trigo, varios otros cereales y aun las patatas!...

El Congreso discute estos asuntos y se suelen oir en sus largas sesiones discursos que contienen ideas prácticas y de fácil aplicación. Pero todo ello se oscurece y pierde, ni más ni menos que en nuestro país, que por algo somos hijos de españoles, en la espesa niebla de la politiquería. Se habla, se habla, pero como lo que interesa a los políticos es otra cosa, es la diputación, es la ventaja que el partido sacará, es que el Ministerio se mantenga o que el Ministerio caiga, bien poco se hace.

En tanto, el país sigue trabajando y produce ahora más que nunca, y lo que el Gobierno no hace ni estimula, los particulares lo están haciendo y España se levanta y enriquece por obra exclusiva de su pueblo, por las energías individuales que han despertado y son potentes.

España vende en estos momentos a Francia y a la Gran Bretaña por valor de algunos millones mensuales de materias primas y de artículos manufacturados, vende tejidos de lana y algodón, calzado, minerales diversos, avena, lentejas, pieles y muchos otros artículos que antes no iban a esos mercados y que ahora tienen en ellos buena demanda a causa de la guerra que ha cerrado algunas fábricas y que ha creado las necesidades militares.

Por otra parte, poco oro sale ahora de España porque no hay que pagar muchos fletes para ciertas exportaciones que a consecuencia de la perturbación del comercio marítimo están suspendidas casi totalmente, ni hay más importaciones que las estrictamente necesarias y aun muchas de éstas, como el trigo y otros productos americanos, reducidas a un mínimum.

Capitales extranjeros han venido ya a España y seguirán viniendo porque buscan un país más tranquilo y donde las perspectivas de inversión *de tout repos* sean mejores que en los países en guerra.

Y es preciso contar entre estos aportes extranjeros a la prosperidad actual de España la afluencia de súbditos alemanes que huyeron de Inglaterra y Francia o vinieron de otros países sin poder llegar al suyo propio y que se han establecido principalmente en la laboriosa y rica Cataluña.

He oído decir que sólo en Barcelona hay unos 20,000 alemanes. Es posible que la cifra sea exagerada, pero en todo caso, la presencia de un ejército de gente tan emprendedora, tan habituada a no tener jamás las manos ociosas, tan apta para entrarse a fondo en la vida económica de la nación en que habita, sin perder jamás el contacto con su patria y sirviendo los intereses de ésta, tiene que ser de muchísima ventaja para España en esta hora en que hace su educación industrial.

No parece inverosímil lo que me han asegurado personas relacionadas con la industria catalana: que algunas de las fábricas que están trabajando para Francia son atendidas por alemanes, aun cuando sus directores son españoles.

Todos estos factores han tenido que influir en el mejoramiento de los cambios y producir el fenómeno que sorprende al viajero cuando recibe al pasar la frontera menor número de pesetas que el de francos que entregó y cuando tiene que resignarse a que la libra esterlina ya apenas vale 25 pesetas y amenaza valer menos. La situación económica de España es ahora la de un fuerte acreedor, en vez de ser la de un deudor.

Algunas regiones industriales que llevaban una vida próspera, pero modesta, pueden llegar a convertirse en centros de gran riqueza con la guerra, pues se están creando mercados que les permitirán tender el vuelo, aun cuando no los conserven completamente después de la guerra.

Cito como típicos y por ser escasamente conocidos fuera de España, el ejemplo de la ciudad de Alcoy en la provincia de Alicante, donde hay numerosas fábricas de papel y de tejidos, y de las islas Baleares, que tradicionalmente han sido centro de la industria de zapatería. Los soldados franceses no saben que gran parte de la tela que ha servido para sus nuevos uniformes azules y sus mantas contra el frío, han salido de Alcoy, así como salieron de Mallorca sus zapatos gruesos para las marchas y para hundirse en el barro de las trincheras.

Si la guerra se prolonga aún por un año o más, todas esas ventajas se harán cada día mayores y si un gobierno previsor y activo estableciera, ahora, a cualquier costo, con cualesquiera sacrificios, líneas de navegación a América del Norte y del Sur, es seguro que España se habría abierto definitivamente mercados que más tarde les sería difícil a los competidores invadir.

Hay productos españoles valiosos que ahora no se exportan a causa de la falta de fletes. La región de Valencia sufre seriamente porque su exportación de naranjas, que vale muchos millones de pesetas al año, está casi enteramente paralizada. La Alemania, que era un gran cliente, ha desaparecido del mercado y los importadores ingleses se ven en apuros para obtener barcos a precios que permitan todavía una utilidad razonable.

El puerto de Almería envió en 1911 a América, Alemania e Inglaterra 2.300,000 cajas de uvas conservadas en aserrín con 50 libras en cada caja. Las fábricas de papel de Inglaterra recibieron ese mismo año 21,000 toneladas de esparto de Almería.

Todo este comercio, así como el de los aceites, las almendras, los vinos generosos, las aceitunas y diversas

conservas, está perturbado por falta de fletes. ¡Y no hay un hombre con la energía suficiente para promover a toda costa las líneas de navegación que faltan!

La guerra pasará, y sea que se hayan establecido esas líneas o que no se haya encontrado medio de crearlas, la industria española habrá adquirido mercados y se habrá enriquecido

España no tendrá que sufrir las cargas que pesarán sobre las naciones beligerantes, vencedoras y vencidas, y su pueblo se habrá acabado de convencer de que está en el camino de la riqueza y del bienestar definitivo.

La corriente de capitales extranjeros que ya ha comenzado, se robustecerá después de la guerra, porque se habrá adquirido confianza en la gran riqueza de España y en la solidez económica del país.

Habrá aún inmigración provechosa para España, pues los alemanes, para quienes será poco menos que imposible, en todo caso muy difícil en los primeros años, establecerse como antes por centenares de miles en Bélgica, Francia, Inglaterra y Rusia, habrán descubierto el camino de España, donde hay un campo enorme para su actividad infatigable y donde durante la guerra han adquirido la protección valiosa del clero, que es por ahora y suponemos continuará siendo su amigo entusiasta y convencido.

Todas estas son razones para pensar que España no sólo obtendrá provechos positivos durante el conflicto y mayores mientras más tarde en hacerse la paz definitiva y sólida, sino que los recibirá como consecuencias de la guerra cuando ésta haya cesado.

XXVII

Contrabando de guerra

La discusión anglo-americana

La opinión pública internacional.—Excesos que se corrigen.—La nota americana sobre contrabando de guerra.—El derecho de visita y sus limitaciones.—El caso del cobre.—La doctrina de Lord Salisbury.—Respuesta británica.—Estadísticas sugestivas.—Las quejas americanas.—Algodón con cobre.—Irritación bien disimulada.—El acuerdo es fácil.—Cuestión de procedimientos.—Dónde mueren las hegemonías.—Un consuelo para los pequeños.

Londres, 12 de Enero de 1915.

Aunque sea la guerra el triunfo de la fuerza y su predominio sobre la noción pura del derecho, el estado de violencia que produce sirve en algunos casos para probar que la fuerza no lo puede todo y que la humanidad no permite que impunemente se desconozcan ciertos principios superiores.

Así, cuando se cometen excesos y se imponen innecesarios padecimientos a individuos que no combaten, la protesta universal es bastante enérgica para impedir que se repitan.

Y así también la privación de ciertas libertades esenciales para el intercambio entre los neutrales, extremada más allá de lo que rigurosamente exigen las operaciones, suscita protestas.

Y los beligerantes, cualquiera que sea su poder militar

en tierra o en el mar, tienen que obedecer en todo o en parte a la opinión pública internacional cuando ésta funda en buenas razones su reclamo.

El Gobierno alemán se alarmó con justicia por las acusaciones que se dirigían contra su ejército, y el régimen terrorista denunciado al comienzo de la guerra y que probablemente no era más que un exceso de celo de jefes imbuídos en teorías extremas, se ha modificado sensiblemente.

Y el Gobierno británico tendrá que modificar hasta donde se lo permitan las necesidades de su defensa legítima, el régimen bastante duro que había implantado en los mares para impedir el contrabando de guerra.

No es de asombrarse de que todos los Gobiernos, cual más, cual menos, unos en tierra, otros en el mar, hayan extremado la energía de su acción hasta llegar a veces a violar derechos que el estado de guerra no autoriza para olvidar por completo.

Pero hay una opinión pública internacional, más fuerte en nuestro tiempo por la acción de la prensa, que a veces llega hasta producir movimientos diplomáticos y cuyos efectos se han sentido ya en la presente guerra.

La nota del Embajador de los Estados Unidos de América en que comunicaba al Gobierno británico una exposición de su Cancillería sobre el contrabando de guerra, abre uno de los debates interesantes entre los muchos a que dará origen este conflicto de las naciones.

El Gobierno de los Estados Unidos protesta en una forma amistosa que no excluye la firmeza del fondo, de los procedimientos que el de S. M. B. ha implantado para ejercer su derecho de visita de las naves neutrales que trafican entre países neutrales, con el objeto de comprobar si tienen o nó a su bordo mercaderías que constituyan contrabandos de guerra.

Reconoce ese derecho de visita y de captura del contrabando, pero considera que debe estar limitado «por la necesidad imperativa de proteger la seguridad nacional»

de la potencia que lo ejerce, y sostiene que sólo puede ser ejercido «hasta donde lo exige esa necesidad».

Ni la visita de naves neutrales, ni la captura pueden, a juicio del Gobierno de los Estados Unidos, ser ilimitadas y reclama, por lo tanto, que se fijen reglas prácticas que amparen la libertad comercial de los neutrales, en todo aquello que no comprometa la seguridad de los beligerantes.

La Gran Bretaña visita y detiene barcos neutrales que van de uno a otro puerto neutral y da como razón que llevan mercaderías declaradas de contrabando por S. M. B. y que el país a que están destinadas no ha prohibido reexportar o trasbordar.

El caso grave es el del cobre, de que hay escasez en Alemania. Barcos americanos llevan ese metal a Suecia y como este país no ha prohibido su reexportación o trasbordo, el Gobierno británico los captura, porque su destinación final *puede ser* la Alemania.

La nota americana observa que lo mismo se hace con cargamentos de cobre destinados a Italia, a pesar de que este último país ha prohibido la reexportación o trasbordo del cobre.

El Gobierno de los Estados Unidos pide que se declare la política que el británico seguirá en lo sucesivo, a fin de adoptar medidas de protección en favor de sus industriales y comerciantes.

Igual cosa ocurre con artículos declarados de contrabando condicional, tales como alimentos y otras mercaderías de uso general que el Gobierno británico ha capturado sin tener motivos fundados para creer que irían a poder de sus enemigos.

La doctrina americana es que no basta la mera sospecha y que aun en el caso de duda debe acordarse su beneficio *(the benefit of the doubt*, tan citado por los ingleses) a la libertad comercial de los neutrales.

Toda otra política le parece contraria a los principios sostenidos invariablemente por la Gran Bretaña cuando tenía el carácter de neutral y que Lord Salisbury resumió durante la guerra de Sud Africa en estas palabras:

«Los artículos alimenticios, aunque tengan destinación hostil, sólo pueden ser considerados contrabando de guerra, cuando están destinados a las fuerzas militares o navales del enemigo. No basta que sea posible que se lleguen a usar como tales. Es preciso probar que ese era su destino en el momento de la captura».

La visita de las naves sospechosas se hace ahora en puertos británicos, donde se las detiene con grave perjuicio para el comercio. El Gobierno americano sólo admite la visita «cuando hay prueba suficiente que justifique la creencia de que el cargamento contiene artículos de contrabando.»

El Gobierno inglés ha dado el 7 de Enero una respuesta preliminar a la nota americana que tiene fecha 28 de Diciembre.

Es una respuesta hábilmente presentada que una vez más comprueba lo que tantas veces se ha dicho: que la cancillería británica es la única del mundo con una tradición política de fondo y de forma.

El Gobierno de S. M. B. no cree que sean tan grandes los daños ocasionados al comercio americano por la visita de las naves o captura de las que lleven contrabando. La estadística de las exportaciones del puerto de Nueva York en Noviembre de 1914, comparada con la del mismo mes de 1913, le parece sugestiva.

Los Estados Unidos exportaron a Dinamarca en Diciembre de 1913, por valor de 558,000 dólares, y en el mismo mes de 1914 por 7.101,000 dólares; a Suecia 377,000 contra 2.258,000; a Noruega 477,000 contra 2.318,000.

Estas y otras cifras cree que prueban que las perturbaciones que el Gobierno de los Estados Unidos lamenta en su industria y comercio, se deben al estado general de guerra, y no a la acción de las naves de S. M. B.

El Gobierno británico no estorba la exportación del algodón que mantiene en la lista de los artículos de libre comercio absoluto, y antes bien, ha dado facilidades

a la Bolsa Algodonera de Liverpool para renovar e impulsar las transacciones.

No considera tampoco comprometido el comercio del cobre, porque los Estados Unidos exportaron cobre a Italia en las tres primeras semanas de Diciembre de 1913 hasta la cantidad de 15.202,000 libras, y en igual período de 1914 hasta 36.285,000. Igual desproporción se nota en el comercio del cobre entre los Estados Unidos y países como Suecia, Noruega, Dinamarca y otros.

Cabe la presunción de que una porción considerable de ese cobre haya ido a parar a algún país beligerante que no podía importarlo directamente. De hecho, hay ahora cuatro cargamentos de cobre destinados aparentemente a Suecia, respecto de los cuales el Gobierno de S. M. B. tiene pruebas de que iban a Alemania.

Sobre los artículos alimenticios acepta la doctrina planteada por Lord Salisbury, que citaba la nota americana, aun cuando no se compromete a mantenerla sino mientras el enemigo no insista en desconocer ciertos principios de civilización y humanidad que hasta ahora respetaban todas las naciones.

Aunque la nota americana no menciona el algodón, la británica hace ver que tiene razones para saber que se intenta enviar cobre dentro de las balas de algodón, lo que sólo se puede descubrir después de pesarlas; para ello es preciso que el barco sospechoso entre a un puerto.

Aconseja, por último, la publicación de los manifiestos de embarque como medio de facilitar la visita de las naves.

Los comentarios de la prensa inglesa y de la americana sobre este incidente, aun no terminado, prueban que no obstante los recelos y un cierto fondo de animosidad que se siente bajo las fórmulas amistosas, el acuerdo no será difícil.

Los Estados Unidos piden más libertad para el comercio entre neutrales, menos trámites, menos tropiezos, un

procedimiento más expedito en el ejercicio de los derechos de los beligerantes en materia de contrabando de guerra que no niegan ni discuten.

La Gran Bretaña insiste en la necesidad de mantener un control riguroso del comercio para evitar el contrabando, pero no niega ni discute la conveniencia de adoptar acuerdos prácticos que reduzcan a un mínimum los perjuicios que hayan de sufrir los neutrales.

A la opinión inglesa le irrita en el fondo secreto de su alma el tono resuelto de la cancillería americana, como le irritaría a un abuelo venerable que el nieto le pidiera cuentas y le hablara de negocios y le exigiera una norma de conducta para evitarse perjuicios en sus intereses. Pero nadie lo confiesa. Apenas una que otra caricatura deja asomar la punta de esa irritación que las formas cultísimas de este pueblo disimulan tras de una sonrisa casi protectora.

Pero con el buen sentido de los hechos, que es toda la filosofía de la vida para los ingleses, como individuos o como nación, comprenden dos cosas: que no es hora de hablarle en tono airado a nadie, ni a grandes ni a pequeños, y que por el camino de una extrema tensión en materia de «dominio de los mares», correrían el riesgo de enajenarse muchas voluntades de diversos países del mundo, cuyas simpatías no serán muy útiles, pero cuya hostilidad sería perjudicial.

Probablemente, un buen procedimiento, una reglamentación práctica hecha en vista de la experiencia ya recogida en cinco meses de guerra, puede salvar las dificultades y reducir a un mínimum los daños causados a los neutrales, sin abandonar el derecho de los beligerantes.

Pero es evidente que un tono de prepotencia y de autoridad suprema no pueden ya ser adoptados ni por la más grande potencia militar en tierra, ni por la mayor potencia naval en los mares.

Los sueños de dominación universal se derrumban en nuestros días con mayor rapidez que en los de Napoleón.

En medio de los desencantos de estos días negros, algo es poderse repetir que el rumbo de la guerra indica claramente que ni la Alemania someterá la tierra firme a su autoridad, ni la Gran Bretaña hará lo que se le dé la gana en los mares.

Una y otra potencia hallan un estado de civilización que se opone a esas hegemonías opresoras y en el cual hay barreras morales insalvables.

¡Y que el cielo nos libre de que algún día una sola nación pueda reunir en sus solas manos todo el poder militar de la Alemania con toda la fuerza naval de la Inglaterra!

«Sería el fin de toda noción de libertad sobre la tierra», dijo años há un político inglés, contemplando esa posibilidad.

Las veríamos de todos colores, podemos decir los pequeños de este mundo.

AL CABO DE CINCO MESES DE GUERRA

XXVIII. Balance de cinco meses de guerra.
XXIX. La nueva Europa.

XXVIII

Balance de cinco meses de guerra

La Europa se fatiga

Sensación universal de cansancio.—Causas que la producen.—El invierno y la paralización de la guerra.—Todos han fracasado. —La gran ventaja alemana.—Submarinos y aviadores.—La guerra de trincheras y su indecisión.—Peligros de una paz provisoria para pocos años.—Nuevos factores en la primavera.—Dos millones de ingleses y cuatro millones de alemanes. —Intervención de la Italia y la Rumania.—La liga balkánica. —Peligros para el Austria.—Por donde puede comenzar el fin de la guerra.

Londres, 9 de Enero de 1915.

Se dirá que la humanidad está demasiado civilizada para soportar indefinidamente el estado de salvajismo que crea la guerra.

No es que las naciones estén próximas a agotar sus recursos, como creen muchos. Por el contrario: la Alemania ha hecho provisiones económicas para dos o más años y sus recursos militares son prácticamente inagotables; la Gran Bretaña comienza apenas a organizar su ejército y a sentir la presión de la guerra; la Francia tiene una posición tan sólida como no la tuvo jamás, y la Rusia es un gigante que no conoce la fatiga.

Pero es un gran cansancio moral, una invencible repugnancia la que invade a los pueblos después de estos cinco meses de matanza.

Los periódicos no confiesan ese cansancio porque temen que el enemigo lo interprete como muestra de debilidad. Pero el espectador lo siente en la opinión pública, lo rastrea en la prensa misma.

En Inglaterra se ha visto que la sesión reciente de la Cámara de los Lores (que por primera vez en la historia se reunía por iniciativa propia, sin que esté reunida la Cámara popular), no ha tenido otro objeto que dar salida a la impaciente ansiedad que todos sienten por saber si no será posible que la guerra vaya más de prisa.

Toda la prensa alemana, de la cual se reciben aquí los periódicos más importantes, predica desde algún tiempo la paciencia, la necesidad de no desesperarse por la lentitud de las operaciones. Lo cual prueba que el público alemán también está fatigado.

En Francia, no obstante la resolución inquebrantable de pelear hasta el fin, se oyen en privado esas exclamaciones que revelan el dégout de la guerra: ¡«Hasta cuándo! ¡Qué pesadilla! ¡Esto lleva trazas de no acabar nunca!».

El profundo cansancio y repugnancia de los pueblos se explica sin necesidad de pensar que sus energías se han debilitado o de que están menos resueltos que antes a morir en la demanda si es preciso.

El hombre culto siente la revuelta de su naturaleza contra el espectáculo de horrores, de inhumanidades, mayor que el de cualquiera otra guerra, que la presente va ofreciendo cada día.

Además, comienza a formarse la conciencia de que, a este paso, y salvo que ocurran hechos nuevos que alteren sustancialmente la situación, la guerra puede durar muchos años sin una solución clara y definida.

Gran parte tiene, sin duda, en esta sensación de fatiga que insisto en proclamar, la característica del momento actual, la paralización de las operaciones militares con el invierno.

Se puede decir que, desde la toma de Amberes por el

ejército alemán, no ha habido hecho alguno que importe consecuencias decisivas. Es cierto que los alemanes han invadido la Polonia, que los franceses han entrado en Alsacia, que los rusos han hecho camino hacia el corazón de la Hungría. Pero nada de eso es decisivo ni permite fundar una esperanza sólida para la solución final.

Todos los beligerantes han fracasado, puesto que ninguno ha logrado realizar su plan.

Las fuerzas alemanas no están más cerca de París o de Calais que hace tres meses, ni han podido llegar a Varsovia.

Ingleses y franceses no han conseguido liberar el norte de Francia y la Bélgica, que siguen invadidos.

El Austria no ha expulsado a los rusos de la Galicia, y la Rusia contiene a duras penas a los alemanes a pocas millas de Varsovia.

Si hay quien pueda considerarse más afortunado que los otros, si alguien tiene ventajas positivas, es el pueblo alemán, porque es el único de los continentales que no sufre los horrores de la invasión, ya que las mordeduras que los franceses han hecho en Alsacia, y los rusos en la Prusia Oriental, no son de mucha importancia.

Pero aun con esa ventaja indiscutible, bien conquistada por su maravilloso ejército y por la organización asombrosa del Imperio, la Alemania está gastando sus energías titánicas sin esperanzas de lograr sus objetivos, que eran la destrucción completa de la Francia y la Inglaterra, para establecer su hegemonía sin estorbos sobre toda la Europa.

El ejército franco británico, con su puñado de belgas, sigue tan entero como el alemán. Las escuadras británica y francesa continúan siendo tan superiores a la alemana, como al comienzo de la guerra.

Los submarinos alemanes han hecho prodigios de valor, de audacia y de ciencia naval; pero la destrucción de una cuantas unidades de tercero y cuarto orden no debilita a la escuadra británica que se abstiene, lo mismo que la germánica, de exponer las de primer orden.

Por ese camino se necesitarían muchos años, tal vez

diez o doce, y muchas felices oportunidades y mucho descuido de los ingleses (esto último es un elemento que favorece bastante a los disciplinados y siempre vigilantes alemanes) para destruir el poder naval de la Gran Bretaña. Y aun así es dudoso, porque este país sigue incorporando nuevas naves.

Las incursiones magníficamente audaces de los cruceros alemanes en la costa inglesa no tienen más valor militar que el brillante espectáculo de destroyers, submarinos e hidroplanos que los ingleses organizaron en Cuxhaven. Se produce algún efecto moral, mueren unos cuantos inocentes vecinos de los lugares bombardeados, y no se disminuye en la más mínima porción el poder ofensivo y defensivo del enemigo.

Igual cosa pasa con los vuelos de aeroplanos y dirigibles que rompen techos y matan transeuntes con sus bombas. Todo eso es crueldad, es barbarie, es bueno para aterrar a las multitudes; pero nada de eso tiene valor militar.

Decididamente, en esta guerra los submarinos y las máquinas para volar son instrumentos útiles, pero no resolverán la contienda.

Tres o más meses van corridos de esta guerra de trincheras en Flandes y el norte de Francia.

La línea ondula ligeramente, se dobla hacia un lado u otro, cede por aquí, se curva hacia afuera más allá; pero en lo esencial sigue siendo desde el Mar del Norte a la Suiza la misma que era en Octubre: Los puntos capitales están donde estaban. Reims sigue ocupado por los franceses y Lille por los alemanes; Verdun no ha caído y Saint Mihiel continúa haciendo un ángulo que se hunde en la línea francesa.

Unos y otros, alemanes y aliados, anuncian cada día «ligero progreso», «avance sensible», «rechazo de los ataques enemigos», «dos líneas de trincheras capturadas».

Son movimientos de cien metros, de doscientos me-

tros, hacia el enemigo en un frente local de medio kilómetro.

¡Y a qué costo! Para avanzar unos cuantos pasos, unos y otros emplean formidable artillería, granadas de mano, bombas arrojadas con morteros como hace un siglo, minas subterráneas, asaltos a la bayoneta.

Menos mal los aliados que economizan su gente con un celo de que nadie hubiera creído capaces a los impetuosos franceses. *Le Matin* decía no ha mucho: «Hemos llegado a ser los *gagne petit* de la guerra».

Pero los alemanes, con la conciencia de sus inmensas reservas, arrojan sobre el enemigo masas profundas y pierden cada vez miles y miles de vidas en un despliegue de energía que no ha sido jamás igualado por raza alguna.

Y así continúan hundidos en el barro, con padecimientos indescriptibles, en una guerra de sitio que se extiende desde Nieuport a la frontera Suiza, unos y otros igualmente firmes en su resolución, igualmente heroicos.

Pero esto es lo interminable, lo que podría seguir por muchos años sin que ni uno ni otro pudiera proclamarse vencedor.

El equilibrio actual de las fuerzas es evidente. El cansancio de los pueblos se comprende y un nuevo peligro se cierne sobre ellos: el de que se haga una paz provisoria, fruto del cansancio moral y sin que haya habido una solución decisiva.

La paz así ajustada sería peor para los neutrales que una guerra de varios años que alcanzara su solución definitiva. Esa paz duraría lo que las potencias creyeran necesario para reparar sus armas, para armarse más aun, para reunir nuevos y más terribles recursos. Y en ese intervalo no habría en el mundo la posibilidad de restaurar el orden económico desquiciado porque reinarían la desconfianza y la inseguridad.

Durante semejante tregua la restricción de los créditos y la escasez de dinero serían tan graves como ahora y las

potencias, atentas sólo a sus nuevos armamentos, no restablecerían la plenitud de su actividad comercial e industrial.

Todas las esperanzas se cifran ahora en lo que va a ocurrir en la primavera próxima. Por desgracia, no puedo compartir las de aquellos que consideran segura una solución definitiva antes del otoño próximo.

Nuevos elementos entrarán en la lucha hacia el fin de Abril o comienzos de Mayo.

Es absolutamente cierto que la Inglaterra tendrá entonces dos millones de hombres sobre las armas, bien equipados, bien armados y medianamente instruídos por la falta de oficiales y sub-oficiales. Pero el inglés se hace soldado con mucha rapidez, más o menos como el chileno, y ese ejército será un factor importante unido a las reservas, tal vez no muy grandes, que los franceses lanzarán al frente.

Digan lo que quieran los periódicos alemanes, habrá dos millones de soldados británicos en Mayo próximo.

Y digan lo que quieran los periódicos ingleses, la Alemania puede poner todavía cuatro millones de soldados de primer orden sin hacer nada más que desenvolver su prodigiosa organización militar, como deseo probarlo en un próximo artículo con datos irrefutables.

Por lo tanto, y aunque contemos con que los rusos también logran equipar e instruir masas considerables todavía la Alemania y el Austria pueden en la primavera hacer frente a sus enemigos y en el peor de los casos detenerlos comoahora. El equilibrio de las fuerzas se puede producir de nuevo.

Pero es que además se guardan para la primavera acontecimientos políticos que pueden influir en el curso de la guerra y que para muchos optimistas señalarán el fin de la guerra.

Parece muy probable, casi seguro, según informacio-

nes serias, que hacia el fin de Febrero o poco después tomarán parte en la contienda la Italia, la Rumania, la Bulgaria y la Grecia.

Las dos primeras tienen un acuerdo secreto que todo el mundo conoce, como pasa siempre con los grandes secretos, para proceder concertadamente.

Los tres países balkánicos son el campo de una activísima labor diplomática anglo-franco-rusa. Se considera seguro que la Grecia entrará apenas se le haga la señal convenida y en tanto se trabaja, parece que con buen resultado, para que se rehaga la primitiva liga balkánica de Serbia, Bulgaria y Grecia, con la valiosa adquisición de la Rumania.

Supongamos todo eso realizado, ya que hay motivos para creerlo muy probable, casi seguro.

La Italia y la Rumania caerán sobre el Austria-Hungría, la primera para recuperar el Trentino y establecer su autoridad suprema en el Adriático, la segunda para «liberar» la Transilvania habitada por rumanos. Y ni la Italia ni la Rumania tienen interés en otra cosa que en esas aspiraciones nacionales perfectamente definidas y restringidas, sin que les importe absolutamente nada lo que ocurra en otros campos.

La Bulgaria y la Grecia darán a la Turquía el último golpe y acabarán la obra empezada.

Tanto la acción contra el Austria como el ataque a la Turquía serán de grande alivio para la Rusia que podrá disminuir su ejército del Cáucaso y aprestar las campañas de la Galicia y la Polonia.

Pero me parece una peligrosa ilusión creer que esos nuevos países van a resolver la guerra.

Mientras el Austria pueda resistir, mientras las partes heterogéneas del decrépito Imperio de los Habsburgo se sostengan unas a otras, la Alemania no tiene por qué distraer masas considerables de los dos frentes donde ahora contiene victoriosamente a sus enemigos.

Ni las fuerzas italianas ni las rumanas tienen interés en producir un peligro tan serio que merezca el abandono por la Alemania de los objetivos anteriores, aunque

serán sin duda un peligro de muerte para el Austria. En cuanto a la Turquía... nadie tiene interés en defenderla. Hay la conciencia de que eso se acabó.

Pero si se produce la disolución de la Monarquía Dual y estallan los fermentos que allí bullen y el Imperio se desploma como un muribundo que ha hecho un último y supremo esfuerzo, agitando en sacudidas espasmódicas los brazos, entonces sí que la guerra puede acercarse a su término.

Es posible que el Austria se disuelva, aunque nadie osará decir que es seguro que tal cosa ocurrirá durante la presente lucha.

Pero mientras el Austria se tenga en pie, la Alemania puede contra los que amenazan sus fronteras, si no para vencerlos, seguramente para detenerlos por mucho tiempo.

Y es esta sensación de la guerra interminable la que da origen al cansancio que los pueblos experimentan al ver que al cabo de cinco meses siguen hundiéndose sin esperanzas en el lodo y en la sangre.

XXIX

La Nueva Europa

Los fines invisibles de la guerra.—Las esperanzas de los pueblos. —Guerra a la guerra.—Posibilidad de la limitación de armamentos navales y militares.—El derecho de captura y las grandes escuadras.—Supresión de las finanzas belicosas.—El principio de la nacionalidad y su aplicación honrada.—Los deberes sagrados de cada nación.—La Inglaterra tradicional y democrática.—La Francia que se rehace.—Una nueva Alemania.—La Rusia en marcha hacia la libertad.—A morir como hombres por un ideal humano.

Londres, 14 de Diciembre de 1914.

Comenzamos a entrever que la Gran Guerra es una crisis profunda de toda la humanidad, de tal suerte que mientras en los campos de batalla las masas armadas creen pelear por determinados fines próximos y más o menos restringidos, el observador estudioso sabe que en realidad pelean por otros mas lejanos y más grandes.

«Luchamos para afirmar nuestra influencia sobre el mundo», dicen los alemanes; «para defender nuestro suelo invadido», dicen los franceses; «para impedir que nos invadan», claman los ingleses; «para aplastar al vecino belicoso», explican los rusos.

Pero en el fondo del alma de cada uno de esos pueblos que a estas horas mandan a la matanza implacable la flor de su juventud, sus hombres más valerosos, más abnegados y más sanos de cuerpo y espíritu, hay una especie de sub-conciencia de los otros fines humanos y amplios que se pueden alcanzar con esta guerra, y en la

vaga esperanza de alcanzarlos se sacrifican y sufren, y se desangran y tienen paciencia.

Nunca se vió tal espectáculo de generosos holocaustos, de abnegaciones heroicas, de nobles sacrificios. Detrás de sus apariencias visibles para los contemporáneos, esta guerra tiene sin duda conquistas humanas que serán su justificación histórica y que merecen tan doloroso esfuerzo.

En frases de estadistas, en alusiones tímidas de algún escritor, en el voto no formulado que se siente salir del corazón del pueblo, pasa desde el comienzo de esta guerra una esperanza: ¡si pudiera ser esta la última guerra, la guerra que matará las guerras! ¡si al menos fuera posible asegurarnos para dos o tres generaciones una paz verdadera sin armamentos, sin recelos, sin otras rivalidades que las del comercio, las artes y la industria!

Y no es un sueño. Si, como parece posible, la Alemania es vencida por el número de sus enemigos y tiene que renunciar a los sueños grandiosos de dominación universal que fundaba en su portentosa organización militar, de hecho quedaría disuelta la Triple Alianza, y cuando ésta hubiera desaparecido, la Triple Entente sería innecesaria.

Eliminadas las dos combinaciones de potencias que durante los últimos años habían emprendido la loca carrera de los armamentos, debilitados los pueblos por el costo fabuloso de la guerra, cuando las conciencias hayan despertado a todo el horror de estas matanzas organizadas científicamente y los hombres de todas las razas sientan la fatiga de destruirse unos a otros y el asco de la sangre, acaso la limitación de los ejércitos será más fácil que en los días en que la proponían congresos y academias de ideólogos.

Ejércitos y escuadras pueden limitarse a las necesidades racionales de la defensa, a un mínimum que las potencias mismas se fijarían, de común acuerdo según las variedades de sus condiciones geográficas. La limitación

surgiría naturalmente, sería una imposición popular cuando las condiciones de paz hubieran sido ajustadas según principios de equidad, cuando beligerantes y neutrales, vencedores y vencidos recibieran su parte en justicia, nó por dictado de la fuerza triunfante, sino de la razon y del derecho.

Y a la Inglaterra como a la más poderosa entre las potencias y la que antes de la guerra y en el curso de ella ha mostrado que posee la tradición de una diplomacia hábil y activa, tocaría el doble deber humano de imponer a las naciones continentales la limitación militar y dar ella misma el ejemplo de la moderación de los armamentos navales.

Una grave razón existe, fuera de la necesidad de defender una larga costa, para mantener grandes escuadras, y es la obligación de amparar la marina mercante. El derecho de captura en el mar fué discutido en la Conferencia de La Haya y cuando las naciones representadas parecían aceptar que fuera suprimido, la Gran Bretaña y la Alemania sostuvieron su mantenimiento.

Una y otra potencia se preparaban para darse mutua caza durante la guerra. Los resultados son notorios: la marina mercante alemana total y absolutamente paralizada, los mares del globo testigos de asaltos de unos y otros que recuerdan los tiempos más brillantes de la piratería y el comercio de continentes enteros, Sud-América, por ejemplo, perturbado con daño irreparable para esos países neutrales.

Si la Inglaterra quiere hacer a la humanidad un servicio comparable al que le hizo cuando persiguió la esclavitud, que imponga la abolición del derecho de captura en el mar y con eso sólo puede reducir su propia escuadra y todas las escuadras del mundo a las proporciones que a cada país le señala la protección de sus costas.

Y para que desaparezca el poderoso interés financiero —a veces más fuerte que el político—cuya labor belicosa ha sido tan visible en los últimos cuarenta años, sería menester un acuerdo internacional relativo a las grandes

manufacturas de artillería, pertrechos, barcos de combate y demás elementos de guerra.

Krupp en Alemania, Schneider en Francia, Armstrong o Vickers en Inglaterra, para no citar sino las más célebres, son firmas capaces de influir en la política de los respectivos países y de inclinarla hacia la guerra. Los enormes dividendos que todas ellas han pagado en los años recientes constituyen intereses guerreros que son un peligro para el mundo. Los escándalos revelados no ha mucho en Alemania dejaron ver las relaciones estrechas entre los fabricantes de armas y los políticos.

¿Por qué no sería posible que un acuerdo internacional declarara monopolio del Estado en todo el mundo la fabricación de armas, de suerte que cada país fabricara sus propios elementos de defensa, sin crear alrededor de la guerra una gigantesca fuerza financiera corruptora y perturbadora?

Dicen y repiten los estadistas ingleses Grey, Asquith, Roseberry, Balfour, que su país lucha por el mantenimiento del principio de la nacionalidad. Si vencen los aliados y se realiza el programa que esos estadistas formulan desde el comienzo de la guerra, si se realiza en su honrada integridad, sin mezcla de intereses bastardos o ambiciones perturbadoras, el solo principio de la nacionalidad da la base para que las condiciones de paz sean equitativas, tengan el fundamento de humana justicia y queden en la historia como el punto inicial de un largo período en que los hombres aprendan a olvidar el crímen colectivo que se llama la guerra.

Aplicar el principio de la nacionalidad es suprimir la conquista brutal y ambiciosa, es garantir la existencia y libertad de las naciones débiles, es reconstituir las que han sido tiránicamente sometidas a vasallaje, es respetar como sagrado fundamento del derecho público entre los pueblos la raza, la lengua, la religión, las tradiciones, lo que hace una patria más que las fronteras geográficas y las denominaciones políticas.

Entonces la Bélgica renacería de sus cenizas, la Holanda y los pueblos escandinavos y la Suiza y los Estados Balkánicos respirarían libremente, la Polonia reconstituída sería un estado autónomo unido a la Rusia como en una confederación, la Bohemia adquiriría los derechos que reclama, las poblaciones francesas de la Alsacia volverían a Francia, y a Italia las italianas del Trentino, y a la Rumania las rumanas de la Transilvania y a la Serbia las que son de su raza, y por todas partes el mapa se reharía no con la punta de los sables, ni por intrigas de felina diplomacia, ni por mercantiles transacciones, sino a la luz de ese principio de justicia humana: los que son de una misma raza y hablan una misma lengua y profesan una misma creencia y tienen una misma historia son una nación.

Las hegemonías y los sueños de dominación universal recibirían así un golpe de muerte y como la paz se habría hecho sobre lo único eterno que es posible poner como base de las transacciones humanas, la justicia—*suum cuique tribuere*—la paz sería duradera, sería fuerte y permitiría pensar en la soñada limitación de los armamentos.

Cada nación tendrá dentro de sí deberes que llenar el día en que deponga las armas, deberes santos, de humanidad y de alto y sano patriotismo.

Los pueblos esperan que esos deberes se cumplan y porque tienen la vaga intuición de que la guerra los hará cumplir, es por lo que pelean gloriosamente a estas horas. Algo les dice en el fondo de su conciencia que vale la pena morir por los ideales que entrevén sin comprender.

La Inglaterra necesita completar su evolución democrática iniciada ya mucho antes de la guerra y como la nación deberá a los políticos demócratas—acaso más que a nadie a Lloyd George—la salvación del Imperio, y como las aristocracias de la sangre y del dinero han formado casi solas las avanzadas militares que han ido a

morir en los campos franceses y flamencos, la evolución política tiene que hacerse en un consorcio de todas las clases sociales, sin lucha, sin despojos, con esa majestad vegetativa con que la nación inglesa ha crecido en los siglos.

La Francia, que va escapando a la vorágine porque despertó a tiempo del letargo en que la habían hundido los que le dieron venenos de internacionalismo, la Francia que vive y triunfa porque a tiempo volvió a ser patriota, nacionalista, respetuosa de su tradición cristiana y militar, la Francia se debe a sí misma el sacudir las últimas e innobles adherencias que aun le quedan de ese período reciente en que negó su historia y se hizo canallesca, perseguidora de su propia conciencia, criminalmente pedante con la pedantería corruptora de los filósofos de arrabal que llegaron a influir en su Gobierno.

Lo sabe el pueblo francés, lo siente en medio de la guerra: nunca nadie más osará tocar con mano atrevida el alma francesa, tal como la hicieron dos mil años de historia, tal como la dejaron en pie sus peores revoluciones. Y jamás volverá el pueblo a embriagarse con el licor barato y avinagrado de las palabras «Libertad, Igualdad y Fraternidad», porque ya ha aprendido que están huecas y que sólo puede haber paz social donde imperan la justicia, la tolerancia y la noción de los derechos de cada uno junto con el concepto de las obligaciones de cada cual.

Vencida o vencedora la Alemania, debe a su pueblo, a su admirable y heroico pueblo, abnegado y sumiso hasta el sacrificio de la vida por la patria, la reforma de su organización política que es un anacronismo en el mundo. Ese gran pueblo no puede seguir con una parodia de Constitución que una oligarquía militar usa para sus fines. Sin herir las legítimas prerrogativas de la Corona de Prusia, la nación alemana tiene el derecho de que el Parlamento que la representa tenga parte directa en el Gobierno, que los Ministros respondan de su conducta ante la Cámara de elección popular y no puedan subsistir contra la voluntad de ésta. La Alemania es de-

masiado grande, su pueblo es demasiado sensato y paciente, la guerra hará demasiado fuerte el vínculo entre la nación y los Hohenzollern para que nadie pueda considerar peligrosa esa devolución al pueblo de sus derechos elementales.

¡Caso extraño! De todos los pueblos de Europa comprometidos en esta lucha de titanes, acaso es el pueblo ruso el primero que ve en frutos ciertos realizadas las esperanzas de justicia con que todos marchan sonrientes al combate. El pueblo ruso, revelándose a la Europa occidental infinitamente más adelantado en la evolución de lo que se creía, ha oído ya de labios del «Padrecito Czar» la solemne declaración de que la Polonia obtendrá su autonomía, y ha recibido con aplauso el úkase que dió a los judíos el derecho de obtener títulos de oficiales en el ejército que hasta ahora se les había negado.

Es una espléndida aurora de libertad, semejante a la que clareó sobre la Rusia despues de la guerra de la Manchuria, y que será un mediodía luminoso cuando la Polonia resucite y cuando los judíos y los hombres de todas las razas y religiones tengan en el Imperio ruso igualdad de derechos y sólo se recuerden las matanzas de judíos, los salvajes *pogrom*, como recordamos los banquetes de caníbales. Y el pueblo ruso sabe que la guerra le dará esas libertades, y porque lo sabe ya no hay nihilistas, ni polizontes perseguidores, ni siervos, ni amos, ni judíos, ni ortodoxos, sino una sola nación unida, entusiasta, en cuyo ejército se confunden todas las razas y todas las religiones existentes en el inmenso Imperio.

No es una utopía esta visión de la Europa nueva que está naciendo en los campos de batalla. Los pueblos tienen la intuición de lo que serán y los pensadores la entrevén ya y la delinean vagamente, unos con líricos entusiasmos y otros con las melancolías de quien sabe que la transformación del viejo mundo gastado y corroído, que se forja de nuevo en la fragua de la guerra, será un

largo proceso evolutivo que acaso la generación presente no verá en su pleno desarrollo.

Pero es un hecho cierto que la evolución bulle en el seno de todas las naciones europeas y que esa esperanza de tener patrias más felices, más seguras de su derecho y más respetuosas del ajeno, más fundadas sobre las realidades de lo justo que sobre vanas ideologías o atropelladoras ambiciones, es lo que sostiene el espíritu de las grandes muchedumbres que como olas de mares humanos van a estrellarse unas contra otras en las batallas sin términos ni tregua.

¡Oh, vosotros, los millares que dáis cada día vuestras vidas en una obscura abnegación! ¡Vosotros, los de las trincheras del Yser, los de los campos de Polonia, cuyos cuerpos mutilados no hay tiempo de entregar al seno materno de la tierra, porque su número es tan grande y el suelo está helado y duro como un corazón humano! Vosotros, cuyos espíritus parecen llorar a la puerta de los hogares enlutados donde suenan lamentos de madres y de esposas en todas las lenguas de la Europa! ¡Vosotros sois los mártires de esta gran redención, que como todas las redenciones era imposible sin sangre y sin dolores, y vuestro sacrificio, quienes quieran que sean los vencedores y los vencidos, no habrá sido estéril porque de él ha de surgir el triunfo de ideales de justicia, de paz, de libertad que los hombres han perseguido largo tiempo!

Y aun cuando esta visión de mejores días para los pueblos como resultado de los sufrimientos porque ahora pasan, no fuera sino una utopía de bondadosos soñadores, yo quisiera poderla infundir en el alma de los que van a morir para que en medio del salvaje horror de la guerra, una lumbre lejana, un noble resplandor les alumbrara el camino.

Habría así algo de humano en medio de esa matanza en que la humanidad no hace más que negarse a sí misma.

1915

ENERO-JUNIO.

A) La guerra sin fin.

B) Nueva cosecha de sufrimientos.

C) Lecciones.

D) Entre neutrales.

E) Crítica y viajes.

A

Guerra Crónica

XXX. El bloqueo submarino.
XXXI. El ejército francés.
XXXII. Zeppelines y submarinos.
XXXIII. La guerra sin fin.

XXX

El bloqueo submarino

Alemania obligada a medidas extremas.—El sistema del terror aplicado a los mares.—El Derecho internacional antes de la guerra y durante la guerra.—Dificultad de aterrar a los ingleses.—El público inglés ante los zeppelines y submarinos.—Resultados pobres de una semana de bloqueo.—Los neutrales no se inquietan.—La protesta americana y la sabiduría del profesor Wilson.—Ventajas y tropiezos del submarino.—Posibilidad de eludir su acción.—Los alemanes harán algo más.—El único resultado positivo que hasta ahora tiene el bloqueo.

París, 2 de Marzo de 1915.

Antes de lo que nos hubiéramos imaginado, la Alemania siente los efectos del dominio que la Gran Bretaña ejerce sobre los mares. Su flota mercante, totalmente paralizada, no puede ya ni llevarle lo que necesita ni exportar sus productos naturales o manufacturados. La vigilancia que la escuadra británica ejerce en el Mar del Norte impide que cualquier navío de comercio, alemán o neutral, pueda entrar en los puertos alemanes sin ser visitado.

La prensa alemana ha hecho muchas burlas sobre este aspecto de la campeña que me he permitido señalar varias veces a la atención de los lectores, como uno de los más graves, que puede tener mayores consecuencias en el desarrollo futuro de la guerra.

Cada vez que los cruceros alemanes hacían una brillante incursión y bombardeaban algunos puertos ingleses, los diarios del Imperio alemán se burlaban alegre-

mente y mistificaban a su público haciéndole creer que éso probaba la ineficacia del bloqueo inglés.

Es evidente que no tenían razón para burlarse y que el cerco se iba estrechando seriamente, puesto que el gobierno alemán ha decidido tomar ya, mucho antes de lo que se hubiera podido pensar, medidas extremas para abrirse camino hacia los mares.

Esas medidas no consisten, como se esperaba, en que salga la poderosa flota encerrada desde el comienzo de la guerra en el canal de Kiel, y destruya la flota británica y aniquile sus puertos militares; eso se hará probablemente más tarde, ya que no es de creer que los alemanes, cuyo arrojo sus enemigos son los primeros en reconocer, prefieran guardar perpetuamente la escuadra.

Por ahora, lo que se ha resuelto en Berlín es que los submarinos alemanes lancen torpedos contra todos los barcos mercantes, neutrales o enemigos que se dirijan a puertos ingleses o procedan de ellos, en suma, contra todo navío que navegue en las aguas inglesas.

La amenaza se encamina, como se comprenderá, tanto a aterrar a los ingleses como a los neutrales que comercian con ellos, y ha sido hecha en forma solemne, con anuncio diplomático a los gobiernos y con fecha y hora fija para comenzar la destrucción de cuanto flota sobre los mares en torno de la isla maldita.

Las censuras que en todos los tonos se hacen a Alemania por esta forma de guerra completamente nueva, fuera de cuanto habían previsto los viejos principios de derecho, por que hasta ahora se ha regido la humanidad —las antiguas leyes sobre bloqueo, visita de naves enemigas o neutrales, internación, secuestro, etc.—no son razonables.

Esas reglas pueden aplicarse cuando se dispone de barcos que navegan en la superficie de las aguas. Como se ha visto, la Alemania no dispone de medios de esa clase para el bloqueo de las islas británicas. Sólo puede valerse de los submarinos y a ellos apela.

Es cierto que los submarinos no pueden salvar la tripulación o pasajeros de los barcos que echan a pique y,

por lo tanto, su ataque repugna a los sentimientos de humanidad, tales como se entendían antes de esta guerra que está dando el traste con todas las nociones que creíamos una conquista de la civilización. Pero esta actitud violenta, impuesta a la Alemania por esa necesidad de comer que carece de ley, está en todo conforme con el espíritu que ha inspirado el célebre «Manual de los usos de la guerra terrestre», publicado por el Estado Mayor alemán: es, mejor dicho, la aplicación de esos usos a a la guerra marítima.

Tanto como son hábiles los alemanes para todo lo que se refiere a los problemas militares, son ingenuos en lo que exige cierta penetración del carácter de los demás pueblos, y sufren por ésto, errores casi incomprensibles en un pueblo tan extraordinario por su previsión y su perseverante estudio de todas las cuestiones que le conciernen.

Comenzaron la guerra produciendo a través de la Bélgica una sensación de terror que no les dió resultados favorables, porque les creó en todo el mundo una atmósfera hostil, que hoy no existiría si no hubiera sido por aquel deplorable sistema de hacer la guerra.

Y no han escarmentado, porque siguen con la idea de que es posible aterrorizar a la población de las islas británicas, ora con zeppelines, ora con submarinos, ya con el bombardeo naval de sus costas, ya con dejar caer bombas en aldeas y campos.

Es preciso haber vivido en Inglaterra estos primeros meses de la guerra para saber todo lo que esa idea de aterrorizar a los ingleses encierra de ingenuidad casi infantil. Si hay un pueblo en el cual el pánico, el terror, la alarma colectiva, carecen de sentido, son absolutamente imposibles, es el pueblo británico, frío, impasible, acostumbrado a medir los hechos y juzgarlos sin atolondramiento.

Los ingleses toman medidas para prevenir los daños que puedan hacer sobre sus ciudades los zeppelines o aeroplanos, como las tomarán para defenderse de los

submarinos, pero no tienen el más remoto temor de que ni las naves aéreas ni las sumergidas puedan hacer, en el peor de los casos, daños que alteren la fisonomía de la lucha. Y lo único que les importa es lo que puede influir en el resultado final de la guerra.

Se ha visto ya que los anunciados zeppelines no llegaron jamás a Londres, donde la gente se aburrió de esperarlos y acabó por convencerse de que hay mucho mayor peligro de ser atropellado cualquier día por un automóvil en las congestionadas calles de la inmensa metropóli, que de ser víctima de una bomba lanzada de los aires.

La amenaza de los submarinos produce una sensación semejante, pues se sabe de antemano que destruirán algunos barcos mercantes, pero que ésto no hará sino aumentar en un tanto por ciento ínfimo los riesgos ordinarios de esos barcos en tiempo de paz y de guerra.

La primera semana del bloqueo submarino ha pasado y la previsión tranquilizadora de los ingleses, que el Almirantazgo había formulado desde el primer momento, se confirma en todas sus partes. Han sido víctima de los submarinos unos siete u ocho buques mercantes ingleses y algunos neutrales. Han entrado y salido de los puertos británicos en la misma semana, más de 1,300 navíos de comercio.

Es un hecho interesante que ninguno de los transportes que han estado pasando tropas de un lado a otro de la Mancha ha sido atacado de los submarinos, sin duda a causa de las precauciones tomadas tanto por la marina inglesa como por la francesa. Las agencias alemanas comunicaron que uno había sido echado a pique, pero los mismos diarios alemanes confesaron luego que la noticia había sido una equivocación. Lo cual no impedirá que ocurra con ella lo que con otra que circuló profusamente por España después del combate de las islas Malvinas según la cual habría sido una escuadra japonesa la que, después de haber hundido todos los buques ingleses, habría atacado a los alemanes. En España conocí el otro día a un sacerdote venerable que estaba dispuesto a dar su vida por sostener esta versión y se reía compasiva-

mente de los que trataban de probarle que no había existido tal escuadra japonesa.

El resultado del bloqueo submarino es, pues, bastante débil para que ni la Gran Bretaña ni los neutrales amenazados le den mucha importancia.

En los primeros momentos se pudo creer que la amenaza de torpedear a los barcos neutrales por el solo hecho de que navegasen en aguas británicas produciría protestas serias, complicaciones, medidas de represalia de parte de las naciones cuyas marinas mercantes cruzan esos mares.

No ha sido así. Ha habido, es cierto, notas del Gobierno de los Estados Unidos, esas sapientísimas notas con que el profesor Wilson muestra al mundo su excelente buena fe y su escasa malicia; pero no parece que las cosas pasarán de ahí y de alguna platónica protesta de los gobiernos holandés, danés, noruego y sueco. Los demás no han dado señales de ser aludidos por el bloqueo submarino.

Si antes de la guerra se nos hubiera dicho que era posible que las operaciones marítimas llegaran a estos extremos de violencia, hasta la amenaza de atacar sin esperanzas de salvación para los tripulantes los barcos de comercio neutrales, hubiéramos dicho que tal cosa era imposible porque levantaría al mundo entero contra la nación que intentase semejante piratería.

La guerra modifica muchas nociones y ha habituado al mundo a la violencia. Por una especie de acuerdo tácito se reconoce que el Derecho Internacional está patas arriba y no habrá medio de enderezarlo hasta que venga una era de paz en que de nuevo nos pongamos con muchísima seriedad a fabricar principios que los más fuertes se encargarán de violar en la guerra siguiente.

Se explica en parte la actitud mesurada de los Estados Unidos ante la amenaza alemana no sólo por la plácida sabiduría del Presidente Wilson que diserta sobre estas materias desde una prodigiosa altura a que no llegan las mezquinas artes de los diplomáticos, sino además por

la influencia que los elementos germano-americanos tienen ante ciertos políticos que a su vez pueden influir sobre el Presidente. La presión electoral germánica en ciertos estados es tan poderosa como la irlandesa en otros.

Algunas de las naciones neutrales evidentemente no han dado importancia a la amenaza del bloqueo submarino y no han querido tal vez enredarse en una cuestión enojosa por un asunto que, en suma, no hará sino aumentar en débil proporción los riesgos de sus marinas mercantes.

En realidad, y aun cuando todos reconocen que los submarinos son un arma interesante, de grandísima utilidad, especialmente cuando se pueden tripular con hombres sufridos y arrojados, se duda en Europa, en la Europa neutral, de que puedan jamás ser eficaces para un bloqueo efectivo. Basta leer los diarios holandeses, escandinavos, italianos y españoles de estos días, para comprender que no hay fe en los resultados del bloqueo submarino.

Se sabe ahora, después de las repetidas experiencias de la presente guerra, que el submarino no puede obrar sino en determinadas, favorables condiciones con su presa colocada en una posición tal y a menos de tal velocidad. Escapar a la persecución de un submarino no es tarea imposible para un vapor de buen andar, y caer sobre el submarino y destruirlo u obligarlo a retirarse no es tampoco una operación fuera de lo posible.

Los almirantazgos británico y francés han distribuído instrucciones prácticas relativas a los submarinos para conocer su presencia, esquivar su acción, y atacarlos a espolonazos.

Por otra parte, es evidente que pequeños buques rápidos como los buenos torpederos y destroyers, pueden ejercer una policía eficaz para impedir los ataques de submarinos a una escuadra y de hecho así han procedido los ingleses y franceses cada vez que han cruzado con

tropas la Mancha o que han ido a bombardear las posiciones alemanas en la costa de Bélgica.

Por último, se sabe también que los submarinos no pueden permanecer largo tiempo en acción, aun cuando tengan todos los elementos necesarios. Necesitan volver a la base de operaciones y dar descanso tanto a la delicada maquinaria, que exige continuas reparaciones para no exponerse a un accidente, como al personal que no resiste sino pocos días en actividad.

Con todo, y aunque no se dé importancia muy grande al bloqueo submarino, y aunque estos primeros días sus resultados sean pobres, se debe esperar que más adelante los alemanes hallen manera de aumentar los daños que pueden hacer con sus barcos sumergibles.

Hsta ahora parece que han operado solamente con submarinos de tipo pequeño, de los marcados con las letras y números *U 2* y *U 8* y probablemente reservan los grandes, los submarinos de alta mar, para cuando deseen y necesiten estrechar su acción.

No es de creer que puedan jamás organizar con submarinos un verdadero bloqueo y es un sueño que sólo con ese medio logren cortar las comunicaciones entre las islas británicas y el resto del mundo; pero harán algún daño mayor que el que hasta aquí han hecho.

El propósito evidente era más bien el de aterrorizar a los ingleses y alarmar a los neutrales, induciéndolos a protestar ante Inglaterra de lo que ocurría. Los ingleses no dan muestras de estar muy asustados y los neutrales no han tomado este asunto con la seriedad e interés que la Alemania esperaba.

El único resultado positivo que hasta ahora tiene el bloqueo submarino, es decir el único resultado que puede influir en el desarrollo ulterior de la guerra es la declaración anglo-francesa de que en lo sucesivo no se permitirá que buque alguno entre a los puertos alemanes o salga de ellos.

Si este bloqueo de la superficie de los mares se hace efectivo, su influencia en la guerra puede ser seria. Lo sabremos antes de mucho.

XXXI

El Ejército francés

Organización bajo el fuego

Falta de preparación de la Francia para la guerra.—Intuiciones del pueblo y ceguera de los políticos.—La guerra popular.—Como en los días de la Marsellesa.—Opiniones de un Oficial extranjero.—Durante la guerra los franceses aumentan en número y mejoran en calidad.—Los comandos rejuvenecidos.—El cañón de 75 y las razones de su éxito.—Opinión de un oficial alemán sobre la artillería francesa.—Una nueva virtud de los franceses.—La tenacidad francesa contra la alemana.—El vencido aprendió del vencedor.— Los combates del Argonne son obra de la resistencia. — Una democracia resuelta a vencer.

Lausanne, 25 de Marzo de 1915.

Cualquiera que haya permanecido en Francia durante los primeros días de la movilización, y aun durante los dos o tres primeros meses de la guerra, ha podido convencerse de que ese país fué sorprendido por la catástrofe sin la preparación necesaria para contener a un adversario tan portentosamente preparado como la Alemania.

El pueblo francés tenía desde largo tiempo la intuición clara de que la agresión alemana vendría de un momento a otro. Había numerosos escritores que en libros y artículos señalaban el peligro. No faltaban hombres de Estado que lo denunciaban y ponían todo empeño en procurar una preparación completa del país.

Pero dentro de Francia había fuerzas que obraban en

sentido contrario. Los socialistas, a cuya cabeza estaba el desgraciado Jaurés, que iba a ser la primera víctima de la guerra, creían, a mi juicio de buena fe, que las declaraciones y promesas de sus correligionarios alemanes eran una garantía suficiente contra la posibilidad de una agresión súbita. Gran número de políticos republicanos estaban más ocupados en hacer y deshacer ministerios que en cuidar de la defensa nacional. Muchos de estos profesionales de la política que son una peste en Francia, como en otros países que nosotros conocemos, temían perder sus circunscripciones electorales aceptando las cargas nuevas que un refuerzo de la defensa hubiera impuesto.

El senador Humbert—los lectores lo recordarán—denunció pocos días antes de la declaración de guerra el mal estado del equipo del ejército y de otros elementos, y sus denuncios, que eran patrióticos, fueron acogidos con grandes muestras de júbilo en Berlín, donde probablemente figuraron entre los documentos que debían empujar a la Alemania.

La elección de M. Poincaré a la Presidencia de la República y aquel primero, fugaz Ministerio de Arístides Briand, dieron al pueblo la esperanza de que se adoptaría una política enérgica de defensa. Dos ministerios cayeron por haber sostenido la ley de servicio militar de tres años y se necesitó una lucha larga y enojosa, que hizo grandísimo daño a la Francia en el exterior, especialmente en Alemania, para que se aprobara esa ley, que era de salvación, sin la cual ese país se habría hallado en tales condiciones de inferioridad, que sin ella es seguro que a estas horas el aspecto de la guerra sería bien diverso.

Entre los sueños de los socialistas, la inmoralidad de los políticos y la escasa energía del Presidente de la República, que no correspondió a las expectativas de la nación, como no corresponde jamás ningún Presidente de una República con sistema parlamentario desequilibrado, como Francia..... o Chile, produjeron la falta de preparación de la Francia que yo mismo pude ver en los

pequeños detalles que están al alcance de un viajero al atravesar el territorio francés en Agosto de 1914.

Así y todo, el empuje del pueblo armado, el genio militar de la raza, la acción de todos los elementos de la nación unidos en un propósito heroico, suplieron las deficiencias técnicas, y la Francia, con la modesta pero eficaz ayuda de unos pocos ingleses (eran entonces unos 60,000 hombres), logró detener la invasión germánica en la frontera del este y rechazarla desde las puertas de París.

Más tarde se medirán en todo su valor los sacrificios hechos por la Francia en esa primera etapa de la lucha contra el invasor y se verá que el glorioso defensor del territorio, el salvador de la Francia, no es un Gobierno, ni es un general, ni es la división tal o cual, sino el pueblo francés en todas sus clases sociales, desde los que todavía llevan títulos tan viejos como la historia de Francia, hasta los más humildes labradores de la tierra, sin exceptuar a los representantes de esa burguesía a la cual se había descrito como egoísta, hundida en el goce de su bienestar material.

Esta campaña tiene grandes puntos de semejanza con la que la primera República emprendió al són de la Marsellesa por los campos de Europa. Es campaña democrática, popular, obra de una nación que supera en genio colectivo y en la suma gigantesca de los esfuerzos individuales a todo lo que pudieran hacer los gobernantes o los caudillos más ilustres.

Nunca se ha podido cantar con mejor derecho la Marsellesa, canto de la guerra popular en defensa de la integridad del suelo. Acaso por éso se ha oído el elogio del célebre canto guerrero bajo las sagradas bóvedas de la Magdalena donde no ha mucho un ilustre orador religioso le consagró un sermón que parecía un himno.

Las observaciones precedentes sirvieron de preámbulo a la conversación que tuve no ha mucho con un ex-oficial del ejército de una nación europea neutral que ha

pasado los siete primeros meses de la guerra en Francia, donde habita desde varios años.

Confirmándome las impresiones que yo tenía sobre el peligro gravísimo que la Francia había corrido en los primeros momentos, cuando fué agredida sin estar preparada como hubiera podido estarlo, mi interlocutor me demostró en seguida que todo ha cambiado durante el período transcurrido desde Agosto hasta hoy

—Puede decirse—agregó—que la Francia ha organizado su defensa después que comenzó la guerra; pero es seguro que ahora ella es tan perfecta que todo peligro de que el invasor triunfe y avance o siquiera de que logre conservar los departamentos invadidos, se aleja cada día más.

Los franceses tienen hoy mayor número de hombres que el que tuvieron jamás desde que la guerra comenzó, a lo que se agrega que los ingleses han convertido aquel puñado que el Emperador de Alemania llamó un día «el despreciable pequeño ejército del mariscal French», en una masa que se acerca ya a un millón de hombres y sobrepasará esa cifra dentro de poco.

Un documento reservado, que no ha mucho circuló entre hombres dirigentes de Francia, fijaba en dos millones y medio de hombres el número de los que la Francia tiene ahora en el frente. Puedo asegurar que las reservas existentes en los depósitos llegan más o menos a la mitad de esa cifra, es decir, las reservas de hombres ya instruídos y capaces de marchar al frente en cualquier momento: Todas las compañías tienen sus efectivos completos y algunas en exceso.

Como se ha visto por los datos publicados, cuya exactitud he podido comprobar, los conscriptos de 1915 resultaron ser mucho más de lo que esperaban las oficinas militares. En realidad, los enrolados exceden en más de un quinto de lo que se esperaba. El entusiasmo ha sido frenético: fué preciso admitir de nuevo a examen a individuos que habían sido rechazados por razones diversas, a los cuales se ha concluído por aceptar en vista de su insistencia. Se diría que tenían como vergüenza de

quedar exentos en una hora tan crítica para la patria. La juventud francesa de todas las clases sociales ha dado un ejemplo único. Y todavía nos vendrán a hablar de la decadencia de las razas latinas!

El mejoramiento de la artillería es bien notorio y el cañón de 75 ha alcanzado fama universal. Los mismos críticos militares alemanes han tenido que renunciar a las burlas de los primeros tiempos para reconocer que el material francés es ahora excelente y que el tiro es segurísimo.

Las tropas están perfectamente equipadas, sin que falte el menor detalle. En Inglaterra y en algunos países neutrales se ha completado la labor de las fábricas francesas que no alcanzaban a producir todo lo necesario.

Los servicios de administración se han perfeccionado de un modo absoluto y en la actualidad más bien se tiende a tomar medidas para evitar los desperdicios, pues los soldados no alcanzan a consumir todo lo que reciben, a pesar de su apetito. La libertad de sus puertos y las medidas adoptadas por el Gobierno garantizan a la Francia provisión abundante para el ejército y para la población civil. Es un hecho curioso que los cereales más importantes y otros artículos de alimentación son hoy más baratos en Francia que en España o Italia.

Otro punto importante es el rejuvenecimiento del comando. Poco a poco la mayor parte de los generales y otros oficiales superiores que pasaban de los sesenta años han sido destinados a trabajos que no imponen tanto consumo de energías como el servicio en el frente. Hay numerosas excepciones, pero son justificadas por la especial preparación, buena salud y resistencia de los exceptuados.

Pregunté especialmente a mi informante cuáles eran, a su juicio, los méritos del cañón de 75 que tanta popularidad ha alcanzado en Francia y del cual los alemanes comienzan a hablar con cierto respeto. Y me dijo:

«El cañón de 75 es por su alcance y por la seguridad

del tiro una de las armas más perfectas que se hayan inventado. Además, la rapidez con que obra, o sea la cantidad de proyectiles que puede arrojar en un tiempo dado sobre el enemigo, supera a todo lo que se conocía hasta ahora. Este cañón puede disparar de 20 a 25 proyectiles por minuto. Los alemanes tienen el suyo de 77 que teóricamente puede hacer lo mismo, pero en la práctica no lo hace porque carece del mecanismo automático del francés que es el secreto de su rapidez extraordinaria.

Gracias al célebre 75 la infantería francesa puede acercarse a 50 metros de las trincheras alemanas, como ha ocurrido en asaltos recientes, mientras su artillería barre por encima de sus cabezas las filas alemanas.

El considerable avance hecho en la Champaña desde mediados de Febrero, que es un avance positivo, digan lo que digan los comunicados alemanes, es obra de la artillería.

Debe de ser horrible el efecto de esta artillería francesa, y precisamente tengo aquí—añadió mi interlocutor—un número de la «Gaceta de Colonia» que compré el otro día aquí en Suiza. Tal vez le interesará transmitir a su diario esta opinión de un oficial alemán sobre el cañón francés de 75. Está en una de las numerosas «cartas del frente» que, a imitación de los diarios ingleses, publican ahora los alemanes. Le recomiendo su lectura porque suelen contener datos muy curiosos.»

La carta aludida se refiere a los combates de Febrero en la Champaña, cuando todavía los alemanes se decían victoriosos en esa sección, y en la parte pertinente dice así:

«Escasamente alcanzamos a descansar después de un combate cuando ya la artillería francesa recomienza su concierto. ¡Y qué concierto! Creo que es imposible describir un ataque de artillería francesa, y el estar expuesto varias horas a tales ataques es para mí lo más horrible de la guerra. Uno tiene que permanecer tendido durante horas donde quiera que se halle. Nuestra posición ha sido ya bombardeada de tal manera que no se ven trin-

cheras ni cosa alguna. Recientemente y para protegernos mejor, hemos dado en hacer galerías a tres y cuatro metros de profundidad dentro de las trincheras y ahí nos quedamos hasta que pasa la tormenta. Pero aun ésto no es del todo satisfactorio. Una de estas galerías fué destruída no ha mucho por un tiro de artillería.»

Las operaciones más recientes del ejército francés prueban que los primeros meses de guerra le han servido para desarrollar una virtud de que aun sus admiradores no lo creían capaz: la resistencia. Sabíamos por toda la historia de Francia antigua y moderna, por el conocimiento que teníamos del carácter de esa nación, que nada iguala al ímpetu francés, al fuego de su primer ataque, al heroísmo loco de sus asaltos. Los alemanes contaban con éso, pero creían también que, pasado ese primer impulso, iban a encontrar una masa de hombres agotados, deshechos, incapaces de resistir al inagotable empuje de masas profundas que se renuevan sin cesar durante días y días, y semanas y semanas.

Por ésto el plan alemán era, como tantas veces se ha dicho, caer con la violencia extrema de sus enormes ejércitos sobre el francés, aniquilarlo en pocos días, entrar a París y volverse sobre la Rusia.

El plan fracasó porque los franceses resultaron resistentes contra toda previsión, más allá de lo que esperaban sus propios generales. Han pasado varios meses en esa horrible guerra de trincheras y siguen con sus energías, su fe y su tenacidad tan vivas como el primer día. No es la primera vez que una nación vencida aprende del vencedor cualidades que fueron el secreto del triunfo, y si tiene el genio de la raza francesa, no deja de aprovecharlas en la hora de la revancha.

Los combates encarnizados que dieron a los franceses la posesión de Vauquois en el Argonne, en la primera semana de Marzo, son una prueba de resistencia al fuego y a todas las dificultades de la guerra moderna, como acaso no ha dado ejército alguno en la presente lucha.

Las operaciones iniciadas el 28 de Febrero para apoderarse de esa posición importantísima, desde la cual se

domina una buena extensión de la línea, duraron en toda su máxima violencia hasta el 6 de Marzo, o sea siete días de combate incesante, sin un minuto de reposo ni de día ni de noche, contra un enemigo formidablemente atrincherado, que disponía de artillería excelente y tropas aguerridas.

Los alemanes se batieron gloriosamente, suscitando la admiración de los mismos franceses; pero la resistencia francesa al terrible fuego y a todos los obstáculos del terreno, a las bombas incendiarias y a los aparatos para arrojar petróleo encendido, al clima y a los horrores de una guerra sin cuartel, acabó por vencerlos.

Una carta de un oficial inglés que acompañó a las tropas francesas en el ataque al llamado «fortín de Beausé-jour» delante de Perthes-les-Hurlus y Le Mes-nil-les-Hurlus, describe en términos épicos la tenacidad de los asaltantes. Se les ve avanzar durante quince días, desde el 16 de Febrero, con éxito variable, bajo un fuego espantoso, en una sucesión de asaltos de trincheras, ganando el terreno pulgada a pulgada, contra las tropas alemanas que se defendían hasta morir y que sólo permitían el acceso a sus posiciones cuando los cadáveres de los defensores llenaban los fosos y reductos.

Es la energía tranquila y paciente, virtud nueva de la raza francesa, la que está venciendo en esos campos de batalla.

El pueblo francés cree en la victoria y cree que la merece por la justicia de su causa. Cuando una democracia siente esa fe y se sabe en una hora decisiva de su existencia, cuando sabe que la derrota sería el fin de su independencia nacional, nada puede detenerla. Nada detuvo a los ejércitos que, en condiciones mucho más penosas, organizó la primera República, y la Europa aprendió a respetarlos.

XXXII

Zeppelines y submarinos

El caso del «Falaba»

La guerra en la novela y en la realidad. — Ataques de los zeppelines contra París. — Inutilidad de sus esfuerzos. — Nadie se asusta. — Impresiones de un chileno. — Deficiencias de los aeroplanos para el ataque. — Costo de los zeppelines y sus pobres resultados. — Los submarinos y el terror naval. — El caso del vapor *Falaba*. — Sacrificio cruel e inútil de mujeres y niños. — Lo que admite el comunicado alemán. — Los submarinos no disminuyen el comercio británico.—Disminución de los precios de los alimentos durante el pretendido bloqueo. —Los neutrales y el abuso de la fuerza. — Cómo se explica la actitud de la Alemania. — Justa desesperación del pueblo alemán y sus lamentables frutos.

Lausanne, 3 de Abril de 1915.

Antes de la guerra estuvo muy de moda la literatura bélica que bajo formas novelescas u otras más severas describía anticipadamente un gran conflicto europeo. Los submarinos, zeppelines y aeroplanos, que no se habían ensayado todavía en la guerra verdadera, daban abundante materia a los autores para ejercitar su fantasía.

Todos esos libros han resultado el fruto de imaginaciones pobrísimas que no llegaron a prever la mitad de los horrores de que es capaz la especie humana.

Ellos vieron a las máquinas de volar haciendo reconocimientos, ocupadas en bombardear fortalezas y campamentos enemigos, batiéndose unas contra otras en dramáticos combates aéreos. Se imaginaron que los subma-

rinos iban a atacar las grandes escuadras, a combatir contra los *dreadnoughts*, a defender la entrada de los puertos.

Se suponía entonces que estos nuevos aparatos de destrucción tendrían en la guerra un uso muy interesante, pero que cabría dentro de las nociones que los pueblos civilizados habían creído necesario establecer con el nombre de derecho internacional para limitar las hostilidades.

Si uno de aquellos escritores, que creían haber agotado las ficciones de horrores verosímiles, hubiera dicho que los zeppelines dejarían caer bombas al azar sobre los techos de ciudades alejadas del teatro de la guerra para matar mujeres, niños y pacíficos vecinos, o hubiera supuesto que los submarinos lanzarían sus torpedos contra barcos mercantes, dejando que se ahogaran los tripulantes y pasajeros, hubiéramos dicho que tal cosa no era posible en nuestra época y que no había potencia alguna en el mundo a la cual se pudiera hacer tal ofensa.

Las gentes se preguntan todavía en los países neutrales qué objeto militar compatible con las reglas de la guerra civilizada persiguen los zeppelines que arrojan bombas sobre París. Nadie halla una respuesta satisfactoria y los periódicos más partidarios de la causa germánica se callan y hasta abrevian como avergonzados los relatos del *raid* aéreo, pasando especialmente en silencio el detalle de los niños que fueron muertos o heridos en sus lechos.

Las incursiones aéreas sobre París se comprendían cuando el ejército alemán avanzaba en Agosto a marchas forzadas sobre esa ciudad. Eran una manera de advertir su proximidad, de esparcir el terror entre los habitantes con la visión del ataque cercano. Se sacrificaban vidas inocentes, pero se daba el espectáculo aterrante con el cual se esperaba desmoralizar a los parisienses.

Pero ahora el ejército alemán está cada día más lejos de París y se mantiene desde hace varios meses en una defensiva, por cierto muy vigorosa, pero al cabo defensiva.

Y además se ha probado que la población de París no se aterra, sino que, por el contrario, recibe las visitas aéreas con la calma y buen humor que sin duda los corresponsales telegráficos han dado a conocer a los lectores.

Un distinguido caballero chileno que se hallaba en París durante el último ataque de los zeppelines, me describe sus impresiones de esa noche y las resume en estas palabras, a las cuales conservo toda su gráfica precisión y su colorido:

«Mis observaciones son: primero, la perfección de funcionamiento de los medios preventivos; el toque del *garde-a-vous* por los bomberos de cada barrio una hora antes de la llegada de los zepelines; el «cubre-fuego» instantáneo y completo; la tranquilidad y curiosidad de los habitantes que se apiñan en los balcones y pululan en la sombra de los boulevars atisbando el juego de las brochas luminosas de los reflectores que luego revelan un resplandeciente «salchichón», y ya no lo abandonan en sus evoluciones para escapar del chisporroteo de los *shrapnells* y de las parábolas fulgurantes de voladores *(fusées)* incendiarios, que desgraciadamente quedan cortos; y por último la rápida fuga y desaparición de los zeppelines.»

El mismo caballero observa dos puntos que confirman las reflexiones acerca de la cruel esterilidad de esta nueva forma de hacer la guerra: los zeppelines lanzaron más de 50 bombas, de las cuales apenas 20 estallaron; y, por su parte, los aeroplanos franceses no pudieron destruir uno solo de los enormes dirigibles alemanes, cuya velocidad es mucho menor y contra los cuales una flecha incendiaria hubiera bastado.

Los aviones pusieron en fuga a sus enemigos con su sola presencia, pero es indudable que si los zeppelines no pueden efectuar un bombardeo eficaz, tampoco pueden sus adversarios destruirlos con los medios de ataque de que hasta ahora disponen.

Si se piensa en el costo de los colosales zeppelines y el personal que exigen para su manejo y cuidado, y se le compara con los resultados obtenidos, se comprenderá

que no es exagerado el calificativo de ridículo que muchos periódicos neutrales han aplicado al raid de la otra noche, salvo el respeto y conmiseración que merecen las cinco o seis personas que fueron víctimas.

La destrucción de no combatientes por medio de submarinos es mucho más eficaz y el caso del vapor *Falaba* ha venido a dar un nuevo interés a las discusiones que se han producido en todo el mundo sobre su labor.

Esta forma de hacer la guerra naval está también destinada exclusivamente a producir terror, a impedir por medio del terror que los barcos mercantes lleguen a las costas inglesas o francesas. Así lo dicen las autoridades navales alemanas.

Ningún otro objeto se puede suponer, porque es de todo punto evidente que no hay en el mundo submarinos en número suficiente para cerrar el paso a los 2,500 o 3,000 barcos mercantes que cada semana entran a los puertos de los Aliados o salen de ellos. Se trata de echar a pique algunos, los que se pueda, con el objeto de atemorizar a los demás.

Insisto en llamar la atención hacia este sistema del terror, porque probablemente más tarde habrá que estudiarlo como una de las enfermedades mentales producidas por la guerra.

El vapor *Falaba* ha sido torpedeado antes de que sus pasajeros pudieran entrar en los botes de salvamento. Varios de los botes se hundieron cuando los pasajeros se embarcaban en ellos. Se han perdido más de cien vidas de no combatientes, beligerantes y neutrales.

Los diarios ingleses, apoyados en los relatos de náufragos recogidos en barcas pescadoras, han dicho que mientras el *Falaba* se hundía, el submarino daba vueltas en torno suyo y los marinos alemanes se burlaban con grandes risas de los esfuerzos de los pasajeros para escapar a la muerte.

Quiero poner en duda este detalle, aun cuando lo han afirmado personas respetables en sus declaraciones judiciales. Prefiero por el decoro de la especie humana creer

que se trata de una equivocación, de una alucinación propia de esa hora de rabia impotente.

Pero lo que no puede ser puesto en duda porque lo reconocen los periódicos alemanes y lo admite implícitamente el comunicado oficial alemán, es que el torpedo fué lanzado cuando aun los pasajeros no abandonaban el buque, que, por lo tanto, la muerte de un buen número de mujeres y niños, que en esos instantes bajaban a los botes, fue un acto voluntario, premeditado y que ninguna razón militar o naval justifica, y que el submarino no podía obrar así urgido por la falta de tiempo, porque todas las narraciones están contestes en que mediaron sólo cuatro minutos entre la orden de detenerse y el lanzamiento del torpedo, y el submarino tuvo todavía tiempo para girar en torno del buque náufrago, segun afirman los tripulantes de las embarcaciones que acudieron a salvar a los pasajeros.

El comunicado oficial alemán comienza por negar la acusación de que los marinos se burlaron de los náufragos. Se debe aceptar este desmentido, porque no es humano dejar a toda una nación bajo el peso de una deshonra como esa, mientras no haya pruebas de otro orden.

Pero el mismo comunicado agrega textualmente y como única explicación del caso del *Falaba*: «La decisión de Inglaterra de atacar los submarinos por medio de buques mercantes y dar premios a los que tengan éxito feliz, obliga a nuestros submarinos a proceder sin pérdida de tiempo. Por desgracia, con frecuencia es imposible para las tripulaciones salvar las vidas».

La regla general es bien sencilla: para que los buques mercantes no pretendan defenderse de que los hundan, es conveniente que perezcan mujeres, niños y demás pasajeros, y deben hundirse juntos neutrales y beligerantes, combatientes y los que no combaten.

Pero en el caso del *Falaba* no hay ni siquiera el pretexto, porque los mismos relatos alemanes del primer momento dejan ver que el vapor se detuvo a la intimación del submarino y su capitán se limitó a tomar las disposiciones para salvar a los pasajeros.

Hasta ahora los comandantes de submarinos alemanes habían procedido con ciertas precauciones humanitarias y hasta con cortesías que resultaban algo irónicas en las circunstancias. Daban diez minutos para desalojar el barco y esperaban que se alejaran los náufragos para aplicar su torpedo. Algunos llegaron hasta obsequiar cigarros hamburgueses a las víctimas.

El episodio del *Falaba* supera a todo lo que habíamos oído en la presente guerra y a cuanto nos ha enseñado la historia. Es simplemente macabro.

¡Y cuando se piensa en la inutilidad para los resultados finales de la guerra, de ese sacrificio de vidas inocentes, vidas de personas que no combatían y algunas de las cuales pertenecían a nacionalidades neutrales!

La semana del *Falaba*, que fué de las más activas de los submarinos, los puertos ingleses tuvieron un movimiento de 1,500 y tantos buques mercantes que entraron y salieron, cifra mayor que la de cualquiera otra semana anterior desde que comenzaron estas depredaciones navales.

Un comunicado alemán que ha visto la luz hoy, 3 de Abril, dice lo que sigue: «Desde el comienzo del bloqueo (18 de Febrero) 27 buques han sido echados a pique por submarinos. En la semana del 24 al 31 de Marzo 5 buques con un tonelaje total de 16,229 toneladas, han sido hundidos por submarinos».

De esos 27 buques, varios son neutrales y no pocos son pequeñas barcas a vela y hasta *trawlers* de pescadores.

¿Qué puede significar para la marina mercante británica, con más de 10,000 barcos, una pérdida de esa especie en mes y medio de pretendido bloqueo? ¿Qué esperanza hay de llegar a infundir el anhelado terror naval si el movimiento de los puertos ingleses y franceses ha aumentado desde el comienzo de las hazañas submarinas? ¿Quién puede creer en la fábula de sitiar por hambre a la Inglaterra, cuando se ve que los precios de la

mayor parte de los artículos alimenticios han bajado durante el mes de Marzo a causa del aumento de importaciones?

Lo único lógico es que la irritación causada por sacrificios tan crueles como el del *Falaba*, induzcan a los ingleses a adoptar medidas más y más rígidas, y lo único que asombra es que los Aliados hayan tenido el valor moral de no caer en la tentación de las represalias.

Es que en París y Londres no se cree que la guerra lo justifique todo y dé derechos para emplear ciertos medios que repugnan a la conciencia universal. La opinión de los neutrales cuenta para algo en aquellos gabinetes.

Evidentemente, no habrán de producirse protestas oficiales contra hechos como el hundimiento del *Falaba*. Una de las características de la diplomacia de nuestro tiempo es su respeto profundo a la violencia y al abuso de la fuerza. Los mismos Estados Unidos, que a ratos asumen un papel de árbitros, que por otra parte nadie les ha confiado, se guardan muy bien de hablar en otro tono que uno muy mensurado y amistoso, tanto a la Alemania como a la Gran Bretaña. Otra cosa sería si lo del *Falaba* lo hubiera ordenado Villa o Carranza en vez del Almirante von Tirpitz.

Pero basta leer los comentarios de la prensa neutral y los que uno recoge en los clubs, en las conversaciones, en los viajes, para comprender que estos episodios hacen daño a la causa alemana y disminuyen cada día el número de personas que simpatizan con ella. Esta vez con lo del *Falaba*, ni aun los órganos del clero español han hallado excusas.

Tratándose de una nación como la Alemania, que ha dado tantas pruebas de valor colectivo e individual y de tan maravillosa organización militar y naval, actos como éstos sólo se explican por el estado de ánimo que se debe producir en un país cercado de enemigos, cuyo formidable avance ha sido detenido y que siente crecer las dificultades en torno suyo.

El pueblo alemán ha hecho gloriosos sacrificios y aceptado heroicamente las consecuencias de la guerra. Pero ahora se da cuenta de que, no obstante sus esfuerzos, no se rompen las barreras rusas ni mucho menos las anglo-franco belgas, y comienza el temor de que la potencia naval de la Gran Bretaña reduzca a la población del Imperio a lamentables condiciones por la escasez de alimentos.

Se produce entonces una desesperación ciega y terrible a cuyo impulso se deben acciones que lamentamos por el buen nombre de Alemania y por la humanidad.

La desesperación no justifica, pero explica.

XXXIII

La guerra sin fin

Ilusiones de una terminación de la guerra en el presente año.—Los frentes son los mismos que en el invierno.—Hechos nuevos que no dan todavía resultados.—Cambio en la actitud de los beligerantes.—La Alemania se resigna definitivamente a la defensiva.—Los aliados toman la ofensiva.—Debilitamiento gradual, aunque lento, de la potencia germánica.—Igual número de hombres, pero inferior calidad.—El primer ejército alemán ha desaparecido.—Hábil política francesa para economizar hombres.—Los contingentes frescos de la Gran Bretaña.—Falta de plan de conjunto de los aliados.—Esfuerzos que se esterilizan porque no son armónicos.—La Italia en la lucha.—Probabilidades de que habrá guerra de trincheras austro-italianas.—El sitio de la fortaleza germánica será largo, pero sus resultados son evidentes y fatales.

Lausanne, 5 de Junio de 1915.

Si en los países neutrales las gentes van pasando los meses de guerra sostenidas por la ilusión de que el mes próximo traerá la paz, las poblaciones beligerantes, aun cuando tienen delante de sí el horrendo espectáculo y sufren en carne propia, son también dadas a esperanzas ilusorias de esta naturaleza.

Durante el invierno último se repitieron en todas las conversaciones y hasta en la prensa las alentadoras frases: «Ya veremos en la primavera. La guerra no llegará al verano. En Mayo se verificará el gran avance de los aliados».

La primavera está terminando. El verano comienza.

El gran avance general no se ha verificado y no hay probabilidades de que se verifique tan luego o de que sea tan grande si se le llega a intentar.

La verdad es que la situación militar por lo que respecta a las posiciones que en el terreno ocupan los beligerantes sigue siendo, con ligerísimas variantes, la misma que era en Enero último y que no hay razones serias para creer que ese estado de cosas se puede alterar sustancialmente en plazo breve, digamos durante el verano y otoño que vienen.

Los alemanes han perdido algún terreno en su línea de Francia y Bélgica. Ha habido progresos sensibles de los franceses y los ingleses y aun los belgas. Pero son progresos que sólo es posible señalar en los mapas a grande escala que se usan ahora para seguir las operaciones. En realidad, el ejército alemán sigue peleando en territorio enemigo, sobre el cual vive, al cual somete a un régimen ferozmente implacable, sin tener que guardar consideraciones ni a vidas ni a propiedades. Y los aliados siguen viendo su propio territorio ocupado en esa forma, sin lograr expulsar al enemigo.

En oriente los rusos habían hecho un progreso considerable y se asomaban ya por encima de los Cárpatos, amagando el corazón del Imperio austro-húngaro, cuyo ejército era impotente para detenerlos. Pero acudieron los alemanes en socorro del aliado, y en defensa propia en buenas cuentas, organizaron la campaña, tomaron la dirección de todos los servicios, que andaban bastante mal, y empujaron de nuevo a los rusos hacia atrás hasta hacerles perder prácticamente todo el terreno ganado desde el comienzo del año.

Se han producido hechos nuevos, o mejor dicho nuevos frentes de batalla, en los Dardanelos y en los Alpes que separan al Austria de la Italia. En el primero hay una lucha encarnizada que se parece bastante a la de los otros frentes, sólo que se desenvuelve en menor escala, sobre una línea corta flanqueada por mares, y no es fácil decir hasta cuando seguirá en las mismas condiciones. La guerra en la frontera austro-italiana da sus primeros

pasos y como más adelante veremos, tiene trazas de detenerse también en un sistema de trincheras, tarde o temprano.

En suma, no hay alteraciones sustanciales, fuera de la entrada en campaña de la Italia y de la empresa contra Constantinopla. Las líneas de combate de Francia y Flandes, como las de Polonia y Galicia, son más o menos las mismas que conocíamos en Enero.

Si las líneas son las mismas, no se puede decir igual cosa del carácter que a la lucha dan los beligerantes. En este punto hay una modificación profunda y que es menester señalar muy especialmente.

Hasta el fin del año anterior y aun en los primeros meses del presente, el ejército alemán era el ejército atacante, la ola gigantesca que lo arrollaba todo en todos lados, la masa colosal que iba a caer sobre sus enemigos en forma irresistible. Los aliados se limitaban a defenderse y con dolorosas experiencias.

Hoy los alemanes se defienden y los aliados atacan. Una revisión cuidadosa de los boletines oficiales franceses y alemanes de los últimos tres meses basta para darse cuenta de este hecho importantísimo. Los boletines alemanes hablan incesantemente de «ataques franceses que hemos rechazado con grandes pérdidas para el enemigo», «todos los ataques franceses, o los ataques ingleses o los ataques belgas, han sido rechazados» y luego añaden con su curioso sistema de conjeturas que carecen de valor: «el enemigo ha debido perder según nuestros cálculos 10,000 o 20,000» o el número de hombres que les da la gana suponer. Los boletines de los tres ejércitos aliados hablan siempre de ataques, unas veces afortunados, otras estériles, pero siempre ataques vigorosos que les permiten progresar de una trinchera a otra, de una casa de la aldea a la vecina.

Todas las disertaciones alemanas no lograrán destruir este hecho, pero hay además una confesión en las órdenes de regimientos que se han encontrado en los bolsillos de oficiales muertos y en las cuales se incita a las tropas a defender el territorio nacional y se les presenta

el cuadro de sus hogares destruídos si los franceses e ingleses lograran penetrar en tierra germánica. Estamos lejos de los días en que se les excitaba con la perspectiva de llegar pronto a Calais y pasar de ahí a París y a Londres en una excursión de placer.

Es cierto que la Alemania ha debido ocuparse en los últimos dos meses en auxiliar a su aliada, que no podía con los rusos, pero aun antes del esfuerzo hecho para desalojar al ejército del Gran Duque de la falda de los Cárpatos, la ofensiva alemana en Flandes y Francia estaba virtualmente terminada. Además, esto confirmaría la impresión de que ya la Alemania no puede con los dos frentes, y cuando pone su interés en sostener uno, debilita el otro.

Este debilitamiento gradual, apenas sensible, pero efectivo, de las fuerzas alemanas, no se debe a falta de hombres. Ya hemos demostrado con datos que el tiempo ha venido confirmando uno por uno, cómo la Alemania tiene hombres para mucho tiempo más, y cómo tenía la posibilidad de mantener en ambos frentes durante el verano más o menos el mismo número que tuvo en el invierno y durante los períodos de la gran ofensiva.

Las nuevas divisiones, cuya organización anunciamos hace varios meses, están ya en parte en el frente, o mejor dicho en los frentes, y otras continúan su instrucción. No queremos repetir aquí esos datos que, por otra parte, son conocidos y se han divulgado en el mundo entero, porque todos los hemos obtenido en las mismas fuentes, o sea en las completísimas publicaciones hechas en Francia antes de la guerra y que entonces nadie leía, sino los profesionales.

Pero, como antes tuvimos ocasión de explicar, la calidad de estos nuevos contingentes es absolutamente diversa de las tropas de primera y segunda línea que la Alemania presentó en los campos de batalla del otoño e invierno de 1914-15, y es solamente su calidad, y nó su número, que sigue más o menos sin alteración, lo que da origen al debilitamiento de la fuerza germánica.

El ejército alemán ha perdido unos 250,000 hombres por mes. El coronel Repington, crítico del *Times*, cree poder fijar esta suma en 300,000. Me parece exagerado. Del análisis de las listas publicadas, que no están completas, pero que dan base para un cálculo serio, creo poder deducir la cifra de 250,000 hombres entre muertos, heridos que no vuelven y prisioneros o desaparecidos.

Por lo tanto, se puede afirmar que el ejército alemán que entró en campaña en Agosto de 1914, el que arrasó la Bélgica y llegó a las puertas de París, el que al mando de Hindenburg amenazó Varsovia, ha desaparecido casi completamente.

Los hombres que ahora se baten con un esfuerzo desesperado para cerrar el paso a los aliados, son de muy diversa calidad, pertenecen a la Ersatz y al Landsturm, son despojos del primer ejército, son individuos a quienes se había rechazado en los primeros meses por deficiencia física, porque no correspondían a la perfección maravillosa de las tropas de aquellos días. Gran parte de estas nuevas unidades no habían recibido instrucción militar antes de la guerra, y es sabido (en Chile tenemos la declaración repetida de los oficiales instructores que han estado en nuestro país) que el alemán no se hace soldado tan rápidamente como se cree, tanto a causa de su mentalidad, como por lo complicado de los métodos. Nuestros instructores alemanes envidiaban la prontitud con que el chileno se convierte en un buen soldado moderno en ocho o diez meses.

No es menos grave el hecho de que los oficiales alemanes y austriacos han perecido en tal número que ya la instrucción de los nuevos contingentes y el comando adecuado de los que se baten comienza a ser un problema serio. Las notas encontradas en el cadáver del capitán Sievert demuestran que ahora son frecuentes los errores, las contradiciones, las pérdidas de hombres por deficiencia del comando, por atolondramiento o inexperiencia.

En Austria el mal es tan profundo que ya hay tenientes de la reserva al mando de batallones del ejército activo y los regimientos de la reserva están mandados por

capitanes que antes de la guerra habían obtenido su retiro absoluto por edad.

La situación de los aliados es, sin duda, mejor que la de su poderoso adversario y permite ahora este cambio de posiciones, es decir, que los Aliados ataquen, mientras los alemanes se defienden, sin ser todavía una situación sólida y segura que autorice para augurar una victoria próxima.

La Francia no tiene, a causa de su reducida población, muchas posibilidades de presentar nuevos millones de hombres en el campo, pero el general Joffre, aunque no hubiera mostrado el genio militar que sus enemigos le reconocen, sería uno de los capitanes del siglo por la habilidad paciente, perseverante, ingeniosa con que ha economizado sus hombres. Este meridional nacido en las faldas de los Pirineos, con algo de la tenacidad de los vascos y de los catalanes, no se ha deslumbrado un solo momento con el afán tan francés, tan latino, de cubrirse de gloria en una gran batalla, en una acción brillante aunque costosa, y ha preferido la guerra oscura, la guerra lenta, la guerra de resistencia, de *aguante*, como diría un chileno, con el fin de economizar hombres, lo que era la primera necesidad de su país.

Mientras la Alemania lanzaba sobre las trincheras francesas aquellas masas profundas, aquellas falanges como nubes tempestuosas, que dejaban el campo cubierto de millares de cadáveres, los franceses hacían la guerra sorda, oculta, sacrificándolo todo a esta sola idea: economizar hombres cuanto se pueda, hasta donde sea compatible con la obligación de contener el avance enemigo.

Así se replegó sobre París el ejército de Joffre entero, organizado, capaz de caer en seguida sobre los alemanes, y así ha seguido peleando con precauciones que la experiencia ha permitido perfeccionar. Los alemanes no podían imitarlo, porque su único plan posible era obtener una victoria rápida. El agresor necesita dar un golpe fulmíneo o está perdido.

A lo que es menester añadir, que las reservas francesas han sido sabiamente manejadas y hay en estos momentos todos los hombres necesarios para reemplazar a los que caen y algunos cientos de miles que reciben su instrucción y que serán la flor de la juventud que debía incorporarse al ejército en 1915 y 16.

Los que positivamente están en condiciones ventajosas son los ingleses, porque mientras los alemanes descienden en calidad, ellos la mejoran constantemente y reemplazan su antiguo ejército de veteranos, admirable, y que dió resultados asombrosos para su escaso número, por la juventud más sana, más fuerte, más granada del Reino y de las colonias. Los alemanes recogen ahora lo que rechazaron en los primeros momentos, es decir, los hombres que entonces fueron considerados de notoria inferioridad física. Los ingleses incorporan masas de jóvenes que corresponden rigurosamente al perfecto ideal del soldado moderno. Y hay que repetirlo: el inglés se hace soldado con rapidez, tanto por su perfecta educación física debida a los *sports*, como porque sus métodos son simples, prácticos, tienen menos ciencia decretada en libros y reglamentos, y más sentido de la vida, de lo real y lo indispensable. Cada inglés es una personalidad definida, cualquiera que sea su condición social, y sus iniciativas suplen la falta de preparación sistemática anterior.

Los rusos continúan sufriendo las consecuencias de su desventajosa posición. No han de ser hombres los que les falten y ahora que alemanes y austriacos han perdido sus ejércitos de primera línea, quedan los rusos en condiciones de medirse con ellos. Pero apenas se alejan de sus puntos de apoyo y de sus escasos ferrocarriles, la dificultad de proveerse de víveres y municiones los obliga a ceder el terreno ganado con grandes sacrificios.

Si algo se puede y debe observar a los aliados es que aparentemente falta entre ellos un plan común de acción que permita apoyarse mutuamente y aprovechar la exis-

tencia de dos frentes y ahora de tres con la entrada de la Italia.

No cabe ninguna duda que los rusos han soportado durante varios meses todo el peso alemán y austriaco, sin que el frente occidental diera señales enérgicas de que se estaba urgiendo por ese lado al enemigo. La presión germánica no fué descargada. Se siente la falta de unidad de acción, de una labor combinada.

Esa unidad es perfecta en Alemania y Austria, sobre todo desde que los alemanes han tomado la dirección de los negocios austriacos y están organizando la campaña de sus aliados hasta en sus menores detalles, sin perdonar ni los servicios sanitarios, ni los de intendencia.

Es posible, y debemos creerlo así, que ha habido dificultades insubsanables para establecer la marcha armónica de los ejércitos aliados; pero, si no se llega a un acuerdo a ese respecto, de modo que a cada movimiento de uno de los frentes corresponda otro combinado de los otros dos, se perderán muchos esfuerzos y se retardará más aun el desenlace favorable.

La entrada de Italia en la liza de las naciones no se aprovechará como se puede y debe aprovechar si no se produce la combinación inteligente y preestablecida de los esfuerzos que se hacen en Flandes y Francia, en Polonia y Galicia, en el Trentino y el Isonzo para asaltar la fortaleza germánica.

La modificación valiosa que han hecho los aliados en su posición militar ha sido sin duda la participación de la Italia en la guerra.

Los Imperios centrales se hallan en presencia de un nuevo enemigo, que no es el menor de todos, y que en estos momentos puede ser considerado como el que tiene una preparación más completa.

Durante diez meses ha preparado la Italia su ejército y su escuadra, recogiendo sabiamente todas las lecciones que la guerra iba dejando tras de sí y colocándose en situación de evitar los errores que otros cometieron.

En otra oportunidad hemos de ocuparnos en el ejército italiano, cuyas falanges marchan ahora con un ímpetu admirable, a la conquista de los Alpes, que en lo sucesivo serán perpetuamente italianos.

Por desgracia, el terreno en que debe operar el ejército del Rey Víctor Manuel es poco favorable y se debe esperar que dentro de algunas semanas, y no obstante su ímpetu, su preparación, la excelencia de sus tropas de infantería y el poder de su artillería comparable a la francesa, tendrán que detenerse ante la guerra de trincheras y quedar por algún tiempo más o menos, tan inmovilizados como lo están franceses, ingleses, belgas y alemanes en occidente.

Un estudio del mapa convencerá a cualquiera de que no es difícil para los alemanes organizar en aquellas montañas una defensa muy eficaz, será una guerra de montaña, la más penosa y más fatigante de todas.

Que los italianos vencerán, nadie lo pone en duda. Llegan a la lucha con elementos frescos, jóvenes, nuevos, con una acumulación de experiencia enorme. Tienen delante a un enemigo combatido en otros dos frentes. Llegarán a sus objetivos y con ello prestarán a sus aliados un servicio de incalculable valor.

Pero todo eso será largo. Nadie puede hacerse la ilusión, y en Italia nadie se la hace, de que la campaña del Trentino y Trieste será corta.

El aspecto de conjunto de la situación militar se puede definir diciendo que la Alemania y el Austria son hoy una vasta fortaleza enclavada en el centro de la Europa y rodeada por enemigos que la sitian.

Los defensores de la primera línea han muerto. Los que los reemplazan son gente de inferior calidad, pero los hay en número suficiente para reemplazar a los que cayeron, y con el mismo espíritu resuelto de batirse hasta morir.

Esta guarnición de la gran fortaleza germánica hace salidas periódicas, como las de Polonia y Galicia, como

las que antes se intentaban sobre Calais, sobre Reims, sobre Ipres; pero, son salidas que terminan con el regreso a la fortaleza, al interior de las fuertes líneas de defensa.

Dentro de la fortaleza todo está organizado para resistir largo tiempo: la fabricación de municiones, los alimentos, el reemplazo de los hombres que van cayendo a millares.

Pero, como ocurre en todos los sitios, mientras dentro los medios de defensa, los hombres, los víveres, los pertrechos, tienen que disminuir, aunque sea con mucha lentitud, fuera los enemigos aumentan su número y tienen abierto el mundo para proveerse de cuanto les hace falta. Llegará un día en que la fortaleza se debilitará, y ya hay signos de debilitamiento, y tendrá que caer.

Los defectos de organización de los sitiadores, su falta de preparación para una guerra de tal magnitud, todo se puede subsanar, todo se subsana.

Lo que no tiene remedio en lo humano, es que una nación encerrada dentro de sí misma, batiéndose contra el mundo, tiene que ser vencida.

Es una cuestión de tiempo. Mi impresión es que será cuestión de mucho tiempo, de años enteros añadidos al que ya está terminado. Los elementos que en hombres y pertrechos y víveres tiene la Alemania autorizan esta manera de pensar.

Pero como la Europa está resuelta a no permitir que la Alemania establezca su hegemonía sobre el continente, y hay el propósito de acabar de una vez con el militarismo prusiano, que durante toda la segunda mitad del siglo XIX ha mantenido a la Europa en armas, los años no importan y se luchará hasta lograr el objetivo.

Esto va lentamente y hay guerra para mucho tiempo. Es lo único que se puede decir, aunque sea en realidad, muy poco.

B

Cosecha de sufrimientos

XXXIV. Prisión del Cardenal Mercier.
XXXV. Prisioneros de guerra.
XXXVI. Martirio y resurrección de Polonia.

XXXIV

Prisión del cardenal Mercier

La pastoral culpable

Noticias contradictorias.—La personalidad del cardenal Mercier. —Un documento que da luz.—La doctrina católica sobre la libertad de los obispos.—El Gobierno alemán y el catolicismo. —La Pastoral y los padecimientos de la Bélgica.—Destrucción de poblaciones.—Lovaina.—La Iglesia desolada.—Clérigos y religiosos fusilados.—¿Cuál es la autoridad legítima en Bélgica?—El sostenimiento al invasor.—La palabra del Pontífice.

Londres, 20 de Enero de 1915.

Intencionadamente he dejado pasar dos semanas desde que se publicó la noticia de que el cardenal Mercier, arzobispo de Malinas y Primado de Bélgica, había sido reducido a prisión por las autoridades militares alemanas.

Reinaba no poca obscuridad en torno de este delicado asunto.

Por una parte los corresponsales holandeses afirmaban que el cardenal estaba preso en su habitación, a cuya puerta había centinelas, y, lo que es más, el Rey Alberto había enviado al Sumo Pontífice un telegrama en que denunciaba la prisión del cardenal y le pedía que interviniera en su favor.

Por otra, llegaba de Berlín una declaración según la cual el cardenal Mercier había publicado una Carta Pastoral, cuyos conceptos de exaltado patriotismo podían

producir perturbaciones del orden; las autoridades militares alemanas le habían hecho observaciones y el cardenal había consentido en que la Pastoral no fuera leída en las iglesias; «el incidente, decía la declaración oficial alemana, no tiene importancia y está satisfactoriamente terminado».

Los corresponsales holandeses pusieron el grito en el cielo y afirmaron que el comunicado alemán faltaba a la verdad, que el cardenal estaba preso; puesto que se le había impedido ir a Amberes donde debía presidir las fiestas de la consagración de la Bélgica al Sagrado Corazón, y que se habían apostado centinelas en los púlpitos de las principales iglesias para impedir la lectura de la Pastoral.

Era seguro que había exageraciones de un lado para aumentar y del otro para disminuir la gravedad del episodio; pero, de cierto, algo grave pasaba con el cardenal, puesto que el Rey de Bélgica se dirigía al Papa, y toda comunicación con el célebre prelado belga parecía cortada. En Roma no se recibía despacho alguno suyo.

La sensación producida era muy grande en toda la Europa. El cardenal Mercier es una de las figuras más ilustres del mundo religioso y tiene una reputación grandísima de santo y de sabio.

Es un hombre de 67 años, alto, flaco, con una fisonomía ascética en que los ojos luminosos y serenos temperan la enérgica expresión voluntariosa de la boca y la altivez del perfil.

Es autor de una serie de obras de filosofía,—«Metafísica General», «Orígenes de la Psicología Contemporánea» y otras varias—frutos de sus estudios y leccciones en la Universidad de Lovaina que fué por muchos años el centro de sus trabajos. Se le considera uno de los grandes restauradores modernos de la filosofía escolástica y para impulsar los estudios de ese orden fundó la «Revue Néo-Scholastique».

¿Estaba o nó prisionero el cardenal Mercier?

Hoy nos llega por fin un documento emanado del mismo arzobispo, que arroja luz sobre el incidente. Es una carta del cardenal a su clero, fechada el 10 del presente y que publica el *Tyd* de Amsterdam.

Dice así:

«Sin duda habéis leído la comunicación que el Gobierno alemán de Bruselas ha publicado en la prensa diaria y en que declara que «el cardenal arzobispo de Malinas no ha sido estorbado en lo más mínimo en el ejercicio de sus funciones episcopales.»

«Los hechos muestran cuan lejos de la verdad está esa información. En la tarde del 1.º de Enero y el día siguiente los soldados alemanes entraron por la fuerza en las residencias de los curas, se apoderaron de mi Carta Pastoral y, contra mis órdenes episcopales, prohibieron su lectura a los fieles, amenazando con los más severos castigos, que serían infligidos a los curas y a sus parroquias. No se respetó mi propia dignidad. El 2 de Enero a las 6 de la mañana recibí orden de comparecer inmediatamente a la presencia del gobernador general alemán para dar cuenta de mi pastoral. Al día siguiente se me prohibió asistir a los oficios de la Catedral de Amberes. Finalmente, se me impidió viajar con el objeto de visitar a los demás obispos de Bélgica.»

«Vuestros derechos y los míos han sido violados. Como ciudadano belga, como Pastor y como miembro del Sacro Colegio Cardenalicio, protesto enérgicamente. Sea cual fuere la interpretación que otros den a mi Pastoral, la experiencia ha probado que no causa peligro de rebelión. Por el contrario, ella ha servido para calmar los ánimos de las gentes y apaciguarlos. Os felicito por haber cumplido vuestro deber.»

Se ve ya un poco más claro. El cardenal no ha sido aprehendido como un criminal, pero se le ha privado de la libertad de comunicarse con su clero y fieles y del derecho de moverse dentro del país en que ejerce su ministerio.

Puede esto parecer una distinción sutil para los no católicos, pero es un punto en extremo grave para los que conocen las doctrinas de la Iglesia Romana a este respecto.

El derecho de libre comunicación de los obispos con la Santa Sede y con su clero y fieles es uno de aquellos que la Santa Sede y el Episcopado han sostenido siempre como esencial e inalienable. Sólo la fuerza ha podido impedir que un obispo católico renuncie a esa libertad que es deducción inmediata del mandato de Jesucristo a los Apóstoles: «Id y enseñad a todas las gentes». Ningún poder humano puede impedir que un obispo católico enseñe lo que cree de su deber enseñar. Esta es la doctrina que profesa la Iglesia y de la cual no sabemos que se haya apartado jamás. Cuando no ha podido aplicarla, ha protestado de la violencia que se le hacía.

De suerte que aun cuando no haya habido prisión en el sentido riguroso de la palabra, la prohibición de leer la Pastoral en los templos y el impedir a un obispo sus movimientos dentro del país en que ejerce su ministerio, tienen que ser a los ojos de Roma y de todos los católicos atentados muy graves contra la libertad de la Iglesia.

Es peligroso enredarse en cuestiones con los obispos católicos, y Bismarck lo sabía demasiado bien. Resultan por ahí unos viejos inermes que desafían a los poderes de la tierra con la conciencia de que en definitiva no es la fuerza física la que gana el pleito cuando se pone en pugna con el derecho.

Por otra parte, el incidente es extraño y debe atribuirse más que a otra cosa a un exceso de celo y de espíritu de cuartel de algún militar, porque el Gobierno alemán tiene motivos para ser extremadamente deferente con los católicos y desde que el propio Bismarck comenzó a deshacer la obra del «Kulturkampf», no ha habido en Alemania sino respeto y consideraciones para el catolicismo que profesan poco menos de la mitad de los súbditos del Imperio.

Seguramente, el episodio está terminado, como dijeron

de Berlín. Ha debido quedar terminado apenas se supo en Berlín lo ocurrido en Malinas y cuando Roma pidió explicaciones.

La prueba es que ahora nos llega la carta del cardenal, que hemos citado más arriba y que no parece haber sido interceptada.

Entre tanto, y para que el público pueda formarse concepto cabal de este incidente, voy a hacer un resumen y traducción de los pasajes de la Pastoral del cardenal Mercier, que han podido dar origen a la prohibición militar de que fué objeto.

La Pastoral ha sido leída en las iglesias de Francia e Inglaterra y difundida ampliamente en estos países.

Comienza el cardenal recordando que a principios de Agosto hubo de trasladarse a Roma para cumplir sus deberes en la elección del nuevo Pontífice y agrega:

«Fué en Roma donde recibí las noticias — golpe tras golpe — de la destrucción parcial de la Iglesia Catedral de Lovaina, luego después del incendio de la Biblioteca y las instalaciones científicas de nuestra gran Universidad y la devastación de la ciudad, y por fin el fusilamiento en masa de los ciudadanos, las torturas infligidas a mujeres y niños y a hombres desarmados e indefensos. Y cuando estaba todavía bajo el peso de estas calamidades, el telégrafo trajo nuevas del bombardeo de nuestra hermosa Iglesia Metropolitana, de la iglesia de Nuestra Señora *au-delá-la-Dyle*, del Palacio Episcopal y gran parte de nuestra querida ciudad de Malinas.»

Entra en seguida en reflexiones de un alto misticismo sobre lo que los padecimientos deben ser para los cristianos, quienes, a imitación del Salvador Divino, no deben revolverse contra el dolor, sino aceptarlo con humildad. La doctrina del sufrimiento como una ley forma en rigor, con la del patriotismo, el fondo de la Pastoral. El título del documento es, por otra parte, «Patriotismo y sufrimiento».

En frases elocuentes saluda a los soldados que han dado sus vidas por la independencia de la Bélgica y enu-

mera los servicios que el ejército belga ha prestado y sigue prestando a la patria y a la causa del derecho en Europa, e incita a los fieles a que oren incesantemente por los soldados: «Rogad por vuestros hermanos en armas, rogad por los caídos, rogad por los que a estas horas combaten, rogad por los reclutas que se preparan a los combates futuros».

Después de recordar las palabras y el espíritu del Libro de Job en aquel pasaje en que el Santo, agobiado por todas las desventuras, halla todavía fuerzas en su fe para reprochar a su mujer que duda de la bondad divina, el cardenal dice:

«Mejor que otro hombre cualquiera conozco yo lo que ha sufrido nuestro desgraciado país. Y confío en que ningún belga dudará de lo que sufro en mi alma como ciudadano y como obispo en presencia de toda esta aflicción. Estos cuatro meses me han parecido edades. Por miles han sido segados nuestros bravos; esposas y madres lloran a los que nunca volverán a ver; desolados están los hogares; la horrenda pobreza se esparce, la angustia crece. En Malinas y Amberes las poblaciones de dos grandes ciudades han sido entregadas a un continuo bombardeo, hasta la agonía de la muerte, una durante 6 horas y la otra por 34 horas. He atravesado la mayor parte de los distritos más terriblemente devastados en mi diócesis; y las ruinas que he visto y las cenizas eran más espantosas que cuanto yo podía imaginar, aun cuando me preparaba para lo más triste. Otras secciones de mi diócesis que no he tenido aún tiempo para visitar, han sido arrasadas de la misma manera. Iglesias, escuelas, asilos, hospitales, gran número de conventos, están en ruinas. En Werchter-Wackerzeel, por ejemplo, de 380 casas quedan 130; en Tremeloo dos tercios de la ciudad han sido derribados; en Rueken quedan 20 de las cien casas que había, en Schaffen han sido destruidas 189 casas de las 200 que había y sólo 11 están en pie. En Lovaina la tercera parte de los edificios están en el suelo; 1,074 habitaciones han desaparecido; en la región y los suburbios 1,823 casas han sido incendiadas.»

«En esa amada ciudad de Lovaina, que vive perpetuamente en mis pensamientos, la magnífica iglesia de San Pedro nunca recobrará su pasado esplendor. El antiguo colegio de San Ives, las escuelas de arte, las escuelas consular y comercial de la Universidad, los viejos mercados, nuestra rica biblioteca con sus manuscritos únicos e inéditos, sus archivos, su galería de grandes retratos de ilustres rectores, cancilleres y profesores que databan desde la fundación y que preservaban lo mismo para los maestros que para los estudiantes una noble tradición y era un estímulo a sus estudios, toda esa acumulación de tesoros intelectuales, históricos y artísticos, fruto de los trabajos de cinco siglos, todo está reducido a polvo.»

«Muchas parroquias han perdido su pastor. Suena aún en mis oídos la dolorida voz de un anciano a quien pregunté si se había celebrado la misa el domingo en su derruída iglesia. «Hace dos meses, me dijo, a que no tenemos iglesia». El párroco y su ayudante habían sido internados en un campo de concentración.»

«Miles de ciudadanos belgas han sido de igual manera deportados a las prisiones de Alemania, a Munsterlager, a Celle, a Magdeburgo. Sólo en Munsterlager hay 3,100 prisioneros civiles. La historia dirá los tormentos físicos y morales de su largo martirio. Centenares de hombres inocentes han sido fusilados. No poseo la necrología completa; pero sé que 91 fueron fusilados en Aerschot y que, bajo pena de muerte, sus conciudadanos fueron obligados a cavarles una sepultura. En el grupo de las comunas de Lovaina, 176 personas, hombres y mujeres, ancianos y criaturas de pecho, ricos y pobres, sanos y enfermos, fueron fusiladas o quemadas.»

«Sé que solamente en mi diócesis, trece clérigos o religiosos fueron muertos. Uno de ellos, el párroco de Gelrode, sufrió un verdadero martirio. Hice una peregrinación a su tumba y en medio del pequeño rebaño que no ha mucho alimentaba con el celo de un apóstol, le pedí que desde lo alto de los cielos vele por su parroquia, su diócesis, su patria.»

El cardenal da la siguiente lista de los sacerdotes de la diócesis de Malinas que fueron fusilados: «Duperrieux, de la Compañía de Jesús; Hermanos Sebastián y Allard, de la Congregación de los Josefitas; Hermano Cándido, de la Hermandad de la Misericordia; Padre Maximino, capuchino, y Padre Vicente, de los Conventuales; Lombaerts, cura de Boven-Loo; Goris, cura de Antgarden; Carette, profesor del Colegio Episcopal de Lovaina; de Clerck, cura de Bueken; Dergent, cura de Gelrode; Juan Wouters, cura de Pont-Brulé. Y agrega: «Tenemos razones para creer que el cura de Hereent, Van Bladel, también recibió la muerte, aunque hasta ahora no se ha podido encontrar su cuerpo».

Observa en seguida el cardenal que el número de sacerdotes fusilados es mucho mayor en las otras diócesis, particularmente en Liege, Namur, Andenne, Dinant, Tanines, Charleroi y otras ciudades.

«Hasta donde yo he podido tener conocimiento, dice, más de treinta fueron fusilados en la diócesis de Namur, Tournai y Liege: Schlogel, cura de Hastieres; Gille, cura de Couvin; Pieret, cura de Etalle; Alexandre, cura de Mussy-la-Ville; Marechal, del Seminario de Maissin; el Padre Gillet, benedictino de Maredsous; el Padre Nicolás, Premonstratense, de la Abadía de Leffe; dos Hermanos de la Congregación de los Oblatos; Poskin, cura de Surice; Hotlet, cura de Les Alloux; Georges, de la parroquia de Tintigny; Glouden, de la de Latour; Zenden, sacerdote jubilado de Latour; Jacques Druet, de la de Acoz; Pallart, de la de Roselies; Labeye, de la de Blegny-Frembler; Thielen, de la de Haccourt; Jansen, de la de Heure-le-Romain; Chabot, de Foret; Dassogue, de Hockay; Reusonnet, párroco de Olme; Bilande, capellán del Instituto de sordo-mudos de Bouge; Docq y otros.»

Tras de la enumeración de los padecimientos, el cardenal dice: «Nada tenemos que contestar. La respuesta es el secreto de Dios». Y exhorta a los fieles a dejar en manos de Dios el misterio de la terrible prueba a que ha sido sometida la Bélgica.

Explica en seguida el deber cristiano de amar a la pa-

tria y dar la vida por su independencia, con la certidumbre de obtener una alta recompensa en la otra vida.

En la segunda parte de la Pastoral, el cardenal Mercier examina la cuestión de derecho y declara que los belgas no podían «en conciencia» hacer otra cosa que resistir hasta la muerte la invasión alemana violatoria de los tratados que aseguraban la neutralidad del reino.

En seguida aconseja a los fieles que se abstengan de murmurar y de quejarse. «¿Qué son vuestros sufrimientos, les dice, comparados con los de los 40,000 belgas que han dado la vida por la patria? Dejad que el patriotismo de nuestro ejército, el heroísmo de nuestro rey, la magnanimidad de nuestra amada reina, sirvan para estimularnos y sostenernos. No nos lamentemos más. Seamos dignos de la próxima liberación. Apresurémosla con nuestras virtudes más que con nuestras oraciones. Valor, hermanos! Los sufrimientos pasan, la corona de vida para nuestras almas, la corona de gloria para nuestra patria, no pasarán».

Aborda después el delicado punto de las relaciones entre los belgas y las autoridades alemanas:

«No os pido que renunciéis a vuestras aspiraciones nacionales. Por el contrario, sostengo que es parte de mis obligaciones episcopales instruiros sobre vuestros deberes respecto a la Potencia que ha invadido nuestro suelo y ocupa la mayor parte de nuestro país. La autoridad de esa potencia no es una autoridad legítima. Por lo tanto, en alma y conciencia no le debéis ni respeto, ni adhesión, ni obediencia.»

«La única autoridad legítima en Bélgica es la de nuestro rey, nuestro Gobierno, los representantes elegidos por la nación. Sólo esta autoridad tiene derecho a nuestra afección y sumisión».

«Así, pues, los actos de pública administración del invasor no tiene en sí mismos autoridad; pero la autoridad legítima ha ratificado tácitamente aquellos de entre esos actos que afectan el interés general y esta ratificación, y sólo ella, les da valor jurídico.»

«Provincias ocupadas no son provincias conquistadas.

Bélgica no es más provincia alemana que la Galicia provincia rusa. Sin embargo, la parte ocupada de nuestro territorio se halla en una situación que debe soportar. La mayor parte de nuestras ciudades capitularon bajo condiciones que estamos obligados a cumplir. Desde el comienzo de las operaciones militares, las autoridades civiles del país urgieron a todos los ciudadanos para que se abstuvieran de actos hostiles contra el ejército enemigo. Esas instrucciones están vigentes. Es nuestro ejército y solamente nuestro ejército, en unión con las valerosas tropas de nuestros aliados, quien tiene el honor y el deber de la defensa nacional. Confiemos al ejército nuestra liberación final.»

«Respecto de las personas de aquellos que ejercen dominio sobre nosotros por la fuerza de las armas y que seguramente no podrán menos que apreciar la caballeresca energía con que hemos defendido y seguimos defendiendo nuestra independencia, debemos conducirnos con la necesaria paciencia. Algunos de ellos se han declarado prontos a mitigar hasta donde sea posible la severidad de nuestra situación y a ayudarnos a recobrar un mínimum de nuestra vida cívica regular. Observemos las reglas impuestas por ellos siempre que no violen nuestra libertad personal, nuestra conciencia de cristianos o nuestros deberes con la patria.»

A continuación recomienda al clero que ejerza toda su influencia con el pueblo para mantener el orden público. Rinde tributo al celo y discreción con que el clero ha cumplido desde el comienzo de la guerra su deber de aconsejar a los civiles que se mantuvieran alejados de la lucha y dice que todas las calumnias que a este respecto se han arrojado sobre los sacerdotes belgas quedarán destruídas por la historia.

Concluye insertando la carta que el Papa Benedicto XV ha dirigido al cardenal Mercier el 8 de Diciembre último, y en la cual le manifiesta su dolor ante los padecimientos de la Bélgica y habla de las tentativas que ha hecho para aliviarlos hasta donde lo permiten las circunstancias.

XXXV

Prisioneros de guerra

Internados civiles

Acusaciones mutuas de los beligerantes.—Razones para creerlas exageradas.—No puede haber prisioneros contentos de su suerte.—La desesperación de los civiles.—La obra grandiosa de la Suiza.—La oficina de los prisioneros en Ginebra.—Los trenes de heridos e internados.—Miserable estado de los que vuelven de Alemania.—La misión del abate Dévaud en los campos de concentración alemanes.—Labor del clero católico alemán.—Informe de los delegados suizos de la Cruz Roja sobre los prisioneros en Inglaterra.—Excelente condición de los campamentos.—Algunas conclusiones generales.

Lausanne, 15 de Marzo de 1915.

Continúan en la prensa de los diversos países beligerantes las quejas y acusaciones contra el respectivo país enemigo por el trato que se supone da a los prisioneros de guerra. Los alemanes han dicho que la comida y alojamiento de los prisioneros alemanes en Inglaterra es detestable. Los franceses e ingleses denuncian como cruel y contrario al derecho de gentes el tratamiento a los prisioneros en Alemania.

No es fácil saber hasta qué punto son fundadas estas quejas a pesar de que muchas aparecen en documentos oficiales respetables, porque hay la posibilidad de que los hechos denunciados sean casos de excepción, o se refie-

ran a situaciones transitorias que más tarde se ha podido remediar, o provengan de que los prisioneros se lamentan, como es muy natural, aun cuando su condición sea la menos mala dentro de lo que tiene que ser la de un cautivo.

Es indudable que hubo al principio falta de organización para el alojamiento de los prisioneros, porque ninguno de los países en guerra calculó que el número de aquellos subiría a cifras como las que ha alcanzado. Centenares de miles de prisioneros en una serie de combates casi incesantes desde Agosto hasta hoy, es algo que sobrepasa a cuanto había registrado la historia y cuanto se podía prever.

Menos mal para la Alemania, país donde el Estado posee edificios enormes destinados a su vida militar del tiempo de paz, y tiene además el hábito de manejar grandes masas humanas. Pero la dificultad era mayor en Francia, y más aun en Inglaterra donde no hay cuarteles sino en número reducido, ya que ese país carecía de organización militar y fué sorprendido por la guerra con poco más que su defensa naval.

La condición del prisionero de guerra es una de las más tristes que pueden caerle a un ser humano y produce una amargura muy comprensible que arranca quejas y exageraciones a los más pacientes. No es que mientan, sino que en su desesperación lo ven todo más negro y doloroso de lo que es en realidad.

La comida que un alemán recibe en Inglaterra o en Francia le parecerá siempre insuficiente. La alimentación alemana es un suplicio para un francés o un inglés. Las diferencias de sistema entre esos pueblos son fundamentales y no hay esperanzas de que cada uno de ellos encuentre aceptable lo que se le ofrece guisado según ideas culinarias absolutamente diversas de las que ha conocido desde la infancia. Si esto ocurre en los hoteles en tiempo de paz, ¿qué no será con la ración de los prisioneros, que no se debe suponer preparada por los mejores *chefs de cuisine* del país respectivo?

El inglés echará perpetuamente de menos su *breakfast*,

su desayuno abundante con el buen té y la excelente mantequilla y mermelada y tocino con huevos que, en Inglaterra, comen aún los más pobres y sin duda los soldados.

El francés debe sentir su repugnancia invencible contra la alimentación alemana en que entran las patatas en cantidad dominante y en que la carne de cerdo guisada de diversas maneras constituye la base sólida.

El alemán, por su parte, debe creer que las verduras francesas no alimentan y que la falta de salchicha y de otras viandas suculentas puede causar la muerte por inanición.

Además entre los prisioneros hay en todos esos países gran número de civiles, unos que fueron internados en Alemania cuando ésta invadió la Bélgica y la Francia, otros que han sido retenidos en prisión como peligrosos. Si los soldados, con mayor o menor hábito de someterse a raciones simples, pueden llegar a soportar el régimen de alojamiento y de alimentación, los civiles, entre los cuales hay mucha gente de buena posición social, ancianos, mujeres y niños, deben sufrir muchísimo más y sus lamentaciones son más explicables.

Hay, pues, numerosas razones para no tomar sin examen cuidadoso las denuncias que los periódicos y aun los gobiernos hacen sobre el tratamiento de los prisioneros. A unos y otros les corresponde acoger las noticias serias que reciben y procurar que sus compatriotas sufran lo menos posible. Pero es probable que en todos esos cargos haya alguna exageración.

Comienzan a publicarse ahora testimonios neutrales y desapasionados sobre este asunto. Provienen ellos de los suizos que, de parte de la Asociación Internacional de la Cruz Roja y otras piadosas organizaciones de este humanitario país, han visitado los campos de concentración de prisioneros de los diversos países.

La Suiza, fiel a una tradición, ha tomado sobre sí esta tarea cristiana y admirable de servir de intermediario

entre los países que pelean para todo aquello que tienda a aliviar un sufrimiento, a proteger a un débil, a salvar de inútiles sufrimientos a creaturas inocentes.

En Ginebra funciona la gran «Oficina de los Prisioneros» que sirve para transmitir la correspondencia entre éstos y sus familias y para dar informaciones. Un personal numeroso, debidamente secundado en los países en guerra, procura ahí averiguar el paradero de individuos de los cuales no se tienen noticias, los pone en comunicación con sus familias, les hace llegar los socorros permitidos, les sirve, en suma, de vínculo con la patria y el hogar.

En el mes de Febrero último la Suiza ha hecho llegar a los prisioneros franceses en Alemania giros postales por valor de 2.037,685 francos, 219,992 encomiendas postales, 2.227,339 cartas y tarjetas postales, y 114,451 pequeños paquetes (libros, objetos diversos). En el mismo mes los prisioneros alemanes en Francia han recibido por el intermedio de la Suiza, giros postales por valor de 374,311 francos, 72,986 encomiendas, 1.585,811 cartas y tarjetas postales y 56,813 pequeños paquetes.

Una labor enorme y extraordinaria ha caído sobre el correo suizo que, por suerte, es uno de los mejor organizados del mundo, y todo se hace aquí con un entusiasmo y un sentimiento del deber humanitario que son una lección para el mundo en esta hora de ferocidad y de barbarie desencadenadas.

El paso de los internados civiles y de los prisioneros militares canjeados ha sido ocasión para que las poblaciones de las ciudades suizas en que los trenes se detenían acudieran a las estaciones llevando obsequios, socorros, consuelos, saludos afectuosos, auxilios materiales y morales de que esos desgraciados tenían gran necesidad.

Los trenes de «grandes heridos», los infelices mutilados que ya nunca más podrán tomar un arma ni tampoco una herramienta de trabajo, han sido acogidos en el territorio suizo por las medidas previsoras y piadosas del Gobierno de la Confederación y por la caridad ardiente de los habitantes que les demostraban su alto

espíritu de cultura cristiana. Y esta sí que es cultura, aunque no se escriba con *K*.

La última gran emoción, ha sido la que causan los internados civiles franceses que vuelven de Alemania, multitudes de viejos, mujeres y niños de las poblaciones invadidas que fueron internados en el territorio del Imperio en el momento de la invasión o que lo fueron cuando en algunos puntos de la Alsacia y del norte de Francia los alemanes se vieron obligados a retirarse después de su primer avance. Los devuelven ahora a causa de la escasez de alimentos.

El informe de la comisión francesa que ha visto a los primeros que llegaron y ha oído sus quejas, es una página cuya lectura pone los pelos de punta, y aun cuando no ha causado tanto ruido como otros, es acaso el documento más fuerte que el Gobierno francés ha publicado sobre lo que se ha convenido en llamar «las atrocidades alemanas».

Por las razones expuestas más arriba, creo que aun en ese informe debe de haber exageraciones y errores producidos por la natural tendencia de los prisioneros a lamentarse, tendencia agravada por el hecho de ser civiles que, sin haber tomado las armas, contra todas las prácticas de la guerra, en forma violenta y durísima, fueron arrastrados como rehenes y con propósitos obscuros que hasta ahora no se comprenden.

He visto uno de esos trenes de internados civiles. Todavía pasarán algunos más y espero tener ocasión de visitarlos. No puedo ocultar que la vista de esas gentes es uno de los cuadros más dolorosos de la guerra. Son masas de mujeres, de viejos octogenarios, de niños entre los cuales hay desde criaturas de pecho hasta adolescentes de 15 a 16 años. Presentan casi sin excepción un aspecto de miseria absoluta. Vienen apenas vestidos de harapos, tan sucios y desgarrados que ante ellos serían unos elegantes los mendigos que se sientan a las puertas de nuestras iglesias.

La gran mayoría de estos internados tiene en el rostro

las señales de falta de alimento. Los niños pequeños están especialmente débiles y llenos de erupciones cutáneas y muestras de raquitismo. Parece mentira que pertenecieran precisamente a la región de Francia en que los habitantes son de raza más fuerte y sana. Todos, casi sin excepción, están comidos de parásitos de toda especie. Los trenes en que los suizos los llevan desde la frontera alemana a la francesa tienen que ser objeto de desinfecciones especiales.

Cuando las mujeres suizas, damas y obreras, grandes industriales y vendedoras del mercado, se acercan a los trenes con canastos en que llevan alimentos y hatillos de vestidos, las manos se tienden febriles y ansiosas. Las madres saludan la leche que les ofrecen para sus pequeñuelos como si les dieran una fortuna inesperada. Se las ve llorar y coger las manos de las suizas besándolas mientras les dirigen palabras de bendición y gritos de ¡Viva la Suiza!

Un médico argentino que vive en Ginebra, el doctor Lapiné, ha visitado a 500 de estos internados civiles y ha dicho oficialmente que hay un gran número de ellos atacados de enfermedades pulmonares, que varios de los recién llegados, personas de diversas edades y sexos, han fallecido en los primeros días a causa de haber contraído violentas tuberculosis y afectaciones cardíacas, y que muchas de las mujeres tienen una perturbación cardíaca especial y característica que proviene de falta de alimento y emociones violentas.

¿Qué ha ocurrido con estos desventurados? ¿Qué miserias espantables han pasado, qué terrores, qué abandonos, qué hambres, fríos y torturas físicas y morales de todo género?

Su estado es miserable. Sobre esto no cabe duda. Es lo que han visto varios miles de suizos que acuden a las estaciones a socorrerlos. Que fué crueldad inútil e incomprensible llevar como rehenes a estos seres inermes, estos ancianos, estas mujeres, estos niños, es cosa que no admite discusión. Lo que falta establecer de un modo completo es hasta qué punto el Gobierno alemán ha

podido evitar después que se produjera esa condición de miseria.

Al mismo tiempo nos llega el testimonio del abate Dévaud, distinguido sacerdote católico de la diócesis de Friburgo y profesor de la Universidad de ese cantón católico, que fué comisionado por monseñor Bovet, obispo de Lausanne y Ginebra, a pedido del Gobierno de la Confederación, para visitar a los prisioneros militares franceses en Alemania.

El abate Dévaud ha presentado al obispo un informe cuidadoso y en extremo prudente.

Elogia sin reservas la conducta del clero católico alemán que no ha cesado de intervenir para suavizar las asperezas de la cautividad de los franceses y para procurarles socorros morales y materiales. La organización del culto entre los prisioneros, gracias al gran número de sacerdotes que hay entre ellos, sacerdotes franceses que también han caído prisioneros, es bastante buena. La «misión católica suiza» que se ocupa en auxiliar a los prisioneros ha hallado facilidades, merced a la buena voluntad del clero alemán.

Ha constatado que los socorros que se les envían llegan a poder de los prisioneros, aun cuando tienen una limitación de diez marcos en materia de dinero.

La alimentación, que los comisionados de la Cruz Roja habían declarado insuficiente, ha sido mejorada después de su informe y desde el mes de enero último. Lo mismo dice el abate Dévaud respecto de las condiciones del alojamiento, la higiene y la vigilancia de la moralidad. Sin embargo, ha creído de su deber pedir a las autoridades, que en general lo han acogido benévolamente, que se procure aumentar aún las raciones de pan, legumbres y carne que todavía dejan que desear.

Lo que al abate Dévaud le parece más censurable en los campamentos alemanes de prisioneros es que están mezclados los adolescentes menores de 18 años con los soldados de todas edades, y se ha permitido aun obser-

var a las autoridades alemanas que «en caso de que se insista en tener a esos niños como prisioneros, se les debería destinar un campamento especial».

La queja general contra la alimentación, contra la falta de abrigo y contra los retardos de la correspondencia, halla eco en el informe del sacerdote de Friburgo, pero nada dice sobre crueldades excesivas. Se refiere sólo a la comida y abrigo, deficiencias que muchas veces no es posible evitar en un campo de prisioneros y mucho menos en un país que se ve obligado a restringir previsoriamente la alimentación de sus propios ciudadanos.

Más o menos al mismo tiempo se publica el informe muy extenso y detallado de los señores Eduardo Neville y Víctor van Berchem, delegados de la Cruz Roja de Ginebra para visitar a los prisioneros alemanes en Inglaterra.

Comienzan por declarar que las autoridades inglesas los dejaron circular libremente en los campos de concentración, sin compañía ni escolta, con libertad absoluta para hablar a solas con los prisioneros tanto civiles como militares. Dicho sea de paso, los comisionados que fueron a Alemania no gozaron de la misma libertad, pero esto se debe a que los ingleses carecen de la teoría y la práctica militares que mandan que todo se haga bajo la vigilancia de un sable o de un rifle.

Los prisioneros se manifestaron sin excepción satisfechos del trato recibido. Sus quejas se reducen a dos: lentitud de la correspondencia y falta de ejercicio.

«Los comandantes de los campos prestan grande atención a que nada pueda herir el sentimiento nacional de los prisioneros. En sus cuartos pueden tener el retrato del emperador u otros símbolos patrióticos. La víspera de nuestra visita al gran campamento de Dorchester habían celebrado el natalicio del Kaiser, cosa que se hizo en todos los campamentos. Uno de los sub-oficiales pronunció a la hora de la comida un discurso patriótico que fué saludado con los tradicionales *¡Hoch!* en honor del soberano alemán».

Los alojamientos están bien alumbrados y tienen calefacción conveniente. Su régimen interno está confiado a los mismos oficiales y sub-oficiales alemanes que aplican en ellos sus métodos familiares. La alimentación es la de los soldados ingleses, de buena calidad y abundante.

Los delegados suizos observan que respecto de los prisioneros militares, la Gran Bretaña se ha puesto a cubierto de toda posibilidad de queja o reclamo, porque les da exactamente el mismo tratamiento que reciben los propios soldados británicos.

La comida la preparan cocineros alemanes a los cuales se entregan excelentes materiales. Dos veces al día, además de las comidas, reciben té con pan y mantequilla. Los lavatorios y baños están muy bien instalados y todos los prisioneros tienen obligación de bañarse por lo menos una vez a la semana.

Los prisioneros civiles, como es lógico, se quejan más que los militares. Muchos de ellos tenían posiciones confortables y no se habitúan al cambio. Pero los delegados de la Cruz Roja declaran que el Estado británico cumple con espíritu de generosidad el principio que ha adoptado respecto de ellos, esto es que les debe alimento y vestido. Cuando su ropa y calzado están viejos, se les renuevan. Las esposas de los prisioneros que residen en Inglaterra reciben una subvención de cinco chelines a la semana si son extranjeras y de 12 chelines si son británicas.

Los delegados insisten en este punto capital: «No hay en los campos ingleses de concentración ni mujeres ni niños. Hay sólo adultos».

Resumen su informe en estas palabras: «Nuestra conclusión es que tanto el Gobierno alemán como las familias de los prisioneros pueden estar sin inquietud respecto de los que se hallan en los campos de Inglaterra».

De estos testimonios irrecusables por la respetabilidad de las personas y de las instituciones a que pertenecen y en cuyo nombre hacían sus visitas, resultan algunos hechos que podemos dar por establecidos.

Los prisioneros en Inglaterra están bien tratados y sólo se quejan de que la correspondencia es lenta y de que no hacen bastante ejercicio. Lo primero se debe a que han resultado sumamente hábiles para escribir entre líneas en sus cartas con tinta simpática y la censura tiene un gran trabajo para impedir esta clase de comunicaciones secretas. Lo segundo se remediará a medida que avance la primavera y se terminen los campos de juego en construcción.

Los prisioneros en Francia están igualmente bien tratados, aun cuando hay que observar que en los últimos días se les ha cambiado el régimen y se ha hecho más estricto para tratar de igualarlo con el de los campos alemanes. Como el Gobierno alemán no da dinero para el bolsillo *(argent de poche)*, ni deja libertad de pasear, ni distribuye tabaco, ni permite las cantinas para la venta de bebidas refrescantes, chocolates, dulces, etc., el Gobierno francés ha suprimido todo esto que antes concedía.

Los prisioneros militares en Alemania estan humanamente tratados y la organización de los campamentos es muy perfecta. El régimen es duro y resulta brutal para franceses e ingleses porque estas razas no están habituadas al sistema militar prusiano. Por otra parte, ese régimen es poco más que el de los cuarteles alemanes y no se puede pedir que sea distinto. La alimentación es escasa, pero esto no es sino el resultado de la escasez en todo el imperio alemán y no habría derecho para pedir al Gobierno de Berlín que diera a sus prisioneros mejor pan y mayor cantidad de carne que la que tiene para sus propios súbditos.

El tratamiento de los civiles internados en Alemania deberá ser objeto de investigaciones cuidadosas. La condición en que vuelven es deplorable. Apenas se concibe que el Gobierno alemán haya podido tolerar un estado semejante. Acaso se trata de alguna autoridad mal aconsejada que se ha excedido algo en su odio sagrado al enemigo.

P. S.—Escrito lo anterior me llega una comunicación

de la *American Express Company*, compañía norteamericana, en la cual hace notar que se han introducido ciertas restricciones en los artículos que pueden retener o recibir los prisioneros en Alemania.

Resulta de ella (no la reproduzco porque es una lista muy extensa de campamentos y de artículos prohibidos en cada uno), que hay gran variedad en el trato y que materias prohibidas en un campo de prisioneros, se permiten en otros.

Por ejemplo, Hamelin prohibe las herramientas, tijeras, útiles de toilette y vestidos de civiles; Celle prohibe los libros en general; Quadlinburg lo mismo que Wittemberg, Altengrabow, Torgau y Senne, prohiben los cigarros, cigarrillos, tabaco, chocolates y diversos comestibles; algunos campos prohiben sólo los libros en inglés; otros prohiben las fotografías.

Se ve, pues, que es posible que los tratamientos brutales que se han denunciado provengan de malos jefes y que a medida que la autoridad central tiene conocimiento, la situación se modifica.

XXXVI

Martirio y resurrección de la Polonia

La campaña de dos grandes polacos.—Los sufrimientos ignorados de la Polonia.—El deber fratricida.—Los denuncios patéticos de Sienkiewicz.—Paderewski apela al mundo civilizado.—Detalles de los efectos de la marea sangrienta.—Una nación en ruina.—Frutos del crimen de tres soberanos.—Cómo ha pagado la Rusia su participación en el delito.—La liberación de la Polonia es condición de la liberación de la Rusia.—El yugo prusiano en Rusia.—Recuerdos de un polaco en Chile.—El pueblo chileno amigo de los débiles y protector de los perseguidos.

Lausanne, 30 de Marzo de 1915.

Dos ilustres polacos cuyos nombres reciben el homenaje de admiración de todo el mundo civilizado, el novelista Sienkiewicz, autor de *Quo Vadis?* y el pianista Paderewski, recorren en estos momentos la Europa no germánica para pedirle un pensamiento de piedad y un esfuerzo humanitario en favor de su desventurada patria, la más cruelmente herida por la guerra y la más injustamente olvidada.

Sienkiewicz escribe a los periódicos cartas en que palpita el fuego de su noble alma de patriota. Paderewski se dirige a los públicos que en otras ocasiones han cubierto de flores su camino y arrojado a sus pies una fortuna para rogarle que ayuden a la Polonia abandonada.

Mucho se ha hablado de los sufrimientos de la Bélgica y el mundo civilizado ha querido dar a este heroico pueblo no sólo las más ardientes simpatías, sino también

asilo en los hogares, dinero, socorro de todo género. Basta hoy en cualquiera nación culta que un hombre proclame su nacionalidad belga para que los brazos se le tiendan.

Basta que sea belga la mujer vestida de luto y rodeada de huérfanos que llama a las puertas de un hogar extranjero para que éste se abra y se ofrezca el mejor sitio a las víctimas inocentes de la devastadora invasión.

Y, en tanto, nadie piensa en la Polonia cien veces más maltratada que la Bélgica, cuyos dolores no han terminado ni se sabe cuándo tendrán fin y que desde el comienzo de la guerra ha estado sometida a los mismos horrores que para la Bélgica duraron sólo los primeros meses.

Si fué horrible la suerte de la Bélgica durante aquellos días apocalípticos del terror, ¿qué no será la de la Polonia que todavía y sin una hora de interrupción sigue sufriendo igual cosa en casi todo su vasto territorio?

Repartida en los tres imperios que ha un siglo y medio se distribuyeron el Reino de Polonia, la nación pola ca está obligada a una especie de deber fratricida. Polacos contra polacos pelean en las filas alemanas, austriacas y rusas. Hombres de una misma lengua, de una misma religión, con un mismo amor a las santas tradiciones de su nacionalidad destrozada, se baten y se dan muerte bajo el despotismo del deber militar. En los terribles combates al arma blanca con que a veces terminan los episodios de la campaña en Polonia, los hombres de la raza polaca se reconocen y se gritan en su lengua materna palabras que reflejan la rabiosa desesperación de su destino.

Sobre ellos ha pesado en los tres imperios un servicio militar especialmente duro y desde el comienzo de la guerra sospechados de sorda hostilidad hacia sus respectivos opresores, temerosas las autoridades de que el enemigo los arrastrase a sus filas, han sido llevados delante de las tropas, sin excusas para ningún hombre válido, con reglas de especial rigor.

Los polacos han dado a los tres ejércitos cerca de dos millones de soldados distribuídos más o menos por mitades entre los ejércitos ruso y austro-germánico. Y seguramente más de cien mil de ellos han caído ya en los campos de batalla, muertos, heridos o prisioneros.

Entre tanto la guerra ondula en oriente como una marea sangrienta que barre una y otra vez el mismo territorio, que hoy lo somete al terror germánico y mañana al terror ruso.

«¿Sabéis acaso vosotros—escribe Sienkiewicz a un periodista italiano—que algunas de nuestras regiones han mudado de amo como once veces seguidas? ¿Sabéis que en las provincias ocupadas por los prusianos, turbas incontables de hombres, de mujeres y niños huyen hacia el fondo de las selvas donde mueren de frío y de hambre royendo la corteza de los árboles? ¿Y la Galicia? Testigos dignos de fe afirman que ese país está en gran parte desierto. La población expulsada de sus hogares muere de necesidad. Los prófugos arrinconados en las provincias más lejanas de Austria en barracas mantenidas con una incuria que tiene mucho de criminal, han visto día a dia, ¡espectáculo horrible! ¡morir todos sus niños menores de ocho años!»

Y Paderewski dice a un gran diario de Londres:

«Desde que estalló la guerra he tratado en vano de continuar mis trabajos de composición. Día a día, semana a semana los horrores de la guerra se hacían más terribles. Parecía que el mundo entero era presa de las llamas y que todas las naciones gemían. No pude trabajar, no pude acercarme al piano. Sentí la necesidad de ir a compartir los padecimientos de mi Polonia. He viajado a través de ciudades y aldeas y las he hallado en ruinas, desiertas y silenciosas. Los que no pueden combatir han huído a los montes y mueren a millares en estos mismos momentos por falta de abrigo y de alimentación». Y extendiendo sus largas manos de dedos afilados el grande artista exclamó: «Se acabó el arte para mí; mis manos están dedicadas a otro trabajo, al de buscar consuelo y alivio a los sufrimientos de mi patria».

El Comité que acaba de organizarse en Suiza bajo los auspicios de Paderewski, que vive cerca de Lausanne desde muchos años, da cuenta de que más de 200 ciudades y más de 9 000 aldeas han sido destruídas por la guerra. Los daños hechos no se repararían con 3 000 millones de francos. Innumerables granjas han sido quemadas; casi no queda uno sólo en pie de los viejos castillos que decoraban majestuosamente los campos polacos. Cerca de doscientas iglesias han sido arrasadas hasta los cimientos y otras mil y tantas están en ruinas.

Todas las provisiones de trigo y forrajes han sido requisicionadas, un día por los rusos, otro por los germanos. Más de dos millones de animales vacunos y un millón de caballos han sido confiscados por los ejércitos o han perecido por falta de forrajes.

El suelo mismo está destruído, desgarrado, destripado por las trincheras, por las esplosiones de las minas, por los enormes proyectiles de los cañones gigantescos que penetran en la tierra y abren cráteres profundos. No hay caminos, ni puentes, ni calzadas. Todo ha volado, todo ha sido hecho pedazos.

La línea de fuego dentro de la cual se mueven las ondas fatídicas de los germanos y de los rusos comprende tres cuartas partes de las ciudades de la Polonia. Todos los grandes centros industriales, Kalich, Czenstochowa, Sosnowice, Lodz, ciudades cuya población fluctúan entre 80 000 y 400 000 habitantes son montones de ruinas despues de haber sido invadidas dos veces. La crisis económica es indescriptible. Las poblaciones mueren de hambre. Varsovia misma que todavía escapa a la invasión, ha sido repetidas veces bombardeada por aeroplanos que han dado muerte a centenares de mujeres y niños que arrastraban su miseria y su dolor en las calles.

No hay vías de comunicación. Los ejércitos han hecho volar 1 500 kilómetros de ferrocarriles, destruído las estaciones, los puentes, los túneles, los caminos, las calzadas.

Las minas de carbón de la Dombrowa han sido dinamitadas e inundadas.

Y mientras la invasión alemana esparce la desolación y la muerte en las provincias del norte, en la Galicia la invasión rusa produce los mismos efectos y empuja a varios cientos de miles de miserables habitantes hacia el interior del Austria en un éxodo espantoso, por sobre los montes nevados.

La humanidad recoge hoy los frutos de aquel crimen que cometieron Federico de Prusia, Catalina de Rusia y María Teresa de Austria, cuando se dividieron el reino de Polonia, cuando se repartieron entre sí las vestiduras de la patria de Sobieski y de Kosciuszko.

María Teresa tenía razón para llorar sobre la crucifixión de la Polonia, aunque no tuvo suficiente energía para resistir la invitación de la Prusia. La gran soberana presentía en su noble corazón que ese crimen iba a ser causa de desgracias, acaso de muerte, para su imperio.

La Polonia crucificada, despojada, repartida como un botín de malhechores, ha sido una fuente de dificultades y ha sido, como Paderewsky lo observa muy bien, una de las causas de la guerra actual, ciertamente una de las que más influencias han tenido para crear el conflicto de las razas germánica y eslava.

Desde aquel día la Rusia ha vivido bajo la presión germánica, tascando el freno que Federico le puso, sin valor para encararse contra la dominación intelectual, comercial e industrial de la Prusia, porque la Prusia era su cómplice en el delito.

Durante cerca de un siglo y medio ha reinado entre Berlín y Petrograd esa amistad de los que han andado juntos en una aventura vergonzosa. El pueblo ruso odiaba esa relaciones, sentía dolorosamente esa sujeción a la Prusia que el reparto de la Polonia le había impuesto. Y han vivido divorciados el pueblo y el Gobierno del imperio ruso porque el primero rechazaba en su generosa y sana inspiración una amistad basada en el delito y el segundo tenía que arrastrar la cadena que se había

echado encima cuando aceptó su parte en el despojo de la nación polaca.

Y así se explica que desde el comienzo de esta guerra y cuando el gran duque Nicolás pronunció por vez primera en su célebre rescripto el nombre del «Reino de Polonia», para ofrecer la anhelada autonomía, el pueblo ruso ha sentido que liberando a la Polonia mártir se libera a sí mismo de este remordimiento, de esta vergüenza, de esta causa de sometimiento a la acción política de la Prusia.

«Hace un siglo y medio—dijo el Gran Duque en el histórico documento—el cuerpo de la Polonia fué desgarrado en pedazos, pero su alma no ha muerto; ella ha vivido con la esperanza de que sonaría la hora de la resurrección del pueblo polaco y de su fraternal reconciliación con la Rusia.»

Esas palabras despertaron un entusiasmo frenético en la Polonia, pero cosa curiosa, hallaron todavía mayor eco en el pueblo ruso. Era la liberación de la Rusia la que el Gran Duque prometía cuando en nombre de un sucesor de la Gran Catalina reconocía el delito cometido, se arrepentía y ofrecía la reparación.

La Rusia realizaba de esa manera los objetivos que ha perseguido durante tanto tiempo: su independencia política y económica de la Alemania y la unión fraternal de los pueblos eslavos, objetivos a los cuales el problema polaco era el único, grande e insalvable obstáculo.

En vano el Gobierno alemán ofrece a los polacos ventajas materiales de todo género si consienten en ser absorbidos por el Imperio Germánico. No es con ofrecimientos de esa clase con los cuales se puede seducir esa alma polaca que ha sobrevivido a tantas agonías.

El pueblo ruso, en cambio, apenas derribado el muro que separándolo de la Polonia lo separaba de su propio Gobierno y de sus libertades, ha corrido hacia los polacos con un gesto fraternal de que apenas se tiene conocimiento en el resto de Europa. De todos los puntos del Imperio van socorros a la Polonia, se acoge a los po-

lacos con amistoso y franco sentimiento como si se quisiera hacerles olvidar tanta crueldad y tanta injusticia y se considera la promesa del Czar sobre la libertad de la Polonia como una conquista por la cual valía la pena de hacer la guerra.

Poco o nada se sabe de ésto en el resto del mundo y nos ha sido menester hablar con polacos eminentes y estudiar el problema en sus detalles para darnos cuenta cabal de ello. Y ese silencio se explica: la Rusia ha cometido crímenes nefastos contra la raza israelita; no se culpe de ellos al pueblo ruso, sino a los fanáticos que por intereses políticos y odios ciegos dirigían desde las grandes capitales la campaña inicua; y los judíos, que dominan en Europa la prensa y las agencias de noticias, se vengan ahora haciendo el silencio en torno de la Rusia arrepentida y regenerada.

En el fondo del alma rusa—lo dicen todos los que han estudiado ese pueblo—hay un grande espíritu de tolerancia y una comprensión fácil del carácter y tendencias de los otros pueblos. Su literatura, que es la que mejor conocemos, nos lo muestra blando a las influencias extranjeras, dúctil, respetuoso de los derechos y costumbres de los demás, incapaz de oponer una «rusificación» a la «germanización».

El pueblo ruso, libre de la cuestión polaca, reconciliado con sus gobernantes en un régimen de libertad política, no es un peligro para los vecinos, sino una garantía de paz y de progreso.

Pero la condición indispensable es la liberación de la Polonia. Como lo ha dicho el Príncipe Troubetzkoi, «el renacimiento ruso no puede hacerse sin el renacimiento de la Polonia; este último es condición absoluta del primero».

Cuando yo era niño, Chile era el refugio de todos los perseguidos y en cada alma chilena había un eco para los dolores de los pueblos mártires del derecho y víctimas de la fuerza y la violencia.

Sabíamos entonces defendernos hasta morir por la Patria y teníamos un grande amor a las naciones que habían hecho el sacrificio supremo y perecido por su independencia.

Llegaban entonces a Chile de cuando en cuando expatriados de la América y la Europa, perseguidos políticos de las repúblicas hermanas, víctimas de las revoluciones europeas, tantos y tantos entre los cuales se podrían citar nombres ilustres en la historia de nuestro progreso intelectual.

Así había llegado a Chile tras de románticas aventuras, de conspiraciones y de cárceles, un patriota polaco que conocí en mi niñez y que acaso había sabido de esta tierra hospitalaria y libre por el ilustre Domeyko,

En Chile se casó con la hermana de uno de los más grandes soldados que ha tenido nuestro país, y cuando fuimos provocados a la guerra del Pacífico, se enroló en el ejército y peleó por Chile como lo hubiera hecho por su Polonia.

Muchas veces aquel hombre me sentó en sus rodillas y me contó de su patria y sus padecimientos, de las aventuras que había corrido por servirla. Muchas veces me tradujo con la voz nublada por la emoción patriótica las poesías de Adam Mickiewicz, el poeta nacional polaco. Tenía un cuerpo de gigante y unos ojos celestes de niño que se llenaban de lágrimas cuando hablaba de la Patria. La última vez que le ví arrastraba sus piernas, que nuestra guerra había dejado paralíticas, y se sostenía con dos muletas. Tenía un cráneo calvo, la frente surcada por las huellas de la garra del dolor, y todavía una inmortal juventud en los ojos claros. Me llevaba un ejemplar traducido al francés de las leyendas del gran bardo polaco.

Este recuerdo explica el presente artículo desde un punto de vista personal que pido a los lectores me excusen. Pienso en aquel viejo al escribirlo y me embarga una profunda emoción al imaginar que desde un mundo mejor ve que un chileno hace este humilde esfuerzo para

despertar al sentimiento de las desventuras de la Polonia a ese pueblo chileno por cuyas libertades expuso la vida.

Libre es cada uno de juzgar como le plazca la guerra actual; pero el pueblo de Chile renegaría su tradición, su noble instinto de amigo de los débiles y protector de los perseguidos y martirizados, si no diera en esta hora toda su calurosa simpatía, todo el fuego de su espíritu de justicia, a esas dos víctimas del amor a la Patria y a la independencia nacional: la Bélgica y la Polonia.

C

Lecciones de la guerra

XXXVII. El alma nueva de París.

XXXVIII. Ideas removidas por la guerra.

XXXIX. La nueva situación política europea.

XXXVII

El alma nueva de París

La supuesta degeneración latina.—Cómo aprendió París la lección de la muerte.—Los parisienses solos.—Tranquilidad, fe y resolución.—La Francia es un gran taller en que se prepara la victoria.—Maravilloso espíritu de las mujeres francesas.—París en los templos.—Los dolores y angustias de París.—Ilusiones del pueblo parisiense.—La romería patriótica a los Inválidos.—Los trofeos en torno de la sombra de Napoleón.—¡Dios protege a París!

París, 24 de Febrero de 1915.

Todos nos engañamos. Deslumbrados por el espectáculo maravilloso de la colmena alemana, donde todo era método, disciplina, organización de los detalles, en la cual cada abeja tenía su celdilla para depositar la miel y su lanceta bien aguzada para defenderse, creímos que estas libres nacionalidades latinas representaban el desorden, la degeneración y la ruina.

Todos dudamos un punto de la civilización engendrada por Roma que nos dió el ser espiritual y que se ha hecho y sigue haciéndose en el esplendor de las individualidades libres de trabas y entregadas al vuelo espontáneo de su genio.

Y la Francia se levantó un día amenazada en su independencia para probar que no estaba en ruinas, que no era degeneración la suya, que el desorden de su vida cívica era más aparente que real y que había en el fondo de su alma inmortal energías morales que sus enemigos

no sospechaban, sanas, fuertes, prontas para la acción.

Y París aprendió la terrible lección cuando sobre sus monumentos volaban las máquinas de guerra que dejaban caer bombas, y cuando aparecieron hulanos entre los jardines de sus suburbios.

París alegre, París que cantaba para el mundo la canción de su inmensa alegría de vivir, París que vivía para realizar obras de belleza y para discutir como Atenas bajo los pórticos de líneas adorables todas las cuestiones que la mente humana puede concebir, París se despertó un día grave, cejijunto, tranquilo y resuelto, con la visión de la muerte que había pasado tan cerca de aquel ruidoso centro de vida.

Y un alma nueva infundió desde entonces el organismo delicado de esta ciudad a donde han venido los hijos de todos los pueblos civilizados del orbe en busca de cuanto puede hacer la existencia humana agradable y bella, desde los placeres, hasta las creaciones del arte y las enseñanzas de los filósofos.

Esa alma nueva de París es seria y reflexiva como conviene a quien ha visto de cerca la muerte y se ha sentido víctima de una agresión inopinada e injusta; es resuelta y valerosa como la necesita quién debe defenderse hasta el último aliento; es tranquila y carece de malsanas excitaciones o fantásticos impulsos porque está llena de fe en la justicia de su causa y en el triunfo definitivo.

Desde que se quedaron solos los parisienses, libres de los americanos que venían a comprar placeres, de los alemanes que venían a vender su trabajo y sus productos, de los visitantes de todas las razas que resbalaban sobre la superficie bella de la ciudad sin entenderla ni penetrar su espíritu íntimo, dejaron de ser charladores e indiscretos y un silencio sereno reinó en los sitios donde antes resonaban las disputas en todas las lenguas del orbe.

Los hijos de París sintieron su misión sobre la tierra, comprendieron que eran a un tiempo cabeza y corazón de la Francia y que la Francia estaba encargada de de-

fender la civilización latina y de salvar para el mundo las libertades que con tanta sangre y dolores tan crueles había conquistado.

Recorro las calles, atravieso los jardines públicos, cruzo los barrios populares, paso delante de las mansiones suntuosas, voy desde el Bosque de Boloña a la Isla de San Luis, subo la Sacra Montaña de Santa Genoveva y voy después a mirar desde la Basílica de Montmartre el espectáculo de la ciudad envuelta en los tules nacarados de un claro día de invierno.

Por todas partes una muchedumbre tranquila y activa va a sus ocupaciones, despacha sus diarios quehaceres, hace sus compras, se detiene en las vidrieras que exhiben obras del arte patriótico, lleva a sus niños a jugar en los jardines en torno de las fuentes bellas, a la sombra de las estatuas que sonríen en la perenne juventud del mármol y del bronce.

Entro en los cafés, visito los teatros, llamo a la puerta de los hogares. En todas partes la atmósfera está serena, sin excitaciones ni desalientos, y en todas partes se siente que la nación unida trabaja silenciosamente la victoria, en medio de sus dolores, con una fe invencible y una resolución que ni amenazas ni reveses podran debilitar.

Acabóse la frivolidad, y cuantas criaturas fueron frívolas y disipadas en los días de riqueza difundida y bienestar delicioso por que pasaba la Francia, son ahora obreros de la victoria.

Todo el mundo trabaja. Los hombres válidos en el ejército, los más viejos en los puestos que aquéllos dejaron vacantes. Las mujeres en la casa, en los hospitales, en los talleres que sirven este inmenso propósito común de la defensa nacional.

La Francia entera es un gran taller que se ha organizado sólo por obra espontánea de su genio de raza, sin necesidad de que le marquen el compás o le dicten reglas de mecánica sabiduría. No hay un solo habitante del

país que no contribuya en su medida a la defensa, al servicio de la República, al alivio de los que están en las trincheras del norte, a la preparación de los que deben reemplazarlos cuando caigan, a mantener vivas las fuerzas económicas de la nación que tan terriblemente maltrata la guerra.

Y son las mujeres las que muestran el espíritu más elevado de sacrificio y la comprensión más bella de sus deberes. Son estas mujeres de Francia, que daban al mundo la norma de la gracia femenina, de la elegancia y del buen gusto, las que ahora ponen su penetrante inteligencia y su encanto incomparable al servicio de la patria.

Todas, desde la gran dama que cose y teje para los soldados o cuida heridos en los hospitales, hasta la pobre obrera que sirve como conductor en los trenes metropolitanos y la campesina que ara la tierra y arroja en los surcos la semilla que deberá cosechar el marido soldado cuando vuelva de la pelea... si es que vuelve, todas cumplen su deber, todas dan al mundo un ejemplo maravilloso que nunca se habrá señalado lo bastante a la admiración de las gentes.

Se diría que cada francesa ha oído las voces que llamaron a la divina pastorcilla y la mandaron aliviar «la gran compasión del Reino de Francia». El espíritu de Juana de Arco flota sobre la tierra francesa y la transforma y la ennoblece y la hace invencible.

París nunca había olvidado sus plegarias ni se había desprendido jamás de la gran tradición religiosa de su raza. Pero en estas horas de pruebas, París ora con mayor fervor que antes y muchos de sus hijos que por largo tiempo estaban de ellos ausentes, entran ahora en los templos y unen su voz a los coros que invocan a Dios en favor de la Francia amenazada.

Están llenas las iglesias, estas bellas iglesias de París, en que hay a la vez tanto misterio en los rincones poblados de espectros del pasado y tanta luz en las altas bó-

vedas que parecen invitar a la esperanza, donde la música religiosa de más pura tradición ha hallado su último refugio, donde la cátedra sagrada conserva su noble elocuencia, su doctrina severa, la luminosa claridad que el genio francés ha sabido arrojar siempre sobre los más abstrusos problemas.

Y cuando avanzan por las naves perfumadas del incienso de los solemnes oficios esas mujeres vestidas de negro que llevan sobre la frente como una diadema las tocas de viudas y en cuyos rostros jóvenes y hermosos ha puesto su garra el gran dolor, parece que en todo el ámbito se difunde como una claridad la fe en la Justicia Divina que oirá su ruego, en la Divina Misericordia que recibirá como una expiación su sacrificio.

Y se siente el dolor, el horrible dolor que nada consolará de las madres que perdieron a sus hijos, de las esposas viudas, de los hijos huérfanos, de los que han visto llegar al hogar a uno que era joven, fuerte, poderoso de juventud y de talento, es ahora un mutilado, un inválido, un incapaz de ganarse la vida.

Y se siente el rugido de dolor que desde los asilos donde se procura ocultar su desventura lanzan las mujeres refugiadas de las ciudades y campos del Norte y que llevan en su seno al hijo del ultraje brutal.

Y llegan cada día hasta París los ecos del sufrimiento atroz de los que habitan la zona todavía invadida, de los que viven en esas ciudades trágicas donde los obuses llueven todo el día y toda la noche, donde es preciso refugiarse en los sótanos y oir desde el seno de la tierra estremecida el derrumbarse de las catedrales, de los palacios comunales que los siglos habían guardado, de los monumentos que daban testimonio de tanta cultura y de tan grande refinamiento de una raza.

Pero es un dolor que no enerva, que no hace perder la conciencia de los deberes sagrados y que antes redobla en los franceses la resolución de pelear, de defenderse, de liberarse una vez por todas de esta pesadilla de la amenaza germánica que se ha cernido durante más de medio siglo sobre la Francia.

Apenas si la angustia de la lucha que se prolonga más de lo que al comienzo se pensó suele traducirse en la pregunta dolorida de alguna pobre mujer: ¿Cuándo acabará?...

Si los alemanes se habían hecho la ilusión de que era posible aplastar a la Bélgica y poner a la Francia de rodillas implorando perdón en unas pocas semanas, también los franceses se equivocaron al pensar que esta guerra sería más corta de lo que ya va resultando y de lo que será en el obscuro porvenir.

Si alguna sombra de desaliento suele aparecer es sólo ésta: se creía que la guerra sería más corta y ahora se la ve prolongarse hacia adelante hasta perderse de vista. Pero no es desaliento que amengüe los bríos para la lucha ni que pueda hacer vacilar la enérgica resolución nacional.

Parte de la culpa de haber creado esa ilusión la tiene la prensa de París que ha sostenido acaso de buena fe afirmaciones imposibles de mantener y en que hubiera sido más prudente no insistir.

Por lo que ha leído en los diarios el pueblo de París, cree que la Alemania está comenzando a sentir el hambre, en vez de darse cuenta de que todas las medidas que allá se toman sobre alimentos y materias primas de las industrias son precauciones, son previsiones germánicas, propias de ese país en que todo se organiza, y que sólo tienden a prevenir la crisis futura que no estallará hasta dentro de algún tiempo.

Por lo que ha leído en los diarios el pueblo de París, espera ver a fines de Marzo unos dos millones de ingleses unidos al ejército francés para empujar como una avalancha a los alemanes hacia el otro lado del Rhin. Y aunque hay esos dos millones de reclutas, es seguro que los ingleses no los harán pasar la Mancha mientras no estén suficientemente instruídos y equipados, lo que no parece posible para una fecha tan próxima, de suerte que los refuerzos británicos vendrán poco a poco.

La guerra larga, la sangría interminable, pesan sobre

París y no hacen más fortalecer su espíritu. El invasor no sabe, jamás lo sabrá, que su agresión está dando a la ciudad bella, hecha toda de luz y de sonrisas, un alma nueva más fuerte que la otra y cuya nueva belleza resplandecerá sobre el mundo para hacerla amar aún de los que antes la desconocieron.

París grave y sesudo, que trabaja y que piensa, que preside los destinos de la raza francesa y dirige la defensa de su libertad, pudo ser adivinada por los que conocían el alma íntima de la gran ciudad, por los que la sabían capaz de sacrificios y de noblezas, así como lo había sido de locuras y de desbordadas alegrías. Pero será una sorpresa para los que no vieron bajo las galas cortesanas la armadura guerrera, ni se dieron cuenta de que la corona de rosas se posaba sobre unas sienes que llevaban noblemente el casco de Minerva.

Un punto hay ahora que atrae a los parisienses en sus horas libres y al cual acuden las gentes de todas las clases sociales y de todas las edades como en busca de nuevas fuerzas para la lucha.

Muchedumbres presurosas, ríos humanos, cruzan todos los días la esplanada de los Inválidos y con la vista fija en la cúpula bajo la cual reposan los restos de Napoleón, entran en el patio enorme y suben en filas apretadas, que los guardianes pueden a duras penas contener, las escaleras de piedra gastadas por el paso de tantas generaciones, que conducen a las galerías del Museo del Ejército.

En aquel patio y en esas galerías se exhiben los trofeos tomados al enemigo, las banderas prusianas, los cañones bávaros, los estandartes de los wurtembergueses y los sajones, los despojos del combate que no ha cesado nunca desde hace siete meses.

Allí han ido a reunirse esos trofeos con los que los ejércitos franceses recogieron en otras campañas a través de toda la Europa y allí van cayendo todos como ofrendas en torno del sepulcro de Napoleón.

Y con los bordados estandartes y los cañones y los cien

objetos recogidos en los campos de batalla, hay allí también un aeroplano alemán, una de esas aves siniestras que han volado sobre París y otras ciudades en un estéril afán de aterrar a gentes que no se aterraban.

La multitud desfila en silencio delante de los trofeos, los examina sin comentarios, visita la tumba del Gran Capitán y vuelve a sus ocupaciones.

Desde la orilla del Sena se ve la cúpula de los Inválidos en que el oro se desvanece noblemente; se ven los palacios donde el arte francés recibe cada año a los artistas del mundo entero; a lo lejos las Tullerías y el Louvre por un lado y por el otro los Campos Elíseos que suben triunfalmente hasta el Arco de la Estrella.

Y vienen deseos de ponerse de rodillas y decir una plegaria muy honda a la Divinidad que rige a los pueblos y dispone de su suerte, que ampare con su mano omnipotente tanta belleza, tanta gloriosa muestra del humano entendimiento, tantas pruebas de que el hombre no es sólo una fiera capaz de devorar a sus enemigos, sino además creación de Dios que lleva en el cerebro una chispa de luz increada.

El ánimo se turba y se contrista a la sola idea de que los monumentos de París, y las líneas y perspectivas estupendas de la ciudad única en el mundo por su belleza y que sólo ha podido ser comparada con lo que imaginamos que fué Atenas en todas las glorias de su Acrópolis, pudieran ser presa de la guerra implacable que ha barrido de la faz de la tierra tantas maravillas del arte y que a esta misma hora deja todavía caer su lluvia de fuego sobre la Catedral de Reims, irreparablemente perdida, y sobre los monumentos incomparables de Arras y de Ipres.

Si la Belleza es hija de Dios, a Dios tenemos que pedirle que aleje de París, divina obra de una raza privilegiada por su entendimiento de lo bello, la ola destructora.

Y mientras los que lo aman como una segunda patria se entristecen ante esa visión de un París profanado, París reposa tranquilo bajo el escudo de esa alma nueva que la guerra le ha infundido y que es su defensa y será su gloria.

XXXVIII

Algunas ideas removidas por la guerra

Modificaciones materiales e ideológicas que produce la guerra.—La doctrina internacionalista y su fracaso.—Resurgimiento de la noción de Patria.—La prolongación de la familia.—Los socialistas no lo son en la práctica.—Triunfo de la naturaleza sobre las doctrinas artificiales.

Lausanne, 22 de Marzo de 1915.

En la hora de violentas emociones que vivimos no es fácil discernir con claridad la evolución que las ideas están haciendo en el alma de los pueblos en guerra y en la de aquellos que siguen la lucha con atención y son afectados por sus múltiples consecuencias.

Que grandes ideas se agitan bajo esas emociones diarias y que muchas de ellas han hecho ya en tan pocos meses mayor camino que el que hubieran podido hacer en años y aun siglos de propaganda, es cosa indudable.

La guerra crea necesidades bruscas y agudísimas que fuerzan a los pueblos a modificar sustancialmente su juicio y sus tendencias. Los espíritus más convencidos se ven arrastrados a confesar errores teóricos que la terrible experiencia pone de relieve. Las masas obedecen en la hora de la necesidad sin ley a las leyes terribles de la necesidad. El choque formidable de pueblos contra pueblos, de media humanidad contra media humanidad, arroja sobre todos los problemas fundamentales que interesan a la vida humana una luz nueva que nos obliga

a ser más sinceros y nos muestra verdades que ya ninguna disertación teórica puede ocultar.

Muchas de las evoluciones de ideas sociales y políticas, que se dibujan con mayor o menor claridad, son la obra de las manifestaciones materiales de la guerra que causa dolores sin cuento, hambres, miserias; pero muchas otras son de orden ideológico y se van insinuando lentamente en los espíritus y preparando las modificaciones que habrán de seguir a este período histórico singular que, sin duda, puede compararse por los resultados que tendrá para el mundo con el que a fines del siglo XVIII y principios del XIX transformó la tierra con la revolución francesa y las campañas napoleónicas.

Una de las ideas que ha sufrido la influencia de esta reacción producida por la guerra, es la idea de Patria, que una activa propaganda de los últimos años amenazaba destruir en todo el mundo y que ya había sido debilitada en algunas de las naciones más cultas.

El socialismo y todos sus derivados habían logrado infiltrar en los espíritus por medio de una sabia acción de las Universidades, de los escritores más ilustres, de los novelistas, de los políticos, por medio de muchos hombres que no se llamaban socialistas, pero que estaban impregnados de la doctrina esencial del socialismo, la idea de que el concepto de Patria había hecho su tiempo y debía desaparecer.

Hemos pasado varios años oyendo hablar y hablando de la solidaridad entre los pueblos, de la comunidad de intereses del proletariado, de que las fronteras son artificiales, de que, así como en el Evangelio se nos había mandado buscar el reino de Dios y su justicia, debíamos buscar ahora el reino del internacionalismo que pondría fin a las guerras.

Los profesores alemanes habían dado la doctrina. Los políticos de la tercera república francesa querían a toda costa, violentando la tradición y la idiosincracia de su pueblo, ofrecernos el primer espectáculo de la aplicación

práctica. Los demócratas británicos comenzaban a probar que era posible aplicar aquella teoría sin subversiones del orden y por mera evolución.

Pero he aquí que las artificiales fronteras se ven amenazadas y los pueblos se lanzan a defenderlas con una ferocidad tal, con un heroísmo tan grande, con sacrificios tan dolorosos, que la idea de Patria surge nuevamente en todo el esplendor de sus eternas fascinaciones, de sus inmortales mandatos, y la humanidad piensa de nuevo que la noción de una Patria inviolable, por la cual se da la vida, tiene sus raíces en la naturaleza humana.

La idea de la Patria surge de la guerra y sus horrores, depurada y devuelta a su sentido primitivo. Es la ampliación de la idea de familia, y cada hombre, al coger un arma y correr a la frontera, sabe que defiende a la mujer y los hijos que quedan tras de él, que defiende su propiedad, que lucha, en suma, por todos los principios constitutivos de la sociedad que se había querido destruir: Familia, Propiedad, Patria.

Como el filósofo antiguo que, negaba teóricamente la objetividad y huía delante de un perro amenazador, los socialistas olvidan sus doctrinas y en todos los países toman los armas y en Alemania apoyan al Gobierno «capitalista», y en Francia prestan su concurso a los «burgueses» y en Inglaterra se enlistan en el ejército como voluntarios.

El diputado alemán Liebnechkt y algunos otros protestan en nombre del internacionalismo, pero su disertación se pierde en el vacío. La naturaleza humana, en cuyo fondo la Patria vive lo mismo que el sentido de la propiedad y el de la familia, se ríe de las doctrinas y deja en libertad los instintos que ninguna propaganda ha podido suprimir.

La guerra no sólo resucita las patrias de su letargo, sino que despierta también a nueva vida el concepto de las nacionalidades que otras tendencias habían obscurecido.

La formación de grandes imperios, como el austro-

húngaro, por la justa posición de nacionalidades diversas retenidas por la fuerza y a las cuales se ha procurado crear intereses comunes, había hecho olvidar que la nacionalidad es también de derecho natural.

La defensa del principio de la nacionalidad constituye para los ingleses un objeto noble de la guerra, Sir Edward Grey acaba de repetir en Londres lo que tantas veces había dicho desde el día de la declaración de guerra: «Queremos que las naciones de Europa tengan la libertad de vivir su vida independiente, desarrollando sus propias formas de Gobierno para su propio beneficio, y puedan proseguir el progreso nacional sea que se trate de grandes o pequeños Estados, en plena libertad».

La colosal tentativa germánica de repetir con la Bélgica, con parte de Francia y acaso con otros Estados la conquista ya realizada contra la Dinamarca, contra el Austria y contra la Francia misma en menos de un siglo, se estrella contra el principio de la nacionalidad que por todas partes es reconocido como sagrado.

La Polonia, olvidada por tantos años y contra la cual todos cometieron el crimen de mutilación y a la cual todos tienen que pagar ahora un tributo, revive como nación, y rusos y alemanes y austriacos se disputan el honor de reconocerle derechos soberanos.

Los Estados balkánicos discuten entre sí y con los beligerantes las fronteras que mejor resguardan el principio de la nacionalidad.

La Alemania y el Austria ofrecen a la Italia devolverle en cambio de su neutralidad los territorios de nacionalidad italiana que injustamente retenía la Monarquía Dual.

Todos fueron culpables de atentados contra ese principio, todos lo violaron cuando tuvieron fuerza para hacerlo. Todos se arrepienten ahora y quieren reparar el mal.

Se siente venir la hora en que las nacionalidades no podrán ya vivir bajo el yugo de la fuerza unida por la violencia en un mismo Estado, sino que deberán, o recobrar por completo su independencia o agruparse en fe-

deraciones tan libres como la Suiza, que tiene naciones diversas en su seno, porque son naciones distintas algunos de sus cantones, pero que las agrupa por su libre voluntad y en una absoluta autonomía que les conserva todos sus derechos, sus tradiciones y su carácter.

Y con la nacionalidad vuelve a imperar un sentimiento de tolerancia religiosa, porque se siente por la fuerza de las ideas que tienen su fundamento en la naturaleza y que son superiores a todos los artificios de las doctrinas y de las leyes políticas, que la religión de cada pueblo caracteriza su nacionalidad y es parte de ella, de tal suerte que resultan inseparables, y no se puede herir el sentimiento religioso de un pueblo sin herir su sentimiento nacional, su tradición, su historia, todas las fuerzas que vienen de muy lejos y que han ido poco a poco, en el curso de una larga historia, creando la nación y dándole un carácter y una personería entre las demás.

¡Felices en esta hora los Estados que son verdaderas nacionalidades unas e indivisibles! Ellos tienen en sí mismos una razón de inmortalidad que todas las violencias de la fuerza bruta no podrán destruir. ¡Felices nosotros que, según el célebre historiador inglés Bryce, somos la única nacionalidad, en el sentido científico de la palabra, que existe en la América española! ¡Ojalá sepamos defender ese privilegio contra todas las influencias exteriores y las debilidades internas que ya lo amenazan!

XXXIX

La nueva situación política europea

La Alemania contra la Europa.—Tres luchas continentales contra una hegemonía.—Luis XIV, Napoleón y la Alemania moderna.—Por qué la Alemania está fuera de la ley.—Métodos de guerra que la humanidad rechaza.

Lausanne, 31 de Mayo de 1915.

La entrada de la Italia en la guerra de las naciones europeas contra los imperios germánicos, crea una nueva faz de la lucha y abre un capítulo que no altera la fisonomía esencial del conflicto, pero que acentúa sus caracteres ya conocidos.

La Alemania no se encuentra ya en pugna contra una coalición de tres naciones con las cuales tenía intereses opuestos desde largo tiempo, sino contra la Europa entera, representada por todas las potencias que ocupan en el continente una posición de primer orden.

Decimos la Alemania, y no la Alemania y el Austria-Hungría, porque la Monarquía Dual ha pasado a ser un simple satélite del Imperio germánico que sirvió a éste de instrumento para provocar la guerra y al cual la Alemania arrastra en su desenfrenada carrera y defiende heroicamente. Cuando le falta el apoyo alemán, el Austria replega sus tropas ante los rusos vencedores. Así perdió terreno en la Galicia hasta que la presencia de tropas alemanas comenzó a empujar de nuevo hacia atrás a los ejércitos del Gran Duque.

Los Estados Balkánicos que aun permanecen neutrales, no tardarán mucho en salir de la neutralidad. La Rumania hace sus últimas transacciones con la Rusia y sus aliados y negocia al mismo tiempo un acuerdo con la Bulgaria que puede determinar la acción de estos dos países, aun cuando sus exigencias, bastante exageradas, retardan y retardarán por algunas semanas esta nueva aparición de aliados contra la Alemania.

La Holanda, que ha hecho esfuerzos desesperados para mantenerse neutral, da ya señales de que su hora se aproxima. La ocupación de la Bélgica por la Alemania significaría para la Holanda—y no hay un solo holandés que no lo entienda así—la pérdida de su independencia en un plazo no muy largo. La Alemania comenzará por imponerle, como ya lo ha declarado, un régimen de tutela comercial, al cual seguirá en pocos años la absorción política de que han hablado escritores alemanes tantas veces y que sería rigurosamente lógica y aun necesaria para el Imperio germánico si éste lograra adueñarse de la Bélgica en forma definitiva.

Suponiendo, lo que es mucho suponer, que la Dinamarca pueda escapar a la conflagración amparada en su debilidad, se puede prever sin echarlas de profeta que antes del fin del verano, sólo quedarán en Europa en calidad de neutrales, la España y los países escandinavos, o sea las naciones que no cuentan en el movimiento político europeo. Será entonces, como ya lo es virtualmente, la guerra de la Europa contra el Imperio alemán.

Se reproduce en este comienzo del siglo XX el fenómeno político que la Europa presenció en los comienzos del siglo XIX y en los comienzos del siglo XVIII: una gran lucha continental contra una potencia que pretende establecer su hegemonía sobre todas las demás y privar de su libertad a los pueblos, absorbiéndolos en un vasto imperio.

Contra la tentativa de imperio europeo de Luis XIV se unieron los Estados del continente, y entonces como ahora los campos de la Bélgica se tiñeron de sangre y

hubo una toma de Liege y hubo las batallas de Ramillies y de Oudenarde.

La paz de Utrecht detuvo el vuelo de los ejércitos del *Roi Soleil* y la Europa impidió que la Francia de entonces reuniera bajo su cetro la España con sus inmensas posesiones de América, la Bélgica y la mitad de la Italia, o sea un Imperio mayor que el de Carlos V. Trece años de guerras había costado a la Inglaterra, la Holanda y la Prusia impedir esa hegemonía, pero el equilibrio fué restablecido.

Cien años después, la Europa estaba en guerra contra Napoleón, cuyo genio político y militar había logrado constituir un fugitivo Imperio que comprendía la mayor parte del continente. En el próximo mes de Junio se cumplirán cien años desde que en los campos de Bélgica, ¡siempre la Bélgica campo de las batallas de las naciones! los ejércitos de la Gran Bretaña y de la Prusia aniquilaron para siempre al águila gloriosa y dieron libertad a los pueblos que Napoleón había encadenado a su carro triunfal.

La Europa, decididamente, no soporta la hegemonía de una nación sobre todas las demás, aun cuando ella sea la más culta y refinada de su tiempo como la prodigiosa Francia de Luis XIV, aunque sea la obra del mayor genio que vieron los siglos.

La vida de las naciones grandes y pequeñas con autonomía y dentro de las leyes especiales que a cada una dictan su tradición, su raza, su historia, es condición tan alta y necesaria de la existencia civilizada de este continente, que jamás, por ningun motivo y bajo el imperio de la mayor de las fuerzas, se podrá concebir que la Europa tolere la subsistencia de una dominación como la que soñó Luis XIV, como la que creía haber realizado Napoleón, como la que ha cegado a los estadistas alemanes.

La Europa, que rechazó el Imperio del Gran Rey francés, y que deshizo el de Napoleón, que no admitió el yugo sabio, prudente y cultísimo de aquella Francia maravillosa del siglo XVII, y que arrojó lejos de sí la dominación de Napoleón, cuyos ejércitos habían llevado

por todo el continente las ideas constitucionales hijas de la Revolución y habían enseñado a los pueblos a gobernarse por sí mismos, no puede aceptar en el siglo XX que el equilibrio sea roto en favor de una nación como la Alemania, que exhibe en sus métodos de guerra una muestra anticipada de lo que sería su autoridad sobre el continente sometido a sus huestes.

La Alemania está fuera de la ley. Ninguna nación en el mundo se atrevería hoy a levantar un brazo en su favor, aun cuando notoriamente es la más fuerte de las potencias en lucha y tiene sin duda fuerzas para luchar contra todas, como las tuvo Napoleón durante largos años.

La Alemania está fuera de la ley humana y divina y es objeto en estos momentos de la reprobación del mundo porque ha atropellado todas las leyes que la humanidad considera una conquista preciosa del progreso.

El empleo de los submarinos para dar muerte a millares de seres inocentes con el objeto de aterrorizar a la Inglaterra, el empleo de los barcos aéreos para bombardear ciudades indefensas dando muerte a pacíficos habitantes sin armas, el empleo de los gases asfixiantes prohibido en todas las convenciones entre países civilizados, y los fusilamientos en masa de civiles desarmados, de mujeres, ancianos y niños, de sacerdotes y religiosas, llevados a cabo en Bélgica en la primera parte de la campaña, colocan al Imperio alemán fuera del derecho.

Son estos métodos los que han precipitado a los pueblos en una guerra desesperada de defensa contra la Alemania. La dominación napoleónica privaba de libertad a las naciones y sólo por eso merecía ser destruída, pero aquellas campañas abrieron la Europa a las nuevas ideas políticas y sociales y fueron el origen de las constituciones que han regido a tantos pueblos durante el siglo último. La dominación alemana se presenta a los ojos de la Europa y del mundo como un sistema de barbarie sistemática en que ningún derecho tiene valor, ningún respe-

to a la vida humana y a los conceptos morales que la defienden y la hacen diferente entre los pueblos civilizados de lo que es entre los salvajes, halla cabida ante lo que se llama «las necesidades militares alemanas».

La Italia no habría acaso salido de su neutralidad, a pesar de los intereses vitales que con ello hacía peligrar, si el pueblo italiano no hubiera empujado violentamente a su Gobierno a declarar la guerra contra la opinión de algunos de sus estadistas. Y el pueblo italiano no se hubiera levantado en las jornadas magníficas de Quarto, de la Plaza del Duomo de Milán y del Capitolio de Roma, si no tuviera ya el alma encendida de indignación contra los métodos que la Alemania emplea en la guerra.

La guerra contra la Alemania no sería tan popular como lo es en todos los países beligerantes y aquel imperio no sería tan universalmente impopular entre los neutrales hasta el punto de que hoy no se halla en Suiza, en Holanda, en Dinamarca, en los países de la Escandinavia, quién se atreva a levantar la voz en su defensa, si no fuera por la campaña de Bélgica por la forma en que se hace la guerra marítima, terrestre y aérea y las consecuencias y amenazas que los pueblos ven en todo eso.

D

Entre neutrales

XL. Colonias beligerantes en países neutrales.

XLI. La opinión chilena ante la Europa.

XL

Colonias beligerantes en países neutrales

La neutralidad del Gobierno y de los ciudadanos en Suiza.—Muy neutrales, pero muy libres de opinar.—*La Gaceta* de Davos y la guerra en Bélgica.—La colonia alemana es indigna.—El diario se defiende.—Acusación ante las autoridades y amenazas al diario.—Curiosa situación de un diario germanófilo que molesta a los alemanes.—Indignación de la prensa suiza.—Los extranjeros beligerantes y la libertad de la prensa.—Un caso ejemplarizador que merece estudio.

Lausanne, 27 de Marzo de 1915.

La manera cómo el pueblo suizo entiende la neutralidad es, a mi juicio, una de las más perfectas que es posible idear y puede servir de ejemplos a otros países situados a mayor distancia de los campos de batalla.

El Gobierno de la Confederación observa una actitud correctísima y de extrema vigilancia. Trata con igual cortesía y dentro de unos mismos principios a todos los beligerantes, pero tiene su ejército en la frontera y hasta ahora ni un soldado ni un aeroplano, francés, alemán, o inglés ha pasado impunemente la frontera o volado sobre los campos y lagos suizos.

El pueblo acompaña al Gobierno en esta resolución y no hay un suizo capaz de admitir la más leve transacción en ese punto de la neutralidad de su país; pero cada ciudadano tiene y profesa en público y en privado sus simpatías en favor de unos o de otros, y la prensa refleja

esas simpatías o antipatías en forma culta y como una manifestación del derecho de opinar sobre el más grande problema que la humanidad ha tenido delante de sí en un siglo.

Y Gobierno y pueblo cooperan con caluroso entusiasmo y espíritu de metódica organización en las obras innumerables que han establecido para servir a los prisioneros de guerra, para obtener la liberación de los internados civiles, para amparar a los refugiados, para el transporte de los grandes heridos, sin distinción de nacionalidad, como un simple deber de pueblo cristiano.

Con estos antecedentes se entenderá mejor el caso que voy a relatar y que por muchos motivos merece ser considerado un ejemplo edificante.

Existe en Davos, cantón de los Grisones, un diario publicado en lengua alemana que se titula *Davoser Zeitung* (La Gaceta de Davos) y que desde el comienzo de la guerra ha manifestado sus francas simpatías por la causa alemana con gran contentamiento de la numerosa colonia germánica de comerciantes y enfermos pulmonares que hay en ese cantón, célebre por sus sanatorios.

La Gaceta de Davos publicó algunos artículos en que se ponían en duda las crueldades atribuídas al ejército alemán en Bélgica. El 24 de Febrero dió cabida a una respuesta que le había sido enviada por un residente belga que se limitaba a transcribir diversos pasajes de los informes oficiales publicados a ese respecto por el Gobierno de Bélgica. La redacción del diario agregaba, por su parte, que no daba mucha importancia a los referidos informes, aun cuando consideraba que «la mayor o menor exactitud de las atrocidades denunciadas no disminuye la gravedad de la injusticia y atropello cometidos por la Alemania contra la Bélgica».

De paso advertiré que sobre este punto los suizos de todas las opiniones y razas están en absoluto acuerdo: ven en la Bélgica el país pequeño y desarmado al cual una gran potencia atropelló sin razón.

Al día siguiente de la publicación de la carta del belga el diario decía que ésta había causado la mayor irritación entre la colonia alemana de Davos y dado lugar a reclamaciones. El hecho era que algunos miembros de la colonia alemana habían formulado ante las autoridades reclamaciones contra la *Gaceta* de Davos, pidiendo que fuera censurada por «ofender sus sentimientos nacionales». La *Gaceta*, llevando a extremos admirables la cortesía y consideración, explicaba su actitud, renovaba la protesta de sus sentimientos germanófilos bien probados durante toda la guerra, pero afirmaba al mismo tiempo su deber a dar cabida a respuestas como la que había enviado el caballero belga y de expresar su propia opinión.

Todavía en el número siguiente del diario, que seguía siendo objeto de indignadas protestas de la colonia alemana, reproducía el discurso pronunciado en 4 de Agosto en el Reichstag por el Canciller Bethmann-Hollweg, en el cual reconoció que la violación del Luxemburgo y de la Bélgica eran actos contrarios al derecho de gentes. «No se nos exigirá—decía la *Davoser Zeitung*—que seamos en Davos más alemanes que el Canciller del Imperio».

Nada logró aplacar a la colonia alemana. Muy pronto apareció un manifiesto en que se declaraba que la publicación de la correspondencia belga era un insulto a la nación alemana y en particular a los alemanes residentes en Davos. Y, para poner de relieve la incorrección del diario que acogía tal correspondencia, el manifiesto hacía notar que Davos vive de sus visitantes extranjeros, entre los cuales predominan los alemanes.

Y el diario de Davos, así conminado y agredido, llegó hasta aceptar en sus propias columnas la publicación del manifiesto, en que se le amenazaba con el *boycott*, a pesar de sus notorias simpatías germánicas.

Como era de esperarlo, las autoridades desecharon las reclamaciones de la colonia alemana, juzgando que el diario acusado tenía pleno derecho de emitir su juicio y que la única restricción impuesta por las leyes era la de

no usar lenguaje injurioso contra nacionalidades o soberanos extranjeros; el diario había reproducido documentos oficiales referentes a la guerra y opinado sobre una cuestión de derecho, esto es, si era o nó legítima la violación del Luxemburgo y de la Bélgica.

En toda la prensa suiza se levantó un clamor de protesta contra la actitud de la colonia alemana de Davos, considerándola como un atentado contra la libertad que la prensa y el público tienen en Suiza para opinar libremente sobre los problemas que suscita la guerra.

Algunos diarios calificaron de «arrogante prepotencia» la idea de mencionar los negocios alemanes existentes en Suiza a la afluencia de viajeros de aquel país como razones que deberían obligar a los suizos a pensar exactamente como fuera del agrado de los alemanes.

La *Gaceta de Lausanne*, uno de los diarios más importantes de Suiza y cuya reputación se extiende a toda la Europa, se preguntaba después de dar cuenta del incidente de Davos con el título de «Una polémica instructiva»: ¿«Es admisible que un extranjero, una colonia extranjera establecida entre nosotros, tomen ese tono y se erijan en censores de las opiniones de un diario suizo, pretendiendo dictarle su conducta y prohibirle por medio de amenazas que trate de ilustrar imparcialmente la opinión dentro de los juicios de su conciencia»?

Y el mismo diario acusado, la *Davoser Zeitung*, ponía fin a la polémica con estas palabras:

«Pretender hacernos creer, a nosotros suizos, que no se ha cometido injusticia alguna con la Bélgica, es exigirnos más de lo que podemos y queremos soportar. Es pedirnos que renunciemos por un excesivo celo de neutralidad a nuestra neutralidad misma y a nuestra propia existencia.»

Súbitamente la cuestión ha terminado. Las cartas amenazadoras de los alemanes cesaron. Se ha procurado hacer un silencio discreto alrededor del incidente en los órganos más o menos oficiosos del Gobierno alemán, declarándolo el fruto de indiscreciones explicables por un celo patriótico mal encaminado.

Queda la impresión de que el representante oficial de de Alemania en Suiza ha desaprobado la conducta de sus nacionales y ha comprendido que el camino que tomaban no era el más adecuado para prestigiar la causa de su país.

Y queda también el mal sabor que el incidente de Davos ha dejado al pueblo suizo, esta nación pequeña y libre, que no admite transacciones con su dignidad y que no tolera presiones de ninguna clase, resuelta como se halla a seguir su camino sin ofender a nadie, pero sin ser humillada ni aun por los más poderosos vecinos o los más remunerativos clientes.

Entrego a los lectores chilenos la tarea de hacer comentarios y deducir la moral de este episodio que puede servir a todos los países neutrales y a todas las colonias extranjeras residentes en ellos, sea cual fuere su nacionalidad, como un precedente digno de hacer jurisprudencia.

XLI

La opinión chilena ante la europea

Cómo se juzga la neutralidad de Chile.—Supuesta parcialidad en favor de Alemania.—Conversación con un periodista francés. —Graves errores sobre la actitud de nuestro Gobierno.—Las reclamaciones a Inglaterra y a Alemania sobre violaciones de la neutralidad.—«Chile militarmente ocupado por Alemania». Las bromas de un comerciante alemán.—Ideas absurdas y ofensivas para nuestro Ejército.—Impresiones de uno que estuvo en Alemania.—De cómo no hemos dejado contento a nadie.—Los cargamentos de yodo.

París, 15 de Junio de 1915.

Aun cuando en Chile se han recibido por diversos conductos, ecos de la opinión dominante en Europa, acerca de la actitud del Gobierno y del pueblo de nuestro país durante la guerra, creo difícil que se tenga allá una idea exacta de la extensión que ha tomado la idea de que Chile es un país decididamente favorable a la causa alemana y hostil a la de los adversarios de los Imperios Centrales.

La actitud neutral y correcta del Gobierno quedó bien establecida ante los gobiernos europeos con las declaraciones y actos repetidos del Ministro de Relaciones Exteriores señor Salinas y sus sucesores los señores Villegas y Lira. Desde el día en que el Gobierno británico se declaró plenamente satisfecho y afirmó en documentos oficiales que no tenía sino motivos para agradecer al de Chile la corrección absoluta de su actitud y sus esfuerzos

para mantener la neutralidad efectiva en medio de dificultades innumerables, no era posible que ningún Gabinete, ningún político, ningún hombre bien informado, abrigara la más leve duda sobre la seriedad de la cancillería chilena.

Pero las masas populares, el gran público, la opinión de estos países a quienes la guerra hace suspicaces, desconfiados y recelosos, sigue creyendo que, si bien el Gobierno de Chile guarda las formas de una neutralidad política, la nación chilena, el pueblo chileno no sólo no es neutral, sino que ha ayudado a la Alemania en cuanto ha podido y seguirá prestándole una cooperación entusiasta cada vez que la oportunidad se presente.

Viajes recientes a través de Francia, Suiza, Italia, España e Inglaterra, me han convencido de que todo pasaporte chileno es mirado con desconfianza y sometido a investigaciones especiales hasta que se averigua si es falsificado o auténtico, y cuáles son, hasta donde es posible saberlo, los propósitos con que viaja el portador.

En Inglaterra esta desconfianza y esta suposición previa de que todo chileno es un alemán disfrazado, son menores, porque en ese país las informaciones de la prensa han sido más completas, especialmente las que enviaba el corresponsal del *Times*, y se sabe que lo ocurrido con los cruceros alemanes y otros incidentes que han dado origen a esta impresión, son hechos de que no se puede hacer responsable a la nación chilena. Además, como en Inglaterra vivían y viven algunos cientos de miles de alemanes, se sabe que es materialmente imposible luchar contra la inteligente actividad que las colonias alemanas despliegan en todas partes para servir los intereses de su patria.

El inglés se hace cargo de la situación y no se molesta mucho aunque llega a creer que puede estar en presencia de un enemigo encubierto; pero el pueblo francés, nervioso y excitable, que sufre más que otro alguno con la guerra, que está justamente amargado y rabioso en esta titánica lucha en que le va la vida, no oculta su resentimiento.

Cuando uno habla y explica y hace ver que lo ocurrido en Chile no debe cargarse a la cuenta del pueblo chileno, cuando uno prueba que, en el peor de los casos, se debe reconocer que la opinión chilena está dividida, sin que nadie intente favorecer a unos contra otros, las gentes razonables se convencen; pero quedan las grandes masas para las cuales Chile está inscrito en la lista de los países amigos de la Alemania, como la España, como la Turquía antes de que tomara las armas.

He tenido una larga conversación con un periodista francés que conoce los asuntos americanos, y que antes de la guerra había comenzado a especializarse en estudios sobre las Repúblicas de orígen ibérico, para lo cual contaba con su perfecto conocimiento de la lengua castellana.

No he de referirme aquí a las respuestas que dí a sus observaciones, porque son las que cualquier chileno le habría dado, pero creo que hay conveniencia en que se se sepa allá cuáles eran los argumentos en que el periodista parisiense fundaba su afirmación de que Chile era una especie de sucursal de la Alemania.

Me repitió, como era de esperarlo, toda la larga historia de las facilidades que, según aquí sigue creyendo mucha gente, hallaban los cruceros alemanes en la costa de Chile durante sus activas depredaciones contra el comercio de la Entente y contra los barcos de guerra británicos.

Salieron a relucir de nuevo la provisión de carbón y de víveres en puertos chilenos durante varios meses, el fácil escondite en los canales del sur, la circunstancia de tener la ciudad de Punta Arenas una autoridad alemana (mi interlocutor creía que el «Gobernador militar» de Magallanes era un alemán) las publicaciones de un periódico que se tomó como órgano del Ejército de Chile y que todavía, después de los desmentidos oficiales, muchos creen redactado por oficiales chilenos, en fin toda la serie de las causas de queja, ciertas o inciertas, exactas o exageradas, que han circulado desde el comienzo de la guerra.

Y cuando hube contestado estos puntos pacientemente, uno por uno, me dijo:

—Me alegro de haber hablado de estas materias y las informaciones que usted me da me servirán si alguna vez se tocan esos puntos concretos; pero no me negará que de todo se desprende una impresión que fatalmente tenía que producir en nuestro país una atmósfera desagradable respecto del suyo.

Es posible que los hechos que hemos repasado tengan todos su explicación, pero hay situaciones, por decirlo así, morales, que no se explican. Por ejemplo: los alemanes violaron infinitas veces la neutralidad de Chile; el Gobierno de Chile tiene presentadas cinco o más reclamaciones contra hechos notorios y comprobados; el Gobierno alemán ni siquiera ha contestado una sola de esas reclamaciones o protestas; los ingleses violaron una vez la neutralidad chilena en una forma franca, a la luz del día, no con las artes complicadas de nuestros enemigos; pues bien, la prensa de Chile, que jamás había tocado el punto de las violaciones alemanas sino era para paliarlas y hacer nada de ellas, levantó el grito al cielo y pidió una acción enérgica y no cesó de clamar y de protestar hasta que el Gobierno británico envió su nota sobre el asunto del «Dresden» con las más amplias y sinceras explicaciones que ha recibido jamás un Gabinete, a los pocos días de ocurrido el desgraciado asunto. La desigualdad de tratamiento es notoria. Hay quienes dicen que en Chile tienen miedo de ofender a la colonia alemana. Pero en Chile también hay ingleses y franceses y ¿acaso porque éstos gritan menos y amenazan menos no son dignos de la misma consideración? Se diría que las violaciones alemanas eran una virtud y la británica la más terrible ofensa. He buscado hasta hoy en los diarios chilenos que me llegan, un párrafo en que se recuerde siquiera al Gobierno de su país que la Alemania no se ha dignado ni siquiera acusar recibo de las protestas chilenas No le he encontrado. Si usted lo ha visto le agradeceré que me lo haga saber.

Hubo un momento de nuestra amistosa conversación

en que no pude mantener la calma y debí protestar con toda la sangre de mis venas en el rostro. Fué cuando el periodista francés me dijo:

—«Las ambiciones alemanas sobre Sud-América son antiguas y usted sabe como yo, porque en otras ocasiones me ha hablado de eso, que hay libros alemanes anteriores a la guerra, obras de profesores eminentes en que se determina la posible distribución de la América del Sur en «esferas de influencia», como el África, y se asignan a la Alemania Chile, la Argentina y el sur del Brasil. Ahora se sabe sin ningún género de dudas que en las negociaciones del príncipe Bülow en Roma se habló de que la Alemania garantizaría a la Italia, en cambio de su neutralidad, una soberanía de hecho, comercial, financiera y colonizadora, sobre la República Argentina. Chile y el Brasil quedaban para el generoso distribuidor de bienes ajenos. Créame usted—agregó el colega francés con una frase que me causó indignación—los alemanes consideran a Chile un país militarmente ocupado por Alemania donde pueden hacer lo que les dé la gana porque tienen de su parte al ejército».

El calor de mi respuesta debió hacer comprender a mi interlocutor que delante de un chileno no se puede inferir una ofensa a la institución nacional en que ciframos nuestro orgullo y que con justos motivos consideramos lo más limpio, lo más sagrado, lo más puro que hay en nuestro país.

La frase injusta del periodista francés, que reconoció luego su error y se excusó de la vivacidad con que había llegado a formular una acusación tan ridícula, me hizo recordar que no era esa por desgracia la primera vez que una idea semejante me había salido al paso.

Recordé una discusión con un comerciante alemán que encontré en un tren entre Berna y Zurich a fines de Marzo último, un señor que no había estado en Chile, pero que conocía bien la Agentina y tenía noticias de nuestro país al cual decía profesar una grande admiración. Hablaba español bastante bien.

Viajaba yo en compañía de un caballero peruano a quien había conocido el día antes en un hotel de Berna y que hacía hasta Zurich el mismo camino. El comerciante alemán, debía cambiar tren en Olten.

Cuando nos oyć hablar español, intervino el alemán en nuestra conversación y luego que supo nuestras respectivas nacionalidades nos hizo algunas bromas sobre la guerra del 79, bromas de tan buen gusto como preguntarle al peruano si no creía que los horrores cometidos por los chilenos eran peores que los que ahora se atribuían a los alemanes y a mí si consideraba que la ocupación de Tacna y Arica era más justa que la de la Bélgica. Todo esto lo decía con ese aire de aparente candor y esa insistencia medio infantil que son características de la raza.

Contestamos uno y otro sin salir del tono de broma que el alemán daba a sus observaciones y preguntas, y así fuimos hablando de la influencia alemana en Chile y de la francesa en el Perú, lo que aprovechaba el alemán para demostrarnos las ventajas de la primera y los inconvenientes de la segunda para los países respectivos, hasta que el peruano, molesto con algunas alusiones picantes a las revoluciones de su país, dijo dirigiéndose al alemán:

—Los instructores franceses jamás se han mezclado en nuestras revoluciones como se mezcló el general Körner contra el Presidente Balmaceda.

Y el alemán replicó:

—Nuestros oficiales sáben perfectamente cuándo deben mezclarse en los asuntos internos del país en que están sirviendo y cuándo nó. De acuerdo con sus jefes, ellos juzgan la oportunidad. La actitud de Körner fué lo que decidió la germanización del ejército chileno. ¿Qué piensa usted de lo que hizo Körner?—preguntó volviéndose a mí.

—Sin analizar la acción misma de aquel oficial a quien los chilenos debemos servicios posteriores valiosos, debo decir que, en principio, no puedo aceptar la intromisión de extranjeros de cualquiera nacionalidad en los asuntos internos o en las relaciones exteriores de mi país.

—No se trata ahora de una intervención, dijo el alemán, sino de una influencia moral, porque usted no me negará que, sin necesidad de que el Gobierno alemán intervenga en la más mínimo, el Gobierno de Chile no se atrevería hoy, con o sin guerra, a hacer nada contra Alemania, porque temería disgustar al Ejército, que tiene educación, ideas y sentimientos alemanes.

¿Cómo había podido llegar hasta el fondo del cerebro de un ajente viajero de comercio, de un señor que andaba ofreciendo termómetros e instrumentos de cirugía, la idea estúpida que acababa de exponer? Era preciso que la hubiera recogido en su país, que la hubiera oído a otros comerciantes, que la hubiera deducido de algunos de esos folletos de propaganda alemana en que se exalta y exagera la influencia enorme de la Alemania.

Entre todos los absurdos que he oído sobre mi país—y llevo ya varios años de escuchar las más grandes necedades a las gentes que creen saber más de América—jamás había oído nada más ofensivo ni más injusto, ni más fundamentalmente falso que ésto. Precisamente, si hay algo que podemos decir con certidumbre, es que nuestro Ejército es el mayor elemento de orden, de respeto a la autoridad, de disciplina y de legalidad que tenemos.

Un caballero chileno que venía de Alemania y con quien hablamos de la desconfianza con que en Francia se mira a los chilenos y de la idea difundida en todo el continente, en Suiza, como España e Italia, acerca de la parcialidad del pueblo chileno por la causa alemana, me observaba:

—Lo más curioso de todo es que en Alemania tampoco se nos trata como amigos, sino que se nos envuelve en el mismo recelo, por otra parte muy justo, con que es forzoso mirar a todo extranjero en tiempos como éstos. A pesar de que en la ciudad donde he vivido me conocen y saben que soy un admirador sincero de la Alemania donde he pasado la mayor parte del tiempo

desde que vine a Europa, me han molestado bastante y más de una vez me han dicho que en Chile todos son partidarios de los franceses. No sé qué gracia hemos tenido para quedar mal con todos. No sé si será por haber tratado de quedar bien con todos, lo que es punto menos que imposible. Y no es sólo el pueblo alemán el que no nos reconoce esa amistad decidida que los franceses nos echan en cara, sino que también el Gobierno del Imperio nos trata con muy poca cordialidad.

—Se refiere usted a las protestas que no han tenido contestación...

—Me refiero a éso y a lo que pasa ahora con los cargamentos de yodo que había en Hamburgo, pertenecientes casi en su totalidad a chilenos y que han sido confiscados por el Gobierno alemán, so pretexto de que pertenecían a una firma inglesa.

—Será culpa del Gobierno de Chile que no ha reclamado.

—Nó, señor; nuestro Gobierno ha reclamado varias veces. Lo sé por uno de los interesados alemanes que desea que esto se aclare. Pero el Gobierno alemán no nos hace caso. Naturalmente, era su derecho tomar ese yodo que necesita tal vez para las ambulancias, pero debería fijar el precio a que lo pagará ahora o más tarde, debería reconocer la propiedad, en vez de limitarse a sostener, como me ha sostenido un funcionario alemán el otro día, que el hecho de ser ingleses los consignatarios, es decir, los encargados de la venta, hace que los chilenos no tengan derecho a reclamar. Y tome usted nota de que eso vale algo así como un millón de libras esterlinas, al precio a que estaba el yodo al estallar la guerra.

Ni mi amigo tenía datos oficiales, sino noticias recogidas en círculos mercantiles relacionados con Chile y con la industria salitrera, ni tengo yo medios de averiguar más exactamente lo que ha ocurrido en este asunto, que apunto con las debidas reservas y más bien con el objeto de que lanzado a la prensa se haga una aclaración y

se establezca la verdad para que no se vayan creando malas inteligencias e impresiones basadas en rumores.

Pero creo que hay conveniencia en que el público chileno sepa que su actitud es mal interpretada y que mientras unos lo acusan de parcial, los otros no lo reconocen como amigo ni lo tratan como tal.

Sin contacto por tanto tiempo con la opinión pública de mi país, debo limitarme a transmitir estas ideas, aun cuando no pueda explicarme las causas de lo que a todas luces es un error de fondo, porque basta conocer el carácter chileno y el espíritu de nuestro pueblo para comprender que las acusaciones que se nos hacen son injustificadas.

E

Criticando y viajando

XLII. Crítica de las noticias de la guerra.
XLIII. Viajes en tiempo de guerra.

XLII

Crítica de las noticias de la guerra

Dificultad de formarse un criterio. — Derecho y deber de tener opinión sobre la guerra.—Los boletines oficiales como fuentes de verdad.—Razones para que sean incompletos.—No lo dicen todo.—Partes oficiales británicos.—El servicio anecdótico del *Testigo ocular*.—El comunicado francés de las 3 de la tarde.—Los ampulosos boletines rusos. — Importancia capital de los boletines del Estado Mayor alemán.—Modelos de precisión y de método.—Cuándo y por qué hay inexactitudes en los boletines alemanes.—La fe en la victoria como resorte de guerra.—Las correspondencias del teatro de la guerra.

Madrid, 15 de Febrero de 1915.

Preciso es confesar que el gran público tiene muchas dificultades para formarse un concepto cabal de la guerra, tanto en los países beligerantes como en los neutrales, y que no se le puede culpar si a veces llega a confusiones y absurdos como los que se oyen aquí, ora entre los partidarios de los aliados, ora entre los de los alemanes.

Los periódicos publican noticias contradictorias que les vienen de orígenes opuestos y en una misma página encuentra uno a veces el mismo hecho de armas calificado de victoria por cada uno de los ejércitos que han tomado parte.

El público sabe que hay censura, que la hay aún en los países neutrales, como aquí en España, y por lo tanto tiene razón para dudar de la sinceridad de las noticias

que se le ofrecen después de haber sido sometidas al censor que sólo deja pasar lo que conviene a los intereses de su país.

Por último, como los periódicos mismos están apasionados, tienen partido y se inspiran en una tendencia alemana o anti alemana, el público teme que noticias y comentarios estén inspirados en las simpatías o antipatías del corresponsal o redactor y pertubados por esa influencia aun cuando se haya creído proceder con la mayor buena fe.

Ni aun se puede censurar a nadie porque tiene una opinión definida en esta lucha de las naciones, ya que ningún hombre civilizado puede permanecer indiferente ante un conflicto en que se juegan los más altos intereses de la civilización y se trata de saber si la humanidad continuará su marcha hacia los ideales de libertad que persigue desde varios siglos y por los cuales se ha derramado tanta sangre, o si retrocederemos hacia períodos ya medio olvidados en que la fuerza material era la única reguladora de las relaciones entre los hombres.

Lo que se puede y debe exigir a cada uno es que, dentro de su opinión, cualquiera que ella sea, conserve el espíritu de equidad necesario para dar a cada uno lo suyo, para no negar a los que piensan de manera diversa lo que sea justo concederles y lo que la honradez manda reconocerles.

La fuente más seria de informaciones sobre la guerra son naturalmente los boletines oficiales de los distintos Gobiernos o Estados Mayores y, a pesar de sus deficiencias, esos boletines continúan siendo la base de todo juicio sobre lo que está ocurriendo.

Cada Gobierno europeo tiene razones para procurar que esos boletines sean serios y digan la verdad, así como las tiene para no decir en ellos toda la verdad.

Aun en Alemania, país sometido en tiempo de paz a régimen de disciplina militar y censura de la prensa que excluye la acción de una verdadera opinión pública, el

Gobierno no puede hacer la guerra sino de acuerdo con el pueblo, con la masa de los ciudadanos que se sacrifican generosamente por la patria. Para producir ese acuerdo todo Gobierno tiene que dar noticias de la guerra y darlas de modo que sean creídas y respetadas como expresión de la verdad.

Pero, al mismo tiempo, cada Gobierno está en la obligación de reservar todas aquellas noticias que pueden producir en el ánimo de su país un efecto deprimente, como asimismo las que pudieran ofrecer al enemigo datos de que se aprovecharía con ventaja.

Por lo tanto, todos los boletines oficiales, aunque son lo mejor de que disponemos, son por fuerza incompletos y no dicen jamás toda la verdad.

¿Se puede afirmar que lo que dicen es siempre la verdad? No me parece posible. Hay numerosos casos en que los boletines oficiales hablan de hechos que sus autores sólo pueden conjeturar y que son notoriamente dudosos; otras veces todo el mundo ha podido comprobar en boletines oficiales inexactitudes flagrantes o que resultaron tales algunos días después de la publicación.

La guerra tiene necesidades de esta clase que nadie puede eludir. Engañar al enemigo es la más elemental de las artes de la guerra. Ocultar aunque sea por algunos días la verdad respecto de tal o cual acción militar, es obligación de un buen Gobierno.

Le queda al público el recurso de confrontar los boletines oficiales unos con otros y de criticarlos con la serenidad que puede adquirir a medida que la guerra se va desarrollando y según su experiencia de las noticias que su diario le ofrece.

Es lo que yo aconsejaría a las personas que no quieren llenarse la cabeza de tonterías, sino que aspiran a tener su idea propia tan aproximada a la verdad como es posible.

El que lee un diario con regularidad y sigue los boletines oficiales y demás noticias, y compara unas cosas con otras y anota en su memoria los resultados de esas diversas fuentes de información a lo largo de la guerra, y so-

mete a una crítica inteligente todo lo que lee, puede llegar, si nó a la verdad absoluta y rigurosa en los detalles, al menos a un concepto general serio y fundado.....
....

No sería sincero si, al tratar de las informaciones de la guerra, no previniese al público contra las «correspondencias del teatro de la guerra», fuera de las oficiales, que suelen aparecer en los países neutrales.

En el frente, como ahora se dice, no hay corresponsales, no hay ni siquiera adictos militares de las Embajadas o Legaciones. De cuando en cuando, se permite a periodistas, con mucha dificultad, visitar una parte determinada de la línea de batalla y se les lleva bien escoltados y se les hace ver... lo que deben ver. Del mismo modo, salvo detalles de forma, se procede con los adictos militares extranjeros.

Los agraciados con esas rápidas visitas en las cuales pueden dar testimonio de que hay trincheras, de que hay mucho barro y de que el fuego de artillería hace muchísimo ruido, suelen publicar relatos brillantes. Si los envían del país beligerante, tiene que ser de acuerdo con la censura. Si los escriben en su propio país, pueden entregarse a una labor de imaginación en el sentido que les parezca mejor. En todo caso, es absolutamente cierto que no han podido ver nada muy importante y de que ya no hayan dado cuenta las narraciones oficiales.

Es una mala guerra para los periodistas. Antes los corresponsales en campaña eran parte de los ejércitos y hasta los hubo que murieron gloriosamente en las campañas inglesas del Africa. Todo eso se acabó. La guerra es ahora una operación casi secreta en la cual son más las cosas que deben callarse que las que pueden ser entregadas a la publicidad.

XLIII

Viajes en tiempo de guerra

Consejos a los presuntos viajeros.—Los pasaportes.—Peligros de retratarse con uniforme alemán.—Examen de personas, equipajes y pasaportes.—La paciencia es lo único que se puede recomendar.—Desconfianza contra los chilenos.—Alemanes con pasaporte chileno.—Una escena en la frontera franco-suiza.—Un viajero que pide ser arrestado por la policía.—La carta francesa que sirve de talismán.—La edad de las señoras y las declaraciones frecuentes.—No se puede aconsejar a nadie que viaje en Europa sino por extrema necesidad.

París, 20 de Junio de 1915.

A medida que la guerra se prolonga, y todo indica que se prolongará aún por lo que resta del año y acaso el año próximo, es posible que muchos chilenos se vean obligados, por razones de negocios, a venir a Europa. También es verosímil que, a pesar de las dificultades de los viajes en tiempo de guerra, haya algunos que se sientan tentados a venir a este continente, acaso con la esperanza de observar más de cerca el trágico capítulo de historia que estamos viviendo.

Para unos y otros será interesante saber cómo se viaja en estos días azarosos y cómo se han modificado las condiciones ordinarias de la movilización de pasajeros en todos los países. Algunas noticias fundadas en la experiencia personal del autor de estas líneas pueden evitar a los compatriotas muchas molestias y tal vez en algunos casos complicaciones desagradables.

Que los viajes son ahora más difíciles y sólo se hacen con molestias antes desconocidas, es cosa que todo el mundo sabe y que cualquiera comprende. Mi objeto es referir lo que he visto, lo que a mí me ha ocurrido, sin exagerar los tropiezos, ni ponderar las facilidades.

Lo primero es salir de Chile con un pasaporte en regla, es decir, expedido por el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile y visado en la Legación o consulado, según las prácticas, del país al cual se dirige el viajero, es decir, el país en el cual desembarcará en Europa. Este pasaporte debe tener la fotografía del interesado, inserta en la hoja misma del documento y sellada por el Ministerio de Relaciones Exteriores. La falta de la fotografía, que ahora se exige en todas partes, puede ocasionar dificultades aun antes de desembarcar, en caso de ser detenido el vapor para una visita por un buque de guerra, lo que ocurre con frecuencia.

Y, a propósito de fotografías, conviene recordar a los militares chilenos, que presenta ventajas considerables no agregar al pasaporte una fotografía con el uniforme alemán que ahora se usa por desgracia en Chile, porque cuesta mucho trabajo convencer a las autoridades de las fronteras francesas, inglesas o italianas, que el portador no es algún oficial alemán naturalizado en Chile. Esto le ha ocurrido no ha mucho a un general retirado del ejército chileno, a quien, al desembarcar en Inglaterra, se le exigió que probara al día siguiente su nacionalidad, sin detenerlo, por cierto, sólo por la sospecha que infundía su retrato en un soberbio uniforme prusiano. Y hé ahí otra desventaja de haber copiado de un modo servil los uniformes de otro país.

En todos los países beligerantes es prohibida la introducción de cartas u otros papeles que no estén en condiciones de ser fácilmente examinados. A este respecto se debe aconsejar que mientras menos papeles se llevan en las maletas, menos tiempo pierde el interesado.

Las operaciones de desembarco o el paso de cualquiera frontera son ahora largas, fatigosas y enervantes tareas. Se hace el examen de cada persona; se examina el pasa-

porte, se revisa el equipaje con mayor escrupulosidad que en las antiguas visitas de aduana, se suelen registrar los bolsillos y hasta ha habido casos en que los funcionarios de policía encargados de esta labor, han exigido de personas sospechosas que se sometan en un recinto reservado, a un examen completo de sus personas y ropas. De ordinario el examen de las señoras se hace en un local separado y por mujeres. He oído que a algunas las han obligado a deshacer su tocado por la facilidad con que se pueden ocultar cartas en las circunvoluciones de un «moño». En Folkestone, al entrar a Inglaterra, he visto que a algunos individuos les pedían que abrieran la boca y luego se las iluminaban con una pequeña antorcha eléctrica. Personalmente no he tenido que pasar por esta operación, ni se me ha pedido jamás que mostrara lo que llevaba en los bolsillos, aun cuando lo he visto hacer a otros viajeros, y aun lo tuvo que sufrir un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile a comienzos de la guerra.

Como es lógico, estas visitas, cuando se acumulan todos los pasajeros de un vapor o de un tren internacional, toman mucho tiempo, lo obligan a uno a permanecer mucho rato de pie, producen encerronas de una hora o más en salas sofocantes, que causan fatiga y desesperación.

El consejo de la experiencia es ser muy paciente, resignarse de antemano a todo, no protestar de cosa alguna, dejar hacer y callarse. Toda protesta provoca sospechas y es causa de mayor demora y de nuevas molestias. El que no tiene cosa alguna que temer, debe resignarse a estos trámites.

En general, los funcionarios encargados de estas operaciones son corteses. Tienen un deber penoso y antipático, impuesto por los maravillosos servicios de espionaje que la Alemania mantenía y mantiene ahora mismo en toda Europa y en el mundo entero. Toda precaución es poca cuando de un descuido en la frontera puede depender la seguridad de un país.

Esta recomendación de la paciencia se debe hacer especialmente a los chilenos, porque hay prevención contra nuestro país, al cual la propaganda alemana ha presentado como una especie de feudo de Alemania, y que por las desgraciadas aventuras de los primeros meses de la guerra apareció, aunque injustamente, como auxiliando la labor de los cruceros germánicos.

Ha habido, además, casos deplorables, como el de un joven hijo de alemanes, nacido en Chile, que fué detenido en Inglaterra y luego puesto en libertad con la declaración de la Legación de Chile, la cual, naturalmente, certificó su nacionalidad chilena, y que luego se fué a Alemania por Holanda, y publicó un largo artículo en un diario de Hamburgo, en que se jactaba de habérsela jugado a los ingleses. Deslealtades de esta naturaleza contribuyen a crearnos una atmósfera de desconfianza.

Me dijeron en la frontera entre España y Francia, (Cerbere) que habían sorprendido a dos individuos que llevaban pasaporte chileno y se probó que eran alemanes. Ignoro si eran pasaportes obtenidos en Chile o expedidos por la Legación en España.

Pasar una frontera es tarea complicada. A las aduanas de internación se agregan ahora las de exportación para impedir que los viajeros lleven monedas de oro, artículos alimenticios u otras materias cuya exportación está prohibida en casi todos los países europeos. Y luego vienen las visitas militares, examen de los pasaportes y demás ceremonias a que ya he aludido.

Sólo en una ocasión he tenido un comienzo de dificultad. Fué al entrar a Francia viniendo de Suiza.

Mi pasaporte había llegado a ser sospechoso porque estaba totalmente lleno de timbres por las dos caras y mostraba que en pocos meses, desde Febrero a Junio, yo había salido de Inglaterra, entrado dos veces a España, dos veces a Francia por distintos puntos, dos veces a Suiza, una vez a Italia. ¿Qué hacía el dueño de ese pasaporte en tantos viajes en tiempo de guerra? Los originales que se dedican a viajar por placer no abundan ahora.

El empleado que examinaba los pasaportes me hizo

algunas preguntas que contesté inmediatamente; pero como sus dudas no se aclaraban, me invitó a pasar a una sala donde me dejaron solo. Desfilaron todos los demás viajeros y cuando todos estuvieron despachados, vino a buscarme el comisario, un señor muy distinguido de maneras y de una cortesía desesperante. Con muchas excusas pidiéndome mil perdones comenzó a interrogarme sobre mis viajes y fuí diciéndole con la más absoluta honradez y entrando en detalles íntimos, en motivos de familia que me habían obligado a algunas de esas movilizaciones, todo lo que había hecho en estos últimos meses. Cuando ya no quedaba más que preguntarme, me dijo con una suavidad exquisita y una amable sonrisa.

—Desgraciadamente yo no tengo por qué creerle a usted todo lo que me ha dicho, mientras usted no me lo pruebe.

¡Aquí de la paciencia, la calma y la filosofía!

—Tiene usted mucha razón—le contesté—y como yo no tengo otra manera de probar lo que digo que con mi palabra, temo que no vamos a poder ponernos de acuerdo.

—Pero, en suma, ¿qué hace usted?

—Ya se lo he dicho: escribo artículos sobre la guerra para un diario de Chile, y viajo para observar, para recoger impresiones, para impregnarme del ambiente.

—Tiene usted algún ejemplar de ese diario.

—Ninguno aquí.

El hombre reflexionó un momento y en seguida dijo:

—Que bajen el equipaje del señor. Vamos a examinar con detenimiento los papeles que contenga.

Era la 1 de la magrudada, en una estación llamada Frasne, sobre las montañas del Jura. Los pasajeros que sabían que el tren estaba ya detenido más de veinte minutos porque el comisario interrogaba a un individuo sospechoso, comenzaban a asomarse por una ventana que daba al andén para ver al «espía alemán».

Yo estaba feliz. Ya veía el artículo que iba a poder enviar a *El Mercurio* contando mi prisión en Frasne, una noche de calabozo, probablemente una cencerrada

de los aldeanos contra el espía, en fin unas cuantas horas de emociones interesantes. Y le dije al comisario.

—Veo que estoy causando sin quererlo una incomodidad a los viajeros y atrasando el tren. Lo mejor es que usted proceda a arrestarme. No tengo el menor inconveniente en pasar la noche aquí. Más aun, me haría usted un verdadero servicio, porque me daría el artículo más ameno que yo puedo enviar a mi diario. Mañana telegrafiaré a la Legación de mi país y todo se aclarará.

El comisario me miró con una cara de zorro policial, medio sonriente, y yo me apresuré a añadir.

—Usted piensa en este momento si yo soy el hombre más honrado de la tierra o el pícaro más completo que juega con un golpe de audacia, como es el pedir su propio arresto.

—¡Exactamente!—exclamó el comisario—es lo que estaba pensando. Pero no se trata de arrestarlo, sino de probar por algún medio que usted es lo que dice.

Entre tanto, vinieron las maletas y comenzó un cuidadoso escrutinio de mis papeles que eran pocos y estaban casi todos en lengua española. No adelantábamos.

Por fin, removiendo cuellos y calcetines, apareció en el fondo de un baúl, como si se lo hubiera querido ocultar especialmente, un papel muy doblado. El comisario lo cogió ávidamente. Yo no sabía lo que era, pues no recordaba haber puesto ahí papel alguno.

—Vamos—dijo por fin—aquí hay una carta en francés.

Y cuando la hubo recorrido exclamó:

—Pero, ¿por qué no me había mostrado usted antes esta carta que prueba sus sentimientos favorables a los aliados?

Era una carta de un distinguido miembro de la colonia francesa de Santiago, en que me daba las gracias por un artículo referente a su país, que publicó ese diario no ha mucho. Yo ignoraba en absoluto que tenía en mis maletas ese talismán.

El comisario repitió sus excusas, me acompañó a mi compartimento y anduvo repitiendo entre los viajeros

que lo interrogaban que no solamente no era yo un espía sino un periodista amigo de la Francia.

Después de este episodio, estoy coleccionando las más elocuentes entre las diez o doce cartas con insultos que los alemanes de Chile me envían por cada correo y las voy a distribuir en mis maletas como cebo para los comisarios de todas las fronteras. Hay algunas muy groseras, pero esto mismo calculo yo que les dará para el caso un valor especial.

Fuera de este incidente no he tenido el más mínimo tropiezo y lo atribuyo al sistema de decir siempre la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad y a mi rigurosa conformidad con las reglas y exigencias de los diversos países.

Conviene recordar también a los futuros viajeros que al llegar a París es menester presentarse a la Prefectura de Policía (Quai des Orfévres) con su pasaporte y demás papeles de identificación, a fin de obtener un permiso de residencia. En Londres basta llenar un formulario que a uno le presentan en todos los hoteles y en el cual contesta las preguntas relativas a nacionalidad, profesión, objeto del viaje, edad, etc.

Para las señoras es doloroso tener que contestar a cada paso por escrito cuál es su edad, y hay siempre el peligro de decir una edad en un punto y otra en el siguiente. Cualquiera se acuerda del día y año en que nació (esto se lo preguntan o uno en todas partes), pero no es fácil acordarse, así de buenas a primeras, del día y año en que uno debería haber nacido para tener la edad que ha declarado.

El consejo para las señoras es que adopten antes de partir una edad definitiva con fecha de nacimiento bien calculada a fin de evitar variantes sospechosas.

Ni aun son éstas todas las molestias de los viajes en tiempo de guerra.

Como hay ahora en todos los países menos trenes que antes de la guerra, los que circulan están siempre llenos. En los trenes, como en los hoteles, restaurants, teatros y demás sitios públicos, el que habla una lengua extranje-

ra es objeto de desconfianza mientras no se sabe quién es, de dónde viene y qué hace por esos mundos. De ordinario las gentes se abstienen de hablar de la guerra en presencia de extranjeros que no conocen, y hacen muy bien. Se siente el aire cargado de recelos, de temores, de odios.

En suma, a nadie se le puede aconsejar ahora un viaje a Europa, a menos que urgentes deberes, necesidades impostergables, lo llamen a este continente donde nueve naciones se estrangulan.

FIN.

APÉNDICE

Un sacerdote sudamericano testigo de las atrocidades alemanas en Lovaina

En *La Tribuna* de la Asunción del Paraguay (24 de Febrero de 1915), publicóse una «interview» en que el sacerdote paraguayo señor don Manuel Gamarra, estudiante en Lovaina en Agosto de 1914, declara lo siguiente:

.....

«Merecen algunas consideraciones los desmanes y horrores cometidos por los alemanes en los alrededores de Lovaina.

Un anciano cura, el P. Delgent, de la parroquia de Gelrode, fué amarrado a un árbol y allí le obligaron a abjurar de su fe, destrozándole las puntas de los dedos de manos y pies a culatazos. Los verdugos hicieron desfilar a los habitantes de Aerschot, lugar donde se perpetró el crimen, obligándoles *a orinar* sobre el anciano exánime. Después lo fusilaron, arrojando su cadaver en el canal Demer. El muerto fué recogido días después en una barraca de Werchter.

Otro sacerdote, el cura de Bueken, fué mutilado cortándosele la nariz y las orejas. Después se le fusiló. La mutilación pudo comprobarse por los feligreses, cuando desenterraron el cadáver para darle mejor sepultura.

El cura de Schaffer fué colgado y descolgado tres veces de un árbol. Lo dejaron los alemanes por muerto y pudo sobrevivir aún.

Un padre franciscano llamado Vincent fué fusilado frente a la iglesia. El hecho ocurrió así: una patrulla de soldados alemanes subió al campanario y desde allí hizo fuego sobre el pueblo de Boven-loo. Al bajar quisieron obligar al fraile a que declarase que él era quien había disparado. Resistiéndose, como es natural, a mentir, se le fusiló en el acto.

En Terwueren fué fusilado un jesuíta por habérsele encontrado en los bolsillos unos apuntes sobre las atrocidades cometidas por los alemanes.

En Corbeck-loo un antiguo cura de la parroquia de San José de Lovaina, con otros compañeros sacerdotes y seglares, fueron ence-

rrados desnudos en una pocilga a los gritos de «los chanchos con los chanchos».

Allí mismo se vió desnudar por la soldadesca a hombres y mujeres, poniéndolos unos en frente de otros, forzándoles a correr y matándolos a tiros durante la carrera.

Estos hechos son enteramente auténticos y conocidos en toda Lovaina, dado que las víctimas eran personas de significación.

El eminente profesor electricista, M. Pontiere, con un hermano sacerdote y otros ciudadanos, fueron fusilados en presencia de la esposa e hija del primero, frente a su quinta que estaba ardiendo y de la cual los alemanes habían robado unos cien mil francos.

Otro profesor renombrado en toda Europa, especialista en enfermedades nerviosas, M. Van Gehucten, murió de pesar en Cambridge unos días después de haber visto arrasada su casa en la cual se encerraban verdaderos tesoros científicos y artísticos.

Cuando se produjo el éxodo completo de Lovaina los alemanes se entregaron al pillaje y al saqueo de todos los domicilios. Todos los objetos que poseía el P. Gamarra en su casa de pensión, le fueron sustraídos.

El padre Gamarra, que también estuvo en Malinas para visitar las ruinas, pudo constatar que también en esta ciudad el pillaje alemán había sido general y metódico.

En Dinant, por donde también pasó, constató que de esta ciudad, encanto de los turistas de todo el mundo, apenas si quedan en pie treinta o cuarenta casas. Se calcula en más de mil el número de los civiles ametrallados en la plaza pública. El P. Gamarra perdió entre esas víctimas a tres amigos, jóvenes de talento.

Poblaciones enteras de la Bélgica, agrega el P. Manuel Gamarra, han sufrido los terribles efectos de la incalificable barbarie alemana.

No se trata, dice el distinguido sacerdote, de hechos aislados sino generales, ejecutados con refinado método por las tropas germanas, obedeciendo siempre órdenes de sus jefes y glorificando la brutal teoría de von Bernhardi.

Sería interminable la serie de crímenes que podrían narrarse, dice el P. Gamarra, y era de ver el asombro de los sudamericanos al contemplar el inaudito salvajismo de un ejército que se dice pertenecer al pueblo que marcha—como afirman los germanos—a la cabeza de la civilización.

El padre Gamarra nos asegura, bajo su fe de caballero y de sacerdote, que se ha limitado puramente, sin pasión ni prejuicio alguno, a referir hechos y nada más. Afirma también que su relación resultará pálida al lado de la que harán otros testigos oculares, entre los cuales había buen número de sudamericanos. Nos autoriza ampliamente para que digamos que él se responsabiliza en un todo de la veracidad de cuanto en este escrito queda dicho.»

ÍNDICE

Págs

PRÓLOGO ..... V-VIII

Vísperas de guerra ..... 1 - 39

I. El drama del Fígaro 3
II. La crisis francesa (Caillaux-Calmette) 12
III. La lección de la Francia 18
IV. La revuelta leal (El Ulster) 24
V. Problemas alemanes (El libro de Von Bülow) 31

PRIMERA PARTE
1914

El primer acto del drama ..... 41 - 90

VI. A través de la Europa en guerra 43
VII. El grande horror de la guerra 53
VIII. Acusaciones contra el Ejército alemán 60
IX. Un testigo neutral de la guerra 69
X. La tragedia del pueblo belga 76
XI. El martirio de Bélgica 82

En Rusia y en el Océano Pacífico ..... 91 - 104

XII. La incógnita rusa 93
XIII. El combate del Pacífico 99

Filosofía de la guerra ..... 105 - 159

XIV. El esfuerzo alemán 107
XV. El pueblo alemán y la guerra 112
XVI. El pueblo británico y la guerra 123
XVII. Hablando de paz! 135
XVIII. El pueblo francés y la guerra 149
XIX. Las revelaciones del gobierno francés 152

La economía política y la guerra ..... 161 - 181

XX. Finanzas alemanas 163
XXI. Alimentos y materias primas en Alemania 169
XXII. Nuevos cálculos sobre el costo de la guerra 176

Págs.

Cuestiones de derecho internacional 183-222

XXIII. La neutralidad de Chile 185
XXIV. Los neutrales de Europa 192
XXV. Neutralidad de España 202
XXVI. Cómo aprovecha España la guerra 210
XXVII. Contrabando de guerra (La discusión Anglo-Americana) 216

Al cabo de cinco meses de guerra 223-240

XXVIII. Balance de cinco meses de guerra 225
XXIX. La nueva Europa 233

SEGUNDA PARTE

1915 (Enero-Junio)

Guerra crónica 242-275

XXX. El bloqueo submarino 243
XXXI. El Ejército francés (Organización bajo el fuego) 250
XXXII. Zeppelines y submarinos 258
XXXIII. La guerra sin fin 266

Cosecha de sufrimientos 277-308

XXXIV. Prisión del cardenal Mercier 279
XXXV. Prisioneros de guerra (Internados civiles) 289
XXXVI. Martirio y resurrección de la Polonia 300

Lecciones de la guerra 309-328

XXXVII. El alma nueva de París 311
XXXVIII. Algunas ideas removidas por la guerra 319
XXXIX. La nueva situación política europea 324

Entre neutrales 329-344

XL. Colonias beligerantes en países neutrales 331
XLI. La opinión chilena ante la Europa 336

Criticando y viajando 345-358

XLII. Crítica de las noticias de la guerra 347
XLIII. Viajes en tiempo de guerra 351

APÉNDICE 359

ESTE LIBRO
SE IMPRIMIÓ
EN LOS TALLERES
DE LA
IMPRENTA UNIVERSITARIA
DE LOS SRS.
VALENZUELA BASTERRICA Y CÍA.
CALLE BANDERA 130
SANTIAGO DE CHILE.
EMPEZÓ
LA IMPRESIÓN
EL
13 DE NOVIEMBRE
DE 1916
Y
TERMINÓ
EL 25 DEL
MISMO MES Y AÑO.

EDITORIAL CHILENA

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN:

Samuel A. Lillo

"Bajo la Cruz del Sur"

Emilio Vaïsse (Omer Emeth)

"La Vida Literaria"

Víctor Domingo Silva

"Cómo se vive,
cómo se muere en la Pampa"

Eduardo Barrios

"Un perdido"

Fernando Santiván

"Robles Blum y Cía."

Armando Donoso

"De medio Siglo"